ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

SÚPER EDICIÓN

EL CORAZÓN DE CHARCA DE HIEDRA

TRADUCCIÓN REALIZADA POR
PICHU06 & MONKI_DONKI

DEDICATORIA

Gracias especiales a Cherith Baldry.

Libro original: “Warriors: Ivypool's Heart” *por* ***Erin Hunter***.

Arte del libro: ***Owen Richardson***.

Traducción: ***Pichu06*** *y* ***Monki_Donki***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕

https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]
https://discord.gg/S53JNh7z7G

¡Échale un vistazo también a nuestra wiki de fan-traducciones!
https://lggfantraducciones.fandom.com/es/wiki/Inicio

Publicado: 25/10/25
Última actualización: 25/10/25

¡No te pierdas estas otras traducciones!

Novelas:

El Viaje de Estrella de Nube.
La Venganza de Arce Sombrío.
La Decisión de Estrella de Pino.
La Maldición de Pluma de Ganso.
La Deuda de Cola Roja.
La Furia de Garra de Tigre.
El Juicio de Patas Negras.
El Secreto de Ala de Mariposa.
El Presagio de Estrella Vaharina.
La Despedida de Cuervo.
El Silencio de Ala de Tórtola.
Las Raíces de Árbol.
Las Cachorras de Guijarro Brillante.
El Clan de Trigueña.
La Rebelión de Pelaje Manchado.
La Familia de Dalia.

Súper Ediciones:

El Secreto de Fauces Amarillas.
La Profecía de Estrella Azul.
El Juicio de Corvino Plumoso.
La Sombra de Corazón de Tigre.
La Esperanza de Esquiruela.

Novelas Gráficas:

El Ascenso de Azote (a todo color).
Exiliados del Clan de la Sombra.
Una Sombra en el Clan del Río.
Un Ladrón en el Clan del Trueno.
El Camino de Cuervo.
Vientos de Cambio.

Guías de Campo:

Código de los Clanes.

Quinta Saga Principal “Una Visión de Sombras”:

1. *La Búsqueda del Aprendiz.*
2. *Trueno y Sombra.*
3. *Cielo Destrozado.*
4. *La Noche más Oscura.*
5. *Río de Fuego.*
6. *La Tormenta Furiosa.*

Sexta Saga Principal “El Código Roto”:

1. *Estrellas Perdidas.*
2. *El Deshielo Silencioso.*
3. *Velo de Sombras.*
4. *Oscuridad Interna.*
5. *El Lugar Sin Estrellas.*
6. *Una Luz en la Niebla.*

Séptima Saga Principal “Un Clan Sin Estrellas”:

1. *Río.*
2. *Cielo.*
3. *Sombra.*
4. *Trueno.*
5. *Viento.*

Extras:

Después de Atardecer: ¿La Elección Correcta?
La Preocupación de los Veteranos.
La Sincera Respuesta de Jaspeada.
Los Clanes Deciden.
La Muerte de Corriente Brillante.
Más Allá de la Cerca.
Después de Atardecer: Tenemos que Hablar.
Más Allá del Código: la Misericordia de Espíritu Radiante.
¿Por qué Glayino es ciego?
Estrella de Tigre: ¿Corazón del mal?

CONTENIDO

Dedicatoria..... 2
Filiaciones..... 7
Mapa..... 16
Prólogo..... 17
Capítulo 1..... 21
Capítulo 2..... 30
Capítulo 3..... 42
Capítulo 4..... 54
Capítulo 5..... 68
Capítulo 6..... 83
Capítulo 7..... 97
Capítulo 8..... 104
Capítulo 9..... 114
Capítulo 10..... 121
Capítulo 11..... 127
Capítulo 12..... 134
Capítulo 13..... 144
Capítulo 14..... 151
Capítulo 15..... 157
Capítulo 16..... 164
Capítulo 17..... 170
Capítulo 18..... 177
Capítulo 19..... 189
Capítulo 20..... 196
Capítulo 21..... 202
Capítulo 22..... 210
Capítulo 23..... 216
Capítulo 24..... 222

Capítulo 25..... 230
Capítulo 26..... 239
Capítulo 27..... 247
Capítulo 28..... 254
Capítulo 29..... 261
Capítulo 30..... 268
Capítulo 31..... 273
Capítulo 32..... 281
Capítulo 33..... 286
Capítulo 34..... 295

FILIACIONES

CLAN DEL TRUENO

LÍDER

ESTRELLA DE ESQUIRUELA — gata rojizo oscuro de ojos verdes y una pata blanca.

LUGAR-TENIENTE

CHARCA DE HIEDRA — gata blanca y plateada atigrada de oscuros ojos azules

CURANDE-ROS

GLAYO — gato atigrado gris de ciegos ojos azules.

CORAZÓN DE ALISO — gato rojizo oscuro de ojos ámbar.

GUERREROS
(gatos y gatas sin crías)

CANDEAL — gata blanca de ojos verdes.

BETULÓN — atigrado marrón claro.

RAYO DE SOL — atigrada marrón y blanca.

RATONERO — gato gris y blanco.

LAUREL BRILLANTE — atigrado dorado.

APRENDIZA, ZARPA ERIZADA (atigrada naranja y blanca).

ROSELLA — gata moteada carey y blanca.

CORAZÓN DE LIRIO — pequeña gata gris oscuro atigrada con manchas blancas, de ojos azules.

CORAZÓN NOCTURNO — gato negro de ojos ámbar.

APRENDIZ, ZARPA DE WAFFLE (gato marrón grisáceo).

LÁTIGO DE ABEJORRO — gato gris claro con rayas negras.

CAÍDA DE CEREZA — gata rojiza.

BIGOTES DE TOPO — gato marrón y crema.

APRENDIZ, ZARPA DE TALLO (atigrado naranja).

CARBONERA — gata gris oscuro atigrada.
PINZÓN LUMINOSO — gata carey.
APRENDIZ, ZARPA GRIS (gato blanco con manchas grises).
FLORES CAÍDAS — gata tricolor con manchas blancas en forma de pétalos.
ALA DE ÁGUILA — gata rojiza.
FLOR DE MIRTO — gata marrón claro.
NARIZ DE ROCÍO — macho gris y blanco.
OREJA DE CLAVELINA — gata gris oscuro.
NUBE DE TORMENTA — gato gris atigrado.
MECHÓN DE CARRASCA — gata negra.
CANCIÓN DE FRONDAS — macho amarillo atigrado.
GARRA VOLTEADA — macho atigrado.
PELAJE DE MIEL — gata blanca con manchas amarillas.
MANTO DE CHISPAS — gata naranja atigrada.
RAYA DE ACEDERA — gata marrón oscuro.
RAMAJE DE RAMITAS — gata gris de ojos verdes.
ALETA SALTARINA — gato marrón.
PELAJE DE CARACOLA — gato carey.
FRONDA RAYADA — gata gris atigrada.
CIRUELA DE PIEDRA — gata rojiza y negra
HOJA SOMBRÍA — gata carey.
LEONADO — macho dorado atigrado de ojos ámbar.
PELAJE MANCHADO — atigrada manchada gris y blanca.

<u>REINAS</u>
(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)
DALIA — gata color crema de pelaje largo, viene del cercado de los caballos.

<u>VETERANOS</u>
(guerreros y reinas ya retirados)
ZARZOSO — atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.
ESPINARDO — atigrado marrón dorado.
NIMBO BLANCO — gato blanco de pelo largo y ojos azules.
CENTELLA — gata blanca con manchas canela.
FRONDE DORADO — atigrado marrón dorado.

CLAN DE LA SOMBRA

LÍDER

ESTRELLA DE TIGRE — atigrado marrón oscuro.

LUGAR-TENIENTE

PATAS DE TRÉBOL — gris atigrada.

CURANDE-ROS

CHARCA BRILLANTE — macho marrón con manchas blancas.

VISIÓN DE SOMBRA — macho gris atigrado de ojos ámbar.

GUERREROS

TRIGUEÑA — gata moteada de ojos verdes.

ALA DE PIEDRA — macho blanco.

PELAJE DE CARBÓN — gato gris oscuro de orejas rasgadas, una está cortada.

PATAS DE LINO — atigrado marrón.

AGUZANIEVES — gata de un blanco puro y ojos verdes.

HOJA DE MILENRAMA — gata rojiza de ojos amarillos.

CORAZÓN DE HIERBA — gata marrón claro atigrada.

MANTO DE ESPIRAL — gato gris y blanco.

BIGOTES DE LÚPULO — gata calico.

FUEGO ARDIENTE — gato blanco y rojizo.

TALLO DE FLOR — gata plateada.

COLMILLO DE SERPIENTE — gata atigrada color miel.

PELAJE PIZARRA — liso macho gris.

APRENDIZ, ZARPA DE BETULO (gato marrón claro).

PASO SALTARÍN — atigrada gris.

SALTO DE LUZ — gata marrón atigrada.

CAÍDA DE GAVIOTA — gata blanca.

GARRA DE ESPIRAL — gato negro y blanco.

BIGOTES RAYADOS — gata blanca con manchas marrones.

ALA DE TÓRTOLA — gata gris claro de ojos verdes.

REINAS

COLA DE CANELA — gata marrón atigrada con patas blancas (madre de Pequeño Abeto, atigrado marrón; Pequeña Corriente, atigrada gris; Pequeña Floreciente, gatita negra; y Pequeño Susurro, gatito gris).

VETERANOS

ROBLEDO — pequeño gato marrón.

CLAN DEL CIELO

LÍDER

ESTRELLA DE HOJAS — gata atigrada color marrón y crema, de ojos ámbar.

LUGAR-TENIENTE

ALA DE HALCÓN — gato gris oscuro de ojos amarillos.

CURANDE-ROS

PELAJE DE PECAS — gata atigrada moteada marrón claro con piernas manchadas.

COPO INQUIETO — gato negro y blanco.

MEDIADOR

ÁRBOL — gato amarillo de ojos ámbar.

GUERREROS

MANTO DE GORRIÓN — gato marrón oscuro atigrado.
MACGYVER — gato blanco y negro.
BROTE DE ROCÍO — robusto gato gris.
BROTE DE RAÍZ — gato amarillo de ojos celestes.
GARRA DE ACÍCULA — gata negra y blanca.
SAUCE DE CIRUELA — gata gris oscuro.
NARIZ DE SALVIA — gato gris claro.
CICATRIZ DE AZOR — gato rojizo.
ARROYO HARRY — gato gris.
COLA DE CEREZA — gata peluda carey y blanca.
NUBE NEBLINOSA — gata blanca de ojos amarillos.
PASO DE TORTUGA — gata carey.
SALTO DE CONEJO — macho marrón.
VUELO DE MATRACA — dorada atigrada.
GARRA DE JUNCO — pequeña atigrada marrón claro.

APRENDIZ, ZARPA DE ESCARABAJO (gato atigrado).

PELAJE DE MENTA — gata gris atigrada de ojos azules.
MANCHA DE ORTIGA — gato marrón claro.
NUBE DIMINUTA — pequeña gata blanca.
CIELO PÁLIDO — gata blanca y negra.

VIOLETA BRILLANTE — gata negra y blanca de ojos amarillos.

HOJA BELLA — gata naranja claro de ojos verdes.

PLUMA DE CODORNIZ — gato blanco de orejas negras.

PATAS DE PALOMA — gris y blanca.

NARIZ DE GRAVA — gato color canela.

MANTO SOLEADO — gata rojiza.

APRENDIZA, ZARPA DE ABEJA (gata blanca y atigrada).

SON DE NÉCTAR — gata marrón.

REINAS

CORAZÓN FLORECIENTE — gata blanca y rojiza (madre de Pequeña Cresta, gatita rojiza de nariz blanca; y Pequeño Crepúsculo, gatito blanco de patas y orejas marrones).

VETERANOS

GAMA DE FRONDAS — gata marrón claro que ha perdido el sentido del oído.

CLAN DEL VIENTO

LÍDER — **ESTRELLA DE LEBRÓN —** macho marrón y blanco.

LUGAR-TENIENTE — **CORVINO PLUMOSO —** gato gris oscuro.

CURANDERO — **VUELO DE AZOR —** gato gris moteado con manchas blancas como plumas de azor.

APRENDIZA, ZARPA SILBANTE (gata gris atigrada).

GUERREROS

NUBE NEGRA — gata negra.
ALA MOTEADA — gata marrón moteada.
MANZANA BRILLANTE — gata amarilla atigrada
HOJOSO — gato atigrado oscuro de ojos ámbar.
SON DE MADERA — gata marrón.
RESCOLDO — gato gris con dos patas oscuras.
VENTOLERO — macho negro de ojos ámbar.
COLA BRECINA — gata atigrada marrón claro de ojos azules.
PATAS ACECHANTES — gato rojizo.
SALTO CANTARÍN — gata carey.
CAÑAMERA — gata atigrada marrón claro.
PATAS AGITADAS — gato marrón y blanco.
PATAS LEVES — gato negro con una mancha blanca en el pecho.
GARRA DE AVENA — macho atigrado marrón claro.
BIGOTES ULULANTES — gato gris oscuro.

REINAS

ALA DE ALONDRA — gata atigrada marrón pálido (madre de Pequeño Rayado, atigrado gris; y Pequeño Arroyo, gatito negro y blanco).
MANTO DE PLUMAS — gata gris atigrada (madre de Pequeña Hoja, gatita blanca con manchas grises; Pequeño

Ramo, gatito blanco; y Pequeña Hierba, una gatita castaña).

VETERANOS

NARIZ DE BIGOTES — gato marrón claro.
GENISTA — gata de color blanco y gris muy claro, de ojos azules.

CLAN DEL RÍO

LÍDER **COLA SALPICADA** — macho marrón atigrado.

LUGAR-TENIENTE **CORAZÓN DE BAYA —** gata blanca y negra.

CURANDERO **LUZ DE VAINA —** macho gris y blanco.

GUERREROS

COLA PALOMINA — gata blanca y gris oscuro.
NARIZ MALVA — gato marrón claro atigrado.
MANTO RELUCIENTE — gata plateada.
COLA DE LAGARTIJA — gato marrón claro.
NUBE DE ESTORNUDOS — gato gris y blanco.
MANTO DE HELECHOS — gata carey.
NARIZ DE NIEBLA — gris y blanca.
NARIZ DE BÚHO — gato marrón atigrado.
COLA DE GORRIÓN — gran macho marrón atigrado.
SALTO HUECO — gato negro.
GARRA DE AULAGA — gato blanco con orejas grises.
CIELO NOCTURNO — gata gris oscuro de ojos azules.
CORAZÓN DE BRISA — gata blanca y marrón.

APRENDIZ, ZARPA GRIS.

APRENDICES

ZARPA DE NEBLINA — atigrada carey y blanca.
ZARPA GRIS — atigrado plateado.

REINAS

MANTO REFUGIADO — gata negra y blanca (madre de Pequeña Liviana, gatita leonada; Pequeña Rauda, gatita gris y blanca; y Pequeño Trucha, gatito manchado marrón y blanco).

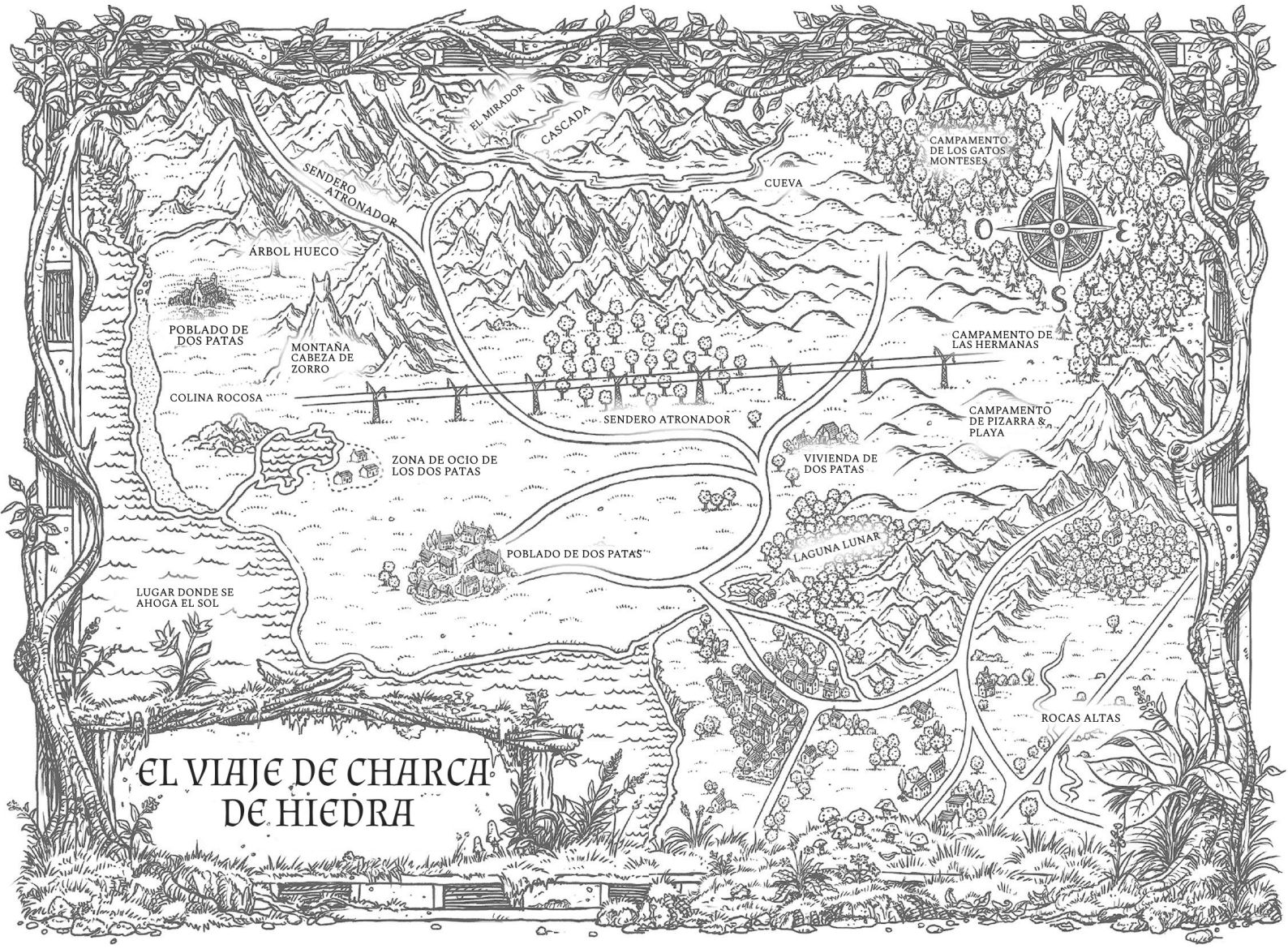
VETERANOS

MUSGOSA — gata blanca y carey.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

HUMAZO — gran gato gris y blanco que vive en el cercado de los caballos.
DALIA PEQUEÑA — gata carey y blanca, hija de Humazo.
CILANTRO — gato gris oscuro, hijo de Humazo.
ZARPA ESCARCHADA — gata gris claro de ojos azules.
ALA DE MARIPOSA — gata dorada moteada de ojos ámbar.
VESPERTINA — gata atigrada marrón.
NÍVEA — gata blanca de ojos azules.

MAPA


EL MIRADOR
CASCADA
SENDERO ATRONADOR
CUEVA
CAMPAMENTO DE LOS GATOS MONTESES
ÁRBOL HUECO
POBLADO DE DOS PATAS
MONTAÑA CABEZA DE ZORRO
CAMPAMENTO DE LAS HERMANAS
COLINA ROCOSA
SENDERO ATRONADOR
CAMPAMENTO DE PIZARRA & PLAYA
ZONA DE OCIO DE LOS DOS PATAS
VIVIENDA DE DOS PATAS
POBLADO DE DOS PATAS
LAGUNA LUNAR
LUGAR DONDE SE AHOGA EL SOL
ROCAS ALTAS
EL VIAJE DE CHARCA DE HIEDRA

PRÓLOGO

Soplaba un fuerte viento que hacía que a Zarpa Silbante le lloraran los ojos y le aplastara el pelaje contra los costados. Estaba de pie sobre una cresta rocosa, clavando con fuerza las garras en el escaso suelo mientras luchaba por mantener el equilibrio. Desde la vertiginosa altura, se quedó mirando una extensión interminable de agua, tan grande que no podía ver el otro lado.

«*¿Esto es lo que Corvino Plumoso llama el lugar donde se ahoga el sol?*», se preguntó, recordando las historias que el lugarteniente del Clan del Viento contaba sobre su viaje de hacía tantas temporadas atrás. Entonces reconoció inmediatamente el entorno. «*Otra vez… ya he tenido este sueño antes*».

La superficie del agua cambiaba continuamente, brillando a la luz del sol. Durante unos latidos, Zarpa Silbante la contempló, absorta en su belleza. Pero cuando bajó la mirada hacia donde el acantilado caía bajo sus patas, vio rocas afiladas que sobresalían del agua, y las olas se agitaban a su alrededor, salpicando el aire.

Luchando contra el pánico, Zarpa Silbante clavó las garras aún más fuerte, imaginándose a sí misma derribada de su precario agarre, agitándose indefensa en el aire antes de estrellarse contra las rocas y ser arrollada por las olas.

Entonces otro sonido penetró en sus oídos: las voces de unos cachorros llorando lastimeramente como si estuvieran pidiendo ayuda. Sus

gritos estaban distorsionados, mezclados con el ruido del viento y del agua, y resonaban a lo largo de toda la cresta.

Zarpa Silbante sintió que su corazón se inundaba de lástima. «*¿Dónde están?*», se preguntó. Miraba a su alrededor, pero no veía nada excepto el acantilado y la temible extensión de agua.

Antes de que pudiera empezar a buscar, una sensación aplastante se apoderó de ella. Sintió como si la estuvieran enterrando bajo un enorme peso de tierra. Aislada para siempre de la luz y el calor. Se sentía culpable, como si ella fuera responsable del peligro y el terror de los cachorros. «*¡Pero no es mí culpa!* —se lamentó en silencio—. *¡Nunca les haría daño!*».

Luchando contra la sensación. Zarpa Silbante seguía intentando averiguar de dónde procedían los gritos de los cachorros cuando una sombra cayó sobre ella. Levantó la mirada para ver espesas nubes que surcaban el cielo tan deprisa que la luz del sol se interrumpió en latidos. Retumbaban truenos sobre su cabeza y el viento la azotaba con ráfagas feroces. Un torrente de lluvia cayó del cielo, empapándole el pelaje de un momento al otro.

Entonces lo vio: un gato marrón atigrado que intentaba desesperadamente mantener el equilibrio en un estrecho saliente a la mitad del acantilado. El gato giraba la cabeza, intentando seguir a la dirección de los llantos de los cachorros, y Zarpa Silbante se dio cuenta de que el sofocante sentimiento de culpa procedía de él. «*Pero, ¿quién es?*».

De pronto, el atigrado dejó de buscar y la miró directamente con un propósito solemne en los ojos.

—Debes corregir el error —le dijo, su voz se elevaba por encima del clamor de la tormenta—. O se perderán para siempre.

«*¿Se perderán para siempre?* —se preguntó Zarpa Silbante—. *¿Corregir* qué *error? ¡Nunca había visto a estos gatos antes!*».

Cuando el gato terminó de hablar, un grito se elevó desde algún lugar en la distancia.

—¡Baja! ¡Baja!

Mirando más allá del gato atigrado, Zarpa Silbante divisó a un grupo de unos diez gatos de pie sobre un tramo de guijarros, a lo largo de la orilla del agua. Parecía el final de un sendero que se alejaba del agua por una brecha en el acantilado. Detrás de los gatos una cadena de colinas conducía al pie de una alta montaña. Al mirar hacia arriba, Zarpa Silbante pudo ver una cima calva y rocosa, con la forma de la cabeza de un zorro.

—¡La tormenta está empeorando! —otro del grupo aulló—. ¡Es ahora o nunca! Si te quedas, moriremos todos.

—¡Podemos volver por ellos! —chilló un tercer gato—. ¡Pero tenemos que irnos *ahora*!

Una vez más, Zarpa Silbante oyó las voces quejumbrosas de los cachorros. Ahora sonaban más cerca; divisó una cueva abierta en la pared del acantilado, solo una cola de distancia más abajo de donde ella estaba. ¿Estaban atrapados? Una horrible sensación se apoderó de ella. Recordó cuando hacía poco, Pequeña Hoja había quedado atrapada en la maternidad por la caída de un tronco. No había nada peor que el llanto asustado de un cachorro atrapado.

—¡Están aquí! ¡Justo aquí! *¡Ya voy!* —gritó, esforzándose por descender, buscando con las garras las grietas más pequeñas en la roca.

Pero cuando llegó a la cueva, Zarpa Silbante vio que estaba vacía, solo se extendía hacia atrás un par de colas. Y ahora el lastimero murmullo parecía provenir de algún lugar aun más bajo, debajo de una escarpada losa de roca que no ofrecía apoyo alguno.

La tormenta aún arreciaba a su alrededor, el viento le azotaba el manto. La lluvia la había empapado hasta la piel, y su pelaje húmedo le pesaba y le dificultaba el movimiento. Sentía que en cualquier momento una ráfaga de viento podría sacarla de la estrecha grieta a la que se aferraba y hundirla en el agua agitada.

Levantando la mirada, Zarpa Silbante vio que el grupo de gatos se estaba yendo. Habían emergido en lo alto de los acantilados y seguían un sendero que se adentraba en las colinas en dirección a la montaña cabeza de zorro. El gato atigrado, que iba en la retaguardia, se detuvo y miró por encima del hombro a Zarpa Silbante con una mirada afligida. Los cachorros seguían llorando y, a pesar del peligro, Zarpa Silbante se quedó atónita al ver que los gatos adultos los estaban dejando atrás.

Mientras Zarpa Silbante observaba a los gatos que se iban, las nubes sobre ellos parecieron marcharse. En la franja de cielo despejado, vio una maraña de enredaderas curvas que parecía encerrar una nube partida por un relámpago. No parecía real en absoluto, mucho más simple que nubes o enredaderas de verdad. Le recordó a las viejas marcas que los Dos Patas dejaban aquí y allá por el territorio del lago.

Se había hecho el silencio mientras Zarpa Silbante contemplaba el extraño símbolo, pero ahora nuevamente estallaron los lamentos de los cachorros, y esta vez parecían venir de justo encima de su cabeza.

—¡Ya voy! —gritó desesperadamente Zarpa Silbante, trepando hacia arriba.

Pero antes de que pudiera llegar al lugar donde creía oír los gritos, sus patas perdieron el agarre a la resbaladiza roca. Lanzó un chillido de terror al sentir que el viento la levantaba por los aires. Vislumbró las rocas puntiagudas mientras caía… y aterrizó ligeramente de pie en el suelo musgoso de un bosque. Su manto estaba seco; la tormenta torrencial y los gritos quejumbrosos de los cachorros se habían desvanecido.

«*¿Dónde estoy ahora?*».

Delante de Zarpa Silbante había un árbol extrañamente hueco, como si se hubiera quemado por dentro. Se quedó mirándolo unos instantes y luego se acercó a él. La cáscara exterior pareció envolverla y, de repente, se encontró en su interior, en medio de una densa oscuridad.

Cuando había tenido ese sueño antes, siempre había terminado allí, pero esta vez continuó. Poco a poco se fue disipando la oscuridad. Zarpa Silbante podía sentir aire fresco moviéndose a su alrededor y oír el suave chapoteo de las olas. Cuando la luz se hizo más intensa, se dio cuenta de que estaba de pie en la orilla del lago que le era familiar, de espaldas al agua, mientras el territorio del Clan del Río se extendía frente a ella. Esperó con todos los sentidos alerta, atenta a lo que el sueño intentaba decirle.

Un súbito aullido la sobresaltó y de pronto vio a Estrella Vaharina, la difunta líder del Clan del Río, salir de un montón de helechos y correr hacia ella. Tenía las mandíbulas muy abiertas de angustia.

—La deuda debe pagarse, o sino…

Zarpa Silbante se dio cuenta de que Estrella Vaharina no la estaba mirando a ella. En vez de eso, su mirada estaba fija en algo que había más allá de la aprendiza.

Al darse la vuelta, con el manto erizado de pánico, Zarpa Silbante vio el arroyo que bordeaba el campamento del Clan del Río, pero en lugar de las suaves olas del agua, la corriente era lenta, y un áspero sabor se apoderó de la parte posterior de la garganta de Zarpa Silbante.

El arroyo manaba sangre.

Capítulo 1

La noche seguía siendo oscura, aunque sobre el páramo del Clan del Viento el cielo palidecía con los primeros indicios del amanecer. Charca de Hiedra dejó escapar un suspiro mientras observaba los reflejos de las estrellas brillando en la superficie del lago.

«*Tantos espíritus guerreros, pero nunca el que anhelo ver*».

El gato agazapado a su lado se agitó un poco.

—Siempre que vengo aquí —empezó—, recuerdo la primera vez que vi a Escarcha Erizada. La vez que me caí por el hielo y ella me rescató. ¡Era muy valiente!

—Tienes razón, Brote de Raíz —contestó Charca de Hiedra—. Era una de las gatas más valientes que he conocido. Lo diría aunque no hubiera sido mi hija. Mi vida parece… hueca, sin ella. Sé que ya lo he dicho antes —añadió—. Pero simplemente parece que no puedo superarlo. Lo siento.

—No hay nada de que disculparse. Sé exactamente a lo que te refieres —Brote de Raíz coincidió—. Te pasa lo mismo que a mí, que sigo pensando en cómo, antes de que muriera, había decidido dejar mi Clan para poder estar con ella. Habríamos sido pareja, *deberíamos* haber sido pareja. Deberíamos haber tenido cachorros, y vivido nuestras vidas como guerreros hasta unirnos a los veteranos los dos juntos.

—Habrían tenido unos cachorros hermosos —murmuró Charca de Hiedra—. Puedo verlos ahora. Pequeños y valientes guerreros del Clan del Trueno, con el talento del Clan del Cielo para saltar y trepar. Pelajes de una mezcla de gris y amarillo, y los ojos azul verdoso de Escarcha Erizada. —

Tras un momento, añadió—: Brote de Raíz, quiero que sepas que me ayuda mucho encontrarme contigo aquí para hablar de Escarcha Erizada. No creo que nadie más que tú entienda lo que siento, ni siquiera su padre.

—A mí también me ayuda —Brote de Raíz maulló—. No sé qué pensarían nuestros Clanes si supieran que nos reunimos así, y la verdad, no me importa mucho. —Encorvó los hombros, mirando desafiante al frente como si se enfrentara a un acusador.

—Yo pienso lo mismo —le dijo Charca de Hiedra, con el corazón hinchado de afecto por el gato más joven—. Sé que debería avergonzarme decir esto, pero de alguna forma mi Clan ya no parece importante. Cuando era más joven, realmente anhelaba ser una gata importante que sirviera al Clan del Trueno. Pero ahora que Estrella de Esquiruela me eligió como su lugarteniente, no puedo sentirme emocionada al respecto. Es como si alguien me diera un jugoso pedazo de carne fresca, pero cuando lo muerdo, sabe a hojas marchitas. Todo parece carecer de sentido después de lo que le pasó a Escarcha Erizada.

—Comprendo. —La voz de Brote de Raíz estaba llena de simpatía cuando se volvió para mirar a Charca de Hiedra a los ojos—. Hay una gata del Clan del Cielo, Vuelo de Matraca, a la que parezco gustarle, pero la idea de tener una pareja que no sea Escarcha Erizada simplemente me parece ridícula. De alguna manera no puedo superarlo. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Charca de Hiedra, ¿acaso siempre nos sentiremos así?

—Creo que es muy difícil quitarnos de encima el dolor porque Escarcha Erizada murió en el Bosque Oscuro —replicó Charca de Hiedra, con el pecho adolorido—. Eso significa que se ha ido, se ha ido para siempre. Ni siquiera podemos esperar ver su espíritu en el Clan Estelar.

Charca de Hiedra sintió que un triste silencio los envolvía a ella y a Brote de Raíz. Mientras recordaba a su hija (su belleza, su gracia, su valor y su determinación), fue percibiendo poco a poco la robusta figura de Brote de Raíz que emergía de la oscuridad y, cuando miró hacia el lago, vio que la superficie del agua se volvía más cálida, hasta adquirir un brillo dorado. Al otro lado del lago, un resplandor de luz sobre el páramo le indicó que el sol estaba a punto de salir.

—¡Cagarrutas de ratón! —jadeó, poniéndose de pie de un salto—. ¡Llego tarde! Brote de Raíz, tengo que irme.

Mientras comenzaba a correr por el bosque, oyó que Brote de Raíz se despedía detrás de ella. Sus patas apenas tocaban el suelo mientras corría entre los árboles, esquivando zarzas y tallos secos.

Cuando llegó al campamento del Clan del Trueno, Charca de Hiedra

se deslizó por el túnel del arenero, con la esperanza de que nadie hubiera notado su ausencia. Era una esperanza vana. Parecía que la mayor parte del Clan estaba de pie en medio de la hondonada de piedra, moviendo las patas con impaciencia mientras esperaban a que ella asignara las patrullas.

—Lo lamento —jadeó mientras se detenía—. Creo que me comí un pedazo de carroña. Me sentí mal del estómago toda la noche.

Ninguno de sus compañeros de Clan parecía especialmente impresionado por su excusa. Charca de Hiedra no podía culparlos. Si realmente hubiera tenido dolor de estómago, habría ido con Glayo o Corazón de Aliso a pedir un poco de raíz de perifollo o una baya de enebro. Además, no era la primera vez que llegaba tarde a sus tareas por haber quedado con Brote de Raíz para hablar de Escarcha Erizada y llorar juntos.

—Bien —maulló, tratando de sonar eficiente—. Patrulla del alba: Betulón, tú la dirigirás, y llévate a Corazón de Lirio y a Látigo de Abejorro. Leonado, llévate una patrulla de caza con Nube de Tormenta y Raya de Acedera, y Manto de Chispas, tú dirige otra con Ramaje de Ramitas y Pelaje de Caracola.

Cuando los gatos que había nombrado empezaron a alejarse, Charca de Hiedra esperó tener un momento para recuperar el aliento, pero tuvo que reponerse cuando vio a Estrella de Esquiruela cruzando el campamento hacia ella. «*Oh, Clan Estelar, ¡ahora estoy en problemas!*».

Pero cuando Estrella de Esquiruela llegó hasta ella, no dijo nada de las patrullas tardías. Había una expresión de preocupación en los ojos verdes de su líder de Clan, y parecía haberse salteado su aseo matutino.

—¿Estás bien? —preguntó Charca de Hiedra.

—Casi no pude dormir —la líder respondió—. Estoy preocupada por Corazón Nocturno, Rayo de Sol y Zarpa Escarchada. Ya sabes que anoche fueron al Clan del Río a espiar a Cola Salpicada… bueno, no han vuelto. No sé dónde están.

A Charca de Hiedra se le revolvió el estómago de ansiedad. Aunque Cola Salpicada se había nombrado a sí mismo líder del Clan del Río, Zarpa Escarchada, la aprendiza de curandera del Clan, lo había acusado de intentar asesinarla. No todos creían que el Clan Estelar le había dado nueve vidas a Cola Salpicada. «*Yo desde luego que no».* No habría mucha esperanza para Zarpa Escarchada y los demás si Cola Salpicada los había atrapado en territorio del Clan del Río.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —preguntó.

—No lo sé —Estrella de Esquiruela respondió—. Yo quiero ir al Clan

del Río y desgarrar al manto sarnoso de Cola Salpicada con mis propias garras. Pero probablemente no sea el plan más sensato.

—No —coincidió Charca de Hiedra.

Conocía a Estrella de Esquiruela desde hacía mucho tiempo y sabía muy bien que la nueva líder del Clan del Trueno siempre estaba dispuesta a hablar o a actuar a favor de lo que consideraba correcto. Ahora que Estrella de Esquiruela había sido nombrada líder del Clan, tenía que aprender a moderar sus emociones, por muy difícil que le resultara.

—Los tres gatos son listos e ingeniosos —continuó ella—. Y Zarpa Escarchada conoce bien el Clan del Río. Creo que sería mejor esperar, en lugar de ir tras ellos y tal vez delatarlos. ¿Quién sabe lo que haría Cola Salpicada si los encontrara? Las cosas ya están bastante tensas entre los Clanes.

Estrella de Esquiruela asintió, flexionando las garras como si a pesar de estar de acuerdo siguiera impaciente por entrar en acción. Abrió las fauces, pero antes de que pudiera hablar se oyó un aullido de advertencia de Oreja de Clavelina, que estaba de guardia a la entrada del túnel de espinas.

Charca de Hiedra se giró hacia el ruido para ver a Bigotes Ululantes del Clan del Viento entrar al campamento, seguido de Cola Brecina y el curandero del Clan del Viento, Vuelo de Azor. Nube de Tormenta iba en la retaguardia, escoltando a los recién llegados.

—¡Estrella de Esquiruela! —exclamó Bigotes Ululantes, saltando por el campamento hasta llegar a la líder del Clan—. ¡Gracias al Clan Estelar que está despierta! —Inclino rápidamente la cabeza en señal de respeto—. Estamos aquí por un asunto urgente.

—Los encontramos esperando junto al arroyo fronterizo —Nube de Tormenta maulló, acercándose a su líder—. Dijeron que tenían que verte.

—Es importante —añadió Vuelo de Azor con una cortés inclinación de cabeza.

Estrella de Esquiruela dejó que su mirada se dirigiera a Charca de Hiedra y luego de regreso al curandero.

—Bueno, habla —maulló.

—Zarpa Silbante ha tenido una visión inquietante —Vuelo de Azor comenzó—. Al final de la misma se encontró de pie en la orilla del lago en el territorio del Clan del Río. Uno de los arroyos manaba sangre.

—¿No fue solo un mal sueño? —preguntó Charca de Hiedra.

El Clan Estelar sabía que ella misma había tenido muchas pesadillas desde la trágica muerte de Escarcha Erizada. Y Zarpa Silbante había sido

herida recientemente. «*¿Quizá eso le ha provocado sueños extraños?*».

Pero Vuelo de Azor negó con la cabeza.

—Sé que Zarpa Silbante es solo una aprendiza, pero sabe distinguir una visión verdadera de un sueño.

Charca de Hiedra pudo ver la creciente preocupación en los ojos de Estrella de Esquiruela, y se preguntó si un río de sangre en el Clan del Río podría significar que algo terrible le había ocurrido a los tres gatos desaparecidos. O tal vez estaba recordando una antigua profecía: «Antes de que haya paz, la sangre derramará sangre y el lago se tornará rojo». Esa profecía también se había centrado en el Clan del Río, y se había cumplido cuando Zarzoso mató a su hermano Alcotán y derramó su sangre en el lago. Un chillido de consternación surgió en la garganta de Charca de Hiedra, pero lo ahogó, no dispuesta a mostrar el menor signo de debilidad ante los gatos de otro Clan.

—¿Y qué quieres que hagamos? —le preguntó Estrella de Esquiruela a Vuelo de Azor.

—Voy a convocar una reunión de emergencia con los curanderos en la Laguna Lunar esta noche —explicó el gato del Clan del Viento—. Por favor, ¿podrías avisarle a Glayo y Corazón de Aliso?

—¿Necesitas hablar con ellos? —Estrella de Esquiruela preguntó.

Vuelo de Azor negó con la cabeza.

—No, tengo prisa por visitar a los otros Clanes. Solo transmite el mensaje, por favor.

—Lo haré. —Estrella de Esquiruela asintió enérgicamente—. Estarán allí sin duda.

Los gatos del Clan del Viento se despidieron, y Nube de Tormenta los escoltó fuera del campamento. Estrella de Esquiruela los vio partir, dejando escapar un suspiro, medio exasperado, medio ansioso.

—¿Qué crees que significa eso? —preguntó ella—. Es un momento terrible. Los Clanes ya tienen muchos problemas con Cola Salpicada.

—Tal vez esto se *trata* de Cola Salpicada —sugirió Charca de Hiedra, reprimiendo un escalofrío de miedo por los gatos que no habían vuelto—. Tal vez la visión de Zarpa Silbante nos lleve a algún tipo de plan para encargarnos de él. Después de todo, vio un arroyo de sangre en el Clan del Río. No se puede ser mucho más claro que eso.

—Espero que tengas razón. —Estrella de Esquiruela no parecía esperanzada—. Pero no creo que sea el caso.

* * *

Aquella noche, Charca de Hiedra se removió, inquieta, en su lecho. A su alrededor podía oír la suave respiración de los gatos dormidos; su pareja, Canción de Frondas, estaba acurrucado junto a ella, con la cola apoyada en su hombro. Una profunda paz llenaba la guarida de los guerreros.

El lecho de Charca de Hiedra era grueso y suave, hecho de musgo y helechos, pero bien podría haber estado intentando dormir en un zarzal por todo el descanso que estaba consiguiendo. Al final se dio por vencida, se alejó suavemente de Canción de Frondas y se deslizó por entre las ramas exteriores de la guarida de los guerreros para contemplar las estrellas.

Se preguntó qué se sentiría saber que alguien a quien habías amado y perdido estaba allá arriba, en el cielo. Charca de Hiedra nunca había perdido a alguien tan amado. Sus dos padres seguían vivos; también su pareja, su hermana Ala de Tórtola (aunque se había ido al Clan de la Sombra para estar con Estrella de Tigre), y su mentora Carbonera. No estaba segura de si la desesperación con la que lloraba a Escarcha Erizada se debía a la forma en que había muerto, perdida para siempre en el Bosque Oscuro, o si una pérdida siempre se sentía así. Pero si ese era el caso, ¿cómo hacían los demás para superar una pérdida? ¿Serían capaces de percibir cuál de los brillantes puntos de luz era el gato al que lloraban? «*Eso sería reconfortante, pero para mí no hay consuelo. Escarcha Erizada no está ahí arriba. No está en ninguna parte*».

En su mente, Charca de Hiedra podía imaginar a su brillante cachorra, siempre tan valiente, tan leal, tan dispuesta a entregarse a su Clan. ¿Por qué no le había impedido ir al Bosque Oscuro a luchar contra el impostor Cenizo? Ahora se estremeció, recordando su propio tiempo allí, en el Lugar Sin Estrellas, espiando para su Clan. Ella había sabido lo peligroso que era.

El recuerdo de un enjuto gato marrón se alzó frente a ella, con ojos ámbar acusadores. Hormiguero. Ella lo había despertado de su sueño cuando había sido gravemente herido por Garra de Cardo, con la esperanza de que pudiera sanar en el mundo de los vivos. Pero sus heridas se infectaron, y volvió al Bosque Oscuro como un espíritu. Allí, Charca de Hiedra se había visto obligada a matarlo para demostrar su lealtad, y eso debía significar que él también se había perdido para siempre. A veces aún creía poder oler su sangre en sus patas. «*¡Y envié a Escarcha Erizada allí! ¡¿Cómo pude ser tan estúpida?!*».

Mientras el amargo recuerdo la invadía, Charca de Hiedra oyó un

movimiento detrás de ella y se giró a tiempo para ver a su pareja, Canción de Frondas, saliendo de la guarida, con su pelaje amarillo pálido a la luz de la luna. Se acercó a ella y le lamió la oreja.

—¿Ya volvieron los curanderos? —preguntó.

Charca de Hiedra negó con la cabeza.

—Todavía no.

—Me pregunto qué significa la visión de Zarpa Silbante —musitó Canción de Frondas—. Un río de sangre… Eso debe tener algo que ver con el Clan del Río. Ya ha habido más que suficiente sangre derramada por allí.

—Tal vez.

Sorprendida, Charca de Hiedra se dio cuenta de que no estaba tan preocupada por el sueño de Zarpa Silbante. No parecía tener mucho que ver con ella. Toda su ansiedad era por sus compañeros de Clan y por Zarpa Escarchada, que aún no habían regresado.

Canción de Frondas permaneció en silencio a su lado mientras Charca de Hiedra volvía a levantar la cabeza para mirar las estrellas.

—¿Estás pensando en Escarcha Erizada? —preguntó al cabo de un rato.

—Siempre estoy pensando en Escarcha Erizada —Charca de Hiedra contestó.

Canción de Frondas dudó un momento.

—Yo también pienso a menudo en ella —maulló él al fin—. Pero estoy preocupado por ti, Charca de Hiedra. Estás tan consumida por el dolor que de alguna manera ya no estás… no estás realmente aquí en la vida del Clan.

La furia se apoderó de Charca de Hiedra. ¿Cómo podía Canción de Frondas esperar que dejara de lado su dolor por Escarcha Erizada tan fácilmente? ¿Acaso *él* lo había hecho? Necesitó todo su autocontrol para no lanzarse contra su pareja, gruñirle y arañarlo.

—¡No lo entiendes! —le espetó.

Canción de Frondas la miró largamente, parpadeando con compasión. A pesar de su respuesta enojada, solo había amor en sus ojos.

—Tal vez no. Sé cuánto extraño a Escarcha Erizada. Pero no sé lo que tú sientes. —Hizo una pausa, ladeando la cabeza—. ¿Brote de Raíz lo entiende? —preguntó finalmente.

Al oír sus palabras, el enojo de Charca de Hiedra se desvaneció como agua en tierra seca. «*¿Sabe de mis encuentros con Brote de Raíz?*». Nunca le había dicho a Canción de Frondas que se escabullía por la noche para

encontrarse con el pretendiente de Escarcha Erizada. La conmoción la mantuvo en silencio, y miró a Canción de Frondas con las mandíbulas abiertas.

—Te he visto varias veces salir a escondidas del campamento justo antes del amanecer —continuó su pareja, con la mirada tranquila—. Así que una noche te seguí. Sé que te reúnes con Brote de Raíz para hablar de tu dolor.

Charca de Hiedra tragó saliva y recuperó la voz.

—¿Estás enojado conmigo?

—No. —La voz de Canción de Frondas fue suave y cariñosa—. Confío en ti, Charca de Hiedra. Pero ojalá tú hubieras confiado en mí lo suficiente como para decírmelo. Y… no me molesta que hables con alguien más sobre tu dolor, pero no estoy seguro de que eso los esté ayudando a ninguno de los dos a dejarlo ir.

—¿«Dejarlo ir»? —repitió Charca de Hiedra, y su enojo brotó nuevamente—. ¿Acaso tú dejaste ir tu dolor, Canción de Frondas? ¡Porque si eso hiciste, es prueba de que Escarcha Erizada no te importa lo suficiente!

—Recuerda que yo ayudé a cuidar a Escarcha Erizada en la maternidad cuando era una cachorra. —La voz de Canción de Frondas fue moderada y uniforme—. La amaba mucho. Recuerdo todos y cada uno de los pelos de su manto. Recuerdo cómo le gustaba jugar a la pelota de musgo, y lo orgullosa que estaba cuando cazó su primer ratón. La extraño más de lo que puedo expresar. Pero se ha ido, y tenemos que encontrar la manera de vivir el presente.

Charca de Hiedra no sabía cómo contestar. No estaba segura de si quería arañarle las orejas a Canción de Frondas o apretarse contra él y llorar como una cachorra perdida.

Antes de que pudiera decir nada, vio movimiento en la boca del túnel de espinas, y Corazón de Aliso salió al claro, con Glayo pisándole los talones. Tenían los hombros caídos y arrastraban las colas por el polvo del suelo del campamento, como si estuvieran completamente agotados.

Estrella de Esquiruela debía de haber estado observando desde la Cornisa Alta, porque en cuanto aparecieron los curanderos, bajó saltando por las rocas caídas para reunirse con ellos en medio del campamento. Aunque estaban demasiado lejos como para que Charca de Hiedra pudiera oír lo que decían, era evidente que la líder estaba interrogando con impaciencia a los curanderos.

Charca de Hiedra lanzó una última mirada de inseguridad a Canción

de Frondas, que asintió suavemente, con la mirada llena de amor y comprensión. Entonces se acercó al grupo.

Cuando llegó hasta ellos, seguían brotando preguntas de Estrella de Esquiruela como un río crecido.

—¿De qué se trató la reunión? ¿Qué vio exactamente Zarpa Silbante? ¿Y qué tan grave es la situación?

Charca de Hiedra creyó ver derrota en las cabezas y bigotes caídos de los curanderos, en cada pelo de sus mantos.

—Es grave —contestó Corazón de Aliso—. Lo suficientemente grave como para destrozar a los Clanes si no hacemos algo.

CAPÍTULO 2

La luna brillaba cuando Estrella de Esquiruela encabezó la marcha a través del territorio del Clan del Viento de camino a la isla de la Asamblea. Los dos curanderos la seguían, y Charca de Hiedra iba en la retaguardia. El aire estaba quieto; la luz de la luna trazaba un camino reluciente a través del lago, y los guerreros del Clan Estelar se reflejaban irregularmente en la superficie oscilante del agua. A Charca de Hiedra le parecía que era una noche para encontrar un lugar cómodo donde sentarse y disfrutar de la pacífica belleza, no para reunirse a discutir el significado de una visión de sangre.

«*Pero Estrella de Lebrón ha convocado una Asamblea de emergencia* —pensó con aprensión—, *así que tenemos que estar allí. Tal vez ahora descubramos lo que realmente está pasando*».

La noche anterior, cuando Corazón de Aliso y Glayo habían regresado de la Laguna Lunar, Estrella de Esquiruela los había llevado a su guarida. Charca de Hiedra se había sentido frustrada por no haber sido invitada a unírseles; había regresado a su lecho con Canción de Frondas y por fin había conseguido dormir un poco, aunque fue un sueño perturbado.

A la mañana siguiente, Estrella de Esquiruela le había explicado lo que habían entendido ella y los curanderos.

—Tiene algo que ver con gatos olvidados y desaparecidos del Clan Estelar —había maullado la líder del Clan—. Corazón de Aliso y Glayo piensan que está relacionado con un peligro para los Clanes, y tenemos que hacer algo al respecto de inmediato.

Charca de Hiedra no entendía. Todo sonaba muy vago; si esos gatos habían sido olvidados y habían desaparecido, ¿cómo era posible saber algo de ellos? Sabía que si los curanderos estaban preocupados, ella también debería estarlo, pero estos días le costaba pensar mucho en el Clan Estelar o en el Bosque Oscuro, a no ser que fuera para pensar en la terrible forma en que había muerto Escarcha Erizada.

Cuando los gatos del Clan del Trueno estaban pasando por el cercado de los caballos, Charca de Hiedra divisó a los gatos del Clan del Viento delante de ellos. Estrella de Lebrón dirigía la marcha a través del árbol puente, seguido de Vuelo de Azor y Zarpa Silbante. El lugarteniente del Clan del Viento, Corvino Plumoso, con su pelaje gris oscuro apenas visible en la oscuridad, esperaba al final del puente, escudriñando los espesos arbustos del territorio del Clan del Río, hasta que sus compañeros de Clan estuvieron a salvo al otro lado; entonces brincó ligeramente tras ellos.

Estrella de Lebrón y Estrella de Esquiruela apenas habían tenido tiempo de saltar al Gran Roble cuando se oyó un crujido en los arbustos que rodeaban el claro y Estrella de Tigre se abrió paso. Patas de Trébol, la lugarteniente del Clan de la Sombra, lo seguía, junto con los curanderos Charca Brillante y Visión de Sombra. Charca de Hiedra se sorprendió al ver que había alguien más con ellos: Ala de Tórtola, la pareja de Estrella de Tigre, la hermana de la propia Charca de Hiedra, que había abandonado el Clan del Trueno para estar con Estrella de Tigre.

«*Me alegra verla. Tal vez podamos hablar más tarde*».

—Más vale que esto valga la pena —gruñó Estrella de Tigre cuando saltó al árbol.

—Créeme, lo valdrá —Estrella de Lebrón respondió, con la boca torcida sombríamente.

El Clan del Cielo seguía de cerca a los gatos del Clan de la Sombra, y Charca de Hiedra vio que Estrella de Hojas también había traído gatos extra con ella: Brote de Raíz y la joven guerrera Vuelo de Matraca, una elegante gata dorada atigrada. La guerrera se acomodó cerca de Brote de Raíz; Charca de Hiedra no pudo evitar fijarse en su mirada enamorada, y recordó lo que Brote de Raíz le había dicho junto al lago. Brevemente se apoderó de ella una punzada de compasión por Vuelo de Matraca, enamorada de un gato que nunca podría corresponder a sus sentimientos.

Estrella de Hojas saltó para unirse a los otros líderes, mientras que su lugarteniente, Ala de Halcón, ocupó su lugar en las raíces del roble, junto a Corvino Plumoso y Patas de Trébol. Charca de Hiedra se adelantó y

encontró un lugar junto a los demás. Pelaje de Pecas y Copo Inquieto del Clan del Cielo se sentaron cerca de ellos, con los otros curanderos.

Charca de Hiedra podía ver que varios gatos intercambiaban miradas confundidas y oía murmullos molestos.

—¿Por qué estamos haciendo esto cuando aún tenemos que ocuparnos del lío con Cola Salpicada? —preguntó Corvino Plumoso, lo bastante alto como para que lo oyeran los líderes.

Varios gatos se voltearon hacia él para ver su pelaje erizado y su expresión de enojo, pero ninguno respondió.

—He convocado esta Asamblea debido a una visión que tuvo Zarpa Silbante —Estrella de Lebrón anunció, abriendo el acto.

—Un momento —interrumpió Estrella de Hojas—. ¿No deberíamos esperar al Clan del Río?

Estrella de Tigre dio un azote con la cola.

—¡Por el Clan Estelar!

—No creo que el Clan del Río venga —señaló Corazón de Aliso desde donde estaba sentado con los otros curanderos—. Ala de Mariposa y Luz de Vaina no estuvieron anoche en la reunión de curanderos.

—Sea lo que sea que esté pasando en el Clan del Río —Pelaje de Pecas añadió—, parece como si Cola Salpicada los estuviera alejando del resto de nosotros.

Estrella de Lebrón asintió, moviendo la cola con frustración.

—Cuando envié a mis gatos a invitar al Clan del Río a esta Asamblea, volvieron convencidos de que Estrella Salpicada no iba a enviar a nadie.

Charca de Hiedra se encogió al oír a Estrella de Lebrón hablar de Cola Salpicada como si fuera un líder verdadero y aprobado por el Clan Estelar, pero tuvo que recordarse a sí misma que algunos gatos lo aceptaban; Estrella de Lebrón no querría que la reunión se disolviera en disputas.

—Entonces tenemos un problema —espetó Glayo—. Lo que nos va a decir Vuelo de Azor afecta a todos los Clanes.

—Entonces será mejor que Vuelo de Azor hable —Estrella de Tigre gruñó.

Vuelo de Azor se levantó junto a los demás curanderos.

—Esta no es mi historia, no me corresponde contarla —maulló—. Mi aprendiza, Zarpa Silbante, ha tenido el mismo sueño desde hace varias noches, y hace un par de noches contenía lo que parecía una advertencia para los Clanes. Zarpa Silbante, cuéntale a todos lo que soñaste.

La aprendiza se levantó; estaba un poco encorvada, aún tenía el pelaje manchado de cataplasmas y telarañas de las heridas que se había hecho

intentando rescatar a una cachorra durante una tormenta reciente. Su pelaje atigrado estaba ligeramente erizado por la tensión. Charca de Hiedra creyó que parecía completamente abrumada por encontrarse dirigiéndose a tantos gatos importantes.

—Soñé que estaba de pie en lo alto de un acantilado durante una tormenta —empezó—. En el fondo había una enorme extensión de agua, supuse que era el lugar donde se ahoga el sol, y el agua se agitaba alrededor de rocas puntiagudas. Podía oír unos cachorros lloriqueando y pidiendo ayuda, pero no pude encontrarlos El sonido parecía venir de diferentes direcciones. Me sentí terriblemente culpable.

—¿Por qué habrían cachorros fuera en una tormenta? —preguntó Patas de Trébol, con los ojos muy abiertos por la lástima—. ¿Dónde estaba su madre?

—No lo sé —Zarpa Silbante respondió—. Pero había otro gato, un macho, intentando subir al acantilado y buscarlos, y me di cuenta de que era su culpa la que yo estaba sintiendo. Entonces otros gatos al pie del acantilado lo llamaron para que volviera, y todos se fueron. Se dirigían a una montaña con una cima parecida a la cabeza de un zorro.

—¡Conozco esa montaña! —exclamó Estrella de Tigre, fijando una mirada de asombro en Zarpa Silbante—. En un día despejado se puede ver desde aquí. Ala de Tórtola y yo pasamos por allí cuando volvíamos del gran Poblado de Dos Patas donde nacieron nuestros hijos.

Ala de Tórtola asintió.

—Me acuerdo.

—Cuando los gatos se estaban yendo, vi una imagen extraña en el cielo —continuó Zarpa Silbante—. Era como una nube con…

—Dibújala en el suelo —interrumpió Charca Brillante—. Así como la dibujaste para nosotros en la Laguna Lunar.

Zarpa Silbante se adentró en el centro del claro hasta encontrar una extensión de tierra. Charca de Hiedra se acercó para ver cómo la aprendiza dibujaba rápidamente en el suelo con las garras. «*Una nube con un relámpago y algunas enredaderas* —pensó—. *Raro…*».

—¿Qué rayos es eso? —preguntó Estrella de Tigre—. Es como las señales que ponen los Dos Patas a veces. Los gatos no hacen eso.

—Porque tenemos mejores señales que esas —Corvino Plumoso señaló, irritado—. Olores. Huellas.

—Cierto. No forma parte de nuestras costumbres en absoluto —Brote de Raíz coincidió—. Así que, ¿qué puede tener que ver con los Clanes?

—El sueño no terminó ahí —contestó Zarpa Silbante—. El viento me arrojó por el acantilado, ¡me dio muchísimo miedo! Pero en vez de caer al agua, aterricé en un bosque. Había un árbol enorme que parecía quemado por dentro. Me encontré dentro de él, y entonces estaba aquí, en la orilla del lago, en territorio del Clan del Río. Luego vi al espíritu de Estrella Vaharina. —Hizo una pausa cuando los gatos reunidos jadearon—. Ella aulló: «La deuda debe pagarse, o sino…».

—¿O sino qué? —preguntó Estrella de Esquiruela.

Zarpa Silbante negó con la cabeza.

—Eso fue todo lo que dijo. Y fue entonces cuando vi que el arroyo manaba sangre.

—No me gusta cómo suena eso —maulló Corazón de Aliso, preocupado—. Claramente es una advertencia.

—Y con todo lo que está pasando —Estrella de Tigre añadió, flexionando las garras como si anhelara acción—, quizá esté insinuando que todo acabará mal para los Clanes.

Charca de Hiedra miró a los gatos reunidos mientras un silencio se apoderaba de la multitud. Algunos agacharon la cabeza y varios intercambiaron expresiones de preocupación con sus compañeros de Clan. Los hombros de Charca de Hiedra se tensaron mientras se preguntaba qué podía significar que todo "acabara mal". «*¿Qué podría ser peor que lo que ya ha ocurrido en el Clan del Río?*».

—A mí también me preocupó —Vuelo de Azor admitió—, y por eso anoche convoqué la reunión de emergencia de curanderos. Estuvimos todos, menos Ala de Mariposa y Luz de Vaina, y tuvimos una visión compartida del Clan Estelar. Nos dijeron que no fueron ellos los que le enviaron la visión a Zarpa Silbante.

—¡¿No?! —Estrella de Hojas habló bruscamente—. Entonces, ¿de dónde vino?

—Nadie lo sabe —respondió Vuelo de Azor—. Ni siquiera el Clan Estelar. Estaban tan confundidos como nosotros ante la idea de que una visión pudiera venir de otro lugar. Y una vez que Zarpa Silbante describió su sueño, empezó a preocuparles que hubiera algún tipo de amenaza a la que los Clanes nos enfrentáramos, pero no pudieron entender la visión porque ellos no la enviaron.

—Imagínense la situación: el Clan Estelar enfrentado a una visión que no pueden entender. —La voz de Glayo tenía un toque de sarcasmo—. Tal vez ahora sepan cómo nos sentimos.

Charca de Hiedra tuvo que reprimir un bufido de risa; Glayo tenía razón en que los Clanes se habían sentido desconcertados temporada tras temporada por profecías vagas del Clan Estelar.

—Esto suena más peligroso con cada palabra que dicen —maulló Ala de Halcón, el lugarteniente del Clan del Cielo, sin prestarle atención a Glayo.

—Y se pone peor —Vuelo de Azor respondió—. Algunos de los espíritus guerreros más viejos nos dijeron que había algo familiar en el sueño de Zarpa Silbante, aunque no podían recordar los detalles. Y reconocieron el símbolo que dibujó. Les dio una sensación terrible, aunque no supieron explicar por qué.

—¿Pero *por qué* no pudieron? —Estrella de Tigre tenía las garras clavadas en la rama donde estaba agazapado; por su aspecto, Charca de Hiedra pensó que se le estaba por agotar la paciencia.

—Estrella Alta nos recordó que no todos los gatos de Clan siguen formando parte del Clan Estelar —continuó Vuelo de Azor—. Solo aquellos que son recordados por los gatos vivos. Nadie está seguro de lo que ocurre con los demás. Estrella Alta sugirió que el símbolo, y la visión, podrían referirse a algo que ninguno de los gatos existentes del Clan Estelar puede recordar. Por los cachorros llorando y el sentimiento de culpa que sintió Zarpa Silbante, Estrella Alta sospechó que podría tratarse de algo que han decidido olvidar. Algún tipo de error que tiene que ser remediado.

Estrella de Hojas asintió lentamente, como si empezara a entender.

—Eso ya pasó una vez —señaló—. Cuando el Clan del Cielo fue expulsado del viejo bosque. Los cuatro Clanes restantes se sentían tan culpables que ni siquiera querían pensar en lo que habían hecho.

—Tienes razón en eso, Estrella de Hojas —Estrella de Esquiruela coincidió—. Pero esto no es exactamente lo mismo. Estrella de Fuego fue en su búsqueda para restaurar al Clan del Cielo, pero los Clanes del bosque nunca estuvieron bajo amenaza.

—Y ahora sí lo están —continuó Vuelo de Azor—. Estrella de Viento se reunió con nosotros, y cree que el río de sangre podría ser una advertencia de lo que sucederá si ignoramos el mensaje. Gatos de todos los Clanes reconocieron el símbolo, y los espíritus del Clan Estelar creen que todos los Clanes son necesarios para enmendar el error.

El silencio se apoderó de los gatos reunidos cuando Vuelo de Azor se sentó, habiendo finalizado su informe. Charca de Hiedra podía ver que muchos de ellos tenían la misma expresión de desconcierto, como si se

preguntaran si los líderes debían enviar gatos a una misión, pero ¿a dónde y qué se suponía que hicieran? «*¿Deberíamos buscar el lugar del sueño de Zarpa Silbante?* —se preguntó—. *¿O dibujar el símbolo para cada gato que veamos, y esperar que alguno lo reconozca?*».

—Bueno, Estrella de Lebrón —maulló finalmente Estrella de Esquiruela—, ¿cuál es tu plan para hacer frente a esto?

—He estado pensando en ello desde que Zarpa Silbante informó de su visión —respondió el líder del Clan del Viento—. Y creo que ella debería formar parte de un pequeño grupo que vaya a investigar, para intentar encontrar el lugar que vio en su visión.

Varios gatos soltaron aullidos de asombro e incredulidad.

—¡Eso es una locura! —exclamó Ala de Halcón—. Ni siquiera sabrían lo que están buscando.

Pero Charca de Hiedra sintió de repente un cosquilleo de emoción en las almohadillas. «*Una búsqueda en territorios por descubrir… lejos del lago y de todo lo que conocemos… ¡eso sí que sería una aventura!*».

—¿Estos siquiera son gatos de Clan? —Estrella de Tigre preguntó—. Ese símbolo podría significar cualquier cosa.

—Como si no tuviéramos ya bastantes problemas propios —murmuró Corvino Plumoso.

—Tal vez deberíamos esperar hasta que las visiones de Zarpa Silbante sean más claras —Patas de Trébol sugirió.

—Hace tiempo que estoy teniendo estas visiones —Zarpa Silbante sonaba mucho más segura ahora—. Estoy segura de que alguien me las está enviando. Y con la advertencia del arroyo que mana sangre, parecen más urgentes que nunca. Quizá si encuentro el lugar, todo se aclare. —Sus ojos se abrieron de par en par, brillando de asombro—. ¿Quizá los gatos que han sido olvidados hace mucho tiempo puedan volver a ser recordados?

Charca de Hiedra respiró hondo y su corazón se aceleró al oír las palabras de Zarpa Silbante. «*¡Bola de pelo estúpida!*», se reprendió a sí misma un latido después. Escarcha Erizada no había sido *olvidada*. Ojalá el problema fuera ese. No, Escarcha Erizada simplemente se había ido. Sin embargo, lo que Zarpa Silbante había dicho le produjo a Charca de Hiedra una sensación de ligereza en el pecho. Era una sensación extraña, y se dio cuenta de que estaba experimentando algo que no había sentido en lunas: esperanza. Si los gatos que habían sido olvidados podían volver al Clan Estelar, ¿quién sabe qué más era posible? «*Tal vez no entendemos* todo *lo que hay que saber sobre el Bosque Oscuro…*».

—Eso es lo que dijo el Clan Estelar anoche —maulló Glayo—. Líderes, puedo asegurarles a todos ustedes que *esto es real*. Aunque los guerreros del Clan Estelar no recordaban qué significaba el símbolo, ni quiénes eran estos gatos, estaban muy seguros de que *deberían* recordarlo. Si enviamos gatos a una misión, sería para eso: averiguar qué pasó y devolverle la memoria al Clan Estelar.

—¿Te refieres a devolver a los gatos que vivieron eso, al gato macho y sus compañeros, al Clan Estelar? —Estrella de Hojas preguntó.

Glayo asintió.

—Eso también funcionaría. Lo que está claro es que tenemos que *hacer algo*.

—¿O qué? —preguntó Ala de Halcón.

—O el río manará sangre —Glayo le espetó—. Gran Clan Estelar, ¿tienes cardos en las orejas? Tal vez no habrá sangre como tal en el arroyo, pero, ¿quieres arriesgarte a averiguar qué significa la señal?

Ala de Halcón no dijo nada más, pero dejó escapar un gruñido desde lo más profundo de su pecho.

—No es exactamente difícil imaginar que se derrame sangre sobre un río —señaló Patas de Trébol; su tono fue tranquilo y práctico en comparación a la irritación de ambos machos—. No si consideramos como están las cosas entre los Clanes ahora mismo.

«*Cola Salpicada*», pensó Charca de Hiedra, sacando las garras.

—Para mí está claro lo que significa la amenaza —Patas de Trébol continuó—. Si no descubrimos lo que les pasó a esos cachorros, y qué deuda tenemos los Clanes… entonces parece que las cosas se pondrán mucho peor para nosotros antes de que puedan mejorar. Tal vez ni siquiera habrá cinco Clanes que discutan sobre cosas como esta nunca más.

Las palabras de Patas de Trébol fueron recibidas por un silencio pensativo; nadie hizo más objeciones. Charca de Hiedra trató de imaginar cómo sería el lago sin cinco Clanes, y no pudo hacerlo. Parecía haber pasado mucho tiempo desde que el Clan del Cielo llegó para unírseles. Los problemas que su llegada había causado ya se habían resuelto, y ahora realmente pertenecían allí.

El silencio se prolongó hasta que por fin Visión de Sombra habló.

—Las advertencias del Clan Estelar, o de dondequiera que provenga la visión de Zarpa Silbante —maulló suavemente—, rara vez llegan en momentos *buenos*. Pero eso no significa que no deban tomarse en serio.

—Visión de Sombra tiene razón —declaró Estrella de Lebrón—. Sugiero que enviemos a un gato de cada Clan a encontrar el lugar con el

que sueña Zarpa Silbante. Y ya que la misión parece implicar restaurar el recuerdo de gatos olvidados, podría ser bueno que cada uno de los gatos que elijamos tenga experiencia con los terrenos de caza del Clan Estelar o con el Bosque Oscuro.

Un murmullo de acuerdo se extendió entre los gatos reunidos.

—¿Por qué no enviamos a las Luces en la Niebla? —sugirió Ala de Halcón.

En cuanto el gato habló, Ala de Tórtola se adelantó, poniéndose delante de Visión de Sombra de manera protectora.

—*Jamás* voy a aceptar eso —declaró con firmeza, mirando fijamente a Estrella de Tigre.

—Soy un curandero adulto y completamente entrenado —señaló Visión de Sombra—. No soy un cachorro.

—Siempre serás mi cachorro —maulló Ala de Tórtola, irritada—. No dejaré que vayas, fin de la discusión. Fue un milagro que salieras del Bosque Oscuro, y de *ninguna* forma voy a correr el riesgo de perder a otro de mis hijos.

Miró a su alrededor como retando a cualquier gato a desafiarla, y su mirada se encontró con la de Charca de Hiedra. Charca de Hiedra quiso mostrar su compasión, sabiendo que su hermana debía de estar pensando en Pequeño Serbal, fallecido muy recientemente por una enfermedad, pero además de dolor pudo ver ansiedad en los ojos de Ala de Tórtola. «*Yo también soy una madre que perdió a una hija. Ala de Tórtola debe temer haberme hecho acordar de Escarcha Erizada*». Charca de Hiedra deseó poder decirle a su hermana que no necesitaba que le hicieran acordar. No había momento en que no pensara en Escarcha Erizada. «*Está bien*», pensó, y le hizo una pequeña inclinación de cabeza a Ala de Tórtola.

Ala de Tórtola le devolvió el gesto y se volvió hacia la Asamblea.

—Si necesitas a un gato del Clan de la Sombra, Estrella de Tigre, envíame a mí. Zarpa de Betulo ya es un aprendiz; puedo dejarlo con seguridad. Y luché contra el primer Estrella de Tigre y los gatos del Bosque Oscuro en la Gran Batalla.

—No estoy seguro de toda esta expedición —Estrella de Tigre gruñó; sus ojos ambarinos fulminaron a su pareja—. Y mucho menos de enviarte a ti.

—¿Quieres que los demás Clanes digan que el Clan de la Sombra se negó a unirse? —Ala de Tórtola le espetó en respuesta—. ¿O que el líder del Clan de la Sombra utiliza su poder para proteger a su familia?

«*Solo la pareja de Estrella de Tigre se atrevería a hablarle así*», pensó Charca de Hiedra.

El líder del Clan de la Sombra dudó solo un momento más.

—Muy bien —refunfuñó—. No me dejarás en paz hasta que ceda.

Ala de Tórtola se sentó, moviendo la cola con satisfacción.

Aún pensando en lo que habían dicho los curanderos sobre restaurar a gatos olvidados, y en el pequeño rescoldo de esperanza por Escarcha Erizada que le quedaba, Charca de Hiedra encontró su voz.

—Estrella de Esquiruela también tiene experiencia con el Clan Estelar y el Bosque Oscuro, pero como líder del Clan del Trueno, tiene demasiadas responsabilidades. Yo soy su lugarteniente, así que deberían enviarme en lugar de mi líder. Además —añadió, sintiendo de nuevo ese leve cosquilleo de emoción—, yo entrené en el Bosque Oscuro. Si por casualidad acabamos allí, sé exactamente cómo es.

«*Y tal vez* —pensó para sí— *estar de nuevo en el Bosque Oscuro podría hacerme sentir más cerca de Escarcha Erizada. Si llega el caso*».

—Tienes razón, Charca de Hiedra —Estrella de Esquiruela maulló, mirándola desde su rama con expresión de aprobación—. Gracias. Puedes representar al Clan del Trueno.

A Charca de Hiedra le alegró que su líder estuviera de acuerdo. Y aunque no había pensado más allá de la necesidad inmediata del Clan al ofrecerse voluntaria, ahora se daba cuenta de que la misión era exactamente lo que *ella* necesitaba: la oportunidad de alejarse de casa durante un tiempo, dejar atrás los fantasmas del pasado y demostrar su valor y compromiso con su Clan. «*Y quizá pueda averiguar algo que me ayude a aceptar lo que le pasó a Escarcha Erizada*».

—Yo quiero ir —declaró Brote de Raíz, levantándose e inclinando la cabeza hacia Estrella de Hojas, que estaba sentada en su rama por encima de él—. Soy la mejor opción del Clan del Cielo. También he experimentado el Bosque Oscuro, y a veces puedo ver espíritus de gatos cuyas patas no los han llevado al Clan Estelar. Eso podría ser útil.

—Es cierto. Tienes permiso —contestó Estrella de Hojas.

Un cálido resplandor se despertó en lo más profundo de Charca de Hiedra al pensar que Brote de Raíz, el gato que comprendía tanto lo que ella sentía, formaría parte de la expedición. También estaría con su hermana, lo que sería bueno, ya que generalmente tenían muy poco tiempo para estar juntas ahora que estaban en Clanes diferentes. Por fin había algo que le hacía ilusión. Además, en esta búsqueda podría finalmente lograr

dejar atrás los fantasmas del pasado y volver a demostrar su valor ante su Clan.

Mientras tanto, Corvino Plumoso se levantó brevemente de donde estaba sentado en las raíces del roble.

—Yo estaría dispuesto a ir —maulló—, pero Clan del Viento ya tiene un representante. Zarpa Silbante *tiene* que ir. —Le hizo un gesto de respeto a la joven curandera y volvió a sentarse.

Zarpa Silbante le devolvió el gesto.

—Por supuesto, yo representaré al Clan del Viento —declaró—. Pero hay una cosa que aún me preocupa. Para cambiar el futuro donde el río mana sangre, estoy segura de que se necesitan *cinco* gatos, uno de cada Clan. Eso es lo que cree el Clan Estelar.

—¡Yo podría ser la quinta gata! —exclamó alegremente Vuelo de Matraca, lanzándole una mirada de adoración a Brote de Raíz—. ¡Los dos haríamos un gran equipo!

Brote de Raíz hizo una mueca, mientras Charca de Hiedra ponía los ojos en blanco. «*¿Qué parte de "un gato de cada Clan" no entiende?*».

—Gracias por la oferta, Vuelo de Matraca —respondió Estrella de Lebrón, sonando como si le costara mantenerse cortés—. Pero el quinto gato debe venir del Clan del Río.

Vuelo de Matraca retrocedió, pareciendo abatida.

—Yo mismo viajaré al Clan del Río —continuó el líder del Clan del Viento—. E intentaré convencer a Estrella Salpicada. Pero si no puedo, tendremos que esperar poder arreglárnoslas sin el Clan del Río.

«*¿Y si no podemos?*», se preguntó Charca de Hiedra, pero no lo dijo en voz alta.

—Así que tenemos cuatro gatos —Estrella de Esquiruela anunció—. Charca de Hiedra del Clan del Trueno, Brote de Raíz del Clan del Cielo, Zarpa Silbante del Clan del Viento, y Ala de Tórtola del Clan de la Sombra. Partirán mañana. Y que el Clan Estelar ilumine su camino.

—Deberían encontrarse en la Laguna Lunar —aconsejó Estrella de Tigre—. Si es la misma montaña, ya habrán recorrido parte del camino.

Cuando Estrella de Lebrón dio por terminada la Asamblea, Charca de Hiedra se acercó a Ala de Tórtola.

—Me alegra que vayas —maulló.

Ala de Tórtola entrechocó narices con ella.

—A mí también me alegra. Adiós por ahora, y nos vemos pronto.

* * *

—Gracias por ofrecerte. —Estrella de Esquiruela aflojó el paso para caminar junto a Charca de Hiedra mientras se dirigían de vuelta al territorio del Clan del Trueno, a través de la orilla del lago.

—Me alegra representar al Clan del Trueno —Charca de Hiedra respondió.

En privado estaba pensando que le vendría bien algo de tiempo para sí misma, lejos de su Clan. Y tal vez al tratar de averiguar más acerca de estos gatos olvidados, podría acercarse al recuerdo de la gata que jamás olvidaría: Escarcha Erizada.

CAPÍTULO 3

El cielo palidecía hacia el amanecer cuando Charca de Hiedra salió de la guarida de los guerreros y se puso de pie, sacudiéndose los restos de lecho del manto. El aire era fresco, y el frío le recordó que la estación sin hojas estaba por llegar. Ahora que había llegado el momento, sus patas ansiaban ponerse en camino.

Charca de Hiedra se giró al oír un crujido detrás de ella y vio a Oreja de Clavelina y a Garra Volteada (sus hijos y los hermanos de camada de Escarcha Erizada) abriéndose paso fuera de la guarida.

—¿En serio te vas? —Oreja de Clavelina preguntó. Su ansiedad se veía claramente en sus ojos bien abiertos.

—Tengo que hacerlo —contestó Charca de Hiedra, entrechocando narices con Garra Volteada y luego con Oreja de Clavelina—. Los Clanes me necesitan.

—Pero *nosotros* te necesitamos —Garra Volteada objetó—. Es peligroso ahí fuera. No ha pasado mucho tiempo desde que perdimos a Escarcha Erizada. No podemos soportar la idea de perderte a ti también.

—Puedo cuidar de mí misma —les aseguró Charca de Hiedra, obligándose a sonar confiada. El profundo dolor que sentía al dejar a los hijos que le quedaban era más difícil de soportar que la preocupación por cualquier peligro que pudiera encontrarse en su viaje—. Y Canción de Frondas los ha cuidado desde que eran cachorros. Estarán bien mientras no estoy.

Oreja de Clavelina y Garra Volteada intercambiaron una mirada, claramente negados a creerle.

—Te extrañaremos muchísimo —maulló Oreja de Clavelina.

—Yo también los extrañare —Charca de Hiedra respondió—. Pero lo que tienen que hacer es ser los mejores guerreros que puedan ser. Apoyen a su Clan, y volveré antes de que se den cuenta.

Garra Volteada asintió.

—Lo haremos. Lo prometemos.

El aroma de Canción de Frondas le llegó a la nariz cuando él también salió de la guarida de los guerreros.

—Charca de Hiedra tiene razón —le dijo a sus hijos—. Cuando su madre se haya ido, saldremos los tres a cazar. Veremos si podemos atrapar alguna presa realmente buena para nuestros compañeros de Clan.

Para alivio de Charca de Hiedra, la sugerencia pareció ayudar a los gatos jóvenes a animarse.

—Sé que estarán bien contigo —le dijo a Canción de Frondas—. Eres un gran padre.

Canción de Frondas dejó escapar un breve y cariñoso ronroneo.

—Ten cuidado en tu viaje —maulló—. Espero que encuentres lo que buscas.

Charca de Hiedra intuyó que su pareja no solo hablaba del símbolo y los cachorros de la visión de Zarpa Silbante. Le estaba diciendo que quería que ella encontrara una manera de lidiar con su dolor por Escarcha Erizada para que no la abrumara. «*Le importo. Y me comprende*».

Charca de Hiedra enroscó la cola con la de Canción de Frondas.

—Te amo —murmuró—. Y lo intentaré.

Tras despedirse por última vez de los tres gatos, Charca de Hiedra se dio la vuelta y vio a Estrella de Esquiruela haciéndole señas desde donde estaba, cerca de la guarida de curanderos. Carbonera estaba a su lado con una mirada extraña, medio insegura, medio decidida.

—Charca de Hiedra —comenzó Estrella de Esquiruela mientras ella acercaba—, le pedí a Carbonera que sea mi lugarteniente temporal mientras tú estás fuera. He pensado que las dos deberían tener una charla sobre cuáles son las tareas.

Charca de Hiedra no estaba segura de lo que pensaba al respecto. Tenía sentido que Estrella de Esquiruela necesitara a alguien más que actuara como lugarteniente, sobre todo cuando no tenía ni idea de cuánto tiempo Charca de Hiedra estaría fuera, pero se sintió repentinamente mal

ante la idea de que alguien más tomara su papel. ¡Y qué extraño era instruir a su exmentora sobre cómo ser lugarteniente!

—Estoy segura de que Carbonera ya conoce las tareas —maulló; luego, consciente de lo agria que sonó, se esforzó por ser generosa y añadió—: Será una gran lugarteniente.

—Gracias, Charca de Hiedra. —Carbonera se dio un lametón de pena en el pecho—. Supongo que lo principal son las patrullas matutinas y vespertinas.

—Sí, y también las patrullas de caza. —Charca de Hiedra se estremeció por dentro al recordar cuántas veces había llegado tarde últimamente—. Y vigila el montón de carne fresca, por si necesitas más patrullas de caza a lo largo del día.

—¿Y las guaridas las revisas? —preguntó Carbonera—. Sé que los aprendices son los responsables de los lechos, y que sus mentores les dicen que lo hagan, pero, ¿te aseguras de que efectivamente lo hagan?

Charca de Hiedra trató de recordar cuándo había sido la última vez que había revisado otra guarida que no fuera la suya.

—Sí, de vez en cuando —respondió—. Lo otro, por supuesto, es hacer cualquier cosa que Estrella de Esquiruela te pida, y hacerte cargo del campamento si ella tiene que ausentarse. Y apoyarla en momentos difíciles. Parece que ahora mismo estamos viviendo uno de esos —añadió.

Carbonera asintió con firmeza.

—Haré lo que pueda.

«*Seguro que sí* —Charca de Hiedra pensó—. *Pareces más motivada a ser lugarteniente que yo últimamente*».

Luchó con la horrible idea de que Estrella de Esquiruela prefiriera mantener a Carbonera como su lugarteniente incluso cuando ella regresara de su búsqueda, pero se obligó a alejarla. «*Tengo que concentrarme en la misión que me encomendaron*».

—Entonces está decidido —Estrella de Esquiruela maulló, con satisfacción en la voz—. Estoy segura de que harás un buen trabajo, Carbonera, y siempre puedes preguntarme si no estás segura de algo.

Mientras la líder del Clan hablaba, Corazón de Aliso apareció de detrás de las zarzas que protegían la guarida de los curanderos, con un envoltorio de hojas en las mandíbulas.

—Hierbas de viaje —anunció, dejando el envoltorio de hojas delante de Charca de Hiedra—. Las vas a necesitar.

—Gracias —contestó Charca de Hiedra, inclinándose para lamer las hojas. Hizo una mueca por el sabor amargo, pero sabía lo agradecida que estaría por la fuerza que le darían las hierbas—. Eso sí que ayudará.

—Acedera, margarita y pimpinela, por si necesitas encontrar más por el camino —le dijo Corazón de Aliso.

Charca de Hiedra volvió a darle las gracias, aunque no estaba segura de si recordaría, o siquiera de si sería capaz de reconocer las distintas hojas. Entonces recordó que no le haría falta, ya que una curandera iría con ellos.

Inclinando la cabeza en señal de despedida, se dirigió hacia el túnel de espinas.

Estrella de Esquiruela se había dirigido allí y la estaba esperando.

—Charca de Hiedra, hay algo que tengo que decirte antes de que te vayas —empezó la líder del Clan—. Te elegí como lugarteniente porque me impresionaban tus cualidades de liderazgo, tu motivación y tu valor. Pero últimamente no pareces tú misma, y para ser honesta, no has hecho un gran trabajo apoyándome en todo este problema con Cola Salpicada.

—Lo siento… —comenzó Charca de Hiedra.

—Comprendo tu dolor —Estrella de Esquiruela continuó, como si Charca de Hiedra no la hubiera interrumpido—. Pero como lugarteniente del Clan no puedes permitirte ceder ante él. Espero que utilices este tiempo para recapacitar, y para averiguar cómo puedes dejar atrás el pasado.

A Charca de Hiedra se le erizaron de vergüenza todos y cada uno de los pelos del manto. No se había dado cuenta de la claridad con la que Estrella de Esquiruela había visto la forma en que había dejado de lado sus deberes, o cómo su mente no había estado centrada en su Clan y sus problemas.

—Lo siento, Estrella de Esquiruela —maulló humildemente—. Prometo que lo intentaré.

—Sé que lo harás —le dijo enérgicamente su líder—. Y te estaré apoyando. Que el Clan Estelar ilumine tu camino. Y ojalá vuelvas a casa sana y salva.

Charca de Hiedra estaba al pie de la ladera rocosa que conducía a la Laguna Lunar. Había dejado atrás el territorio de los Clanes y caminaba por el páramo; ya faltaba poco para el mediodía. Una fuerte brisa barría nubes blancas a través del cielo azul. A pesar de la larga caminata y del

pasto seco del páramo, duro para sus almohadillas, Charca de Hiedra sentía que la energía la recorría desde las orejas hasta la punta de la cola; estaba lista para cualquier cosa que la aventura les trajera.

Desde lo alto de la ladera le llegaron olores de varios gatos, y Charca de Hiedra se dio cuenta de que sus compañeros de viaje ya la estaban esperando. Subió de roca en roca hasta llegar al exterior de la hilera de arbustos que ocultaba la hondonada de la Laguna Lunar.

Zarpa Silbante y Ala de Tórtola estaban sentadas juntas al refugio de los arbustos, mientras Brote de Raíz caminaba impaciente de un lado a otro. El gato se detuvo al ver a Charca de Hiedra.

—¡Ahí estás! —exclamó—. Ahora podemos ponernos en marcha.

—¿No hay nadie del Clan del Río? —preguntó Charca de Hiedra, consternada, aunque no le sorprendió que Cola Salpicada no hubiera enviado a ningún representante.

Zarpa Silbante negó tristemente con la cabeza.

—Cola Salpicada ni siquiera le permitió a Estrella de Lebrón entrar al territorio del Clan del Río —explicó ella—. Y no estoy segura de que nuestra misión pueda tener éxito si solo somos nosotros cuatro. El Clan Estelar parecía creer que la deuda que tienen los Clanes solo puede ser saldada si todos los Clanes trabajan juntos.

—Sería más fácil si supiéramos cuál es la deuda —señaló Brote de Raíz—. ¿Qué podrían deberles nuestros Clanes a los gatos de tu visión, Zarpa Silbante?

—No lo sé. —Zarpa Silbante dio un azote con la cola, frustrada—. Nunca he visto a esos gatos antes

—Tal vez los Clanes alguna vez le hicieron algo malo a los gatos de la visión —Charca de Hiedra sugirió—. Tal vez somos de alguna manera responsables de que los cachorros hayan sido abandonados.

Zarpa Silbante parpadeó, con la mirada perturbada.

—Odiaría pensar que eso fuera cierto —murmuró—. Me encantaría saber más.

Ala de Tórtola rozó simpáticamente el costado de Zarpa Silbante con la cola.

—De todas formas, no tenemos más opción que irnos con solo cuatro Clanes representados —señaló—. No es como si pudiéramos secuestrar a un gato del Clan del Río.

—Lo sé. —Zarpa Silbante bajó las orejas, abatida—. Solo desearía entender mejor lo que estamos tratando de hacer. ¡Quienquiera que esté enviando esta visión, es tan vago como el Clan Estelar!

Charca de Hiedra se adelantó y tocó con su nariz la de Zarpa Silbante.

—Estoy segura de que con el tiempo descubrirás más cosas al respecto —tranquilizó a la aprendiza—. ¡Tienes una gran conexión con el Clan Estelar!

—Sí, estás dando tu mejor esfuerzo —Ala de Tórtola añadió—. Todo saldrá bien.

Charca de Hiedra se encontró con la mirada de Ala de Tórtola mientras su hermana terminaba de hablar. «*Ambas somos madres; parece muy natural consolar a una gata joven*».

—Entonces pongámonos en marcha. —Brote de Raíz señaló con la cola—. Ala de Tórtola, ¿esa es la montaña de la que hablaba Estrella de Tigre?

Mirando en la dirección que señalaba el gato, Charca de Hiedra pudo ver la montaña; estaba tan lejos, más allá del ondulado páramo, que parecía diminuta, pero se vería claramente sobre el horizonte. Su cima parecía la cabeza de un zorro.

—Esa es —maulló Ala de Tórtola—. La recuerdo de nuestro viaje de regreso del gran Poblado de Dos Patas.

—Y se parece a la montaña de mi visión. —Zarpa Silbante sonaba más optimista—. ¡Nunca pensé que podría verla tan pronto!

Ala de Tórtola encabezó el descenso por la ladera rocosa y se dirigió por el páramo en dirección a la montaña. Aunque pronto perdieron la montaña de vista entre los pliegues del páramo, Ala de Tórtola siguió avanzando con confianza, y era fácil comprobar su dirección por el sol. Charca de Hiedra empezó a disfrutar de la libertad de los espacios abiertos y de la sensación del viento en su pelaje. Aún mejor era saber que estaba haciendo algo por su Clan, y tal vez por todos los Clanes, ahora y en el futuro.

No se habían alejado mucho de la Laguna Lunar cuando Brote de Raíz se detuvo de repente.

—¡Escuchen! —siseó.

Charca de Hiedra aguzó las orejas, pero no pudo oír nada más que el viento y el canto de una alondra por encima de sus cabezas.

—¿Qué crees haber oído? —preguntó Ala de Tórtola.

—Algo… alguna criatura está atravesando los juncos —respondió el gato amarillo—. Ya se detuvo.

Mirando a su alrededor, Charca de Hiedra pudo ver innumerables matas de juncos donde pequeños arroyos surcaban el páramo o huecos en donde se acumulaban charcos. La brisa hacía vibrar las copas de los

juncos; tal vez fuera eso lo que Brote de Raíz había oído. Si realmente había algún tipo de criatura, podría estar en cualquier parte.

«*Tal vez sea un gato* —pensó, reprimiendo un escalofrío al darse cuenta de que podría haber gatos que intentaran detenerlos—. *¿A Cola Salpicada le enojó que hayamos salido en esta búsqueda?*». Ella lo creería capaz de cualquier tipo de violencia si quisiera que la búsqueda fracasara.

Abrió las fauces para saborear el aire, pero al instante Brote de Raíz negó con la cabeza.

—Estaba detrás de nosotros —dijo—. Con el viento a favor.

—Bueno, tal vez ya se fue —maulló Ala de Tórtola—. Pongámonos en marcha.

La gata gris volvió a tomar la delantera, pero ahora todos tenían los sentidos alerta, preparados para percibir el más mínimo rastro de un olor desconocido o el más leve sonido que pudiera delatar a su perseguidor. No habían pasado muchos instantes cuando Charca de Hiedra oyó el golpeteo de un pequeño guijarro, como si una pata lo hubiera desprendido mientras la criatura los seguía. Sus compañeros también lo oyeron.

—¡Sí que hay algo! —exclamó Zarpa Silbante.

Ala de Tórtola entrecerró los ojos y miró a su alrededor.

—Hay zorros en este páramo —comentó.

—Seguro que a un zorro lo podríamos percibir, aunque tuviera el viento a favor —contestó Brote de Raíz—. ¡Esas criaturas apestan!

—Es un gato, entonces… ¿quizá sea un proscrito? —Charca de Hiedra sugirió.

—Sea lo que sea, nos está acechando. Tendremos que enfrentarnos a él.

Ala de Tórtola se volvió hacia la dirección de donde procedía el sonido.

—Brote de Raíz, Charca de Hiedra, vengan y quédense a mi lado. Zarpa Silbante, quédate atrás. Déjanos espacio a los guerreros.

Zarpa Silbante dejó escapar un murmullo de protesta, pero se retiró unos pasos. Los otros tres gatos permanecieron juntos, mirando hacia la dirección por la que habían venido.

Flexionando las garras, Charca de Hiedra se preparó para pelear. No tenía ni idea de lo que podría estar acechando en este páramo, tan lejos del territorio de los Clanes. Ni siquiera podían estar seguros de que hubiera una sola criatura. Mientras se preparaba para iniciar sus movimientos de combate, tuvo una visión repentina de sí misma y de sus compañeros tendidos sobre el áspero pasto del páramo, mientras su sangre se

derramaba a borbotones en el suelo. «*Con que uno solo de nosotros resulte gravemente herido, ya tendremos que volver* —pensó, reprimiendo un escalofrío—. *Nuestra búsqueda se echará a perder*».

A Charca de Hiedra le latía fuertemente el corazón. Ahora sí que oía el ruido de pasos apresurados. Vio un destello blanco entre las ramas retorcidas de un espino. Entonces, una enjuta gata blanca con un rostro puntiagudo y unos brillantes ojos azules salió a la luz. Charca de Hiedra soltó un gruñido de alivio; los gatos que estaban a su lado lanzaron jadeos de asombro y Zarpa Silbante soltó un chillido de alegría.

—¡Nívea! —exclamó Charca de Hiedra.

La guerrera del Clan del Río se acercó saltando y se detuvo frente a ellos.

—¡Por fin los alcancé! —jadeó.

Brote de Raíz se adelantó y miró a Nívea de arriba abajo.

—¿Qué rayos está pasando? —preguntó—. ¿Cola Salpicada te envió?

El pelaje de Nívea se erizó de indignación.

—¿Ese manto sarnoso? ¡No, claro que *no*!

Charca de Hiedra le dio un codazo al gato del Clan del Cielo.

—¡Brote de Raíz! ¿Tienes abejas en el cerebro? Nívea nunca ha apoyado a Cola Salpicada.

Brote de Raíz encorvó los hombros.

—Lo siento.

Mientras tanto, Zarpa Silbante se acercó correteando y entrechocó narices con la recién llegada.

—¡Ahora somos cinco! —maulló con alegría—. ¡Uno de cada Clan!

—Pero, ¿cómo te…? —Ala de Tórtola empezó.

—Dame un momento. —Nívea se sentó y acomodó las patas debajo de su cuerpo—. Bien —continuó cuando recuperó el aliento—, tienen que saber que Ala de Mariposa, Vespertina y yo llevamos días viviendo en el exilio. Cola Salpicada se está volviendo cada vez más violento; estábamos seriamente alarmadas por la forma en que se estaba comportando, así que una noche huimos del campamento del Clan del Río.

Charca de Hiedra intercambió una mirada impactada con Ala de Tórtola.

—¿Abandonaste a tu Clan? ¡Pero si siempre has sido muy leal al Clan del Río! Estoy atónita.

Nívea negó tristemente con la cabeza.

—Ninguna de nosotras quería irse. Me dolió, créanme. Pero el Clan del Río de Cola Salpicada ya no es mi Clan. Y las tres nos hemos puesto

en peligro al intentar hablar en su contra. De hecho, Rayo de Sol, Corazón Nocturno y Zarpa Escarchada nos dijeron que Cola Salpicada le ha ordenado a sus seguidores que nos maten si nos ven.

—¿Vieron a Corazón Nocturno y a los demás? —preguntó Charca de Hiedra; en su ansia de noticias apenas le salían las palabras—. ¿Están bien?

—Sí —contestó Nívea—. Nos están ayudando a mantenernos a salvo. Por eso supe de su misión.

—¿Qué paso? —Brote de Raíz preguntó, estirando el cuello con ansias, como si eso le ayudara a oír mejor.

—Nos llevaron al Clan de la Sombra ya que Ala de Mariposa necesitaba tratamiento para una infección. —De algún modo, el escueto enunciado hizo que Charca de Hiedra se diera cuenta aún más claramente de lo dura que debía de ser la vida para las tres gatas—. Estrella de Tigre nos habló de la búsqueda, y de que se necesitaba un gato del Clan del Río. Entonces decidí unírmeles.

—Pero, ¿cómo supiste dónde encontrarnos? —preguntó Ala de Tórtola.

—Estrella de Tigre mencionó que se encontrarían en la Laguna Lunar —Nívea explicó—. Pero cuando llegué, ya se habían ido, así que tuve que seguir su rastro. Y aquí estoy.

—¡Muchísimas gracias! —exclamó Zarpa Silbante—. Estamos muy agradecidos, especialmente cuando las cosas están tan terribles en tu Clan.

Nívea soltó un pequeño ronroneo e inclinó la cabeza hacia la joven curandera.

—Me pareció importante —contestó—. Y significa que el Clan del Río puede ocupar su lugar con los demás Clanes, a pesar de todo lo que pueda hacer Cola Salpicada. —Su voz se endureció—. ¡*Jamás* nos va a destruir!

Charca de Hiedra sintió un renovado optimismo cuando los cinco gatos se pusieron en marcha nuevamente. Ahora que Nívea estaba con ellos, por fin estaban siguiendo las instrucciones del Clan Estelar. Tal vez aún no supieran qué era lo que debían hacer, pero al menos sus patas los guiaban por el camino correcto.

El día permaneció despejado, y cuando llegaban a la cima de cada ladera del páramo aún podían ver la diminuta silueta de la montaña cabeza de zorro, oscura contra el cielo azul. No parecía acercarse, pero se alzaba inconfundiblemente sobre el horizonte.

Luego de un rato, Ala de Tórtola dejó que Brote de Raíz tomara la delantera y se echó hacia atrás para caminar junto a Charca de Hiedra.

—Sabes que lamento mucho lo que le pasó a Escarcha Erizada —su hermana maulló—. ¿Cómo te sientes? Ha pasado tiempo, pero nunca hemos tenido la oportunidad de hablar de ello.

«*¿Cómo crees que me siento?*», Charca de Hiedra se mordió las salvajes palabras.

—No quiero hablar de ella —consiguió responder—. Lo siento.

—Pero podría ayudarte. —La voz de Ala de Tórtola estaba llena de simpatía—. Guardártelo todo no puede ser bueno para ti. —Como Charca de Hiedra seguía sin responder, añadió—: Sé cuánto duele perder un hijo.

Charca de Hiedra hizo una mueca de dolor, luchando por no soltar un gimoteo de rabia y dolor mixtos.

—Siento que hayas perdido a Pequeño Serbal. —Tuvo que forzar cada palabra—. No fue hace mucho tiempo, así que aún debe de ser muy doloroso para ti. ¿Cómo te sientes tú?

—Sueño con él todas las noches —Ala de Tórtola confeso—. Y siento que debe haber habido *algo* que yo podría haber hecho para mantenerlo con vida. Me ayuda mucho salir en esta búsqueda. Me da algo más en lo que pensar.

Charca de Hiedra asintió. La experiencia de Ala de Tórtola se parecía mucho a la suya… aunque con una notable diferencia. Ala de Tórtola sabía que volvería a ver a Pequeño Serbal en el Clan Estelar.

—Cierto —dijo suavemente.

«*¿Podemos dejar el tema ya, por favor?*».

Pero Ala de Tórtola no parecía entender.

—Dime, ¿en qué estás pensando? —instó a Charca de Hiedra, con los ojos rebosantes de preocupación—. ¿Te sientes identificada con lo que dije? ¿Qué es lo que realmente sientes?

«*Muy bien, tú lo pediste*». Charca de Hiedra respiró hondo y dijo:

—Ala de Tórtola, siento muchísimo que hayas perdido a Pequeño Serbal. Pero perder a un cachorro enfermo, un cachorro con el que algún día te reunirás en el Clan Estelar, es diferente a perder a una gata adulta que apenas estaba empezando a ser una guerrera. Una gata que ya no existe en ninguna parte… que simplemente se ha *ido*.

En cuanto las palabras salieron de su boca, Charca de Hiedra sintió un dolor y remordimiento que la rasguñaron como una enorme garra. «*Por más que sea verdad, ¡qué insensibilidad decirle eso a una madre en duelo! Ala de Tórtola se pondrá furiosa conmigo, y me lo merezco*».

Pero la voz de Ala de Tórtola fue tranquila.

—Probablemente tengas razón —maulló, tocando con la nariz la oreja de Charca de Hiedra—. Es diferente. Ambas hemos sufrido una pérdida terrible, pero quizá yo no entienda realmente por lo que estás pasando. No puedo hacerlo, a menos que me hables.

—Lo siento, pero no puedo —Charca de Hiedra suspiró—. Sé que estás intentando ayudar. Pero no puedo hablar de ella contigo. No aún.

Ala de Tórtola le tocó la oreja una vez más.

—Cuando estés lista, estaré aquí —prometió.

El corazón de Charca de Hiedra estaba lleno de amor por su hermana, pero aun así se sintió aliviada cuando Ala de Tórtola aceleró el paso para unirse a Brote de Raíz, que se volvió hacia ella con una ronroneo acogedor.

—Noté lo rápido que Vuelo de Matraca se ofreció de voluntaria para unirse a esta misión. —El tono de Ala de Tórtola ahora era burlón—. Y vi cómo te mira. Como teoría, diría que está enamorada de ti.

Charca de Hiedra casi pudo sentir la vergüenza de Brote de Raíz. «*Ala de Tórtola no está teniendo mucho tacto hoy, ¿verdad?*».

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta —gruñó el gato del Clan del Cielo.

Charca de Hiedra movió los bigotes, divertida. Brote de Raíz le había mencionado el enamoramiento de Vuelo de Matraca el otro día; ahora obviamente intentaba hacer que a Ala de Tórtola perdiera el interés en el tema. Pero tuvo que admitir que se sentía aliviada de que no estuviera interesado en la joven gata. Si alguna vez cambiaba de opinión, no sabía si alegrarse por él o sentir que había traicionado a Escarcha Erizada.

A medida que los gatos avanzaban, el páramo fue dando paso a colinas más empinadas que conducían a la montaña cabeza de zorro. Charca de Hiedra pensó que por fin la montaña estaba creciendo un poco.

Pero mientras pasaba el día, empezaron a acumularse nubes, cubriendo el sol y oscureciendo su visión. El paisaje de la estación de la caída de la hoja era estéril, y había pocos puntos de referencia que pudieran utilizar para guiar sus pasos. Incluso una o dos guaridas de Dos Patas habrían sido útiles, pero no había ni rastro de Dos Patas.

Brote de Raíz continuó tenazmente el camino cuesta arriba, pero al descender a un desfiladero poco profundo con un arroyo parlanchín en el fondo, Nívea se detuvo.

—El arroyo vira en esa dirección —señaló, inclinando las orejas—, pero, ¿no deberíamos seguir recto?

—Me dirijo a ese grupo de árboles que hay justo delante —le dijo Brote de Raíz—. Los vimos a lo lejos antes de que bajaran las nubes.

—¿Estás seguro? —Ala de Tórtola preguntó—. Esos son hayas, pero yo creí que los otros eran pinos.

Brote de Raíz dejó escapar un suspiro.

—Sinceramente, no estoy seguro —admitió.

—Entonces deberíamos detenernos antes de perdernos por completo —maulló Nívea.

—Este no es un mal lugar para descansar —Charca de Hiedra declaró, mirando alrededor. Había arbustos espesos junto al arroyo, rocas para refugiarse e incluso algunos helechos secos que podían utilizar como lechos—. ¿Por qué no acampamos aquí? Todos necesitamos comer y descansar, y de todos modos pronto oscurecerá.

—Buena idea —aceptó Nívea—. Siento que se me caen las patas.

—De acuerdo, eso haremos —Ala de Tórtola decidió—. Brote de Raíz, tú y yo cazaremos. Charca de Hiedra, tú y Nívea pueden encontrar un buen lugar para acampar, y Zarpa Silbante, tú puedes empezar a recolectar helechos.

—Y esperemos que mañana el cielo esté despejado —añadió Brote de Raíz.

Aunque sus compañeros habían acordado detenerse, Charca de Hiedra percibió una molestia soterrada, una inquietud por seguir con su búsqueda. «*Pero a mí no me importa* —pensó mientras buscaba entre los arbustos un buen lugar para hacer una guarida temporal—. *Cuanto más dure esta búsqueda, más tiempo tendré para enderezarme… y para intentar averiguar cómo seguir adelante en un mundo sin Escarcha Erizada*».

Capítulo 4

Charca de Hiedra asomó la cabeza desde la guarida bajo el arbusto de saúco y miró hacia el cielo. Una nube gris lo cubría, al igual que el día anterior, y el día anterior a ese. Ella y sus compañeros habían estado atrapados en su campamento junto al arroyo durante tres amaneceres y todavía no parecía haber esperanza de continuar. La montaña cabeza de zorro permanecía oculta, las nubes estaban tan bajas que cubrían la cima.

De las ramas del saúco cayó fría agua de lluvia sobre el manto de Charca de Hiedra mientras se abría paso hacia afuera, y se detuvo para darse una sacudida a fondo. No ayudó. Charca de Hiedra no podía recordar la última vez que su pelaje se había sentido realmente seco.

A unos pocos pasos de distancia, al borde del arroyo, Brote de Raíz se encontraba agachado, presionándose contra el suelo. Estaba tan quieto que por un instante a Charca de Hiedra se le detuvo el corazón al creer que podría estar muerto, hasta que vio el subir y bajar de su pecho, y el movimiento ocasional de su cola.

Se acercó a él.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

Brote de Raíz suspiró y se sentó.

—Estaba tratando de conectarme con la tierra, como me enseñaron las Hermanas —explicó—. Pensé que eso podría darnos una idea de qué camino deberíamos tomar. —Dejó escapar otro suspiro—. Pero no está funcionando.

Charca de Hiedra reflexionó que por mucho que le agradara y admirara a Brote de Raíz, tenía algunos hábitos muy extraños, heredados de su padre aun más extraño, Árbol, el mediador del Clan del Cielo. Árbol había nacido en un grupo de gatas llamadas las Hermanas antes de unirse al Clan del Cielo para estar con su pareja, Violeta Brillante. Todas hembras, las Hermanas creían que se comunicaban con los espíritus de los gatos muertos, y que los machos emparentados con ellas podían comunicarse con la tierra. Tanto Árbol como Brote de Raíz habían usado sus poderes para ayudar a los Clanes en el pasado; Charca de Hiedra comprendió que Brote de Raíz estaba tratando de ayudarlos ahora.

Y sí que necesitaban ayuda. Al principio no le había importado que tuvieran que parar, pero ahora la inactividad forzada le estaba agotando la paciencia. Todos se sentían frustrados e inquietos. Aunque Charca de Hiedra no estaba muy segura de lo que Brote de Raíz había intentado hacer, lamentaba que hubiera fallado.

—Al menos lo intentaste —maulló.

Estaba mirando fijamente las nubes, deseando que se desintegraran y revelaran un cielo despejado, cuando se dio cuenta de que Ala de Tórtola había emergido de la guarida y la estaba mirando fijamente.

—¿Tienes algo en mente? —preguntó Charca de Hiedra.

—¿Podemos hablar en privado? —Ala de Tórtola preguntó.

Charca de Hiedra abrió mucho los ojos, pero asintió y siguió a su hermana unos pasos más allá, donde Brote de Raíz no pudiera oír. Ala de Tórtola se giró y la miró con preocupación, luego negó con la cabeza.

—Sé que dices que no estás lista para hablar sobre Escarcha Erizada, pero en los últimos días he visto que no eres tú misma —maulló suavemente—. Normalmente eres una líder, tratando de resolver todos los problemas que surgen, pero ahora pareces muy callada y desconectada. A veces es como si ni siquiera quisieras hablar con nosotros. Por ejemplo, anoche. Estabas descansando bajo ese árbol mientras el resto de nosotros discutíamos qué hacer. ¿Estás segura de que no quieres hablar?

Charca de Hiedra hizo una mueca, consciente de la verdad que había en lo que decía su hermana. A veces, a pesar de sus mejores esfuerzos, Charca de Hiedra podía sentir que su mente se sumía en pensamientos de Escarcha Erizada y de cómo había muerto. Una vez que empezaba, era difícil parar, y estos pensamientos hacían difícil concentrarse en lo que fuera que estuviera sucediendo en el campamento. Estaba segura de que a los demás les debía parecer que no estaba interesada, o que se creía superior a la conversación.

Aun así, se sentía imposible decirle eso a Ala de Tórtola. Admitir que todavía se perdía en pensamientos sobre Escarcha Erizada significaba que tendrían que hablar sobre Escarcha Erizada, y simplemente… *no podía*.

—¿Me perdí de algo? —preguntó—. Lo siento. No es que no quisiera ayudar. Es solo que… estoy molesta por este tiempo horrible. Solo quiero completar esta misión e irme a casa.

Ala de Tórtola la miró, dubitativa.

—Si estás tan impaciente por completar la misión, no parecerías tan indiferente cuando alguien sugiere que nos pongamos en marcha otra vez. Vamos, Charca de Hiedra, no puedes ocultármelo. Hay cosas en tu mente y no quiero presionarte, pero ambas sabemos que la única forma de superarlas es hablar de ellas.

«*¡Esto no es para nada justo!* —Charca de Hiedra se debatía entre la tristeza y la furia—. *Le dije que no estaba lista… y estaba bien hasta que nos quedamos todos atrapados aquí. Ahora que no hay nada que hacer excepto esperar, todos los pensamientos que he estado tratando de evitar me han alcanzado*».

Dudó por un momento, sin estar segura de cómo responder, o de si quería responder en absoluto. Sentía que hablar de su hija perdida solo haría que todo el dolor volviera a surgir, hasta que no pudiera pensar en nada más. Al mismo tiempo, no podía mentirle a su hermana.

—Está bien. Está bien. Es cierto, no puedo dejar de pensar en Escarcha Erizada —confesó, haciendo una mueca por el dolor agudo que le atravesó el pecho ante la mención de su hija perdida—. Sé que debo… sé que tengo que llorarla y dejarla ir, o nunca podré seguir adelante. Pero, ¿cómo puedo dejar ir mi dolor por una gata que ya no existe?

Para alivio de Charca de Hiedra, Ala de Tórtola no intentó responder a su súplica, solo emitió un murmullo comprensivo y dejó que la punta de su cola descansara sobre el hombro de Charca de Hiedra. «*Bien, no necesito charlas clichés*».

—Me enoja mucho —continuó—, porque Escarcha Erizada era muy joven. Había mucha vida que debería haber tenido por delante. —Dudó y luego continuó—. A una parte de mí le preocupa que si dejo de llorar por Escarcha Erizada, será como si hubiese sido olvidada, al igual que estos gatos cuyo recuerdo estamos tratando de restaurar al Clan Estelar. —Tuvo que esforzarse para evitar que su voz temblara—. ¿Y si dentro de muchas temporadas, la memoria de Escarcha Erizada se reduce a un sueño sobre ahogarse que tiene un curandero, o a un símbolo dibujado en la tierra?

—Sé que nunca olvidaré a Pequeño Serbal. Y nadie olvidará jamás a Escarcha Erizada —Ala de Tórtola insistió, acercándose a su hermana y apretándose de manera reconfortante contra su costado—. Era una gata especial, una de las gatas más valientes que los Clanes han conocido, así que su memoria nunca se perderá.

Con una enorme oleada de culpa, Charca de Hiedra se dio cuenta de que, por supuesto, Ala de Tórtola entendía sus miedos… demasiado bien. Su hermana también había perdido un hijo. Y de repente, Charca de Hiedra se dio cuenta de lo poco que había hecho para asegurarse de que su hermana estuviera bien.

—Lo siento —maulló—. No pretendo que todo esto sea sobre mí. Sé que tú debes estar llorando a Pequeño Serbal. Y, sin embargo, parece que lo estás sobrellevando mucho mejor. Te admiro profundamente, eres muy práctica, te centras mucho en lo que tenemos que hacer, mientras que yo siento que me estoy desmoronando.

Su hermana le tocó ligeramente la oreja con la nariz

—Ya lo he dicho antes, centrarme en nuestra misión me ayuda a mantenerme alejada de los lugares oscuros de mi mente —murmuró—. Sí, estoy llorando a Pequeño Serbal, pero perderlo no me abruma cuando tengo otros deberes de los que ocuparme.

—Tal vez debería involucrarme más —Charca de Hiedra respondió, pensando en lo que Estrella de Esquiruela le había dicho antes de que partiera del campamento del Clan del Trueno—. Pero, oh, Ala de Tórtola, ¡es tan difícil! Extraño muchísimo a Escarcha Erizada, y temo que, si me concentro en otras cosas, comenzaré a olvidarla.

—La forma en que murió Escarcha Erizada no significa que algún día la vayas a olvidar, Charca de Hiedra —maulló una nueva voz—. Créeme, es casi imposible.

Charca de Hiedra se giró para ver que Nívea acababa de salir de la guarida y la miraba con una mezcla de tristeza y comprensión. Una punzada de culpa le tocó el corazón a Charca de Hiedra al recordar otro momento terrible en el Bosque Oscuro, hacía temporadas, cuando estaba espiando para los Clanes. El hijo de Nívea, Insectero, había muerto bajo las garras de Estrella Rota. Al igual que Escarcha Erizada, su espíritu se había perdido, incapaz de llegar jamás al Clan Estelar.

—Nívea, ¿cómo superaste la muerte de Insectero? —preguntó Charca de Hiedra.

Nívea parpadeó, pensativa.

—No estoy segura de haberla superado realmente —admitió—. Ya había perdido hijos antes, así que el dolor fue intenso. Todavía me duele pensar que nunca volveré a ver a Insectero, ni siquiera cuando mis patas tomen el camino hacia el Clan Estelar. Pero sé que no honraré su memoria si no vivo mi vida. Cuanto más hago por mi Clan y mis compañeros, cuantas más cosas logro como guerrera, más me aseguro de que la memoria de Insectero nunca se pierda. Criar a mis hijos fue lo mejor que he hecho en mi vida, y cada uno de ellos siempre será parte de mí. Eso significa que Insectero vivirá, de cierto modo.

Hubo un momento de silencio. Nívea agachó la cabeza, luciendo repentinamente avergonzada.

—Al menos eso es lo que me funciona a mí —añadió.

Charca de Hiedra dio un paso hacia Nívea y apoyó la pata sobre la de la gata del Clan del Río.

—Gracias por decírmelo —murmuró—. Ahora veo que tenemos mucho en común, y lamento no haberte preguntado sobre todo esto antes. Estaba muy sumida en mi propio dolor…

—No te preocupes —le dijo Nívea—. Así es el dolor: parece un agujero oscuro en el que caes y te sientes sola allí. Es difícil ver a los demás a tu alrededor.

Charca de Hiedra asintió; sintió como si le hubieran sacado las entrañas, les hubieran dado una buena sacudida y se las hubieran vuelto a meter. Era doloroso, pero era una sensación agradable.

—Aún duele —murmuró—. Pero ahora te veo, Nívea… y a ti, Ala de Tórtola.

Las tres gatas intercambiaron una mirada de calidez y compañía. A Charca de Hiedra todavía le dolía el corazón por Escarcha Erizada, pero sentía que ya no estaba sola.

—¡Esto es *horrible*! —Zarpa Silbante arañó con frustración el pasto en el borde del arroyo—. ¿Cuánto tiempo más vamos a estar aquí sentados? No nos estamos acercando a los gatos de mi visión.

—No te preocupes —maulló Charca de Hiedra, acercándose para acomodarse junto a la joven curandera—. El Clan Estelar no te dio un límite de tiempo, ¿o sí?

Zarpa Silbante negó con la cabeza, pareciendo ligeramente tranquilizada. Y Charca de Hiedra notó cuánto más saludable se veía la

aprendiza de curandero; unos días de descanso habían ayudado a curar sus heridas. Pero en privado Charca de Hiedra se preguntaba qué pasaría si no llegaban a esos gatos (o a la montaña a la que se dirigían) en poco tiempo. Generalmente, las visiones eran advertencias de problemas *urgentes*. «*Pero tal vez esta visión es diferente. Ninguno de nosotros tiene completamente claro lo que se supone que debemos hacer*».

A Charca de Hiedra le rugió el estómago, recordándole lo escasa que eran las presas por aquí. El tiempo frío y húmedo significaba que las presas no corrían bien; ella y sus compañeros habían atrapado un par de aves y algunos ratones flacuchos, pero eso era todo. Nívea había intentado pescar en el arroyo, pero no había visto ni un pececillo. Ahora lo estaba intentando de nuevo, unas cuantas colas río abajo, mirando fijamente el agua. Estaba tan quieta que parecía una roca con forma de gato. «*Pero no puede atrapar peces que no están allí*», pensó Charca de Hiedra.

Levantó la mirada para ver a Brote de Raíz y Ala de Tórtola aparecer sobre el borde del desfiladero y correr por la orilla del agua. Los ojos de Ala de Tórtola brillaban de emoción cuando se detuvo frente a su hermana.

—¡Adivina qué encontramos!

—Obviamente, no es carne fresca —contestó Charca de Hiedra con amargura; ninguno de los dos llevaba presas.

—No, pero sabemos dónde podemos conseguir —le dijo Ala de Tórtola.

—Hoy fuimos más lejos de lo habitual —Brote de Raíz explicó—, y nos cruzamos con un pequeño Poblado de Dos Patas. Justo en el borde hay un granero.

—¿Un refugio? —exclamó Nívea desde donde estaba, levantándose y estirando sus acalambradas extremidades—. Por favor, díganme que hay algún lugar al que podamos ir para escapar de esta maldita humedad.

—Lo siento, no creo que debamos quedarnos ahí —maulló Ala de Tórtola—. Había un ligero olor a perro, así que podría haber problemas si intentáramos dormir allí. ¡Pero estoy segura de que tan pronto como oscurezca, el lugar estará *plagado* de ratones!

—Pensamos que podríamos volver al anochecer y ver qué podemos atrapar —Brote de Raíz añadió.

Charca de Hiedra recordó las historias de Dalia sobre el granero en el cercado de los caballos, donde había crecido, y los ratones regordetes que ocasionalmente había cazado allí.

—Brillante idea. —Se pasó la lengua por las mandíbulas—. Iré con ustedes.

* * *

Mientras la luz del día se desvanecía, Brote de Raíz lideró el camino cuesta arriba y por la siguiente cresta. Desde allí, Charca de Hiedra podía ver un pequeño grupo de viviendas de Dos Patas con un estrecho Sendero Atronador que las rodeaba. Brote de Raíz señaló con la cola una guarida de piedra con techo rojo que se encontraba un poco alejada del resto.

—Ese es el granero.

—Tenemos que esperar hasta que estemos seguros de que está todo tranquilo —maulló Ala de Tórtola.

Mientras hablaba, un Dos Patas salió del granero, llevando en su espalda un bulto envuelto en un manto marrón. Se dirigió a una de las otras viviendas y, después de un momento, se encendió una luz en el interior. Después de unos momentos más, aparecieron otras luces, como luciérnagas en la oscuridad, pero no había señales de otros Dos Patas.

—Creo que es seguro —susurró Ala de Tórtola.

La gata gris tomó la delantera mientras los tres caminaban en silencio a través de la oscuridad hasta que llegaron al granero. El Dos Patas había dejado la puerta entreabierta; Ala de Tórtola asomó la cabeza por ella y luego hizo una seña con la cola.

—¡Vamos!

Brote de Raíz se deslizó hacia el interior, pero Charca de Hiedra dudó por un momento, saboreando el aire. Captó el olor a perro que Ala de Tórtola había mencionado antes, pero era débil y rancio, tal vez del día anterior. Podía discernir el olor de Dos Patas, y el acre olor de un monstruo, y también había olor a gato. Charca de Hiedra sintió un destello de ansiedad antes de encogerse de hombros. «*Si hay mininos caseros o gatos de granero cerca, ¿qué tan peligrosos pueden ser?*».

Casi abrumando todos los demás olores estaba el delicioso olor a ratón. Charca de Hiedra sintió que se le hacía agua la boca mientras se deslizaba dentro del granero detrás de sus compañeros.

Frente a ella, Charca de Hiedra podía ver el oscuro brillo de enormes cosas de Dos Patas que parecían ser diferentes tipos de monstruos, y montones de objetos cuadrados de madera apilados contra las paredes. Pero en el centro del granero había montones de heno de olor dulce; pequeños movimientos perturbaban los tallos secos cuando, con los Dos Patas desaparecidos, los ratones comenzaron a escabullirse de su escondite.

Mientras Charca de Hiedra observaba, Brote de Raíz dio un salto. Un agudo chillido fue interrumpido cuando sus patas golpearon el suelo, y se puso de pie con un ratón colgando de las mandíbulas.

—Gracias, Clan Estelar, por esta presa —murmuró con la boca llena.

Mientras tanto, Ala de Tórtola se arrastraba sobre uno de los montículos y de repente saltó al medio. Desapareció brevemente; luego su cabeza apareció, tenía semillas y polvo adheridos al manto y otro ratón en las mandíbulas.

Charca de Hiedra vio un ratón mordisqueando una semilla, medio escondido entre los tallos de heno. Se aplastó contra el suelo de piedra del granero y se adelantó lentamente, imaginando cómo se sentiría hundir los dientes en la jugosa presa. Un momento después de empujar con sus poderosas patas traseras, cerró las garras sobre el ratón y le mordió el cuello.

Pero antes de que Charca de Hiedra pudiera enderezarse con su presa, sintió un golpe fuerte en el costado. Vislumbró algo grande y peludo antes de resbalar y caer entre el heno.

—*Yo* me llevaré eso —anunció una voz áspera.

Charca de Hiedra se puso de pie, todavía agarrando su ratón, y se encontró frente a un enorme gato. A pesar de su cuerpo musculoso y su mirada audaz, su olor y su pelaje largo y brillante le indicaron que se trataba de un minino casero.

Mirando a un lado, Charca de Hiedra vio que un minino casero naranja y esponjoso había atacado a Brote de Raíz, que se defendía con hábiles movimientos de guerrero. Ala de Tórtola había arrinconado a una gata marrón atigrada y la mantenía allí, sujetando el ratón y siseando salvajemente.

Charca de Hiedra se agachó, lista para lanzarse sobre el enorme gato y darle unos cuantos golpes rápidos en las orejas.

Pero, para su sorpresa, el gato dio un paso atrás.

—Esperen —maulló—. Déjenlos, ustedes dos. Quizá nadie necesite salir lastimado.

—Nadie saldrá lastimado, si es que no me tocas —Charca de Hiedra espetó, soltando el ratón pero sujetándolo con una pata delantera.

Los otros dos mininos caseros bajaron las patas, mientras que Ala de Tórtola y Brote de Raíz intercambiaron una mirada y relajaron su postura de lucha, aunque seguían mirando a las mascotas con cautela.

—Mi nombre es Zeke —anunció el gran gato—. Aquel de ahí es Pan Bretón —señaló con la cola al gato naranja que había estado peleando con

Brote de Raíz— y la gata de la esquina es Curry. Este granero es nuestro territorio de caza.

—¿A qué te refieres con «territorio de caza»? —preguntó Charca de Hiedra—. Los tres apestan a Dos Patas, y obviamente son mininos caseros. ¿Por qué deberían necesitar cazar?

—Porque somos buenos en eso —respondió Zeke.

Charca de Hiedra escuchó un resoplido de risa de Brote de Raíz.

—Matar ratones en un granero no requiere mucha *habilidad* —señaló ella—. ¿Por qué no se van a casa y comen algo de comida para mininos caseros, y le dejan la carne fresca a los guerreros que la merecen?

Los ojos de Zeke se abrieron de repente, brillando con interés.

—¿Son *guerreros*? —Sin esperar una respuesta, continuó—: Oye, Pan Bretón, estos son algunos de los gatos guerreros con los que te encontraste.

Charca de Hiedra intercambió una mirada perpleja con su hermana.

—¿Conociste guerreros? —preguntó—. ¿Has estado en el lago?

El gato naranja parecía igual de desconcertado.

—No, esto fue junto a un río, donde vivía mi dueño en su guarida anterior. Conocí a algunos gatos guerreros, ¡y algunos de ellos también tenían dueños!

Al principio, Charca de Hiedra creyó que debía de estar refiriéndose a los guerreros diurnos del Clan del Cielo, que se unían al Clan durante el día y regresaban con sus Dos Patas por la noche. Pero eso había sido hace temporadas, cuando el Clan del Cielo aún vivía en el desfiladero.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó.

—Oh, no hace mucho —Pan Bretón respondió—. Mi dueño se mudó la temporada pasada.

—Entonces no sé dónde podrías haber conocido guerreros con dueños —maulló Brote de Raíz—. ¿Estás seguro de que no te lo estás inventando?

—No, obviamente saben sobre los guerreros —Ala de Tórtola señaló.

De repente, Charca de Hiedra recordó lo que Látigo Gris le había dicho cuando regresó de su viaje de cuando Cenizo intentaba destruir el bosque.

—¡Sé de lo que están hablando! —exclamó—. ¡El Clan Guerrero! Cuando Látigo Gris viajó de regreso al viejo bosque, encontró algunos mininos caseros que pretendían ser guerreros, y los estableció como un Clan apropiado con algunos otros mininos caseros que rescató de una Dos Patas vieja y enferma.

—Por supuesto —Ala de Tórtola ronroneó—. ¡Esa es una gran historia!

—Pero esos gatos son *diferentes* —continuó Charca de Hiedra—. Tienen dueños, y no son exactamente guerreros completos. No como nosotros y nuestros Clanes junto al lago.

La gata marrón atigrada, Curry, entrecerró los ojos y miró a Charca de Hiedra.

—¿Estás insinuando que los gatos con dueños no pueden ser duros? —gruñó.

Charca de Hiedra no estaba segura de cómo responder a esa pregunta.

—No —maulló por fin—. No lo estoy insinuando. Lo estoy diciendo directamente.

Curry soltó un aullido furioso y saltó hacia ella. Charca de Hiedra cayó bajo su feroz ataque, cayó de espaldas entre el heno con Curry encima de ella y las garras de la gata clavadas en los hombros. Cerca podía oír que la escaramuza comenzaba de nuevo entre los otros gatos. «*¡Gran Clan Estelar! ¿Ahora tenemos que luchar por nuestras presas?*».

Mientras Charca de Hiedra levantaba las patas traseras para golpear el vientre de Curry, pensó que, de todos modos, le gustaba la sensación de la energía que fluía por sus extremidades y podía sentir la suave transición de todo su cuerpo hacia sus movimientos de batalla de guerrera. Después de los frustrantes días encerrados junto al arroyo, esto al menos era acción.

Vislumbró a Brote de Raíz enzarzado con Zeke, abrumando al gran gato con una lluvia de golpes alrededor de la cabeza. Un gruñido desde algún lugar cerca de la puerta del granero le dijo que Ala de Tórtola estaba peleando con Pan Bretón.

Charca de Hiedra se quitó a Curry de encima y se puso de pie de un salto.

—¿Ya tuviste suficiente? —exigió.

Curry estaba de lado; parecía maltratada, con el pelaje erizado y el pecho agitado.

—¡Nunca! —jadeó.

«*Estúpida, pero valiente*», pensó Charca de Hiedra. Haciendo todo lo posible por no lastimar a la gata atigrada, saltó sobre ella y la inmovilizó con las cuatro patas.

—¿Qué tal ahora? —preguntó.

En ese mismo momento, Zeke soltó un maullido agudo y prolongado. «*¿Qué hace?* —se preguntó Charca de Hiedra—. *Ese no es el tipo de sonido que harías cuando estás enojado o herido. Es raro…*»

Miró a su alrededor para ver a Ala de Tórtola sujetando a un Pan Bretón inquieto con una pata sobre su garganta, mientras que Brote de

Raíz, que era mucho más pequeño que el enorme Zeke, estaba tendido sobre él con un bocado de pelo de su hombro en las mandíbulas.

—Vuelvan con sus dueños —maulló Charca de Hiedra, levantándose para dejar que Curry se levantara—. Nunca vuelvan a amenazar a guerreros verdaderos. Espero que hayan aprendido la lección.

Antes de que nadie pudiera responder, se oyeron fuertes ladridos desde fuera del granero. Charca de Hiedra se puso rígida.

—¡Perros! —siseó.

Cuando Brote de Raíz se apartó de él, Zeke se puso de pie y se sacudió el manto.

—Aullé para alertar a los perros —explicó con una sonrisa burlona—. Tenemos una especie de acuerdo con ellos. ¡Acabarán con cualquier gato que no respete nuestro territorio de caza!

Charca de Hiedra miró a sus compañeros y vio pánico en sus ojos. Estos mininos caseros no eran una amenaza real, pero los perros eran otro asunto. Si los perros eran lo suficientemente grandes, podrían destrozarlos a los tres. Los ladridos se acercaban. Había muchas cosas que quería decirles a estos gatos traicioneros, pero no había tiempo.

—*¡Corran!* —aulló Ala de Tórtola.

Agarró el ratón que había cazado y corrió hacia la puerta. Charca de Hiedra atrapó a su propia presa y la siguió, pisándole los talones, mientras Brote de Raíz arrancaba un tercer ratón y corría tras ellas.

Mientras salían a toda velocidad del granero, Charca de Hiedra avistó a dos perros que se acercaban a ellos para interceptarlos. En cabeza había una enorme criatura atigrada; sus mandíbulas estaban abiertas para mostrar un temible par de colmillos y su lengua colgaba hacia afuera. Detrás había un perro blanco más pequeño, que soltaba una ráfaga de ladridos agudos.

«*Podríamos acabar con el blanco en caso de ser necesario… ¡pero el atigrado es una amenaza seria!*». El terror le dio velocidad a Charca de Hiedra. Podía imaginar el hedor del aliento de los perros y el dolor de esos grandes dientes encontrándose en sus cuartos traseros. «*¡Gran Clan Estelar, son rápidos!*».

Charca de Hiedra temía que, incluso si lograban dejar atrás a los perros, las feroces bestias pudieran seguir su olor hasta el campamento. Entonces Zarpa Silbante y Nívea también estarían en peligro.

De repente, Ala de Tórtola maulló:

—¡Por aquí!

Se desvió a un lado y comenzó a correr por el borde del pequeño Sendero Atronador. Delante de ellos se alzaba una cerca, una sólida barrera

hecha de finas tiras de madera entrelazadas. Charca de Hiedra y Brote de Raíz la siguieron.

Charca de Hiedra se arriesgó a mirar por encima del hombro y vio que los perros ganaban terreno, devorando el suelo con las patas, mientras sus colas y orejas sueltas volaban. Hizo todo lo posible para que sus músculos no perdieran velocidad, pero la distancia entre ella y la cerca parecía cerrarse muy lentamente. Podía oír el jadeo del líder, y el ladrido del perro más pequeño parecía sonar justo detrás de ella.

Entonces Ala de Tórtola, que estaba justo delante, llegó a la cerca y se lanzó hacia arriba. Brote de Raíz la siguió y Charca de Hiedra trepó tras ellos hasta un precario punto de apoyo en la parte superior.

Al mirar hacia atrás, vio que los perros se detenían al pie de la cerca, gimiendo de frustración porque sus presas se habían escapado. El perro más grande golpeó con las patas el enrejado de madera, haciéndolo temblar tanto que Charca de Hiedra temió perder el equilibrio.

Con cuidado de no dejar caer el ratón, gruñó:

—¡Piérdanse, pulgosos! —Y luego se dejó caer al otro lado de la cerca, aterrizando en un arbusto con hojas que olían raro.

Por un momento, todo lo que pudo hacer fue jadear. Cuando recuperó el aliento, se abrió paso entre los arbustos y miró a su alrededor para ver que estaba en un jardín de Dos Patas. Más arbustos rodeaban una pequeña parcela de pasto que se extendía hasta la guarida de Dos Patas. Todo estaba en silencio, salvo por el lloriqueo de los perros del otro lado de la cerca.

Brote de Raíz emergió de un arbusto cercano.

—¡Eso estuvo cerca! —jadeó, dejando caer el ratón—. ¿Pueden creer que esas mascotas hayan hecho un trato con perros?

—Mantos sarnosos —Charca de Hiedra respondió—. Hay suficientes ratones en ese granero para todos.

Ala de Tórtola se acercó a ellos, había estado mirando a través de la entrada del jardín.

—No creo que debamos adentrarnos más en el Poblado de Dos Patas —maulló—. Tendremos que esperar hasta que los perros se rindan y se vayan a casa.

El lloriqueo y el escarbar del otro lado de la cerca parecieron durar mucho tiempo, pero finalmente se detuvieron y el hedor a perro se desvaneció. Brote de Raíz saltó de nuevo a la cerca.

—Se han ido —informó.

Con Ala de Tórtola a la cabeza, los tres gatos se aventuraron con cautela fuera del jardín y se dirigieron de nuevo hacia su campamento. Ala

de Tórtola aceleró el paso hasta que comenzaron a correr por la ladera; Charca de Hiedra no pudo evitar mirar hacia atrás de vez en cuando por si de alguna manera los perros habían logrado seguirlos, pero nada se movía en el terreno detrás de ellos.

Cuando llegaron al arroyo, Nívea y Zarpa Silbante los estaban esperando; Nívea caminaba inquieta mientras Zarpa Silbante estaba agachada en una roca junto al arroyo, con una mirada de ojos muy abiertos fija en la colina. Ambas parecían aliviadas de ver a Charca de Hiedra y los demás atravesando el arroyo.

—¿Qué pasó? —La voz de Zarpa Silbante tembló—. Estábamos preocupadas por ustedes.

Mientras Charca de Hiedra soltaba a su presa, de repente toda la experiencia le pareció divertida. Había sido peligrosa también, por supuesto, pero ahora que estaban a salvo en el campamento… Se desplomó de costado, soltando ronroneos de risa. «*¡Mascotas haciendo un trato con perros! ¡Qué absurdo! ¿Qué sigue?*».

Brote de Raíz y Ala de Tórtola se le unieron. Brote de Raíz estaba acostado sobre su espalda y agitaba las patas en el aire. Nívea y Zarpa Silbante los miraron, desconcertadas.

—¿Acaso los tres tienen abejas en el cerebro? —preguntó Nívea.

—No. —Charca de Hiedra se sentó, reprimiendo la risa que todavía burbujeaba dentro de ella—. Acabamos de conocer a algunos mininos caseros desagradables, eso es todo.

Nívea parpadeó, confundida.

—¿Qué tan desagradables pueden ser unos mininos caseros?

—*Muy* desagradables —contestó Charca de Hiedra.

Por alguna razón eso la hizo estallar y, junto con Brote de Raíz y Ala de Tórtola, se derrumbó en carcajadas nuevamente.

Charca de Hiedra captó la mirada de su hermana y sus risas se intensificaron hasta que apenas pudo respirar. Se sentía extraño poder reír de nuevo, pero también era bueno. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que ella y Ala de Tórtola habían compartido un momento como este? La risa parecía extenderse por todo su cuerpo, trayendo fuerza y energía con ella, y también el recuerdo de tiempos más felices. «*Tal vez vuelva a sentirme así. Tal vez Canción de Frondas y yo volvamos a reír juntos algún día*». Pero entonces un escalofrío de culpa le recorrió el manto. «*Los gatos en duelo no se ríen* —se dijo a sí misma—. *¿Qué pensaría Escarcha Erizada si pudiera verme, riendo mientras ella está muerta y desaparecida? ¿Pensaría que la estoy olvidando?*».

«*¿Lo estoy?*».

De repente, Charca de Hiedra dejó de reír y se enderezó. Ala de Tórtola y Brote de Raíz pronto se recuperaron también, y dirigieron su atención a las presas. La luz del día se estaba desvaneciendo mientras compartían los tres ratones. A lo largo del horizonte, las nubes se estaban despejando, dejando que un último destello de sol arrojara largos rayos escarlata sobre el paisaje.

—El cielo se está despejando —señaló Nívea—. Tal vez podamos seguir nuestro camino mañana.

«*Sí, para continuar la búsqueda* —reflexionó Charca de Hiedra mientras la luz se desvanecía—. *Tal vez descubramos lo que se supone que debemos hacer. Y tal vez, una vez que sepamos qué es eso, pueda concentrarme en el objetivo y salir de mi propia cabeza*».

CAPÍTULO 5

Pero a la mañana siguiente, las nubes volvieron a aparecer, trayendo consigo una fina llovizna. El arbusto de saúco donde habían hecho su guarida no ofrecía mucho refugio, y la lluvia se filtraba a través de las hojas de modo que les empapaba los mantos y los lechos. Había pasado tanto tiempo desde que habían visto la montaña cabeza de zorro, que era casi como si no existiera.

Charca de Hiedra miró fuera del arbusto al día siguiente para ver que la lluvia seguía cayendo; un gran peso de miseria la envolvió como un manto asfixiante.

—No podemos seguir así —les dijo a sus compañeros, retrocediendo hacia el interior del arbusto—. Esos ratones del granero son lo único que hemos encontrado para comer desde que estamos aquí, pero hasta que las nubes se disipen, no sabemos a dónde ir. ¿Qué vamos a hacer?

—Tenemos que encontrar presas en alguna parte —respondió Brote de Raíz—. Mi estómago cree que tengo la garganta desgarrada.

Charca de Hiedra asintió. Parecía que había pasado mucho tiempo desde los ratones que habían compartido.

—La lluvia parece mantener a las presas en sus guaridas. ¿Creen que deberíamos volver al granero?

—Oh, claro. —Ala de Tórtola movió la cola con desdén—. ¿Quieres volver a encontrarte con Zeke y sus amiguitos? ¿O con los perros? Adelante.

Charca de Hiedra se estremeció ante la idea. Su expedición había parecido divertida una vez que estuvieron a salvo y de regreso en el campamento, pero en ese momento había sido aterradora.

—Tienes razón; no podemos —le dijo a su hermana—. Pero no hay presas por aquí. ¿Dónde podemos encontrar algunas?

—Sé que esto no les agradará, pero… —comenzó Zarpa Silbante, luego dejó que su voz se apagara.

—No tenemos muchas opciones —Nívea señaló después de un momento, cuando la gata del Clan del Viento no dijo nada más—. Si tienes una idea, dinos cuál es.

—Pensé que… —Zarpa Silbante aún sonaba vacilante—. Podríamos ir al Poblado de los Dos Patas y tratar de encontrar algo de comida para mininos caseros.

—¡¿Qué?! —exclamó Charca de Hiedra—. ¡Somos guerreros!

—Sí, no comemos comida para mininos caseros —convino Brote de Raíz—. ¿Y si los mininos caseros de allí son tan malos como los que conocimos en el granero?

—¡Imposible! —Charca de Hiedra maulló—. Y no importa si lo son. Los gatos de Clan no comen basura de mininos caseros.

—Aun así, sería mejor que morir de hambre —señaló Nívea—. No sabemos cuánto tiempo estaremos atrapados aquí y tenemos que encontrar alguna forma de sobrevivir.

El apoyo de la gata del Clan del Río pareció darle a Zarpa Silbante más confianza. Cuando volvió a hablar, su voz tenía la autoridad de una curandera.

—No olviden que estamos en una misión del Clan Estelar —maulló ella—. Sí, aceptar comida de Dos Patas es malo, pero ¿no sería peor si no logramos completar nuestra misión?

—Tienes razón —Charca de Hiedra admitió. Los tres ratones del granero no habían sido gran cosa, se los habían repartido entre los cinco, y eso había sido hacía dos días. Empezaba a sentirse débil y somnolienta, y temía que si no se movían pronto, no podrían moverse en absoluto—. ¿Qué opinan? —preguntó a los demás.

Hubo una larga pausa, y luego Ala de Tórtola asintió.

—Creo que Zarpa Silbante tiene razón. Claro, los guerreros no comen comida para mininos caseros, pero estas son circunstancias inusuales. No creo que nadie nos culpe, incluso si se enteraran, y no será así. Vamos a hacerlo.

Charca de Hiedra reprimió sus sentimientos de culpa mientras todos los gatos abandonaban el campamento y se dirigían al Poblado de los Dos Patas. Brote de Raíz tomó la delantera, eligiendo una dirección diferente para poder evitar el granero y a los antipáticos mininos domésticos. El terreno aquí estaba más roto, con constantes depresiones y huecos, y rocas que sobresalían del césped. Al menos la lluvia había parado y el terreno más duro hacía que fuera más fácil avanzar.

El Poblado de los Dos Patas todavía no estaba a la vista cuando se escuchó el sonido de pasos más adelante y un conejo apareció en la siguiente elevación, corriendo directamente hacia ellos.

—¡Atrápenlo! —maulló Ala de Tórtola.

Los cinco gatos se dispersaron por la ladera en caso de que el conejo cambiara de rumbo y saltaron cuesta arriba, listos para interceptarlo. Charca de Hiedra inhaló el aroma del conejo y ya podía imaginarse hundiendo sus dientes en la jugosa carne.

Pero cuando el conejo estaba casi debajo de sus patas, dos gatos más aparecieron en la cima de la colina, persiguiendo a la presa que huía. «*¡Oh, no, no los desagradables mininos domésticos otra vez*!», pensó Charca de Hiedra.

Incapaz de detenerse, se estrelló contra el gato en cabeza y se desplomó de costado. El segundo derribó a Zarpa Silbante, enviándola a volar en una maraña de patas y cola. Brote de Raíz tropezó con ella, mientras que Nívea le apuntó un golpe salvaje al conejo y falló. Ala de Tórtola corrió tras él, pero el conejo esquivó sus patas extendidas y desapareció en un estrecho hueco entre dos rocas.

—¡Excremento de zorro! —exclamó Ala de Tórtola.

Respirando con dificultad, Charca de Hiedra se sentó y miró a su alrededor. Sus compañeros se estaban recuperando, encontrando sus patas y sacudiéndose los mantos. Los dos extraños (que después de todo, no eran los gatos del granero) los observaban con curiosidad, no parecían en lo más mínimo consternados por encontrarse frente a un grupo de gatos desconocidos, ni molestos por haber perdido a su presa.

Ambos eran machos jóvenes, de aproximadamente la edad de los aprendices de Clan. Uno era blanco y negro, el otro atigrado oscuro; sus caras y la forma áspera de sus cuerpos eran tan parecidas que Charca de Hiedra supuso que debían de ser hermanos. No olían ni se veían como mininos caseros, a diferencia de los gatos que habían conocido en el granero.

—Hola —maulló el gato blanco y negro—. Lo siento. Espero que no les hayamos hecho daño.

Charca de Hiedra admiró su confianza: dado que ambos estaban tan claramente en inferioridad numérica, el gato podría haber estado preocupado de que fueran ella y sus amigos quienes los lastimaran a *ellos*.

—No, estamos bien —maulló Charca de Hiedra.

—No los hemos visto por aquí antes —comentó el gato atigrado oscuro.

—No, solo estamos de paso —Brote de Raíz respondió—. No queremos molestar a nadie.

—Oh, no serán molestia para nosotros —les aseguró alegremente el gato blanco y negro—. Nos gusta hacer nuevos amigos. Soy Pizarra y este es mi hermano Playa.

—Saludos —maulló Nívea, inclinando la cabeza—. Soy Nívea, este gato amarillo es Brote de Raíz, la gata gris es Ala de Tórtola y la atigrada plateada y blanca es Charca de Hiedra. La pequeña atigrada gris es Zarpa Silbante.

Ala de Tórtola, sin embargo, aún tenía una mirada sospechosa, a pesar de la amabilidad de los gatos jóvenes.

—No son parte de esa pandilla de mininos caseros desagradables, ¿o sí? —preguntó.

Playa y Pizarra intercambiaron una mirada confundida, como si no supieran de qué estaba hablando Ala de Tórtola.

—No —respondió Pizarra al fin—. No nos juntamos con nadie más. Somos hermanos y vivimos solos. Ya saben, dos gatos viviendo la mejor vida. Conectándonos con la tierra.

—Cazando. Charlando con gatas —añadió Playa. Mientras hablaba, lanzó una mirada de admiración a Ala de Tórtola.

—No tiene sentido que me mires así —Ala de Tórtola contestó, relajándose un poco, la sospecha de su mirada fue reemplazada por diversión—. Por la edad que tengo podría ser tu madre. Además, tengo una pareja e hijos. Lo último que necesito son dos gatos jóvenes más a los que cuidar. —Se dio un rápido lametón en el pelaje del hombro—. Aun así, gracias. Me siento halagada.

Charca de Hiedra puso los ojos en blanco. Por su aspecto, estos machos eran demasiado jóvenes como para andar detrás de gatas.

—¿Qué edad tienen? —preguntó—. ¿Están entrenados para cazar? ¿Tienen la edad suficiente para andar por ahí solos? ¿Su madre sabe dónde

están? —Pensó en sus propios hijos cuando eran aprendices. Nunca hubiera querido que se alejaran de la seguridad del Clan.

—Oh, sí —contestó Playa—. Definitivamente somos lo bastante mayores, y nuestra madre nos dijo que era hora de salir al mundo.

—Sí —Pizarra añadió—. Verán, en el grupo en el que crecimos son todas gatas. Ellas se conectan con el mundo espiritual, y los machos se conectan…

—¡Gran Clan Estelar! —interrumpió Brote de Raíz. Tenía los ojos muy abiertos de sorpresa—. ¿Son de las *Hermanas*?

Pizarra asintió vigorosamente.

—Sí.

—¿Sabes de las Hermanas? —Playa sonó sorprendido.

—Yo también soy descendiente de ellas —Brote de Raíz explicó—. Mi padre, Árbol, era hijo de Luz de Luna. Cuando vivía entre las Hermanas, su nombre era Tierra.

—¡Genial! Es como si fuéramos parientes, más o menos —maulló Playa—. Entonces, ¿cómo terminaste con estos gatos?

Él y Pizarra se reunieron con Brote de Raíz, quien comenzó a explicar sobre los Clanes y cómo su padre se había unido al Clan del Cielo.

Charca de Hiedra dejó que la conversación fluyera sobre ella. A pesar de la actitud alegre de los gatos, sintió que se le erizaba el pelaje de hostilidad contra la reina que había permitido que estos jóvenes gatos, sus propios hijos, salieran de su vista, que deambularan y quedaran a su suerte. Notó que Playa tenía un corte desagradable en el costado que supuraba pus; la carne alrededor se veía hinchada y roja por la infección. «*¡Eso podría matarlo si no se trata!*».

Nunca le habían agradado las Hermanas, especialmente desde que habían ayudado a Escarcha Erizada a entrar al Bosque Oscuro, pero ahora sentía que su estómago se revolvía de enojo. La imagen de Garra Volteada, su propio hijo macho, le vino a la mente. No había tenido mucha más edad que estos gatos cuando Cenizo lo había seleccionado para que entrenara como curandero, a pesar de que nunca había tenido una visión y no tenía ningún deseo por sanar a otros. Cenizo solo había querido tener un curandero en el Clan luego de haber exiliado a Glayo y Corazón de Aliso por estar en desacuerdo con él. El pobre Garra Volteada se había sentido perdido, tratando desesperadamente de ayudar a sus compañeros de Clan cuando apenas entendía qué hierba era cuál. Charca de Hiedra no había podido protegerlo de esas luchas, pero al menos había estado allí para que él se desahogara. Al menos lo había *intentado*. Porque una madre nunca

dejaría de intentar por sus hijos, ni siquiera cuando ya no estaban, reflexionó con tristeza. «*¿Cómo se atreven las Hermanas a deshacerse de sus hijos de esta manera? ¿No saben lo valiosos que son?*».

Mientras tanto, Ala de Tórtola se había unido a Brote de Raíz y los dos gatos, y había comenzado a explicar cómo estaban en una misión hacia la montaña cabeza de zorro.

—Pero este tiempo horrible nos está frenando —les dijo—. No podemos saber en qué dirección debemos viajar.

—Eso es duro —Pizarra maulló con simpatía.

—Quizás podamos ayudar —sugirió Playa—. ¿Por qué no vienen con nosotros a nuestro campamento? Está un poco protegido de la lluvia y podemos compartir presas… bueno, podemos compartirlas cuando las atrapemos.

—Oh, podemos ayudarles con eso —Ala de Tórtola intervino—. Estamos entrenados para cazar… aunque seguro no pudieron notarlo, dado lo que sucedió con el conejo.

—Sí, lamentamos eso —agregó Nívea.

Pizarra se encogió de hombros.

—Habrá más conejos. Y podemos ayudarlos a conectar con la tierra —agregó.

—Sí, eso es lo nuestro. —Los ojos de Playa estaban iluminados de entusiasmo—. Quizás podamos averiguar a dónde deben ir.

Charca de Hiedra miró a Brote de Raíz, recordando sus propios esfuerzos por conectar con la tierra. Brote de Raíz movió una oreja y miró hacia otro lado como diciendo «Veamos qué ocurre. Me reservo el juicio». Charca de Hiedra no tenía muchas esperanzas en la guía de estos jóvenes gatos, pero la tentaba la idea de relajarse en algún lugar protegido de la lluvia. Además, ir con ellos le daría a Zarpa Silbante la oportunidad de revisar la herida de Playa.

—Creo que deberíamos ir —declaró.

Hubo un murmullo de aprobación de sus compañeros.

—Gracias —dijo Brote de Raíz—. Es amable de su parte recibir a tantos visitantes.

—¡Oh, será increíble! —Playa respondió, con los ojos brillantes—. ¡Nunca hemos tenido invitados antes! ¡Esto va a ser muy divertido!

—¡Genial! —exclamó Pizarra—. ¡Solo sígannos!

* * *

El campamento de los dos gatos estaba en una hondonada rocosa, su guarida era protegida por un espeso matorral de arbustos de aulaga. Había un pequeño estanque en el fondo y los lados estaban cubiertos de pasto seco y enredaderas.

—Este es un muy buen lugar —Brote de Raíz murmuró mientras los gatos de Clan cruzaban el borde de la hondonada y bajaban.

Charca de Hiedra arrugó la nariz. Desde el campamento se elevaba un olor a carroña y lechos rancios, y podía ver escombros esparcidos alrededor del estanque.

—Tendremos que hacer algo al respecto —murmuró para sí misma.

Pizarra y Playa obviamente no tenían idea de cómo mantener limpio su entorno, pero no podía enojarse demasiado con ellos. Recordaba con demasiada claridad cuando sus propios hijos tenían la misma edad. Con una renovada punzada de dolor, recordó que por supuesto, Escarcha Erizada había sido muy capaz de limpiar su entorno, incluso en ese entonces, pero así era Escarcha Erizada. Garra Volteada parecía dejar un camino de caos detrás de él dondequiera que fuera, y Oreja de Clavelina prefería limpiar solo cuando las cosas se ponían realmente desagradables. Como todos los aprendices de Clan, tuvieron que ser entrenados para mantener limpio el campamento, especialmente las guaridas, o probablemente habrían sido igual de descuidados que estos gatos. «*Y, por supuesto* —reflexionó—, *aquí no hay entrenamiento*». Los jóvenes gatos estaban realmente solos.

—¡Bienvenidos! —maulló Playa cuando los gatos de Clan llegaron al fondo de la hondonada—. Este es nuestro campamento. ¿No es genial?

—Muy impresionante —Ala de Tórtola respondió, echando una mirada dubitativa a todo el desorden.

—Siéntanse como en casa —invitó Playa—. Iremos a atrapar algunas presas para ustedes.

Él y Pizarra salieron corriendo, dejando a los gatos de Clan sentados y esperando junto al estanque.

—¿Creen que realmente sepan cazar? —preguntó Nívea.

—Son muy dulces, pero claramente no saben cómo organizarse —Ala de Tórtola murmuró.

—Creo que sí saben cazar —contestó Brote de Raíz—. Hay suficiente carroña esparcida por aquí, y probablemente habrían atrapado a ese conejo si no nos hubiéramos interpuesto en el camino.

Ala de Tórtola tomó un trago del estanque, luego se sentó, mientras gotas de agua caían de sus bigotes.

—Bueno. No son gatos de Clan, y parece que no reciben mucha orientación por parte de las Hermanas. ¿Creen que deberíamos limpiar el lugar por ellos?

—No. —Charca de Hiedra sabía exactamente lo que debían hacer. El tiempo de criar a estos dos jóvenes gatos había terminado; lo que necesitaban ahora era ser tratados como aprendices—. Creo que deberíamos mostrarles cómo hacerlo y explicarles por qué es importante.

—Buena idea —coincidió Ala de Tórtola—. Dejemos que aprendan y luego podrán seguir con el ritmo.

—Hay algo que tengo que hacer —Zarpa Silbante comenzó, con los ojos llenos de ansiedad—. Esa herida que tiene Playa en el costado es terrible. Necesito ir a buscar algunas hierbas para combatir la infección. Todavía no está demasiado mal, pero si no recibe ayuda, entonces comenzará a sentirse mal y tarde o temprano morirá.

—Entonces tiene suerte de que estés aquí, Zarpa Silbante —maulló Nívea—. Pero no irás sola. No sabemos qué puede haber ahí fuera. Iré contigo.

Charca de Hiedra cerró los ojos para descansar, escuchando a Ala de Tórtola y Brote de Raíz discutir su búsqueda y preguntándose cómo iban a encontrar su camino de nuevo si la lluvia no cesaba.

—No creo que estos dos gatos puedan ayudarnos a encontrar la montaña cabeza de zorro —murmuró Ala de Tórtola—. Me parece que tienen las cabezas llenas de pelusa de cardo.

—No estoy seguro —Brote de Raíz contestó—. Vienen de las Hermanas, después de todo.

—Tú también —Ala de Tórtola señaló—. Y no te funcionó cuando tú intentaste conectar.

Brote de Raíz suspiró, reconociendo que tenía razón.

—Ojalá Árbol estuviera aquí —maulló con tristeza—. Él es el experto, no yo.

No mucho después, Charca de Hiedra escuchó el sonido de pasos que se acercaban y se despertó de su sueño para ver a Zarpa Silbante bajando lentamente hacia el claro con un montón de cola de caballo en las mandíbulas. Nívea la seguía, cojeando sobre tres patas, cargando un enorme fajo de telarañas con la cuarta pata.

Apenas tuvieron tiempo de saludar a sus compañeras cuando Playa y Pizarra regresaron, trayendo un conejo regordete entre ellos.

—¡Gran captura! —exclamó Brote de Raíz, con los ojos brillantes.

Pizarra dejó caer el conejo junto al estanque y se dio un lametón avergonzado en el hombro.

—No es difícil cuando sabes dónde buscar —maulló—. Playa y yo nos las arreglamos bien.

Los siete gatos se reunieron para compartir el conejo. Charca de Hiedra saboreó cada bocado; su estómago no se había sentido lleno desde los ratones que habían atrapado en el granero.

Cuando todos los gatos hubieron comido tanto como querían, Playa empujó los restos a un lado y comenzó a beber del estanque.

—¿Qué hacen con lo que sobra de las presas? —preguntó Charca de Hiedra.

Ambos gatos jóvenes la miraron como si no entendieran la pregunta.

—No mucho, por lo que parece —Ala de Tórtola maulló—. Miren, las sobras que no quieren deben sacarse del campamento y enterrarse. Si no lo hacen, aparecerán ratas y cuervos, y no creo que quieran eso.

—Oh. De hecho había una rata husmeando el otro día —admitió Pizarra.

—¿Qué hicieron con ella? —Ala de Tórtola preguntó.

Playa parpadeó.

—Nos la comimos. Pero *puaj*… no son tan sabrosas como los conejos, ¿no?

Charca de Hiedra puso los ojos en blanco.

—No, no son sabrosas. Propagan enfermedades y muerden. —Hizo una pausa—. Lo primero que tienen que hacer es hacer un montón de carne fresca —explicó—. Todo lo que atrapen va ahí, incluidas las sobras que estarán en buen estado al día siguiente. Como solo son dos, el montón no debería ser demasiado grande, o las presas empezarán a pudrirse antes de que puedan comerlas. Los restos que no estén en buen estado, así como huesos, pelo y plumas, deben sacarse y enterrarse, como dijo Ala de Tórtola.

—Las plumas las pueden usar para forrar los lechos —añadió Ala de Tórtola—. Siempre que estén limpias.

—Y eso es otra cosa de la que tenemos que hablar —Charca de Hiedra continuó—. Puedo oler su guarida desde aquí. ¿Cuándo fue la última vez que cambiaron sus lechos?

Playa y Pizarra se congelaron e intercambiaron una mirada culpable.

—No estoy seguro —murmuró Playa.

—Deberían cambiarlos cada media luna como *mínimo* —les dijo Ala de Tórtola—. Más a menudo si empiezan a oler.

—Eso lo dejaremos por ahora, porque todo lo que puedan encontrar para los lechos estará mojado —maulló Charca de Hiedra—. Pero pueden limpiar toda esta carroña ahora mismo.

Una vez más, los hermanos intercambiaron una mirada.

—¿Tenemos que hacerlo? —Pizarra preguntó.

—No, no tienen la obligación de hacerlo. —La voz de Charca de Hiedra fue nítida—. No somos sus mentores. Pero será mejor si lo hacen y adquieren el hábito, para que su campamento sea un lugar agradable en el que estar.

«*Alguien debería haberles enseñado esto antes de que dejaran a las Hermanas*». Charca de Hiedra no dijo el pensamiento en voz alta, ya que no quería molestar a los gatos jóvenes criticando a su madre, pero se sintió enojada una vez más de que los hubieran echado con apenas ideas vagas de cómo cuidarse a sí mismos.

—Confíen en mí —continuó, tratando de sonar más maternal—. No es difícil una vez que se acostumbran, y les gustará más su campamento, se los prometo.

—Además —Ala de Tórtola agregó, mirando de Playa a Pizarra—, cualquier gata que traigan aquí estará mucho más cómoda. ¿Saben qué es atractivo en una pareja?

Pizarra la miró con ansias.

—¿Una cola muy tupida? —preguntó, moviendo su cola de hecho bastante tupida.

Charca de Hiedra pudo ver a su hermana luchando por reprimir una risa.

—No —Ala de Tórtola contestó—, o, bueno, no es eso a lo que me refería. Iba a decir que es muy atractivo que un gato pueda cuidar de sí mismo, mantener su lecho ordenado y esas cosas.

—Está bien. —Playa se puso de pie de un salto—. Hagámoslo. Pizarra, tú empiezas por ese lado y yo empezaré por aquí.

Charca de Hiedra reprimió un ronroneo de diversión mientras salían corriendo. «*Serían buenos aprendices, ¡sí que prestan atención cuando están inmersos!*».

Cuando se llevaron toda la carroña del campamento, Zarpa Silbante llamó a Playa.

—Esa herida que tienes ahí es terrible —empezó—. ¿Cómo te la hiciste?

—Nos acercamos demasiado al poblado de los Dos Zarpas —le dijo Playa—. Y tuvimos una pelea con un perro.

«*¿Podría haber sido uno de los perros aliados los mininos caseros?* —se preguntó Charca de Hiedra—. *Brutos horribles*».

—Aunque lo ahuyentamos —intervino Pizarra, sacando pecho con orgullo—. Volvió gimoteando a sus Dos Zarpas.

Zarpa Silbante asintió.

—Como dije, es terrible. Y la herida no se está curando, ¿cierto?

Por un momento, Playa pareció desconcertado.

—No —maulló, y luego, encogiéndose de hombros, añadió—: pero lo hará. Está bien.

—No, *no* está bien.

Por un momento, Charca de Hiedra pensó que Zarpa Silbante sonaba como Glayo, el malhumorado curandero del Clan del Trueno. «*Supongo que no se discute con un curandero*».

—Está infectada y no mejorará a menos que se trate —continuó Zarpa Silbante—. Soy curandera. Puedo hacer eso por ti.

—¿Qué es una curandera? —preguntó Pizarra.

—Un gato que sabe acerca de hierbas y curación —contestó Ala de Tórtola—. Y ayudan a su Clan a conectarse con el Clan Estelar… el mundo espiritual, quiero decir.

—¡Genial! —Playa exclamó, mirando a Zarpa Silbante con un nuevo respeto—. Bien, entonces. ¿Qué vas a hacer?

—Primero quiero que le des una buena lamida a esa herida —instruyó Zarpa Silbante—. Límpiala lo mejor que puedas. Mientras lo haces, voy a masticar esta cola de caballo para hacer una cataplasma para combatir la infección.

Obedientemente, Playa se acostó sobre su lado ileso e inclinó la cabeza para darse largas y rítmicas lamidas sobre la carne roja e hinchada.

—Esto lo podrían hacer ustedes mismos, si es que se lastiman de nuevo —Charca de Hiedra señaló—. La cola de caballo es buena para las infecciones, y la caléndula también.

«*Las Hermanas podrían haberles enseñado eso antes de echarlos*».

Cuando Zarpa Silbante terminó de masticar la cola de caballo, la colocó sobre la herida de Playa y sujetó la cataplasma en su lugar con la telaraña que Nívea había traído.

—Eso debería ayudar —maulló, retrocediendo y sentándose con una mirada de satisfacción—. La cambiaré mañana y veré cómo está la herida.

«*¿Mañana?*». Charca de Hiedra se sorprendió al pensar que se quedarían otro día con los dos gatos jóvenes, hasta que se dio cuenta de

que la luz del día ya estaba muriendo. «*Una noche en esa guarida maloliente será, entonces*».

—Gracias —maulló Playa, luego continuó, sonando un poco avergonzado—: Sabes, Zarpa Silbante, tienes un pelaje hermoso. Es muy… atigrado.

—Bien visto —Brote de Raíz murmuró al oído de Charca de Hiedra, obligándola a reprimir un bufido de risa.

—También tienes una gran cola —agregó Pizarra, tocando el suelo con su propia cola tupida.

Los ojos de Zarpa Silbante estaban iluminados de risa.

—Lo siento —contestó—. Pero como les dije, soy una curandera. Eso significa que no puedo tener pareja. Tengo que estar lista para cuidar a todos mis compañeros de Clan, y no puedo hacer eso y criar cachorros a la vez.

Los bigotes de Playa se inclinaron hacia abajo.

—Oh, cagarrutas de ratón… Quiero decir, por supuesto… lo entiendo.

—Pero, ¿sabes? —Zarpa Silbante prosiguió—, a las gatas no siempre les gustan los cumplidos sobre su pelaje y demás. Tal vez cuando las conozcas, pero no al principio. Intenta hacerte amigo suyo primero.

—Tiene razón —convino Ala de Tórtola—. Si hay una gata que te gusta, intenta hacer cosas con ella. Pídele que vaya de caza contigo o salgan a patrullar. Bueno, ustedes no salen a patrullar, pero entiendes la idea.

—Y no la mires como si fuera una presa jugosa —Charca de Hiedra añadió—. Eso puede hacer que una gata se sienta muy incómoda. Una gata quiere que la traten como la guerrera capaz, o cualquier tipo de gata, que es.

—Pregúntate qué tipo de gato le podría gustar. —La mirada de Nívea estaba llena de experiencia—. Y pregúntate, ¿puedes ser ese gato? Si no, tal vez no sea la pareja adecuada para ti.

Los dos gatos jóvenes se quedaron en silencio por un momento, parpadeando pensativamente. Charca de Hiedra se dio cuenta de lo difícil que era para ellos aprender la forma correcta de comportarse, cuando estaban aquí solos sin gatos mayores que los guiaran. Su corazón se inundó de repente de ternura por ellos.

—Podrían venir con nosotros —sugirió vacilante—, y cuando regresemos a casa, podrían unirse a un Clan. Serían aprendices y aprenderían mucho.

—Y habría muchas gatas en las que fijarse —añadió Brote de Raíz, con los ojos brillantes—. Guerreras inteligentes y fuertes… que pueden apreciar a un gato amable y ordenado de cola tupida.

Pizarra volteó hacia Charca de Hiedra con una expresión de sorpresa.

—¡Oh, no podríamos hacer eso! Quiero decir, gracias y todo eso, pero no podemos estar atados.

—Sí. —Playa respaldó a su hermano de camada—. ¡Somos libres! ¡Estamos viviendo el sueño!

—Está bien —Charca de Hiedra suspiró con pesar.

Echando un vistazo a su alrededor, con el hedor a lecho rancio aún en la nariz, se preguntó si esto realmente era «vivir el sueño». «*Al menos el campamento se ve mejor ahora que está limpio*».

—Pero si cambian de opinión antes de que nos vayamos, hágannoslo saber.

—Y hablando de irnos —maulló Nívea—, dijeron que podían conectar con la tierra y encontrar la dirección que deberíamos tomar. ¿Podrían intentarlo, por favor?

—¡Claro que podemos! —Playa respondió.

Se habría levantado de un salto si no fuera porque Zarpa Silbante lo contuvo poniéndole una pata en el hombro.

—Si te mueves demasiado, se te caerá la cataplasma —le dijo—. Tienes que tomarte las cosas con calma hasta que puedas quitarte el vendaje.

—Está bien. —Playa se estiró, apoyó una pata delantera fuertemente contra la tierra y cerró los ojos—. Lo haré desde aquí.

Charca de Hiedra podía sentir que la tensión le erizaba cada pelo del manto mientras fijaba su mirada en Playa. Sus compañeros también lo observaban. «*Por favor, Clan Estelar, danos alguna guía*», rezó.

Pero después de varios latidos que parecieron extenderse hasta convertirse en una luna, Playa abrió los ojos y resopló profundamente.

—Lo siento, no estoy recibiendo nada —maulló—. A veces la tierra no quiere que conectemos con ella.

—Pero no nos rendiremos. —Pizarra se puso de pie de un salto—. Probaremos algo más. Miren, arbustos, los arbustos tienen raíces que se adentran en la tierra, ¿no? Tal vez si me subo a un arbusto, pueda aprovechar las raíces y obtener la conexión de esa manera.

Charca de Hiedra pensó que sonaba como si el joven gato tuviera abejas en el cerebro, pero no lo dijo. Le gustaba demasiado su entusiasmo como para estropearlo. Aun así, tenía que preguntarse si los jóvenes gatos

realmente sabían lo que estaban haciendo. Había asumido que las Hermanas los habían entrenado para conectarse con la tierra, pero tal vez esto era algo más que habían dejado que descubrieran por su cuenta.

—Vale la pena intentarlo —Brote de Raíz comentó, mientras Pizarra esperaba, con los ojos brillantes, su reacción.

Pizarra corrió hacia el arbusto más cercano y trepó a sus ramas, emitiendo un chillido cuando una espina se le clavó en la pata.

Charca de Hiedra hizo una mueca de dolor por él.

—Se va a lastimar gravemente —murmuró, casi para sí misma.

El joven gato se detuvo a mitad del arbusto, envolvió sus patas alrededor de una rama y cerró los ojos. Esta vez Charca de Hiedra no sintió el más mínimo cosquilleo de anticipación; sabía muy bien que no iba a funcionar. Y no se decepcionó cuando Pizarra bajó nuevamente, negando con la cabeza.

—Nada. Lo siento —maulló abatido.

Tenía pedazos del arbusto aferrados al manto, y mantuvo una pata delantera levantada donde todavía estaba la espina clavada.

Zarpa Silbante le hizo señas para que se acercara y lamió alrededor de la espina hasta que pudo agarrarla con los dientes y sacarla. Unas gotas de sangre brotaron de la almohadilla de Pizarra.

—¿Qué deberías hacer ahora? —preguntó ella.

Pizarra se quedó mirándose la pata.

—¿Ponerle un poco de esa cosa, cola de caballo? —adivinó.

—Exactamente. Bien hecho. —Zarpa Silbante le pasó uno de los tallos restantes—. Toma, puedes hacerlo tú mismo. No necesitarás telaraña; no es una herida grave.

—Pensé en otra cosa —comenzó Playa mientras su hermano masticaba la cola de caballo y daba golpecitos a la cataplasma—. Tal vez podamos invocar a los espíritus, como lo hacen las Hermanas. —Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un chillido espeluznante.

—No creo que eso sea exactamente lo que hacen las Hermanas —le susurró Charca de Hiedra a Brote de Raíz, que luchaba por contener la risa.

—Es más probable que ahuyente a los espíritus —Nívea respondió—. Junto con todas las presas que estén al alcance del oído.

Playa siguió intentándolo, mientras que Charca de Hiedra tuvo que contenerse para no apretarse las orejas con las patas, hasta que Brote de Raíz se puso de pie, se acercó a Playa y le apoyó una pata en el hombro.

—No está funcionando, ¿verdad? —preguntó con suavidad—. Les agradecemos que lo hayan intentado, pero ¿hay algún otro gato que pueda ayudarnos? ¿Algún gato con el que puedan llevarnos?

Para alivio de Charca de Hiedra, Playa y Pizarra no parecieron ofendidos ni molestos por las palabras de Brote de Raíz. Se miraron el uno al otro durante un instante, hasta que Pizarra exclamó:

—¡Podríamos llevarlos con las Hermanas!

—¿Tienen permitido regresar? —Brote de Raíz preguntó—. Mi padre, Árbol, hizo que sonara a que una vez que las Hermanas te expulsan, no puedes volver.

—No, no es así —Playa respondió—. Tenemos permitido regresar, pero solo para visitarlas. No podemos quedarnos con ellas.

—Las Hermanas reciben forasteros —añadió Pizarra—. Estoy seguro de que estarán felices de ayudarlos. Y tienen todo tipo de formas de conectarse con el mundo espiritual y averiguar a dónde necesitan ir.

—Estoy segura de que sí —Charca de Hiedra maulló.

Tenía dudas, sabiendo que cuando las Hermanas habían dejado el territorio de los Clanes, habían advertido a los Clanes que no esperaran ayuda de ellas nuevamente. «*Pero no podemos seguir así. Tenemos que intentar algo*».

—Los gatos de Clan ya se han encontrado con las Hermanas en el pasado. Nos conocemos bien.

—Eso es bueno —le dijo Playa—. ¡Encontrarán su camino antes de que se den cuenta!

«*Ojalá pudiera creer eso*», pensó Charca de Hiedra.

Capítulo 6

Charca de Hiedra estaba tan agotada que pasar la noche en la guarida maloliente la molestó mucho menos de lo que esperaba. Al menos estaba seco bajo las rocas y aulagas; no había dormido tan bien desde que había llegado el tiempo húmedo.

Cuando salió de la guarida a la mañana siguiente, encontró a Zarpa Silbante cambiando el vendaje de Playa, mientras Ala de Tórtola estaba sentada junto al estanque, acicalándose.

—Los demás se fueron a cazar —ella le dijo a Charca de Hiedra—. Comeremos y luego iremos a visitar a las Hermanas.

—Eso se está curando bien. —Zarpa Silbante olfateó bien la herida de Playa; Charca de Hiedra pudo ver que su carne no estaba tan roja ni hinchada como el día anterior, y ya no había pus—. No te pondré otra cataplasma, ya que tienes que viajar —dijo la aprendiza—. Vamos a echar un poco de jugo de cola de caballo en la herida y veremos cómo te va.

—Gracias —Playa maulló—. Me siento mucho mejor.

En ese momento los cazadores reaparecieron, trayendo otro conejo y un par de ratones regordetes y luciendo muy satisfechos de sí mismos.

—Las presas corrieron bien para ustedes —comentó Charca de Hiedra.

—Pensamos que podríamos llevar los ratones como regalo para las Hermanas —explicó Brote de Raíz—. Es lo correcto, ya que estaremos pidiendo su ayuda.

El estómago de Charca de Hiedra estaba cómodamente lleno una vez más cuando ella y sus compañeros partieron, liderados por Pizarra y Playa, quienes llevaban los ratones de regalo. Para variar, la lluvia había parado y una fuerte brisa estaba moviendo las nubes a través del cielo. Incluso había algunos huecos por donde podía asomarse el sol.

Los dos gatos jóvenes los llevaron más allá del Poblado de los Dos Patas y el granero donde los gatos de Clan se habían encontrado con los mininos caseros hostiles. Charca de Hiedra lo miró de reojo mientras pasaban; estaban demasiado cerca para su gusto.

—¿Alguna vez van allí? —le preguntó a Playa, que caminaba a su lado—. ¿Ya conocieron a esos mininos caseros?

Playa puso los ojos en blanco.

—Lo exploramos cuando vinimos por aquí por primera vez —le contestó—. Y sí, conocimos a los mininos caseros y a los perros con los que se juntan. Fue uno de ellos el que me hizo esta herida. —Señaló con las orejas su herida, que ahora se estaba curando bien, y desprendía el limpio aroma de la cola de caballo—. Parece que ustedes también los conocieron —añadió.

—Sí, lo hicimos —le dijo Charca de Hiedra—. Y estábamos ganando la pelea con ellos cuando llamaron a sus perros. ¡No creo haber corrido tan rápido en mi vida!

Mientras hablaba, Ala de Tórtola, que iba en cabeza, miró hacia atrás.

—Aceleremos un poco el paso —maulló—. Tenemos que alejarnos mucho de…

El resto de sus palabras fueron ahogadas por un fuerte aullido y, de repente, los dos perros salieron de la parte trasera del granero y se lanzaron contra el grupo de gatos. Charca de Hiedra sintió que se le encogía el estómago al ver al musculoso perro atigrado y sus relucientes dientes blancos.

—¡Excremento de zorro! —exclamó Brote de Raíz—. ¡Sepárense!

«*Deben habernos olido* —Charca de Hiedra pensó mientras huía—. *O los mininos domésticos nos vieron y los enviaron tras nosotros. ¡Aún quieren venganza por los ratones que "robamos"!*».

El pequeño perro blanco la perseguía; podía oír sus pisadas resonando en el suelo, mucho más cerca de lo que le hubiera gustado. Se imaginó sus dientes encontrándose en sus cuartos traseros.

De repente, todo se hinchó dentro de Charca de Hiedra, devorándola como un incendio forestal después de un rayo. La misteriosa búsqueda, el

mal tiempo, su preocupación por los acontecimientos en casa, su dolor por Escarcha Erizada… No podía soportarlo más.

—¡Estoy harta de ti! —chilló, dándose la vuelta para enfrentarse al perro blanco—. ¡Fuera de aquí, pulgoso!

El perro se detuvo de golpe y miró a Charca de Hiedra como si no pudiera creer que su presa se hubiera atrevido a enfrentarlo. Durante unos segundos se quedó mirándola boquiabierto y, en ese breve respiro, Charca de Hiedra se abalanzó sobre él y le clavó las garras en la nariz. El perro soltó un aullido de dolor y retrocedió. Charca de Hiedra lo siguió, dejando que su pelaje se erizara y apoyando las orejas contra su cabeza.

—¿Quieres más? —gruñó.

Claramente, el perro no quería más. Retrocedió aun más, tropezando con sus propias patas, luego huyó en dirección al granero, aullando todo el camino.

Charca de Hiedra observó un momento para asegurarse de que se iba, luego miró a su alrededor en busca del otro perro y el resto de sus compañeros. Lo que vio hizo que su furia se encendiera como si el fuego hubiera convertido un árbol en una rugiente columna de llamas. El gran perro atigrado había agarrado a Pizarra por la nuca y lo sacudía de un lado a otro; Pizarra se retorcía en vano para arañar las mandíbulas del perro, pero no podía alcanzarlo.

Ala de Tórtola y Brote de Raíz estaban atacando al perro, lanzándose desde lados opuestos para asestar un golpe y luego saltando fuera de su alcance, con los prolijos movimientos de batalla que habían practicado desde que eran aprendices. Nívea tenía los dientes clavados en una de las patas traseras del bruto, mientras Zarpa Silbante estaba haciendo todo lo posible para evitar que Playa se lanzara a rescatar a su hermano de camada.

Charca de Hiedra dejó escapar su rabia en un solo aullido espeluznante, luego se lanzó directamente hacia el perro, abalanzándose contra su costado. La fuerza de su ataque lo hizo caer de sus patas; vio brevemente a Pizarra volando por los aires.

El perro yacía de costado, con el vientre expuesto; Charca de Hiedra vio su oportunidad y lo rasguñó, y la sangre siguió la línea de sus garras. Ala de Tórtola comenzó a golpearlo alrededor de las orejas, mientras Brote de Raíz se unió a Nívea para atacarle los cuartos traseros.

Solo pasaron unos momentos antes de que el perro claramente se hubiera hartado. Se quitó de encima a los gatos, se tambaleó hasta ponerse

de pie y con un ladrido final cojeó hasta desaparecer detrás del granero. Todos los gatos lo vieron irse.

—¡Gran Clan Estelar, Charca de Hiedra! —Brote de Raíz exclamó, mirándola con admiración—. ¿De dónde salió eso?

Ahora que la furia de Charca de Hiedra estaba disminuyendo, se sintió conmocionada, al darse cuenta de que había estado usando técnicas aprendidas hace mucho tiempo en el Bosque Oscuro.

—Estúpidos mantos sarnosos —murmuró.

Captó la mirada de Nívea y vio que la gata del Clan del Río asintió sutilmente en señal de comprensión. Ella también había entrenado en el Bosque Oscuro.

Recordó lo asustada que había estado al entrar en el Lugar Sin Estrellas, y cuánto coraje, determinación y lealtad había necesitado encontrar dentro de sí misma para poder seguir espiando para su Clan. «*Las cualidades que hicieron que Estrella de Esquiruela me eligiera como su lugarteniente*», pensó con pesar, admitiendo para sí misma lo mucho que había decaído desde aquellos días. Y aun así había logrado utilizar sus reservas internas para ahuyentar a los perros. «*Tal vez pueda volver a ser esa gata*».

—¡Estuviste genial! —Ala de Tórtola le dio un lametón alrededor de la oreja—. ¿Estás herida?

—No, estoy bien —contestó Charca de Hiedra, consciente de que ninguno de los perros la había tocado con garras o dientes—. ¿Pero qué hay de Pizarra?

El joven gato estaba estirado a unas cuantas colas de distancia, con Zarpa Silbante inclinada sobre él y Playa agachado a su lado, mirándolo con ojos llenos de preocupación.

—Está bien. Estoy bien. En serio, estoy bien —repetía Pizarra una y otra vez, pero tenía los ojos muy abiertos de sorpresa y temblaba.

—Ojalá hubiera traído lo último de esa cola de caballo conmigo —la aprendiza de curandero maulló—. Tienes algunas heridas punzantes muy feas en el cuello. Necesitan tratamiento.

—Estaré bien —Pizarra insistió, pero no convenció a nadie.

Mientras tanto, Brote de Raíz se había dado la vuelta y miraba el granero con una mirada cautelosa.

—Realmente creo que deberíamos irnos —declaró—. Esos perros podrían volver, o los mininos domésticos, buscando venganza. Pizarra, ¿estás en condiciones de viajar?

—Claro que sí. —El joven gato se puso de pie sobre patas tambaleantes.

—Si puedes, será lo mejor —maulló Zarpa Silbante—. Vamos de camino a ver a las Hermanas, y seguro que ellas tienen lo que necesitas para esas heridas.

Esta vez Brote de Raíz tomó la delantera, mientras Ala de Tórtola y Zarpa Silbante flanqueaban a Pizarra a ambos lados en caso de que tropezara. Playa escudriñó el área y recuperó los dos ratones, que llevaba por las colas. Charca de Hiedra y Nívea caminaban juntas en la retaguardia; vigilaban, pero ni los perros ni los mininos domésticos los siguieron.

Se alejaron del Poblado de los Dos Patas, dejando atrás la ladera rocosa y entrando en un tramo de bosque claro. No era lo mismo que el bosque del Clan del Trueno, pero Charca de Hiedra se sentía mucho más cómoda cuando caminaba entre árboles.

El cielo aún estaba mayormente gris, pero no llovía y una suave brisa agitaba las ramas. Charca de Hiedra empezó a tener esperanzas de que el tiempo estuviera cambiando. «*Tal vez nuestra suerte también esté cambiando, si las Hermanas pueden poner nuestras patas en el camino correcto*».

Mientras viajaban por el bosque, Zarpa Silbante se detenía para saborear el aire. Después de un rato, dejó escapar un ronroneo de satisfacción y se adentró en la maleza. Cuando regresó, llevaba un par de hojas, que dejó frente a Pizarra.

—Esto es tomillo —le dijo—. Come; es bueno para el impacto.

Pizarra murmuró un agradecimiento y lamió las hojas. Obviamente le impresionaba Zarpa Silbante, pensó Charca de Hiedra, y no por su pelaje o su cola, por atractivos que fueran, sino por su experiencia como curandera.

Cuando se pusieron en marcha nuevamente, Playa encabezó la marcha por una larga pendiente cubierta de helechos hasta un arroyo que había al fondo. Después de seguir el arroyo durante unos zorros de distancia, los gatos llegaron a una pequeña cascada y a una amplia hondonada más allá, rodeada de más frondas y helechos. Charca de Hiedra vio a varias gatas bebiendo del arroyo, acicalándose o compartiendo lenguas. «*¡Las Hermanas!*».

Playa bajó de un salto junto a la cascada, hacia la hondonada, y Pizarra (cuyo pasos eran más firmes desde que comió las hojas de tomillo) bajó tras él.

—¡Somos nosotros! —maulló Playa—. ¡Miren a quienes trajimos a verlas!

—¡Atrapamos ratones para ustedes! —Pizarra añadió.

Los gatos de Clan los siguieron más lentamente, conscientes de lo fácil que sería caer sobre las rocas húmedas y resbaladizas. Cuando llegaron al fondo, una hermosa gata blanca los estaba esperando, con una mirada de sorpresa.

—Saludos, Nieve. —Charca de Hiedra inclinó la cabeza hacia la líder de las Hermanas—. Es bueno verte de nuevo.

—Saludos. —Nieve asintió en respuesta, pero su mirada azul era fría, como si no pudiera decir lo mismo sobre los gatos de Clan—. Ustedes son los últimos gatos que esperaba ver aquí. ¿Por qué han dejado a sus Clanes?

—Es una larga historia —Ala de Tórtola maulló, acercándose para pararse al lado de Charca de Hiedra—. Necesitamos hablar con ustedes sobre…

—¡Brote de Raíz! —Un maullido alegre interrumpió las palabras de Ala de Tórtola.

Charca de Hiedra levantó la mirada para ver a una gata grande, de color amarillo claro, saltando por el campamento; la reconoció como Amanecer, la hermana de Árbol, una de las gatas que habían ayudado a los Clanes cuando intentaban luchar contra el impostor Cenizo. Dos o tres gatas que Charca de Hiedra no había visto antes la siguieron y se amontonaron con emoción alrededor de Brote de Raíz.

Nieve volteó hacia Pizarra y Playa.

—Gracias por los ratones —maulló—. Quizás quieran llevárselos a su madre. La encontrarán en la maternidad.

—¿La maternidad? —Los ojos de Playa se abrieron de par en par—. ¿Quieres decir que…?

La voz de Nieve se volvió más suave.

—Sí, Ráfaga ha dado a luz a tres cachorros, hace apenas unos días. Tienen dos nuevas hermanas y un nuevo hermano.

—¡Oh, wow! —exclamó Pizarra.

Los dos salieron corriendo, atravesando el campamento mientras los ratones colgaban salvajemente por sus colas.

—¡Vayan en silencio! —exclamó Nieve.

—Pizarra fue herido —Zarpa Silbante maulló, luciendo un poco nerviosa por la desaparición del gato blanco y negro—. No debería estar corriendo de esa manera; necesita tratamiento.

Nieve estiró la cola y le tocó el hombro a Zarpa Silbante para tranquilizarla.

—No te preocupes. Nos encargaremos de eso.

Charca de Hiedra vio a los dos hermanos irse, sintiendo una punzada en su corazón al verlos tan jóvenes y tan emocionados por conocer a su nueva familia. Sintió que su pelaje se erizaba de enojo una vez más ante la costumbre de las Hermanas de expulsar a los gatos jóvenes antes de que estuvieran listos para cuidar de sí mismos, pero se obligó a reprimir ese sentimiento, sabiendo lo mucho que ella y sus compañeras necesitaban la ayuda de las Hermanas.

—Ahora —comenzó Nieve, cuando los gatos jóvenes hubieron desaparecido en una guarida a la sombra de los helechos detrás de un viejo tocón de árbol—. Tenemos que hablar. Vengan conmigo.

Los guió hacia un tramo de musgo frente a un roble hueco que Charca de Hiedra supuso que era su guarida. Mientras se alejaban, Nieve miró por encima de su hombro.

—Amanecer, trae a Luna y Tempestad y únansenos —ordenó.

Las gatas a las que había nombrado llegaron rápido; Charca de Hiedra recordaba a Luna, la gata gris de pelo largo, y a la atigrada Tempestad; al igual que Amanecer, habían estado entre las Hermanas que las habían ayudado a lidiar con Cenizo.

—Cuéntennos qué ha sucedido en los Clanes desde la última vez que los vimos —instruyó Nieve—. Los dejamos en circunstancias tristes.

Fue Brote de Raíz quien respondió, aunque sonaba reacio; Charca de Hiedra supuso que no quería detenerse en ese momento terrible.

—Bueno, como saben, Cenizo fue derrotado, gracias en parte a su ayuda —maulló—. Y Estrella Zarzosa pudo regresar a su propio cuerpo. Látigo Gris resultó gravemente herido, pero logró regresar al mundo de los vivos antes de morir, por lo que viajó al Clan Estelar. —Su voz tembló ligeramente—. Pero Escarcha Erizada murió en el Bosque Oscuro. No hemos vuelto a verla ni hemos oído hablar de ella desde entonces.

Murmullos de tristeza vinieron del grupo de Hermanas.

—Qué destino tan terrible para una gata valiente. —Amanecer sacudió la cabeza con tristeza—. Especialmente ya que fuimos nosotras quienes ayudamos a sus compañeros de Clan a pasar al Lugar Sin Estrellas.

—Honramos a quienes viajaron allí llamándolos las Luces en la Niebla —le dijo Ala de Tórtola—. Pero dos de ellos nunca regresarán a los Clanes.

—Látigo Gris era un guerrero excepcional —declaró Nieve; Su actitud distante inicial se había desvanecido como rocío a la luz del sol—. Y también Escarcha Erizada. Es duro perder a una gata tan joven y prometedora… y tan valiente, que eligió ir al Bosque Oscuro para ayudar a los Clanes. —Volteo para mirar a Charca de Hiedra, con los ojos llenos de simpatía—. Era tu hija, ¿no?

—Sí. —Charca de Hiedra apenas pudo pronunciar la única palabra.

—La mayoría de nosotras hemos tenido hijos —maulló Amanecer—. Podemos entender cómo debe sentirse perder uno. Pero al menos tienes el espíritu de Escarcha Erizada para que te consuele.

—¡Pero *no es así*! —Charca de Hiedra necesitó toda su fuerza para no empezar a llorar de dolor al cielo—. Escarcha Erizada murió en el Bosque Oscuro, y eso significa que no existe en ningún lado, ni siquiera como espíritu.

Las Hermanas intercambiaron miradas confundidas.

—Todos los espíritus existen en algún lugar —protestó Tempestad.

Charca de Hiedra solo pudo negar con la cabeza; se le cerró la garganta y no pudo encontrar más palabras para explicarlo. Por un momento vertiginoso se preguntó si las Hermanas podrían tener razón. Pero luego desechó incluso esa pequeña pizca de esperanza. «*Las Hermanas no entienden sobre los Clanes*».

—Han pasado muchísimas cosas desde que dejaron nuestro territorio. —Ala de Tórtola tocó discretamente a Charca de Hiedra con la punta de su cola mientras cambiaba de tema—. Estrella Zarzosa decidió que su experiencia en el Bosque Oscuro lo había agotado demasiado y que ya no sentía que pudiera liderar al Clan del Trueno. Así que el Clan Estelar le permitió retirarse, y Esquiruela ahora es Estrella de Esquiruela.

Nieve entrecerró los ojos.

—Recordamos a Esquiruela.

Charca de Hiedra tragó saliva; el primer encuentro de las Hermanas con la nueva líder del Clan del Trueno, cuando ella y Estrella de Hojas habían estado buscando un nuevo territorio, no había sido exactamente amistoso, aunque Esquiruela las había ayudado al final.

—Estoy segura de que será una líder excelente —terminó Nieve suavemente.

—Deberíamos hacer algo para dar la bienvenida a nuestros invitados —sugirió Luna, con una mirada cálida a los gatos de Clan—. ¡Hagamos un banquete! Podría ser en memoria de Látigo Gris y Escarcha Erizada.

—Es una idea excelente —maulló Nieve con aprobación—. Luna, ¿podrías organizar cazadoras? Y mientras tanto, nuestros invitados pueden descansar y ponerse al día con viejas amigas.

«*¿Amigas?* —se preguntó Charca de Hiedra—. *¿De verdad podemos llamar amigas a las Hermanas?*». Luego se permitió relajarse, mientras las intensas emociones de hacía unos momentos se iban desvaneciendo gradualmente. Se sentía curiosamente débil y más cansada de lo que esperaba. Apenas había pasado el mediodía.

—Gracias —le murmuró a Nieve—. Estaremos muy felices de participar.

Charca de Hiedra se sintió culpable por disfrutar del banquete. El encuentro con las Hermanas había traído de vuelta todos los recuerdos de esa terrible época en la que los gatos vivos se habían aventurado en el Bosque Oscuro y Escarcha Erizada nunca había regresado a casa. Pero fue bueno compartir una suculenta paloma torcaz con Ala de Tórtola y escuchar a las Hermanas contar historias de todo lo que había sucedido desde la última vez que se vieron.

Avistó a Playa y Pizarra al otro lado del campamento, acurrucados uno a cada lado de su madre, Ráfaga, que había dejado la maternidad brevemente para pasar tiempo con ellos. «*Se ven tan jóvenes* —pensó Charca de Hiedra—, *y tan felices de estar de nuevo con su familia*». El enojo la amenazó una vez más, pero lo reprimió; no le correspondía criticar a gatas cuyo estilo de vida era muy diferente al de los Clanes.

—¿A dónde fueron después de que abandonaron el territorios de los Clanes? —Brote de Raíz le preguntó a Nieve mientras mordisqueaba una paloma.

—Oh, seguimos moviéndonos por un tiempo —contestó Nieve—. Terminamos en una especie de parque, con gatos que pasaban la mayor parte del tiempo meditando.

—Eso suena como el parque que visitaron Corazón Nocturno y Zarpa Escarchada. —Nívea levantó la mirada del ratón que estaba comiendo—. A Zarpa Escarchada realmente le agradaron esos gatos. Le enseñaron a meditar.

—Eran… Interesantes —admitió Nieve—. Pero sus costumbres no eran las nuestras. No nos quedamos allí mucho tiempo.

—Seguimos un río durante un tiempo y luego hicimos campamento cerca de un Poblado de Dos Zarpas. —Luna retomó la historia—. Allí fue donde Tempestad conoció a su gato de guarida.

Una oleada de risas recorrió el cuerpo de las Hermanas.

Tempestad levantó una mirada indignada.

—¿Qué tiene de gracioso mi gato de guarida? —preguntó—. Era encantador. —Su voz se tornó soñadora—. Tenía un hermoso pelaje largo y blanco… ¡era tan suave! Y sus ojos eran del color del cielo en una soleada mañana de la temporada de las hojas brillantes.

—¡Y tenía una extraña cara hundida, y se llamaba Sweetums! —Luna soltó un ronroneo de risa.

Tempestad no pudo evitar repetir el ronroneo.

—Bueno, fue bueno mientras duró —maulló—. Lamento que estuviera tan molesto cuando todas nos mudamos. Él quería dejar a sus amos y venir con nosotras, y tuve que explicarle que nosotras las Hermanas no permitimos machos en nuestro grupo.

—Después de eso, cuando el tiempo se puso más frío, acampamos cerca de un lago —continuó Nieve—. Tuvimos un brote de tos verde, pero pronto se curó, después de que nos comunicáramos con los espíritus. Y luego vinimos aquí.

Charca de Hiedra comió en silencio, pensando en lo diferentes que eran las vidas de las Hermanas de la suya. Se mudaban constantemente de un lugar a otro y nunca tenían un lugar al que realmente pudieran llamar hogar. Si bien se había sentido aliviada de irse por un tiempo, sabía cuánto extrañaría el campamento del Clan del Trueno, su lecho en la guarida de los guerreros y los muros de piedra que mantenían alejados a los enemigos si alguna vez tenía que irse permanentemente. También extrañaría el territorio: todo su conocimiento de los mejores lugares para cazar, los lugares peligrosos donde podría haber zorros o tejones al acecho, los pequeños arroyos que serpenteaban hasta el lago y los límites que protegían el bosque del Clan del Trueno.

También pensó en Tempestad y en cómo había dejado atrás a su minino casero con apenas una pequeña punzada de arrepentimiento. «*Yo nunca podría dejar a Canción de Frondas*». De repente lo extrañó con un dolor físico, recordando la sensación de su pelaje rozando el de ella mientras dormían acurrucados uno junto al otro. No habían sido cercanos últimamente y ella le había estado ocultando cosas: lo devastada que estaba por la muerte de Escarcha Erizada y cómo se había estado escabullendo para hablar con Brote de Raíz. Aun así, ahora se daba cuenta

de que eso no era justo para él. Canción de Frondas siempre había amado a Charca de Hiedra y a sus hijos por encima de todo lo demás, y no le había dado la oportunidad de estar allí para ella, desapareciendo en su propio dolor. «*Cuando llegue a casa* —se prometió a sí misma—, *no volveré a darlo por sentado*». Cada pelo de su manto se erizó en una oleada de anhelo por su pareja, por su olor, por el toque de su mejilla contra la suya.

«*No podría vivir como una Hermana* —decidió—. *Especialmente por la forma en que abandonan a sus parejas y expulsan a sus hijos*». Se dio cuenta de que las Hermanas jamás conocerían la confianza que podría surgir entre una gata y su pareja, o la alegría de compartir hijos con su pareja, de cuidarlos juntos como ella y Canción de Frondas lo habían hecho. Su felicidad al dar a luz y ver crecer a sus hijos había sido mucho más profunda porque Canción de Frondas también lo había experimentado. «*Las Hermanas no tienen idea de lo que se están perdiendo*».

Finalmente, el crepúsculo se estaba alzando y el banquete estaba llegando a su fin. Los gatos de Clan y las Hermanas, felizmente atiborrados de presas, compartían lenguas o hablaban en voz baja entre sí.

Entonces Nieve se puso de pie.

—Es hora de celebrar una ceremonia para honrar a los espíritus de Escarcha Erizada y Látigo Gris —anunció.

Una sensación de pavor punzó a través del manto de Charca de Hiedra mientras se preguntaba qué podría ser la ceremonia. Todavía no estaba segura de que las Hermanas entendieran que el espíritu de Escarcha Erizada se había ido. «*¿Y si intentan traerla de vuelta y fallan?*».

Las Hermanas se movieron de inmediato para formar un círculo en el medio del campamento. Charca de Hiedra notó que Ráfaga regresó a la maternidad, pero Pizarra y Playa se quedaron, acomodándose fuera del círculo. Los gatos de Clan hicieron lo mismo, caminando lentamente para unirse a los jóvenes machos a un par de colas de distancia de las Hermanas. El limpio y agudo olor a hierbas provenía de Pizarra, y Charca de Hiedra supuso que sus heridas habían sido tratadas.

—¿Estás bien con esto? —Ala de Tórtola preguntó mientras se sentaba junto a Charca de Hiedra y se envolvía las patas con la cola.

—Supongo… no estoy segura —confesó Charca de Hiedra.

Su sensación de pavor aún permanecía, como un dolor sordo en todo su cuerpo, pero al mismo tiempo sabía que sería un terrible insulto para las Hermanas si protestaba.

Ala de Tórtola se apretó de manera reconfortante contra su costado.

—Si te molesta, no tenemos que quedarnos —susurró.

Cuando todas las hermanas ocuparon sus lugares, Nieve se puso de pie.

—En esta ceremonia recordamos a Látigo Gris y Escarcha Erizada, y honramos su coraje y su dedicación. Espíritu de Látigo Gris, espíritu de Escarcha Erizada, enviamos nuestras voces para llegar a ustedes; nos entregamos para que nos hablen desde el más allá.

Charca de Hiedra frunció el ceño, confundida.

—¿El más allá? —preguntó.

Nieve la miró con paciencia.

—Lo que nos ocurre después de morir —explicó—. Sea cual sea la forma que adoptemos.

«*¿La forma que adoptemos?*». Charca de Hiedra hizo una mueca.

—¿De qué está maullando? —le murmuró a Ala de Tórtola.

Su hermana se encogió de hombros, igual de desconcertada.

Nieve terminó de hablar y echó la cabeza hacia atrás, emitiendo un maullido delgado y prolongado que parecía elevarse a través de los árboles, cada vez más alto, hasta que Charca de Hiedra pensó que podría alcanzar las estrellas. «*Así que esto es lo que Playa estaba tratando de hacer*», pensó. Tal vez funcionaría mejor esta vez.

Otra gata comenzó a emitir el sonido, luego otra y otra, hasta que todo el círculo de Hermanas se unió en un extraño entrelazamiento de sonidos.

Entonces, al otro lado del círculo, una de las Hermanas dejó de maullar y dejó escapar un torrente de palabras en tono agudo.

—¡El sol brilla y el agua corre limpia!

«*Eso suena como un espíritu del Clan Estelar* —pensó Charca de Hiedra—. *¡Pero no creo que Látigo Gris se comunique con nosotros para contarnos sobre el tiempo! Él tendría cosas más importantes en mente*».

Más gatas se unieron, cantando palabras que Charca de Hiedra supuso que provenían de los espíritus. Sus voces habían cambiado, como si los espíritus realmente estuvieran hablando a través de ellas.

—¡Viajamos por el cielo; nuestras patas tocan las nubes!

—Cuidado con el zorro; cuidado con la serpiente; encaminen sus patas hacia la luz.

Charca de Hiedra sabía que debería estar llena de asombro por lo que estaba sucediendo, pero en cambio, la inquietud crecía dentro de ella como las nubes amenazantes que terminan en tormenta. «*¿Por qué no me escuchan cuando les digo que Escarcha Erizada se ha ido?*».

Entonces otra voz sonó claramente a través del círculo.

—¡Látigo Gris! ¡Látigo Gris! ¿Eres tú? —La gata que habló fue Amanecer; un momento después, agregó con un tono más profundo—: Sigan adelante, pase lo que pase. ¡Sus Clanes los necesitan!

—¡Eso suena como Látigo Gris! —Charca de Hiedra susurró, volviéndose para mirar a Ala de Tórtola.

Ala de Tórtola asintió

—Él siempre intentaba animarnos.

Por un breve momento, Charca de Hiedra sintió un toque de esperanza, tan delicado como la caída de un copo de nieve. Tal vez la ceremonia no fuera una completa tontería. Tal vez de alguna manera realmente pudiera conectarse con el espíritu de Escarcha Erizada.

—¡Escarcha Erizada! ¡Escarcha Erizada! ¡Háblanos! —gritó una gata desde más lejos en el círculo—. ¡Escarcha Erizada! —Más gatas siguieron el grito, hasta que pareció que todas las Hermanas estaban llamando a la gata perdida.

Charca de Hiedra se sentó rígida con esperanza. «*¿Podría ser esta la razón por la que me eligieron para unirme a la búsqueda?*». Tal vez las Hermanas sabían algo sobre el más allá que estaba oculto para los Clanes, incluso para los curanderos. Podía sentir a Ala de Tórtola a su lado, apoyándola en silencio, y comenzó a susurrar el nombre de su hija en voz baja, preguntándose qué le diría si las Hermanas la alcanzaban.

Pero no hubo respuesta al llamado de las Hermanas. Las voces se apagaron y todas las gatas se quedaron en silencio hasta que Nieve maulló:

—Lo intentaremos una vez más.

Los gritos débiles y quejumbrosos se alzaron de nuevo, intercalados con el nombre de Escarcha Erizada. Charca de Hiedra todavía se aferraba a los últimos restos de esperanza. Si el espíritu de Escarcha Erizada existía en algún lugar, seguramente debía oír el llamado. Pero nuevamente no hubo respuesta. Las voces se apagaron en murmullos confundidos. Parecía que ninguna de las Hermanas podía entender cómo un gato podía morir y no dejar atrás ningún espíritu.

Charca de Hiedra se sintió furiosa consigo misma por tener esperanza; solo se había dado otra oportunidad de decepcionarse. Había tenido razón todo el tiempo: Escarcha Erizada se había ido. Afiladas púas de resentimiento le perforaron el corazón como espinas: las Hermanas habían avivado todo esto de nuevo, justo cuando estaba empezando a recordar cómo reír de nuevo y cómo abrirse a otros gatos que habían experimentado lo mismo que ella. «*Me estaba sintiendo mejor, y ahora… ahora me siento peor que nunca*».

La ceremonia comenzó de nuevo: no más nombres, solo el continuo llanto lanzado al cielo. Charca de Hiedra no quería más.

—Lo siento —le maulló a Ala de Tórtola—. Ya tuve suficiente. Me voy a mi lecho.

—Quédate un poco más —la instó Playa mientras se levantaba—. Es genial tenerte aquí.

—No, ya tuve suficiente. —Charca de Hiedra se dio cuenta de lo brusca que había sonado y agachó la cabeza—. Pero gracias.

Mientras se alejaba hacia el lecho que las Hermanas habían preparado para ella, Charca de Hiedra admitió lo estúpida que había sido al sugerirles a los gatos jóvenes que podrían volver con ella a los Clanes. ¿Qué, acaso había estado tratando de reemplazar su hija perdida con dos diferentes y ligeramente usados? Pizarra y Playa eran encantadores y dulces, pero no eran suyos. Y no podían reemplazar a Escarcha Erizada. Ella era irremplazable.

Acomodándose en su lecho, Charca de Hiedra vio una mancha gris en la oscuridad mientras Ala de Tórtola se acercaba a ella, con sus ojos verdes abiertos de simpatía.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó su hermana—. ¿Quieres que me quede contigo?

—No —Charca de Hiedra suspiró—. Estoy mejor sola.

—Está bien. —Ala de Tórtola se inclinó para frotar el hocico contra el de Charca de Hiedra, luego dio un paso atrás—. Sabes dónde estoy si me necesitas.

Charca de Hiedra estaba agradecida por la preocupación de su hermana, pero ahora se dio cuenta de que no había nada que Ala de Tórtola pudiera hacer para alterar la verdad, y nada que la búsqueda pudiera enseñarle. No iba a encontrar una nueva forma de conectar con un espíritu que no estaba allí. Incluso si lograban devolver el recuerdo de los gatos olvidados al Clan Estelar, eso no significaba que pudieran traer de vuelta a Escarcha Erizada. Escarcha Erizada no fue olvidada en absoluto, todo lo contrario. «*Simplemente tengo que aceptarlo* —pensó Charca de Hiedra, con todo su cuerpo paralizado por el dolor—. *Mi hija se ha ido*».

CAPÍTULO 7

Durante toda esa noche el sueño de Charca de Hiedra fue perturbado. No dejaba de oír los lamentos de las Hermanas, y no podía saber si la ceremonia continuaba o si el sonido había invadido sus sueños. Finalmente, cuando la luz del amanecer comenzó a filtrarse entre las ramas del arbusto sobre su cabeza, renunció a la lucha.

Se puso de pie, con cada una de sus extremidades adoloridas y mareada por el cansancio. Trató de sacudirse la sensación de la misma manera que se sacudía los restos de lecho del manto. Estaba ansiosa por ponerse en marcha. Seguramente las Hermanas podrían darles instrucciones para llegar a la montaña cabeza de zorro.

Pero cuando Charca de Hiedra emergió de su lecho, encontró el campamento de las Hermanas en silencio. Ninguna de las Hermanas ni sus compañeros de viaje estaban despiertos aún. No podía oír nada más que una brisa que agitaba las ramas y el gorjeo de un pájaro en los árboles. La luz del amanecer todavía era pálida; no había señales de por dónde saldría el sol.

Charca de Hiedra flexionó las garras con frustración, ansiosa por ponerse en marcha y completar la misión. Si nunca podría volver a conectarse con Escarcha Erizada, al menos podría ayudar a encontrar a los extraños gatos en la visión de Zarpa Silbante, descubrir cuál era la deuda de los Clanes y saldarla, para que pudieran evitar cualquiera que fuera la catástrofe señalada por el río de sangre. «*Si no puedo ser una buena madre*

y encontrar a mi hija —reflexionó—, *al menos puedo ser una buena lugarteniente de Clan*».

Mientras estos pensamientos pasaban por su mente, Charca de Hiedra se dio cuenta de que se había alejado del campamento de las Hermanas y estaba caminando a través del pasto alto, aún húmedo por el rocío. Un movimiento fugaz la hizo girar la cabeza para ver a una ardilla regordeta trepando un árbol hasta que se detuvo en una rama a mitad del tronco. «*Ese sería un buen comienzo para el día*».

Asegurándose de mantenerse a barlovento, Charca de Hiedra se deslizó sigilosamente por el pasto hasta el otro lado del árbol y lo trepó en un único y veloz movimiento. Se detuvo justo encima de la rama donde todavía estaba sentada la ardilla. La criatura no se dio cuenta de su presencia mientras serpenteaba alrededor del tronco, se dejó caer sobre su presa y la agarró por el cuello.

Charca de Hiedra se tambaleó precariamente durante unos aterradores latidos mientras las extremidades agitadas de la ardilla casi la hacían perder el equilibrio. Empujándose desde la rama, se dejó caer de un salto directamente al suelo y completó su captura con un rápido golpe en la garganta de la ardilla.

—Gracias, Clan Estelar, por esta presa —maulló, respirando con dificultad.

Agarrando a la ardilla con las mandíbulas, Charca de Hiedra regresó al campamento para ver que las Hermanas y sus compañeros guerreros comenzaban a despertar. «*Me pregunto si el olor a carne fresca los está despertando*», se preguntó con ironía.

Nieve acababa de salir de su guarida en el roble hueco y se acercó a saludar a Charca de Hiedra.

—Esa es una captura espléndida —maulló con admiración

—Es para agradecerles y mostrarles lo mucho que los gatos de Clan apreciamos su hospitalidad —respondió Charca de Hiedra, dejando la ardilla en las patas de Nieve.

Nieve la miró de buen humor.

—Puedo sentir tu impaciencia por irte —comentó.

—Tú también pareces bastante impaciente por deshacerte de nosotros —Charca de Hiedra replicó.

Los bigotes de Nieve se crisparon de sorpresa, y Charca de Hiedra se preguntó si había sido demasiado indiscreta. Entonces apareció un brillo en los ojos de la gata blanca.

—Sí —admitió—. Me sentiré más relajada cuando nuestro campamento esté libre de tantos machos.

Charca de Hiedra opinaba que era extraño que Nieve tuviera tantos problemas con los gatos macho, en especial porque Brote de Raíz era el único macho ahí que no había sido parte de su grupo recientemente, pero fue inteligente y no comentó nada al respecto. Esa era la forma de ser de las Hermanas, y no quería ofender a una gata que les había mostrado tanta amabilidad a ella y a sus compañeros.

Nieve tomó la ardilla y le hizo una seña a Charca de Hiedra para que se sentara en un lugar protegido por las ramas de roble que había afuera de su guarida.

—Vamos a comer —comenzó—, y cuéntame más sobre lo que los trajo aquí. No hubo tiempo suficiente para discutirlo anoche.

Mientras las dos gatas compartían la ardilla, Charca de Hiedra se concentró en las dificultades que enfrentaban los gatos de Clan, describiendo su viaje hasta el momento. Le contó a Nieve los detalles de la visión de Zarpa Silbante y cómo parecía amenazar con un desastre para los Clanes. Mientras hablaba, Amanecer y una o dos de las otras Hermanas se les unieron y se sentaron a comer y escuchar.

—Me parece que también es importante para los otros gatos de la visión —le dijo Charca de Hiedra a Nieve—. Al menos, creo que tenemos que hacer todo lo posible para encontrarlos.

Era una experiencia extraña para los gatos de Clan estar lejos de su territorio junto al lago; Charca de Hiedra esperaba que eso fuera suficiente para convencer a Nieve de lo vital que era su misión. No habían viajado tan lejos solo por capricho.

—Entonces, ¿qué quieren de nosotras? —preguntó Nieve cuando Charca de Hiedra terminó su relato.

Charca de Hiedra recordó una vez más que cuando las Hermanas ayudaron a Escarcha Erizada y Visión de Sombra a entrar al Bosque Oscuro, Nieve había jurado que aquel sería el último favor que le harían a los Clanes. Sus patas debían guiarlos por caminos diferentes. Ahora que el destino los había unido de nuevo, lo que los gatos de Clan podían esperar de las Hermanas tenía un límite.

—No les vamos a pedir nada más que indicaciones —comenzó Charca de Hiedra—. No queremos que envíes a ninguna gata a que nos ayude. Ninguna de tus Hermanas estará en peligro.

Nieve bajó la cabeza, mientras Charca de Hiedra trataba de encontrar aliento en su mirada azul.

—¿Conocen una montaña con una cima en forma de cabeza de zorro? —continuó—. Como la montaña que Zarpa Silbante vio en su visión.

Nieve y las otras Hermanas intercambiaron miradas; a Charca de Hiedra le pareció que sabían de qué estaba hablando.

—Si es el lugar en el que estoy pensando —maulló Nieve, frunciendo ligeramente el ceño—, están yendo en la dirección completamente equivocada.

—Lo sé —Charca de Hiedra suspiró con frustración—. Al principio podíamos ver la montaña, pero luego, cuando el cielo se nubló, la perdimos de vista, y desde entonces nos hemos desviado del rumbo. ¿Sabes cómo podríamos llegar allí desde aquí?

Nieve asintió.

—Recuerdo que acampamos brevemente cerca de esa montaña, hace muchas lunas. —Señaló con la cola a una de las otras Hermanas, cuyo nombre Charca de Hiedra no pudo recordar—. Gorrión, tú te encaprichaste con un gato de por ahí, ¿no?

Gorrión puso los ojos en blanco.

—Sí, y qué desperdicio de esfuerzo que fue.

—No nos quedamos mucho tiempo, debido a que no nos gustó el lugar —continuó Nieve—. El paisaje era duro y cerca vivían Dos Patas peligrosos. Algunas partes del terreno estaban llenas de arena y había un lago con agua maloliente, más grande de lo que jamás podrías imaginar. El agua avanzaba y luego retrocedía; a veces se drenaba por muchos, muchísimos conejos de distancia, pero siempre regresaba.

«*El lugar donde se ahoga el sol*», pensó Charca de Hiedra con un hormigueo de emoción.

Aunque adivinaba lo que Nieve estaba describiendo, no podía lograr imaginarlo. No sonaba para nada como cualquier otra cosa que hubiera visto antes. Pero eso debería significar que ella y los otros gatos de Clan deberían reconocerlo cuando lo encontraran, pensó con esperanza.

—¿Qué dirección deberíamos tomar desde aquí? —le preguntó a Nieve.

La líder de las Hermanas pensó por un momento.

—¿Conoces el Poblado de Dos Zarpas que no está lejos de aquí?

Charca de Hiedra asintió.

—Hay un estrecho Sendero Atronador que lo rodea, y a lo largo de todo el Sendero Atronador hay unos extraños árboles de Dos Patas, altos, rectos y sin ramas.

—Me acuerdo de ellos —Charca de Hiedra maulló.

Había notado los árboles cuando ella, Brote de Raíz y Ala de Tórtola habían visitado el granero, pero no tenía idea de por qué los Dos Patas los habían puesto allí, y no había pensado que fueran importantes.

—Cuando lleguen a los árboles, deberían poder ver las enredaderas negras que los conectan. Si siguen las enredaderas, deberían acercarlos a la montaña.

—¡Oh, eso suena fácil! —explicó Charca de Hiedra, aliviada de que ahora podrían avanzar—. Gracias, Nieve.

—Hay un consejo más que puedo darles —Nieve continuó—. Tengan cuidado con las gaviotas, ¿has visto gaviotas antes?

—Sí, a veces vemos una o dos alrededor del lago —Charca de Hiedra respondió—. ¿Por qué serían un problema?

—Bueno, son más de «una o dos», como verán cuando se acerquen a la montaña. Vuelan sobre el lugar, chillando como si estuvieran tratando de decirles a los Dos Patas que ese es su territorio. —El maullido de Nieve se hizo más profundo por la repulsión—. Los Dos Patas no les prestan atención, pero de hecho he visto gaviotas atacar y arrebatarle presas a cachorros de Dos Patas.

—¿En serio? —preguntó Charca de Hiedra, horrorizada.

—En serio —Nieve le aseguró, moviendo los bigotes con disgusto—. Así que piensa en lo que podrían hacerle a un gato. Son peligrosas y no se debe molestarlas.

Cuando la conversación de Charca de Hiedra con Nieve terminó, fue a buscar a sus compañeros, ansiosa por contarles lo que había averiguado sobre los árboles extraños y las enredaderas negras. Encontró a Ala de Tórtola y Zarpa Silbante compartiendo un ratón, mientras Nívea se estaba acicalando a fondo.

—¿Dónde está Brote de Raíz? —preguntó Charca de Hiedra.

—Fue a buscar a su familia —Ala de Tórtola respondió—. Creo que quería despedirse como es debido. ¿Quién sabe cuándo se volverán a encontrar?

Charca de Hiedra podía entenderlo, pero de todos modos se sintió frustrada, ya que ahora que tenían indicaciones para llegar a la montaña pero no podían partir.

—Iré a buscarlo —maulló.

Comenzó a buscar en el campamento, pero no pudo encontrar ninguna señal de Brote de Raíz. Amanecer y Luna lo habían visto y se habían despedido, pero no sabían a dónde había ido después de eso. El pelaje de Charca de Hiedra se erizó de fastidio; este no era el momento para que uno de su grupo desapareciera.

Estaba lista para darse por vencida cuando finalmente vio a Brote de Raíz debajo del roble, hablando con Nieve en la entrada de su guarida. Los hombros del gato amarillo estaban tensos y, cuando giró la cabeza, Charca de Hiedra pudo ver el enojo en su cara. «*¿Están discutiendo?*», se preguntó.

Se acercó más, ocultándose detrás de una mata de pasto seco, a tiempo para escuchar a Brote de Raíz maullar:

—No es tan simple.

—Es más simple de lo que crees. —Nieve sonaba comprensiva, pero ligeramente despectiva de lo que fuera que estuviera preocupando a Brote de Raíz—. ¿Y qué vas a hacer por el resto de tu vida? ¿No volver a amar nunca más?

Charca de Hiedra se quedó sin aliento. Nieve le estaba diciendo a Brote de Raíz que debería tener una pareja, que debería dejar atrás a Escarcha Erizada. La idea se sentía como colmillos hundiéndose en su garganta; casi estaba sorprendida de que no hubiera un chorro de sangre. «*No tiene nada que ver conmigo* —pensó—, *y no es justo que Brote de Raíz esté solo por el resto de su vida*».

Aun así, odiaba la idea de que el corazón de Brote de Raíz tuviera espacio para amar a otra gata después de Escarcha Erizada. Si lo hiciera, ¿dejaría de pensar en ella? ¿La olvidaría con el tiempo, como si ella nunca hubiera sido la gata a la que tanto le había prometido? ¿La gata por el que había estado dispuesto a dejar su Clan para poder estar con ella? Si Brote de Raíz se olvidaba de Escarcha Erizada, ¿podría eso significar que todos los gatos de todos los Clanes también la olvidarían? «*¿Acaso se apagará algún día la Luz en la Niebla?*».

—No puedo imaginar amar a otra gata, nunca. —Charca de Hiedra podía oír el esfuerzo que Brote de Raíz estaba haciendo para mantener el tono de voz—. El dolor de perder a Escarcha Erizada nunca desaparece, y no puedo imaginar que alguna vez quisiera traicionarla.

—No sería traición encontrar felicidad en tu vida —Nieve insistió—. Escarcha Erizada querría eso para ti.

—Tal vez *yo* no quiero eso —espetó Brote de Raíz, alzando un poco la voz—. ¿Eso no cuenta?

Las orejas de Charca de Hiedra se tensaron en el silencio que siguió. No podía ver mucho a través de los tallos de pasto, y trató de imaginar las expresiones en los rostros de los gatos mientras discutían. Había oído a Brote de Raíz declarar su lealtad a Escarcha Erizada, y se preguntaba por qué sus palabras no la habían llenado con la alegría que hubiera esperado.

—Puede que ahora sea así como lo veas —continuó Nieve eventualmente, sin sonar perturbada por el arrebato de Brote de Raíz—. Pero, ¿quieres oír lo que *yo* veo? —Cuando no hubo respuesta de Brote de Raíz, continuó—: Te veo con una familia propia. En ningún momento de mis meditaciones te veo solo. Sé que no se supone que estés solo. Ese no es tu destino.

—Ni siquiera tendría *permitido* criar una familia aquí con las Hermanas. —Charca de Hiedra pudo oír el enojo en la voz de Brote de Raíz—. Así que, ¿por qué te interesa tanto?

—Eres pariente nuestro —Nieve señaló—. Eso te hace parte de nuestra familia. Tú…

—Puede que no hayas notado que soy un macho —interrumpió Brote de Raíz—. He oído de mi padre lo que las Hermanas les hacen a los machos cuando son lo suficientemente mayores. Los exilian.

—Los gatos macho tienen su propio camino que seguir —Nieve respondió con calma.

—Los *abandonan*. —La voz de Brote de Raíz fue casi un gruñido—. Los dejan a que se las arreglen ellos solos cuando son demasiado jóvenes para hacerlo, como Pizarra y Playa. Cuando los conocimos, Playa tenía una herida que podría haberlo matado si no fuera por nuestra curandera. ¡Así que no me hables de familia! ¿Qué sabes tú de eso?

Charca de Hiedra se esperaba que Nieve igualara su tono agresivo, o al menos respondiera a la defensiva. Pero su voz fue fría cuando respondió:

—Sabemos que la familia es importante… sea cual sea la forma que adopte.

Capítulo 8

Tres amaneceres después, Charca de Hiedra estaba a la cabeza mientras los gatos de Clan caminaban junto al Sendero Atronador, siguiendo las enredaderas negras que se enroscaban entre los curiosos árboles de Dos Patas. Desde que habían dejado a las Hermanas, había intentado actuar más como una lugarteniente, o como una líder. Como Ala de Tórtola había intentado decirle cuando habían armado el primer campamento, normalmente ella habría sido la gata que tomaba el mando. Ahora Charca de Hiedra sabía que tenía que dejar de permitir que su dolor la abrumara, dejar de perder el interés en lo que estaba sucediendo a su alrededor. Eso significaba que tenían que completar la misión para evitar la catástrofe que Zarpa Silbante había visto en su visión. Y si la única forma en que podían seguir adelante era que Charca de Hiedra se sacara a Escarcha Erizada de la cabeza, Charca de Hiedra sabía que eso era lo que debía hacer.

El día después de que habían dejado el campamento de las Hermanas, las nubes se habían abierto para revelar una luz solar débil y acuosa. La montaña cabeza de zorro reapareció en la distancia; las enredaderas negras conducían directamente hacia ella. El cielo permaneció despejado, por lo que pudieron mantenerla a la vista. «*Pero no parece estarse acercando*», pensó Charca de Hiedra, suspirando sobre sus patas cansadas.

En la mañana del tercer día, Zarpa Silbante había saltado de su lecho improvisado antes de que saliera el sol, con los ojos brillantes de emoción.

—¡Tuve otro sueño! —anunció.

—¿En serio? —Las orejas de Charca de Hiedra se habían aguzado con interés mientras se sacudía los últimos resto del sueño—. Cuéntanoslo.

El resto de los gatos también se habían despertado, sentándose y mirando ansiosamente a la joven curandera.

—Pensé que había salido de mi lecho y había ido a pararme al aire libre —había explicado Zarpa Silbante—. ¡Las estrellas brillaban mucho! Y escuché una voz que me llamaba.

—¿Qué decía? —Nívea había preguntado.

—«A la sombra del zorro, sigue la pluma blanca» —había maullado Zarpa Silbante.

—Oh, eso suena como el Clan Estelar. —La voz de Brote de Raíz estaba llena de sarcasmo—. Tan claro como cualquier otra cosa.

—Bueno, el zorro obviamente es la montaña —había señalado Ala de Tórtola—. ¿Pero qué hay de la pluma?

—No nos queda otra que estar atentos —Charca de Hiedra había declarado—. El Clan Estelar no te habría dicho nada si no estuviera por ahí cerca. Así que pongámonos en marcha y veamos si podemos encontrarla.

Ahora el sol ya había salido, pero al poco tiempo se agruparon nubes en el cielo y se levantó un viento frío que alborotó el pelaje de los gatos. En el aire se arremolinaban hojas muertas desde los árboles que bordeaban el Sendero Atronador; señal de que se encontraban en la estación sin hojas.

El optimismo de Charca de Hiedra de cuando escuchó la nueva dirección de Zarpa Silbante ya se estaba desvaneciendo, como lluvia hundiéndose en tierra seca. Solo le quedaba su determinación, pero era difícil aferrarse a ella cuando sus patas estaban cansadas, su estómago aullaba por presas inexistentes y sentía como si el acre olor del Sendero Atronador y los monstruos que pasaban rugiendo por él se le hubieran aferrado al manto de modo que nunca podría quitárselo.

—Al menos estamos avanzando —maulló Nívea—. Estoy segura de que la montaña se está acercando.

Charca de Hiedra agradeció el intento de la gata del Clan del Río por animarlos, pero estaba demasiado cansada y hambrienta para reconocerlo, y también lo estaban el resto de sus compañeros.

—Todos nos sentiríamos mejor si tan solo tuviéramos algo para comer —comentó Brote de Raíz después de un momento—. Pero nunca oleremos ninguna presa mientras estemos caminando por aquí. ¿Por qué no dejamos el Sendero Atronador y nos dirigimos hacia los árboles?

A Charca de Hiedra se le comenzó a hacer agua la boca ante la idea de una jugosa carne fresca, pero aún tenía sus dudas.

—Se supone que debemos seguir las enredaderas negras —objetó—. Si dejamos el Sendero Atronador, podríamos perdernos.

—Tendríamos que irnos muy, muy lejos antes de que pudiéramos dejar de oler esta cosa apestosa —Ala de Tórtola señaló—. O podríamos seguir nuestro propio rastro de olor de regreso. Yo digo que vayamos.

—Ala de Tórtola tiene razón —Nívea declaró, moviendo la cola con decisión—. Si no comemos pronto, no podremos viajar.

Charca de Hiedra comprendió el sentido que tenía eso. Dejó que Nívea tomara la delantera mientras se desviaban del Sendero Atronador y se adentraban en la sombra de los árboles. De inmediato se animó; las ramas protectoras se parecían un poco a su hogar en el territorio del Clan del Trueno, y sin el constante viento furioso empezó a sentirse más cálida. Se detuvo para saborear el aire, pero el hedor del Sendero Atronador aún opacaba todos los demás olores, y siguió a sus compañeros más bosque adentro.

Unos pocos latidos después, Nívea levantó la cola como señal para que se detuvieran.

—¿Pueden oler eso? —susurró.

Charca de Hiedra volvió a saborear el aire. Un delicioso olor, un olor a presa, le inundó las mandíbulas, lo suficientemente fuerte como para abrumar el hedor del Sendero Atronador. Su vientre rugió mientras miraba a su alrededor con cautela. El olor no le resultaba familiar; no provenía de ninguna de las criaturas que estaba acostumbrada a cazar.

Con el olor muy presente en la nariz, Charca de Hiedra tomó la delantera, caminando con cuidado entre los árboles, bordeando zarzales y matorrales de helechos por si su movimiento alertaba a su presa. Entonces, cuando rodeó un roble nudoso, vio a su presa: un animal ágil con un pelaje marrón y una cola tupida. Le recordaba a una comadreja, pero era mucho más grande, casi del tamaño de un gato. Observó, paralizada, cómo husmeaba entre los escombros bajo un haya.

—¿Qué es eso? —preguntó Zarpa Silbante, asombrada.

—Una marta —contestó Nívea en voz baja—. He visto alguna que otra en el territorio del Clan del Río.

—En el Clan de la Sombra también hay —Ala de Tórtola añadió—. ¿Hay alguna en el Clan del Trueno, Charca de Hiedra? No vi ninguna cuando vivía allí.

—Recuerdo haber oído a guerreros hablar de ellas —Charca de Hiedra contestó—. Pero esta es la primera vez que veo una. —A pesar de su hambre, continuó—: Es asombrosa. No quiero matarla.

Mientras hablaba, la marta, tal vez alertada por el sonido de las voces de los gatos, saltó al árbol, trepando tan ágilmente como una ardilla hasta agacharse en la bifurcación entre el tronco y una rama gruesa. Miraba hacia arriba, como si también estuviera buscando una presa.

—De todas formas, dudo que podamos matarla —maulló Brote de Raíz—. He oído que son feroces, y aunque los cinco podríamos ser capaces de derribarla, no lo haríamos sin heridas. No, está a salvo de nosotros.

—No importa, miren. —Nívea señaló con la cola el árbol más cercano, un castaño con ramas bajas. Un pinzón con un opaco pecho rojo estaba posado ahí, de espaldas a los gatos, gorjeando como si no tuviera preocupación alguna—. No será suficiente para alimentarnos a todos —la gata continuó—, pero todos tenemos demasiada hambre como para ponernos quisquillosos. Vale la pena intentar atraparlo.

—¿Qué opinas, Brote de Raíz? —Charca de Hiedra preguntó—. Tú y yo somos mejores en los árboles. ¿Podemos hacerlo?

—¿Quieres decir que si podemos hacerlo sin matarnos? —preguntó Brote de Raíz—. Preferiría no caerme del árbol, muchas gracias. Aun así —añadió—, si trepas por el otro lado del tronco y te escabulles hasta su rama, puedo saltar y agarrarlo si intenta volar.

Charca de Hiedra no estaba segura de ese plan. Estaba segura de que podía hacer su parte, pero no estaba segura de que Brote de Raíz pudiera atraparlo a pesar de que tenía el talento del Clan del Cielo para saltar. «*¡Esa cosa tiene alas, cerebro de ratón!*».

—Supongo… —comenzó, pero se interrumpió ante un sonido retumbante que venía de algún lugar cercano en el bosque.

La marta, asustada por el ruido, desapareció más árbol arriba, alborotando ramitas. Eso a su vez asustó al pinzón, que revoloteó hacia arriba y aterrizó en una rama mucho más alta de un árbol a varias colas de distancia.

—¡Excremento de zorro! —siseó Brote de Raíz entre dientes.

Siguiendo al pinzón, Charca de Hiedra se arrastró sigilosamente hacia el árbol donde ahora estaba posado, el resto de sus compañeros la siguieron. Cuando llegó, descubrió que estaba parada en el borde de un amplio sendero forestal, sin árboles y cubierto de pasto y plantas trepadoras.

El ruido retumbante se estaba haciendo más fuerte. Charca de Hiedra recordó los cuentos de Dalia sobre el cercado de los caballos y el sonido que hacían los caballos allí, golpeando el suelo con sus enormes y duras

patas. Pero, según entendía, solo había unos pocos caballos en el cercado de los caballos; el sonido que estaba escuchando ahora parecía provenir de muchos, muchos más. «*Cerebro de ratón* —se reprendió a sí misma—. *No puede haber tantos caballos en…*».

Mientras el pensamiento se le cruzaba por la mente, Charca de Hiedra giró la cabeza hacia el estruendo y vio a los caballos corriendo por el sendero del bosque hacia ella. Había más caballos de los que había visto nunca antes, y la mayoría de ellos tiraban de cosas cuadradas de madera con patas redondas como las de los monstruos. Dentro de las cosas de madera habían Dos Patas adultos y cachorros, y estos últimos sostenían unos zarcillos que movían hacia arriba y hacia abajo; eso parecía hacer que los caballos corrieran más rápido.

Charca de Hiedra lo asimiló, congelada por la incredulidad. Sus patas parecían pegadas al suelo, hasta que escuchó a Brote de Raíz maullar:

—¡Corran!

La única palabra, que se elevó por encima del golpeteo de las patas de los caballos, liberó a Charca de Hiedra. Se arrojó al árbol más cercano y se abrió camino a zarpazos por el tronco hasta que llegó a la rama más baja. Jadeando, miró a su alrededor en busca de sus compañeros.

Nívea había trepado al castaño donde había estado posado el pinzón y se balanceaba precariamente en una rama que no parecía lo suficientemente fuerte para soportar su peso. Charca de Hiedra avistó un destello de Zarpa Silbante mientras se zambullía en un zarzal cercano, mientras Ala de Tórtola se metía en un agujero entre las raíces del roble al que había trepado la marta. Brote de Raíz había desaparecido por completo.

Mientras Charca de Hiedra miraba desde su refugio, con el corazón acelerado como si hubiera corrido una vuelta alrededor del lago, vio a los caballos pasar rápidamente, eran tantos que pensó que la fila nunca terminaría. Finalmente, el último de ellos desapareció en la distancia, y el estruendo de sus patas se desvaneció, dejando la superficie pastosa del suelo del bosque revuelta en tierra marrón. Ninguno de ellos había prestado atención a los gatos cuando pasaron.

Cuando estuvo segura de que no venían más caballos, Charca de Hiedra saltó del árbol y un momento después Nívea se le unió.

—Gran Clan Estelar, ¿qué fue todo eso? —preguntó la gata del Clan del Río, con el pelaje erizado y la cola en el aire.

Charca de Hiedra sintió que los latidos de su corazón comenzaban gradualmente a calmarse.

—Ni idea. ¿Quién sabe qué se traen los Dos Patas?

Ala de Tórtola se acercó a ellas, sacudiéndose tierra y escombros del manto.

—Ese agujero estaba lleno de olor a marta —maulló, arrugando la nariz con disgusto—. Creo que era su guarida. —Se estremeció—. ¡Me alegra que no haya vuelto mientras yo estaba ahí!

En ese momento se escuchó un chillido desde el zarzal.

—¡Estoy atorada!

Charca de Hiedra pudo ver la cara de Zarpa Silbante asomándose entre una maraña de zarzas. Corrió hacia ella, y Brote de Raíz emergió de un matorral de helechos y la ayudó a sujetar los zarcillos para hacer un túnel por el que Zarpa Silbante pudiera salir. La curandera tenía el manto desgarrado por las espinas de las zarzas, pero para alivio de todos, sus heridas no se habían vuelto a abrir y parecía ilesa.

—¿Y ahora qué hacemos? —Ala de Tórtola preguntó cuando todos se hubieron reunido al pie del castaño.

—Este lugar está lleno de peligros —gruñó Nívea—. Tenemos que salir de aquí lo antes posible.

Charca de Hiedra abrió las mandíbulas para expresar su acuerdo, pero antes de hablar, vio al pinzón nuevamente, revoloteando de rama en rama sobre su cabeza.

—Aún tenemos que atrapar alguna presa —maulló, levantando las orejas para señalar al pinzón—. Si podemos recuperar nuestra fuerza, seguro que todos nos sentiremos mejor.

Nívea murmuró algo para sí misma, de lo cual las palabras «no más que un bocado» fueron todo lo que Charca de Hiedra pudo escuchar. Pero como nadie tenía una mejor idea, y no había señales de ninguna otra presa, comenzaron a acechar al pinzón, siguiéndolo desde el suelo mientras revoloteaba de un árbol a otro.

Con cada paso, Charca de Hiedra podía sentir que su frustración aumentaba. Sabía que el pinzón estaba a salvo mientras se quedara en los árboles. Estaba demasiado alto para que los gatos se abalanzaran sobre él; en cuanto los viera, tendría tiempo de sobra para volar. «*Baja de las ramas, pajarito* —le instó con esperanza—. *En serio te necesitamos aquí*».

—Quizá deberíamos pensar en seguir —sugirió Ala de Tórtola cuando el acecho se prolongó un rato—. Tal vez podamos encontrar otras presas.

Por un momento, Charca de Hiedra no pudo decidirse. Como lugarteniente de Clan, era la gata de mayor rango del grupo y sentía que era su responsabilidad mantenerlos a todos alimentados. Sabía que podían

estar perdiendo el tiempo, pero el pinzón era la única presa que se había cruzado en su camino ese día.

Mientras continuaba dudando, vio un movimiento por el rabillo del ojo. Al girarse hacia él vio un conejo que se movía entre los árboles, se detenía y continuaba, y levantaba la nariz para olfatear el aire. «*¡Gracias al Clan Estelar!*». A diferencia del pinzón, el conejo los alimentaría por completo a los cinco y no tendrían que trepar a un árbol para conseguirlo.

En silencio, señaló el conejo y luego reunió a todos sus compañeros a su alrededor para hacer un plan.

—Aquí tenemos el viento a favor —murmuró—, así que, Ala de Tórtola, tú y Brote de Raíz pueden abrirse paso hasta el otro lado para que el viento lleve su olor hacia el conejo. Si eso no lo alarma, entonces pueden comenzar a acecharlo e intentar conducirlo hacia mí y Nívea. Nosotras estaremos aquí, listas para perseguirlo y atraparlo.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Zarpa Silbante.

—Mantente alerta y lista para ayudar si te necesitamos —Charca de Hiedra respondió.

Con un breve asentimiento, Ala de Tórtola y Brote de Raíz se dirigieron hacia donde Charca de Hiedra les había ordenado. Hasta ahora, el conejo obviamente no se había dado cuenta de que se acercaba su perdición.

Cuando Charca de Hiedra pudo ver a Brote de Raíz y Ala de Tórtola arrastrándose desde el otro lado del conejo, le hizo una señal a Nívea y comenzó a deslizarse por el pasto como una serpiente, manteniendo la cola pegada a su costado. Casi al mismo momento, el conejo se puso de pie de un salto, dejando escapar un chillido de terror. Con una mirada de pánico a Brote de Raíz y Ala de Tórtola, se lanzó directamente hacia Charca de Hiedra, quien se levantó del pasto con los músculos tensos y listos para saltar.

Pero cuando saltó, el conejo se desvió a un lado.

—¡Excremento de zorro! —gruñó mientras sus patas aterrizaban inútilmente a una cola de distancia detrás del conejo que huía.

Nívea estaba demasiado lejos; Zarpa Silbante saltó hacia adelante, pero el conejo aterrorizado simplemente se estrelló contra ella y la derribó.

Charca de Hiedra lo persiguió, el pelo de su vientre rozaba el suelo mientras obligaba a sus patas a moverse cada vez más rápido. Nívea, Ala de Tórtola y Brote de Raíz corrían a su lado. Solo una cola de distancia separaba a Charca de Hiedra de la cola blanca y ondulante del conejo

cuando de repente los árboles se abrieron en un claro y se detuvo tambaleante ante lo que vio.

Sus compañeros se detuvieron a su lado. Frente a ellos había una especie de Poblado de Dos Patas, pero no como ninguno de los que habían visto antes. El conejo huyó a través del claro y desapareció detrás de un semicírculo de guaridas. Las guaridas parecían casi monstruos, incluso poseían las mismas redondas y negras patas, pero tenían la misma forma cuadrada que las guaridas de Dos Patas comunes. Frente a ellas había una fila de las cosas de madera que habían montado los Dos Patas, tiradas por los caballos. Los caballos habían sido liberados de las cosas de madera; ahora algunos de ellos estaban atados a los árboles y otros a las guaridas.

—¿Qué rayos está pasando? —exhaló Brote de Raíz.

—Siempre supe que los Dos Patas eran raros, pero esto es otro nivel de raro —Nívea contestó.

En el centro del claro, varios Dos Patas estaban reunidos alrededor de una hoguera. A Charca de Hiedra le picaban las patas de inquietud ante el crepitar de las llamas y el humo que se elevaba de ellas. Al intercambiar una mirada con Ala de Tórtola, pudo ver que su hermana compartía su aprensión. Brote de Raíz también estaba flexionando las garras, nervioso, mientras que el pelaje de Nívea se erizaba. «*¡El fuego en un bosque es muy peligroso!*».

Una especie de recipiente redondo estaba suspendido sobre el fuego, sostenido por lo que parecían ramas, excepto que eran lisas y negras, y claramente no estaban hechas de madera en absoluto. Del recipiente salían deliciosos olores de algún tipo de comida; Charca de Hiedra se estremeció de nostalgia, pero sabía que no había forma de que los Dos Patas le dieran un poco a extraños gatos errantes.

Mientras ella y los demás seguían mirando, Zarpa Silbante los alcanzó a trompicones.

—¿Lo atraparon? —preguntó, luego se quedó boquiabierta al ver lo que estaba sucediendo en el claro—. ¿Qué es *eso*? —preguntó.

—Estamos igual de confundidos que tú —contestó Nívea—. ¿Quién sabe por qué los Dos Patas hacen lo que hacen?

—Solo tenemos que decidir si cruzamos el claro o lo rodeamos —Ala de Tórtola maulló—. Los Dos Patas no parecen tan peligrosos…

Dejando que su mirada viajara por el claro, Charca de Hiedra vio que su hermana tenía razón. Los Dos Patas alrededor del fuego conversaban cómodamente juntos; varios cachorros se perseguían entre sí, soltando aullidos de risa; otros adultos acariciaban a los caballos y les hablaban con

voces suaves. Los ojos de Charca de Hiedra se abrieron de par en par al ver a un Dos Patas bañando a su caballo.

—Tienes razón —le maulló a Ala de Tórtola—, pero creo que es mejor no correr riesgos. Vamos a rodearlo.

Ella abrió el camino mientras los gatos bordeaban el campamento debajo de los árboles que rodeaban el claro. Intentó ignorar los rugidos de hambre en su estómago y lo deprimidos que parecían sus compañeros tras pasar tanto tiempo sin ninguna presa. Cada pelo de su manto hormigueaba de frustración por cómo se habían visto obligados a abandonar al conejo, incluso después de que el Clan Estelar se los había entregado. «*¡La próxima vez que el Clan Estelar nos ofrezca una presa, me aseguraré de poder atraparla!*».

Charca de Hiedra estaba pensando que era hora de alejarse del campamento, de volver a las profundidades del bosque, cuando un relincho agudo de uno de los caballos la hizo congelarse.

—¡Agáchense! ¡Quietos! —les susurró a los demás, agazapándose detrás de una espesa mata de pasto.

Los gritos ansiosos y urgentes de los Dos Patas se mezclaron con los chillidos del caballo. Mirando a través de los árboles, Charca de Hiedra vio que uno de los caballos se había soltado de su atadura y se estaba deslizando de un lado a otro. Claramente algo lo había asustado. Algunos de los Dos Patas más jóvenes corrían tras él, tratando de alcanzarlo y haciendo ruidos tranquilizadores.

Charca de Hiedra dejó escapar un jadeo de puro horror cuando el caballo se levantó sobre sus patas traseras, golpeando el aire con sus duras patas delanteras. Una sola de esas patas sería suficiente para aplastar a un gato y dejarlo hecho un revoltijo de huesos y pelo.

Uno de los Dos Patas intentó agarrar los zarcillos del cuello del caballo, pero falló. El caballo aterrizó de nuevo sobre sus cuatro patas y salió corriendo directamente hacia los aterrorizados gatos.

Charca de Hiedra seguía agachada, congelada. Sabía que debía ordenarles a sus compañeros que corrieran, pero no sabía a dónde. Las furiosas y agitadas patas del caballo podrían atraparlos dondequiera que fueran. Entonces el alivio la inundó como un fresco manantial en plena estación de la hoja verde, cuando el Dos Patas intentó agarrar nuevamente los zarcillos y esta vez logró sujetarlos con firmeza. «*¡Gracias, valiente Dos Patas!*», pensó.

Mientras el Dos Patas calmaba al caballo, Nívea se levantó del hoyo en el suelo donde se había aplastado.

—Es hora de que corramos. —Su voz sonaba temblorosa por su escape por los pelos—. Los Dos Patas están ocupados con ese caballo. No tendrán tiempo para gatos.

Todos los demás se pusieron de pie de un salto y Charca de Hiedra tomó la delantera nuevamente. Esta vez se desvió hacia el claro y corrió a través de él para alcanzar el refugio de los árboles del otro lado. Ninguno de los Dos Patas les prestó atención.

Hombro a hombro, los gatos corrieron a través de los árboles, sin atreverse a detenerse hasta que las vistas, los sonidos y los olores del curioso Poblado de Dos Patas quedaron muy, muy atrás.

—¡Gracias al Clan Estelar! —jadeó Brote de Raíz cuando se detuvieron—. Ahora tal vez podamos ver si hay alguna presa en este bosque, o si solo está lleno de caballos y Dos Patas.

—Estoy segura de que sí hay alguna —Ala de Tórtola respondió—. Vamos a cazar.

Pero cuando Charca de Hiedra levantó la cabeza para saborear el aire, Zarpa Silbante habló.

—Sé que necesitamos comida —maulló la joven curandera—. Pero, ¿dónde estamos? ¿Dónde está el Sendero Atronador? ¿Cómo podemos continuar con nuestra búsqueda?

Capítulo 9

Los otros cuatro gatos se miraron sin comprender. Charca de Hiedra miró a su alrededor y no pudo ver nada más que árboles. Solo escuchaba el crujido de las ramas y su susurro en el viento. No había nada que les indicara cómo regresar al Sendero Atronador con sus guiadoras enredaderas negras.

—Dijimos que seguiríamos nuestro rastro de olor —comenzó ella con incertidumbre.

Brote de Raíz dio un resoplido despectivo.

—Buena suerte con eso —espetó—. Eso nos llevaría de regreso al extraño Poblado de Dos Patas, y después de eso, entre todos los olores de los Dos Patas y caballos, nunca volveríamos a encontrar nuestro olor,

Charca de Hiedra tuvo que admitir que Brote de Raíz tenía razón, aunque no tenía que sonar tan malhumorado. Entonces se dio cuenta de que todos estaban irritados, y no solo por haberse perdido. Su necesidad más urgente era una presa.

—Primero, vamos a cazar —maulló apaciblemente—. Todo se verá mejor cuando tengamos el estómago lleno. Entonces podremos hacer un plan.

Nadie se opuso. Separándose un poco, aunque permaneciendo a la vista unos de otros, comenzaron a olfatear en busca de algún olor a presa, con las orejas erguidas para captar el sonido más leve. Charca de Hiedra notó que Brote de Raíz estaba observando a un mirlo posado en una rama sobre su cabeza.

—Oh, no —declaró—. No más pájaros. ¡Recuerda a dónde nos llevó el último!

Brote de Raíz coincidió al darle una mirada irónica y siguió adelante.

No había pasado mucho tiempo cuando Charca de Hiedra detectó movimiento en un banco rocoso sombreado por arbustos de aulagas. Se congeló, con una pata delantera en el aire, e hizo una señal con la cola para que sus compañeros se detuvieran. Un par de segundos después, un conejo emergió de entre las ramas bajas y saltó hacia adelante, deteniéndose aquí y allá para mordisquear las plantas secas del suelo del bosque.

«*Oh, por favor…*», murmuró en silencio para sí misma. En voz alta susurró:

—Brote de Raíz, su madriguera debe estar entre esos arbustos. Ve allí y asegúrate de que no pueda regresar.

Brote de Raíz asintió y se dirigió hacia el banco rocoso, aplastándose contra el suelo y retorciéndose hacia adelante como una serpiente.

Charca de Hiedra les hizo una señal a las otras tres gatas para que formaran un semicírculo y siguieran al conejo, sin acercársele demasiado, pero listas para saltar sobre él desde cualquier dirección si intentaba huir. El viento había amainado, por lo que había pocas posibilidades de que el conejo captara su olor.

El conejo siguió avanzando a saltos, deteniéndose para comer unos bocados de pasto y luego continuando como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Charca de Hiedra se sorprendió de que se alejara tanto de la seguridad de su madriguera. La persecución duró tanto que Brote de Raíz se acercó a ellas.

—Nunca podrá volver allí ahora —murmuró—. Pero, ¿lo vamos a seguir todo el día?

Charca de Hiedra se dio cuenta de que tenía razón. El conejo los había llevado a un claro cubierto de musgo, se detuvo en el medio y comenzó a lavarse las patas. No había ningún refugio al que pudiera llegar a varios zorros de distancia.

—¡Es hora! —susurró ella.

Los gatos comenzaron a avanzar sigilosamente, acercándose al conejo por todos lados. Estaban casi a la distancia perfecta para saltar cuando la presa se dio cuenta del peligro en el que se encontraba. Con un chillido de terror, trató de huir entre Nívea y Ala de Tórtola. Nívea saltó sobre él, inmovilizándolo mientras se agitaba, y Ala de Tórtola le dio el golpe mortal en la garganta.

—Gracias, Clan Estelar, por esta presa —maulló.

El conejo era grande y regordete, y había suficiente para que cada gato comiera tanto como quisiera. Cuando no quedó nada más que piel y huesos, a Charca de Hiedra le hubiera gustado acurrucarse y dormir, pero sabía que no podía hacerlo.

Tragó su último bocado, suspiró y se sentó.

—Muy bien —maulló—. ¿Qué hacemos ahora?

Todos se levantaron y miraron a su alrededor. Los árboles rodeaban el claro de cerca y no había nada que les indicara cuál era el camino correcto para regresar al Sendero Atronador.

—Supongo que simplemente elegimos una dirección y seguimos hasta que… —comenzó Brote de Raíz.

—¡Esperen! —Zarpa Silbante interrumpió. Estaba mirando a través de los árboles, con los ojos brillantes y las orejas erguidas—. ¿Qué es ese ruido?

Charca de Hiedra escuchó; muy lejos en la distancia podía distinguir un débil rugido. Comenzaba, continuaba por un tiempo, luego se desvanecía y luego comenzaba de nuevo. No parecía tener ningún ritmo.

—¡Sé lo que es! —Ala de Tórtola exclamó después de un momento—. ¡Monstruos! El Sendero Atronador debe estar por allí.

Charca de Hiedra intercambió miradas con sus compañeros y vio surgir alivio y asombro en sus ojos.

—Bueno —maulló finalmente Nívea—, ¡nunca creí agradecer el sonido de un monstruo!

—Creo que el Clan Estelar debe habernos enviado al conejo —añadió Zarpa Silbante—. Por la forma en que se aventuró tan lejos de su madriguera. Nos estaba guiando hacia donde podíamos escuchar a los monstruos.

Charca de Hiedra creyó que la curandera debía tener razón.

—Entonces deberíamos agradecerle al Clan Estelar nuevamente —ella respondió.

—Y ponernos en marcha de inmediato —Brote de Raíz declaró.

Cuando la luz del día comenzó a desvanecerse, el Sendero Atronador los estaba guiando hacia un bosque, no más que una masa oscura que se interponía en su camino. Charca de Hiedra sintió una punzada de inquietud en las almohadillas. Estos árboles eran diferentes a los que estaba acostumbrada a ver en el territorio del Clan del Trueno, y distintos incluso

a los del bosque que habían dejado antes ese día, pero necesitaban refugio, y ningún otro lugar parecía ofrecérselos.

—Deberíamos encontrar un lugar donde acampar —maulló mientras pasaban bajo los árboles periféricos—. Este parece un lugar tan bueno como cualquier otro.

—Nunca antes había visto árboles como estos —murmuró Zarpa Silbante, mirando a su alrededor con duda.

—Yo tampoco.

Charca de Hiedra sintió que se le erizaba el pelo de los hombros al oír que la curandera compartía sus propias dudas. Los árboles eran pequeños comparados con los del territorio del Clan del Trueno, o con los pinos del Clan de la Sombra. Sus ramas eran nudosas, con corteza gris y hojas peludas. De ellas salía un olor fuerte y agrio.

—¡Miren! —Nívea estaba señalando con la cola una rama donde todavía colgaban algunas frutas rojas y marchitas—. Manzanas. Estos son manzanos. Los he visto crecer en los jardines de Dos Patas cerca de la frontera del Clan del Río. Los Dos Patas se comen las manzanas. Aunque aquí hay una gran cantidad de árboles.

—Un bosque de manzanos —Ala de Tórtola murmuró—. Qué raro.

—Si estas manzanas son comida para los Dos Patas, entonces vendrán Dos Patas a recogerlas —Brote de Raíz señaló—. Muchos Dos Patas, porque hay muchos árboles. Tal vez este no sea el mejor lugar para que nos detengamos.

—No creo que debamos preocuparnos —declaró Charca de Hiedra.

Como cualquier gato del Clan del Trueno, se sentía más cómoda en un bosque, y sus dudas se estaban desvaneciendo ahora que tenía ramas que la protegían sobre su cabeza; se negaba a salir a campo abierto nuevamente.

—No es probable que los Dos Patas vengan de noche.

Cuando nadie se opuso, ella abrió el camino más bosque adentro, hacia los manzanos que podía ver más adelante. Después de un rato, notó que todos los árboles estaban plantados en filas rectas, y los árboles por cuyo lado pasaban ahora extrañamente carecían de manzanas.

Mirando a un lado, Charca de Hiedra vio surcos anchos y profundos cortados en la tierra entre las siguientes dos filas de manzanos. El pelaje de sus hombros se erizó en señal de aprensión y un hilo de hielo le recorrió el cuerpo desde las orejas hasta la punta de la cola. «*¡Un monstruo!*». Charca de Hiedra se giró y eligió una nueva dirección, con la esperanza de que ninguno de sus compañeros hubiera visto las huellas. Sabía que solo se preocuparían y, si iba a guiarlos, tenía que mantenerlos concentrados en lo

que tenían que hacer. «*Dormiremos aquí, tendremos una cacería rápida por la mañana, ¡y luego nos vamos!*».

Finalmente, los gatos llegaron a un lugar donde el suelo se había hundido en una hondonada poco profunda bordeada de helechos colgantes. Charca de Hiedra los guió hacia abajo y encontró pasto suave en el fondo y un montón de hojas caídas.

—Esto se ve tan bien como cualquier otro lugar —maulló.

Nadie objetó; todos estaban cansados del largo día de viaje y, a esa altura, ya estaba casi completamente oscuro. Trabajando rápidamente, juntaron la hojarasca para hacer lechos. Las hojas se sentían húmedas y el aire apestaba a las manzanas del bosque, pero Charca de Hiedra supuso que serviría. «*He dormido en lugares peores*».

Mientras ella y sus compañeros se acomodaban para dormir, Charca de Hiedra encontró que su mirada se dirigía de vez en cuando a Brote de Raíz. El gato del Clan del Cielo no había dicho mucho desde que habían dejado a las Hermanas, y su expresión había sido cerrada, lo que no le daba a Charca de Hiedra ninguna pista de lo que sentía sobre el consejo que Nieve le había dado.

Charca de Hiedra quería desesperadamente preguntarle al respecto, pero al mismo tiempo estaba aterrorizada de tener esa conversación. Una parte de ella quería decirle que estaba bien superar a Escarcha Erizada y encontrar la felicidad en amar a otra gata. *«Pero, ¿y si no puedo lograrlo?* —se preguntó, imaginando las palabras muriendo en su garganta—. *Eso lastimaría terriblemente a Brote de Raíz*».

—¿Estás bien, Charca de Hiedra? —La voz de Brote de Raíz interrumpió sus pensamientos—. Me estás mirando raro. ¿Quieres algo?

—Ah… no —Charca de Hiedra respondió, sobresaltada—. Solo estaba pensando. Lo siento, Brote de Raíz, no quise mirarte fijamente.

Con determinación, apartó sus ansiedades, cerró los ojos e hizo todo lo posible por conciliar el sueño.

—¡Despierten! ¡Despierten!

Los maullidos de pánico y las patas que le pinchaban el costado despertaron a Charca de Hiedra. Abrió los ojos y vio a Nívea de pie sobre ella con una mirada de terror.

—¿Qué…?

Charca de Hiedra parpadeó y se tambaleó hasta ponerse de pie para ver a Brote de Raíz a una cola de distancia, despertando a Zarpa Silbante y Ala de Tórtola. Abrió las mandíbulas para preguntar a qué se debía todo el alboroto, cuando lo oyó… el rugido de un monstruo.

Charca de Hiedra recordó las huellas anchas y profundas que había visto en la tierra la noche anterior, y cómo se había desviado para evitar que los demás las vieran, para ahorrarles la preocupación de temer que pudiera haber un monstruo en el bosque. «*Bueno,* sí *que hay un monstruo en el bosque*».

Mirando hacia donde Nívea señalaba, Charca de Hiedra pudo ver un enorme monstruo rojo que se abría paso lentamente entre los árboles, y un Dos Patas que lo montaba como a un caballo. Seguramente habían sido sus enormes patas traseras las que habían hecho los profundos surcos en el suelo; detrás de él había una corta línea de cosas de madera que parecían enormes vainas cuadradas, cada una con sus propias patas más pequeñas. El gruñido retumbante del monstruo era más profundo que cualquier otro que Charca de Hiedra hubiera escuchado antes.

—¡Corran! —maulló.

Los cinco gatos salieron volando de la hondonada y huyeron del monstruo y su Dos Patas. Charca de Hiedra rápidamente se frustró por tener que esquivar los árboles; era difícil aumentar el ritmo cuando tenía que tener cuidado de no chocar con el tronco de un árbol. Entonces se abrió un espacio: Charca de Hiedra pudo ver un largo tramo de terreno abierto entre dos hileras de árboles. «*¡Sí!*». Estaba segura de que ahora podrían escapar del monstruo.

Mirando hacia adelante, Charca de Hiedra no estaba mirando el suelo ni dónde estaba poniendo las patas. Solo vio la manzana arrugada cuando su pata delantera aterrizó sobre ella y rodó debajo de ella. Perdió el equilibrio y se desplomó; se golpeó el flanco y el costado de la cabeza contra el suelo un instante antes de sentir unas patas estrellarse contra ella y a un gato pasando por encima de su cuerpo. Aterrizó en un montón entre las raíces nudosas de los árboles; al levantar la mirada, vio que era Zarpa Silbante quien había tropezado con ella.

La joven curandera había aterrizado justo en el camino de otro monstruo rojo que se arrastraba entre los árboles con el mismo ritmo lento y deliberado que el primero. Tenía una enorme pata delantera que estaba lista para aplastar a Zarpa Silbante.

Charca de Hiedra sintió una oleada de pánico y determinación. «*¿Cómo podría enfrentarme a Manto de Plumas?*». La gata del Clan del

Viento estaría devastada si su hija nunca regresara a su hogar de esta misión. Además, todos necesitaban a Zarpa Silbante para completar la misión; sin ella, ¿cómo sabrían que estaban en el lugar correcto o cómo pagar la deuda?

Decidida a no permitir que eso sucediera, Charca de Hiedra se puso de pie de un salto y se arrojó hacia Zarpa Silbante, ignorando el dolor sordo que podía sentir en su costado. Soltando un grito desesperado, agarró a la joven gata por la nuca y la arrastró fuera del camino del monstruo rojo.

Mirando hacia atrás, vio al Dos Patas luchando con la cornamenta negra del monstruo, tirando de su cuerpo hacia un lado como si estuviera tratando de evitar aplastar a los gatos. Hizo que el monstruo se detuviera y se movió torpemente allí arriba para aullarles algo.

Charca de Hiedra no creyó que sonara hostil, pero no se quedó para averiguarlo. Le dio un codazo a Zarpa Silbante, que estaba mirando al monstruo, congelada por el pánico.

—¡Tenemos que irnos ahora mismo!

Saltando una junto a la otra, las dos se reunieron con sus compañeros, que las esperaban a unos cuantos zorros de distancia, mirando con horror su escape por los pelos. Una vez que llegó hasta ellos, Charca de Hiedra pudo ver que no muy lejos, el bosque terminaba, con terreno abierto más allá.

—¡Por aquí! —jadeó—. ¡Apúrense!

Los cinco gatos corrieron a través de los árboles, hombro a hombro, hasta que salieron al descubierto y se detuvieron, con el pecho agitado mientras luchaban por respirar. Ahora que estaban fuera de los árboles, Charca de Hiedra vio la montaña cabeza de zorro todavía visible en la distancia; no se habían desviado del curso.

—¿Están bien para seguir? —jadeó mientras miraba a sus compañeros.

Todos parecían terriblemente conmocionados, pero asintieron. Charca de Hiedra tomó la delantera nuevamente, dirigiéndose hacia la montaña distante y hacia la siguiente parte de su búsqueda.

Capítulo 10

Durante el resto de ese día, los gatos continuaron, caminando lentamente pero con determinación, con apenas una breve parada para cazar y comer. Charca de Hiedra se permitió un ronroneo de satisfacción; habían avanzado a buen ritmo. El bosque de manzanos se encontraba muy lejos detrás de ellos. Habían perdido de vista los extraños árboles de Dos Patas y sus enredaderas negras, pero la montaña cabeza de zorro estaba claramente a la vista, ahora se veía mucho más cerca, y aunque el camino que seguían zigzagueaba, los conducía en la dirección correcta.

Más temprano ese día, los gatos habían notado que el aire parecía haber cambiado. Un agudo olor se había vuelto más fuerte a medida que avanzaban. Charca de Hiedra podía escuchar graznidos en la distancia, muy arriba en el cielo, y se preguntó si eran producidos por las gaviotas sobre las que Nieve le había advertido. Lo último que necesitaban los gatos viajeros era tener que lidiar con aves amenazantes.

Mientras oscurecía, Charca de Hiedra estaba buscando un lugar donde pudieran acampar para pasar la noche. Desde que habían dejado atrás el bosque, la tierra había sido todo campos, con poca cobertura, y la cobertura que habían encontrado entre los manzanos no había sido suficiente para mantenerlos a salvo de los enormes monstruos rojos.

Todos caminaban en silencio cuando de repente Zarpa Silbante se detuvo y dejó escapar un jadeo.

—¡Miren! —exclamó.

Estaba señalando con las orejas un lugar donde un sendero de tierra se desviaba del camino que estaban siguiendo. Charca de Hiedra miró hacia donde señalaba y vio un tipo diferente de árbol de Dos Patas, este con un tronco estrecho y un gran trozo de madera plano en la parte superior. Se acercó para mirar más de cerca y sus compañeros la siguieron.

El trozo de madera plano tenía una imagen de un pájaro blanco que Charca de Hiedra supuso que se suponía que era una gaviota. Debajo había algunas marcas azules y blancas de Dos Patas, y debajo de eso la imagen de una única pluma blanca.

—¿Qué es eso? —preguntó, desconcertada.

Brote de Raíz se encogió de hombros.

—Tal vez algún tipo de marca fronteriza —sugirió—. Podríamos estar entrando en un nuevo territorio de Dos Patas.

—¡La pluma blanca es la de mi sueño! —Los ojos de Zarpa Silbante brillaban de emoción—. La que se supone que debemos seguir.

—¿Estás segura? —preguntó Charca de Hiedra.

Zarpa Silbante asintió vigorosamente.

—Sí, la voz dijo: «A la sombra del zorro, sigue la pluma blanca». Y ahora aquí hay una pluma blanca, mostrándonos el camino a lo largo de este sendero.

Charca de Hiedra todavía tenía sus dudas. Los sueños y las visiones no solían tener explicaciones claras.

—¿Por qué no encontramos un lugar para hacer campamento cerca de aquí? —sugirió Ala de Tórtola—. De todos modos, es demasiado tarde para ir mucho más lejos. Entonces podemos regresar aquí por la mañana y ver si realmente nos está enviando a la siguiente parte de nuestro viaje.

—Buena idea —maulló Brote de Raíz.

—¿Nívea? —Charca de Hiedra notó que la gata del Clan del Río se había dado la vuelta y estaba mirando en la dirección opuesta—. Nívea, ¿qué piensas?

Nívea no respondió. Su nariz se movía nerviosamente mientras levantaba el hocico al aire.

—Puedo oler agua cerca —murmuró después de unos momentos.

—Yo también —le dijo Charca de Hiedra—. El olor penetrante del lugar donde se ahoga el sol que describió Nieve. Debe estar cerca.

—No. —Nívea negó con la cabeza—. Este es un olor diferente, un tipo diferente de agua, fresca como el río y el lago de casa. ¿Nadie más puede olerlo?

Empezó a caminar y luego a correr, cruzando el sendero y atravesando el campo del otro lado. Charca de Hiedra la siguió; cuando miró hacia adelante, pudo ver que la tierra plana se detenía abruptamente, como si hubiera una caída pronunciada en la distancia.

—¡Ten cuidado! —gritó.

Pero Nívea no necesitaba la advertencia. La gata del Clan del Río disminuyó la velocidad y se detuvo en el borde mismo. Su cola estaba erguida en el aire, como si estuviera emocionada por algo. Charca de Hiedra y el resto de los gatos viajeros la alcanzaron y se detuvieron a su lado, mirando hacia abajo.

A sus patas, la tierra descendía abruptamente hasta un tramo de terreno llano y luego un amplio lago que brillaba en el crepúsculo. En el otro lado había pequeñas guaridas de Dos Patas, pero en el lado cercano no había nada más que pasto que se movía con el viento, y aquí y allá había algunos arbustos.

—¿Por qué no acampar junto al lago? —sugirió Nívea—. Parece agradable y tranquilo, y puedo pescar algunos peces para nosotros.

Hubo un murmullo de aprobación. Charca de Hiedra supuso que todos los gatos estaban exhaustos, y la orilla del lago parecía pacífica, casi como un hogar. Nívea fue la primera en bajar y el resto de los gatos la siguieron.

—Brote de Raíz, ¿me ayudarías a pescar? —preguntó Nívea cuando llegaron al tramo de terreno llano junto al lago.

—Seguro —contestó el gato amarillo.

—¿Puedo ayudar yo también? —Zarpa Silbante suplicó, mirando el agua con ojos fascinados.

—Por supuesto que puedes. —Nívea apoyó la cola en el hombro de la gata más joven—. Te enseñaré cómo.

Cuando los tres gatos se alejaron lentamente hasta la orilla del agua, Charca de Hiedra y Ala de Tórtola se acomodaron al refugio de un arbusto. Charca de Hiedra se sentía agotada después de viajar durante tantos días, y la quietud del lago, las suaves ondulaciones de la superficie brillando con los últimos rayos de luz, la hacían sentir aún más cansada.

Abrió las mandíbulas en un enorme bostezo.

—Creo que voy a dormitar un poco, hasta que los demás regresen con su pesca…

* * *

Charca de Hiedra caminaba por un sendero entre el follaje que sobresalía. El aire estaba impregnado del olor enfermizo de la vegetación podrida, y todo estaba bañado por una luz pálida y misteriosa. Algunos árboles estaban cubiertos de enredaderas; otros habían perdido todas sus hojas como si hubieran sido alcanzados por un rayo. Cuando miró hacia arriba, no pudo ver ni una sola estrella. «*Sé dónde estoy* —pensó—. *Este es el Bosque Oscuro*».

Su entorno era tan sombrío y opresivo como recordaba, y sin embargo no podía sentir nada del miedo y la angustia que había experimentado cuando se había aventurado allí en sueños para espiar para su Clan. Aunque podía sentir gatos malignos acechando en las sombras, no tenían el poder para ponerla nerviosa. Se sentía completamente entumecida mientras se movía por el territorio desolado.

De vez en cuando, Charca de Hiedra vislumbraba destellos de gatos entre los árboles esqueléticos, meras formas transparentes; podía ver la maleza a través de sus cuerpos insustanciales. De alguna manera, sabía que eran gatos que habían sido olvidados. Sentía la desesperación de los espíritus perdidos, la conciencia atravesó su entumecimiento y la inundó con un dolor al rojo vivo desde las orejas hasta las puntas de las garras. «*Debieron haber hecho algo terrible para estar aquí. Tal vez estén mejor en el olvido, pero, oh, ¡qué destino tan horrible!*».

Entonces, un pensamiento aún más aterrador sacudió a Charca de Hiedra. ¿Era posible que Escarcha Erizada estuviera entre estos espíritus brumosos que se aferraban a los últimos restos de su propia vida? «*¡Pero yo nunca la olvidaré!*», lloró en silencio, rechazando la idea tan pronto como entró en su mente.

Aun así, Charca de Hiedra no podía reprimir la esperanza de poder captar un vistazo de la forma de Escarcha Erizada, aunque no pudiera ver su rostro ni su pelaje. Entonces se recordó a sí misma que un destino así sería terrible para Escarcha Erizada.

—Qué egoísta por parte de *su madre* anhelar eso.

Charca de Hiedra se congeló al oír la voz familiar y hostil que venía desde justo detrás de ella. Instintivamente, aguzó las orejas mientras todo su cuerpo se tensaba. «*No… no puede ser. Por favor…*». Superando una profunda renuencia, Charca de Hiedra se obligó a darse la vuelta y se encontró mirando a los ojos a Cola Roso. Era el gato naranja que había intentado asesinar, aquí en el Bosque Oscuro. Estrella Rota se lo había ordenado, y Charca de Hiedra no se había atrevido a arriesgarse a que

descubrieran que era una espía. Para su alivio, el hermano de Cola Roso, el segundo Estrella de Tigre, había logrado detenerla.

—Lo siento… no fue… —empezó a tartamudear Charca de Hiedra.

Pero mientras todavía estaba tratando de encontrar palabras, la silueta de Cola Roso tembló, y en un instante un gato diferente estaba parado frente a ella. «*¡Estrella Rota!*».

El horrible gato de cara plana miró a Charca de Hiedra con sus ojos arruinados.

—Sí, eres egoísta de las orejas a la punta de la cola —se burló—. Este lugar es donde realmente perteneces. Tal vez deberías quedarte aquí, y entonces podrías volver a ver a Escarcha Erizada algún día. ¿No es eso lo que quieres?

Charca de Hiedra cerró los ojos, sacudiendo la cabeza en rechazo a las palabras del gato del Bosque Oscuro.

—Cállate —gruñó—. Ya no puedes manipularme.

Después de un momento de estremecimiento de horror, se obligó a abrir los ojos. Estrella Rota se había ido. Charca de Hiedra sintió que el alivio le inundaba el pecho. Miró a su alrededor, preparándose para un nuevo desafío, hasta que vislumbró un pelaje gris claro entre los árboles.

—¡Escarcha Erizada! —llamó—. ¿Eres tú?

No hubo respuesta. La fugaz forma gris se adentraba cada vez más en el bosque. Charca de Hiedra la persiguió, la desesperación le daba velocidad. Con la mirada fija en Escarcha Erizada, no vio el enorme abismo que se abría bajo sus patas. Se detuvo de golpe, retrocedió a trompicones para no caerse y luego se acercó al borde con cautela y miró hacia abajo.

La pared del acantilado se hundía en un abismo pantanoso. Columnas de humo púrpura y amarillo se elevaban hacia ella, trayendo consigo el hedor del agua sucia. Escarcha Erizada estaba allí abajo, caminando tan ligeramente por el pantano como si estuviera dando un paseo por su propio territorio familiar. En el otro lado, saltó a una isla estéril, con rocas irregulares manchadas de sangre.

Charca de Hiedra anhelaba seguirla, alcanzar a su hija perdida, pero todos sus instintos le decían que no podría cruzar el pantano tan fácilmente como Escarcha Erizada. En cambio, sería absorbida por las oscuras profundidades y tal vez nunca regresaría, desapareciendo tal como Escarcha Erizada.

Al mirar hacia la isla, Charca de Hiedra vio a un gato atigrado marrón y blanco, y reconoció al hijo de Nívea, Insectero. Verlo le dio a Charca de

Hiedra una pizca de consuelo; al menos Escarcha Erizada lo tendría como compañía.

Pero mientras observaba a su hija caminar por la isla, Charca de Hiedra vio que Insectero no reaccionaba en absoluto ante Escarcha Erizada. Y cuando Escarcha Erizada llegó a Insectero, pasó a su lado como si no estuviera allí. Ver que ninguno de los dos era consciente de la presencia del otro le dio un último giro a la angustia de Charca de Hiedra. Soltó un grito ronco mientras sentía que caía, hacía una oscuridad que la asfixiaba como un pesado pelaje negro. Entonces no supo nada más.

Capítulo 11

Charca de Hiedra se despertó de un sueño agitado, sintiendo que le dolían todos los músculos y que tenía la cabeza atestada de pelusas de cardo. El recuerdo de su pesadilla permanecía en su mente como un hedor nauseabundo del que no podía escapar. Se levantó del lecho improvisado que había armado la noche anterior y arqueó la espalda para estirarse largamente.

Todos sus compañeros estaban despiertos. Brote de Raíz se estaba rascando a fondo detrás de una oreja, mientras que Ala de Tórtola se acicalaba el pecho con largos y lentos lametones. Nívea y Zarpa Silbante hablaban con las cabezas juntas, y se volvieron hacia Charca de Hiedra cuando salió de su lecho.

—Vamos a ir al lago a atrapar más peces —maulló Nívea—. Pensamos que podríamos comer rápido antes de ponernos en marcha otra vez.

—Buena idea —Charca de Hiedra respondió—. Iré con ustedes.

Siguiendo a sus compañeras, Charca de Hiedra miró hacia la montaña cabeza de zorro. Ahora se cernía sobre ellos, y ella esperaba que pudieran alcanzarla hoy. «*Y tal vez esta sea la última vez que tenga que obligarme a tragar peces*».

Mientras caminaban por la orilla del lago, Charca de Hiedra se sorprendió al ver que había un monstruo grande y apestoso en el agua. Al igual que con los gordos rojos del bosque de manzanas, lo montaban unos Dos Patas. Esta vez los jinetes eran en su mayoría cachorros, vestidos con

mantos gruesamente acolchados con piezas de color naranja brillante en la parte superior de sus cuerpos. Los Dos Patas sostenían por el borde del monstruo unos palos delgados, con tallos largos y finos que se adentraban en el agua. Su monstruo estaba inmóvil, durmiendo tal vez, en la superficie quieta y centelleante del lago.

Más allá de los cachorros y sus monstruos, en la orilla opuesta del lago, se movía toda una masa de Dos Patas de todas las edades. Dos grandes rocas de colores, abiertas por arriba y con agua en su interior, decoraban la orilla, y un Dos Patas adulto estaba cortando en rodajas a un desafortunado pez con una garra afilada y brillante.

—No me gusta cómo se ve eso —comentó Nívea, señalando con la cola—. Hay demasiados Dos Patas para mi gusto.

—¿Qué se supone que están haciendo aquí con este frío? —Charca de Hiedra se preguntó en voz alta.

—Lo mismo que nosotras —Nívea declaró—, pescar. Pero será mejor que mantengamos la distancia.

Zarpa Silbante miraba nerviosa al otro lado del lago, y Charca de Hiedra podía sentir que su propio pelaje del cuello comenzaba a erizarse. Nívea tenía razón: era mucho mejor que las gatas se mantuvieran alejadas de los Dos Patas.

—Quizá estemos bien siempre que nos quedemos de este lado del agua —maulló Charca de Hiedra.

Pero a medida que las gatas avanzaban, buscando un buen lugar para pescar, se dio cuenta de que los cachorros de Dos Patas del monstruo las habían visto. Se oyeron ruidos fuertes; Charca de Hiedra pensó que sonaban emocionados, pero también podían estar amenazándolas.

—¿Por qué chillan así? —Zarpa Silbante preguntó, mirando a través del lago hacia los monstruos.

—No sé —Charca de Hiedra contestó—. Pero no quiero quedarme a averiguarlo. Sigamos rodeando el lago y asegurémonos de pescar bien lejos de ellos.

Nívea encabezó la marcha, acelerando el paso hasta que las tres gatas avanzaban a saltos. Pero entonces sonó un horrible aullido procedente del monstruo, seguido de un ruido sordo. La criatura se giró y empezó a dirigirse hacia las gatas a una velocidad espantosa. Los cachorros de Dos Patas se pusieron como locos y empezaron a hacer más ruidos de emoción o amenaza.

—Esto no es bueno. —Nívea se detuvo, flexionando las garras con tensión. Sonaba completamente agitada cuando añadió—: Demos la vuelta

y regresemos con Ala de Tórtola y Brote de Raíz. Tendremos que olvidarnos de la pesca por el momento.

—Buena idea —convino Charca de Hiedra.

Le dio la espalda al lago y se dirigió de nuevo hacia los arbustos, pero se dio cuenta de que ella y sus compañeras se estaban cruzando en el camino de varios cachorros de Dos Patas más, que llevaban los mismos mantos gruesos y esponjosos que los que montaban a los monstruos. Una de ellos llevaba un manto de un tono azul tan brillante que deslumbró a Charca de Hiedra. Los cachorros jadearon de emoción, y la que llevaba el manto lo abrió y se agachó como si quisiera meter a las tres gatas dentro.

—¡Corran! —Charca de Hiedra chilló.

Salió corriendo, esquivando las piernas de los Dos Patas y dirigiéndose hacia los arbustos que había más lejos de la orilla del lago. Jadeando, sacó hasta el último resto de velocidad de sus piernas y vio que Nívea se le acercaba.

Entonces oyó un aullido angustiado de Zarpa Silbante. Al girarse, Charca de Hiedra vio que los cachorros habían agarrado a la joven gata del Clan de Viento y la habían envuelto en el manto. La estaban llevando hacia los cachorros en el monstruo, que se había acercado a lo que parecía un pequeño sendero rectangular sobre el agua.

Charca de Hiedra miró con ansiedad a través del lago hacia las guaridas de los Dos Patas al otro lado, y a la vasta extensión de agua que había entre ellas. Si los Dos Patas se llevaban a Zarpa Silbante hasta allí, podrían perderla para siempre. No había forma de que ningún gato (ni siquiera Nívea del Clan del Río) pudiera sobrevivir a nado un recorrido tan largo como ese.

—¡Tenemos que hacer algo! —exclamó.

«*¡Gracias al Clan Estelar!*», pensó cuando aparecieron Ala de Tórtola y Brote de Raíz, corriendo hacia ella, alertados por la conmoción. Sus ojos muy abiertos y su pelaje erizado mostraban que estaban tan ansiosos como Charca de Hiedra.

Abajo, junto al lago, Zarpa Silbante se retorcía con todas sus fuerzas, pero sus forcejeos se veían entorpecidos por los pliegues del manto, y la cachorra de Dos Patas la agarraba con fuerza, aullando algo a los otros Dos Patas del monstruo.

—¿Qué podemos hacer para rescatarla? —preguntó Nívea, con un tono desesperado.

—Tal vez deberíamos ir los cuatro y espantar a los Dos Patas —Brote de Raíz sugirió—. Eso podría hacer que la Dos Patas la suelte.

Ala de Tórtola asintió.

—Mientras Zarpa Silbante caiga de pie, debería poder huir. Y después de eso nos dispersamos, para que les sea más difícil atraparnos de nuevo.

—Pero si salimos los cinco en todas direcciones, podríamos perdernos y no volver a encontrarnos —objetó Charca de Hiedra.

Por un momento se hizo un silencio de preocupación, hasta que Brote de Raíz maulló:

—Tendremos que arriesgarnos. Lo más importante es alejar a Zarpa Silbante de los Dos Patas.

Charca de Hiedra parpadeó con ansiedad.

—Supongo que tienes razón.

Haciendo una seña con la cola, reunió a los otros tres gatos a su alrededor.

—Bueno, ¿cómo vamos a hacer esto?

—Tenemos que conseguir que la cachorra que tiene a Zarpa Silbante la baje —maulló Ala de Tórtola pensativa—. ¿Y si le saltamos encima?

La boca de Nívea tenía una mueca sombría.

—La arañaré si es necesario.

A Charca de Hiedra no le gustaba cómo sonaba eso, pero tenía que admitir que tal vez no hubiera otra manera de conseguirlo.

—Vamos —maulló.

Pero antes de que los gatos pudieran moverse, Charca de Hiedra oyó fuertes ladridos de un Dos Patas adulto. Un macho bajito y regordete, con un manto rojo brillante e hinchado, se acercaba a los cachorros agitando las patas delanteras. Charca de Hiedra pensó que sonaba exactamente como un mentor regañando a un aprendiz desobediente.

Cuando el Dos Patas se acercó a los cachorros, Charca de Hiedra notó que su manto rojo mostraba la misma imagen de la gaviota que habían visto el día anterior en la señal de Dos Patas. Su pelaje se erizó. «*Eso tiene que significar algo*».

Los cachorros de Dos Patas corrieron al encuentro del Dos Patas adulto, excepto la que sostenía a Zarpa Silbante. En lugar de eso, la cachorra se alejó corriendo en otra dirección, lejos del lago, y trepó por la ladera. Zarpa Silbante seguía luchando en vano por escapar del manto que la asfixiaba.

Charca de Hiedra y el resto de los gatos de Clan la siguieron. En la cima de la ladera, en la dirección por la que se habían acercado al lago el día anterior, había un pequeño Sendero Atronador que terminaba en una amplia zona cubierta del mismo material negro. A Charca de Hiedra le

hizo acordar al lugar que había junto al medio puente entre el territorio del Clan de la Sombra y el Clan de Río.

Varios monstruos dormían en la amplia zona, como si fuera su guarida. La cachorra de Dos Patas corrió hacia el más grande, que era azul y tenía la misma imagen de la gaviota blanca que habían visto en la señal y el manto del Dos Patas adulto. La cachorra abrió una entrada cerca de la parte delantera, metió a Zarpa Silbante y el manto dentro y volvió a cerrar de un golpazo, antes de salir corriendo para reunirse con los demás cachorros.

Charca de Hiedra se quedó mirándola, con el estómago revuelto de aprensión.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó—. Parecía que la cachorra estaba escondiendo a Zarpa Silbante del adulto, pero, ¿en un monstruo? ¡Oh, pobre Zarpa Silbante! —Charca de Hiedra se estremeció. Nunca había estado dentro de un monstruo, y solo podía imaginar que era aterrador.

Apenas esperaba una respuesta a su pregunta, pero igualmente Brote de Raíz le dio una.

—Vamos a echar un vistazo. Tal vez podamos sacarla.

A medida que se acercaban al monstruo, vigilando por si había otros Dos Patas, Charca de Hiedra vio que Zarpa Silbante se había liberado del manto y estaba de pie con sus patas delanteras contra el material transparente y brillante del costado del monstruo. Tenía los ojos muy abiertos por el terror y las mandíbulas abiertas en un maullido silencioso.

Brote de Raíz se acercó al lugar donde la cachorra de Dos Patas había abierto la entrada. Había un pequeño hueco, de apenas un bigote de ancho, donde la entrada se unía al lateral del monstruo, pero aunque consiguió introducir una garra, la puerta no se abría.

Ala de Tórtola caminó alrededor del monstruo y volvió negando con la cabeza.

—Es igual en el otro lado.

Mientras tanto Nívea se había escurrido por debajo, y emergió con su pelaje blanco cubierto de arenilla de la suciedad del Sendero Atronador.

—No hay forma de entrar por ahí —informó.

Los cuatro gatos se miraron entre sí.

—Si un Dos Patas despierta al monstruo y huyen, perderemos a Zarpa Silbante para siempre —maulló Charca de Hiedra.

—¿En qué estaba *pensando* esa cachorra de Dos Patas? —preguntó Ala de Tórtola con desesperación—. Seguro que sus padres o sus mentores no la dejarían secuestrar a una gata, ¿no?

—No, y si ven a Zarpa Silbante cuando regresen, tal vez simplemente la saquen —sugirió Nívea—. Tal vez todo lo que tenemos que hacer es esperar.

—Pero si la cachorra consigue esconderla y huyen… —Brote de Raíz negó con la cabeza, impotente—. La sacarían en cuanto la vieran, claro, pero ¿dónde sería eso?

Mientras Charca de Hiedra escuchaba a sus compañeros, miraba la negra guarida de monstruos a su alrededor, y vio a un Dos Patas macho sentado en el muro bajo que la rodeaba. Al igual que el Dos Patas del lago, vestía un manto rojo con la imagen de la gaviota. Estaba mirando algo brillante que tenía en la mano, sin prestar atención a los monstruos ni a los gatos.

—Tenemos que conseguir que ese Dos Patas abra al monstruo —dijo Charca de Hiedra pensativa, medio para sí misma.

—¿Y cómo vas a hacerlo? —preguntó Brote de Raíz.

—No lo sé… aún —Charca de Hiedra respondió.

Mientras seguía observando al Dos Patas, él dejó la cosa brillante a un lado, y sacó lo que parecía un envoltorio del interior de su manto azul. Al desenvolverlo, sacó una cosa blanca cuadrada: dos cosas blancas, se dio cuenta Charca de Hiedra, con algo de color marrón y amarillo entre ellas. Se lo metió entero en la boca y le dio un mordisco.

Charca de Hiedra observaba, fascinada. Se trataba de algún tipo de comida de Dos Patas, y era evidente que el Dos Patas la estaba disfrutando. Y había otra de las cosas blancas, aún envuelta, en la pared baja junto al Dos Patas.

—Sí… —exhaló—. Quédense aquí —le ordenó a sus amigos—. Esperen.

Deslizándose sigilosamente junto a la pared, Charca de Hiedra alcanzó el envoltorio. El Dos Patas estaba mirando su cosa brillante otra vez y no se había fijado en ella. «*Ahora se fijará en mí…*».

Charca de Hiedra soltó un aullido, luego agarró la segunda cosa blanca y corrió hacia el gran monstruo con ella en las fauces. El Dos Patas se levantó de un salto, ladrando con fuerza, y corrió tras ella.

Junto al monstruo, los otros tres gatos empezaron a saltar hacia donde Zarpa Silbante seguía de pie con las patas apoyadas contra el duro material transparente.

El Dos Patas se detuvo, mirando fijamente, y luego soltó un solo ladrido. Charca de Hiedra se dio cuenta de que estaba molesto. Abrió la puerta y estaba a punto de meterse dentro, pero justo cuando daba un paso, Zarpa Silbante apareció en el hueco y se deslizó por su lado, bajando de un salto para unirse a los otros cuatro gatos.

—¡Vámonos de aquí! —aulló.

Con Nívea a la cabeza, se alejaron a toda velocidad, con el vientre rozando el suelo y las colas fluyendo tras ellos. Charca de Hiedra se detuvo un momento, mirando hacia atrás y dejando caer la cosa blanca que había robado. «*Ya puede tenerla de regreso. De hecho sabe bastante bien*».

El Dos Patas se quedó boquiabierto mientras les seguía con la mirada, rascándose el pelo de la cabeza con una pata delantera.

—Gracias —maulló Charca de Hiedra, y corrió para alcanzar a sus amigos.

Una vez que dejaron atrás al Dos Patas, se detuvieron, jadeando mientras luchaban por recuperar el aliento. Al principio, todos los gatos estaban demasiado aturdidos por la fuga de Zarpa Silbante como para hablar.

Finalmente fue la joven curandera quien rompió el silencio.

—Gracias, Charca de Hiedra. —La miró agradecida—. Fue una idea brillante.

—Lo fue. —Brote de Raíz soltó un ronroneo de risa—. ¡La cara que puso ese Dos Patas cuando le robaste la comida!

—Sí, Charca de Hiedra, estuviste genial. Aun así, tuvimos suerte de salirnos con la nuestra —señaló Ala de Tórtola—. Realmente me gustaría completar esta búsqueda y volver a los Clanes. Hay demasiado peligro en el mundo más allá de nuestras fronteras.

—Tienes razón —Charca de Hiedra coincidió—. Tenemos que seguir adelante.

—¿Seguir adelante? —Brote de Raíz sonaba abatido—. ¿A dónde? No hemos visto ni una gaviota, excepto las marcadas en los mantos de los Dos Patas. ¿Quizás el mensaje estaba mal?

Charca de Hiedra tenía el horrible presentimiento de que el gato del Clan del Cielo podría tener razón, aunque apenas podía soportar pensarlo. Sintiéndose totalmente impotente, lanzó una mirada angustiada al cielo.

Una gaviota blanca volaba sobre ellos.

—¡Miren! —gritó—. ¡Sigan la pluma blanca!

Capítulo 12

A medida que avanzaba el día, las nubes se despejaron y salió el sol. Charca de Hiedra disfrutaba del calor en su pelaje por primera vez en días mientras los gatos viajeros seguían a la gaviota por la orilla hasta el final del lago. Aquí la tierra se abría a una llanura de pasto que terminaba en una empinada subida de rocas y barro.

Cruzar la llanura fue fácil, pero la subida frente a ellos parecía una dura escalada. Cuando se detuvieron en la parte inferior, Zarpa Silbante la miró con duda.

—¿En serio tenemos que subir esto? —preguntó.

Charca de Hiedra asintió, mirando hacia arriba y más allá de la cima de la colina. Una única gaviota volaba en círculos y bajaba ocasionalmente, con la luz del sol centelleando en sus alas.

—Hemos seguido a esta ave desde el lago —señaló—. Parece que nos ha traído hasta aquí, ¿no?

—No estoy discutiendo —contestó Zarpa Silbante—. Simplemente no estoy deseando subir, eso es todo.

Brote de Raíz se sacudió el manto.

—Quedarnos aquí no nos llevará a ninguna parte —murmuró.

Cuando empezaron a trepar, Charca de Hiedra tomó la delantera. La mañana había sido húmeda, por lo que el barro estaba blando y las rocas resbaladizas por una fina capa de agua. Tuvo que concentrarse y prestar atención a en dónde ponía las patas, pero aun así sintió que sus almohadillas resbalaban en algunos momentos; solo clavar las garras en

una grieta le evitó caer en picado al suelo. Finalmente, se obligó a no mirar hacia abajo entre sus patas por si el mareo la dominaba, y siguió luchando, haciendo todo lo posible por ocultar su miedo a los demás. «*Esta búsqueda es muy importante. No podemos fallar ahora*».

Finalmente, todos los gatos llegaron a la cima de la colina para contemplar la tierra más allá. Delante de ellos se extendía una costa arenosa hasta donde alcanzaba la vista en ambas direcciones, sembrada de lo que Charca de Hiedra supuso que eran rocas. Unos pocos Dos Patas estaban dispersos a lo largo de ella, caminando o mirando el agua.

Más allá de la orilla, los gatos pudieron ver el lugar donde se ahoga el sol. Charca de Hiedra soltó un jadeo de asombro al verlo. Había muchísima agua, deslumbrante al sol, agua interminable sin rastro alguno de la orilla opuesta. Las olas se arremolinaban en la arena y eran succionadas de nuevo en un rugido continuo. Arrugó la nariz ante el fuerte hedor a pescado que se respiraba en el aire, y el penetrante sabor que había percibido antes era mucho más fuerte aquí. Su estómago dio un vuelco cuando la mezcla de olores casi la abrumó.

Respirando con dificultad, se volvió hacia los demás.

—¿Creen que este es el lugar adecuado? —preguntó.

Zarpa Silbante se inclinó sobre el borde de la subida.

—¡Cuidado! —Charca de Hiedra le advirtió—. El acantilado es mucho más empinado aquí.

Zarpa Silbante asintió, aunque Charca de Hiedra sospechaba que en realidad no estaba escuchando.

—¡Miren! —exclamó la aprendiza, señalando con las orejas unos macizos de hojas marchitas que crecían entre las rocas—. No son muy atractivas en la estación sin hojas, pero se parecen a las flores rosas que vi en mi visión. Y allí, ¿pueden ver esas rocas puntiagudas al fondo del acantilado? También estaban en mi sueño.

Charca de Hiedra miró hacia donde señalaba la curandera, y vio rocas negras dentadas a lo lejos, entre el acantilado y el lugar donde se ahoga el sol.

—Estoy casi segura de que aquí es donde deberíamos estar —maulló Zarpa Silbante feliz.

Charca de Hiedra sintió que una oleada de alivio la recorría desde las orejas hasta la punta de la cola. Quizás realmente estaban llegando al final de su búsqueda. Pronto podrían dar la vuelta y regresar a casa.

—Empecemos a bajar hacia la orilla —maulló a sus compañeros—. Y debemos tener aun más cuidado del que tuvimos cuando subimos. No podemos permitirnos lesiones ahora.

Siguiendo su propio consejo, Charca de Hiedra comenzó a bajar por la pared del acantilado. Al menos allí había muchas grietas y salientes en la roca; comprobó que todos los agarres fueran firmes antes de apoyar su peso en ellos.

A media bajada, vio a un Dos Patas caminando junto al agua, masticando algún tipo de comida que llevaba en la pata delantera. Se detuvo, esperando a que el Dos Patas siguiera caminando para que no los viera.

Un momento después, una gaviota se abalanzó desde el cielo a gran velocidad, arrebató la comida de la pata del Dos Patas y se la llevó volando. «*Por el Clan Estelar, ¿qué fue eso?* —pensó, viendo cómo el Dos Patas soltaba un aullido furioso y sacudía las patas ante el pájaro que desaparecía—. *Apenas le creí a Nieve cuando me dijo que hacían eso*».

Charca de Hiedra bajó de un salto las dos últimas colas de distancia y aterrizó suavemente en la orilla. Antes de que tuviera la oportunidad de mirar atrás y ver cómo estaban sus amigos, oyó un siseo furioso cerca de ella e inhaló una abrumadora mezcla de olor a gato y pescado. Se dio la vuelta y se encontró frente a un gato blanco y negro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exigió el gato—. Este es mi territorio. No tienes derecho a estar aquí. —Su pelaje se erizó y sus labios se contrajeron en un gruñido.

«*¡No ahora!* —pensó Charca de Hiedra mientras se preparaba para un ataque, enseñando los dientes y sacando las garras—. *¡No cuando por fin estamos llegando a alguna parte!*».

Los músculos del gato se tensaron mientras se preparaba para saltar.

—¡Fuera, o te arranco el manto! —gruñó.

«*Puedes intentarlo*».

Entonces Charca de Hiedra oyó el sonido de patas golpeando la arena cuando sus cuatro compañeros bajaron de un salto para reunirse con ella en la orilla.

El gato se calmó, dejando escapar un suspiro de resignación, aunque su mirada seguía siendo hostil.

—No es justo —refunfuñó— atacar a un gato cuando lo superan en número.

Charca de Hiedra negó con la cabeza a los demás cuando se acercaron a ella.

—Está bien —les aseguró a ellos—. Nadie te va a atacar —añadió al gato—. No hemos venido a robar tu territorio. Solo estamos de paso, de camino al lugar donde se ahoga el sol.

El gato asintió, pareciendo aceptar sus palabras.

—Huelen raro —murmuró con una mueca.

«*¡Mira quien lo dice!*». Charca de Hiedra logró reprimir el comentario; el gato apestaba a pescado.

—Somos gatos de Clan —le dijo—. Venimos de un lugar muy lejos de aquí.

El gato parpadeó lentamente, mirando a través del agua sin fin mientras reflexionaba algo.

—Clan… Clan… —murmuró—. Creo que he oído esa palabra antes.

Los ojos de Zarpa Silbante brillaban de emoción cuando se acercó a la cabeza del grupo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

El gato se encogió de hombros.

—Nunca me dieron un nombre. Nunca conocí a mis padres, ni a mis hermanos de camada.

—¿Qué te paso? —Charca de Hiedra preguntó, sintiendo compasión por el gato.

—Me encontraron unos Dos Patas y me llevaron a una guarida fría con muchos gatos proscritos —respondió—. Me quedé allí un tiempo y, al final, una familia de Dos Patas vino y me llevó a casa con ellos. Ellos me llamaban Jake, pero no he vuelto a usar ese nombre desde que huí de ellos. Un nombre no sirve de mucho cuando eres un solitario como yo.

Charca de Hiedra pensó que Jake era un gato extraño, pero se sintió aliviada de que no hubiera procedido con su desafío hostil. Además, si decía la verdad y era un solitario, no tendría amigos ni aliados que la atacaran a ella y a sus compañeros solo por estar allí.

Jake se volvió para mirar a lo largo de la orilla.

—Si van por ahí, tengan cuidado con los cangrejos —aconsejó.

Charca de Hiedra intercambió una mirada confundida con sus cuatro amigos.

—¿A qué te refieres con «cangrejos»? —preguntó.

Jake se encogió de hombros.

—A veces hacen su territorio en la arena —explicó—. Son así de grandes… —Señaló con una pata delantera, formando una figura en el aire.

—Entonces son más pequeños que nosotros —Brote de Raíz comentó.

—Sí, pero eso no significa que no sean peligrosos —advirtió Jake—. Son criaturas horribles con garras feroces y caparazones duros. Tienen muchas patas y se mueven hacia los lados; eso puede darles un susto desagradable si no se lo esperan.

—¿Son buenos para comer? —Nívea preguntó.

Jake se encogió de hombros una vez más.

—Ni idea. Nunca lo he intentado. Los Dos Patas no se acercan a ellos —continuó—, y les sugiero que ustedes tampoco. —Les hizo un gesto brusco con la cabeza—. Buena suerte. —Y se fue corriendo por el pie del acantilado.

—¿Alguno de ustedes ha visto alguna vez a estos… cangrejos? —Ala de Tórtola preguntó.

Nívea negó con la cabeza.

—Nunca he oído de alguna criatura así que viva junto al lago —ella respondió—. Ni tampoco en el viejo bosque.

—Corvino Plumoso a veces habla de su visita al lugar donde se ahoga el sol —Zarpa Silbante maulló—. Pero nunca lo he oído mencionar cangrejos.

«*Caparazones duros… se mueven hacia los lados…*». A Charca de Hiedra le costaba imaginárselo.

—Me pregunto si Jake simplemente nos estaba molestando —sugirió.

—Sea como sea, no hay nada que podamos hacer al respecto. —El tono de Brote de Raíz era enérgico—. Sugiero que nos pongamos en marcha.

Charca de Hiedra comenzó a guiar al grupo a lo largo de la orilla arenosa, manteniéndose cerca de la base del acantilado por el que acababan de bajar. Quería mantenerse alejada de los Dos Patas. «*No quiero que nos atrapen, como a Zarpa Silbante en el lago*». Sin embargo, los Dos Patas parecían fascinados por el agua. No prestaban ninguna atención a los gatos. «*Y así es como me gusta*».

No habían viajado muchos zorros de distancia cuando Nívea se acercó a Charca de Hiedra.

—No hemos comido hoy —señaló—. No sé tú, pero mi estomago se siente como si me hubieran arrancado la garganta.

Charca de Hiedra se dio cuenta de que la gata del Clan del Río tenía razón. El casi accidente con Zarpa Silbante y los cachorros de Dos Patas junto al lago los habían distraído completamente de la caza.

—Tienes razón —maulló—. Yo también tengo hambre.

Hizo un alto en el camino para que pudieran cazar, pero aunque rebuscaron en la arena durante un rato, no encontraron presas. Ni ratones ni musarañas vivían en las grietas al pie del acantilado, y ni siquiera Nívea se atrevía a pescar en la masa de agua del lugar donde se ahoga el sol.

—Puedo oler algunos aromas sabrosos provenientes de esos Dos Patas de allí. —Brote de Raíz olfateó apreciativamente mientras señalaba con la cola a un gran grupo de Dos Patas adultos y cachorros cerca de la orilla del agua—. ¿Qué les parece?

Charca de Hiedra abrió las fauces y dejó que el olor de la comida de Dos Patas llegara a sus glándulas odoríferas.

—Es cierto que huele bien —admitió, seriamente tentada de acercarse al grupo y ver qué podía conseguir—. Pero creo que es demasiado peligroso —añadió decidida—. Recuerda lo que le pasó a Zarpa Silbante cuando nos acercamos demasiado a los Dos Patas.

—Pero… —Brote de Raíz empezó a protestar.

Se interrumpió cuando una sombra pasó por encima de los gatos amontonados junto al acantilado. Charca de Hiedra levantó la mirada y vio que algo caía del cielo. Lanzó un chillido de sorpresa y todos los gatos se apartaron del camino, rodando por la fría arena.

Charca de Hiedra oyó que algo golpeó el suelo con un *plaf*. Se levantó y vio que era un pez.

—¿Qué clase de lugar es este, donde caen peces del cielo? —la gata preguntó.

Nadie respondió. Se arrastraron cautelosamente hacia el pez, que se agitaba impotente mientras trataba de mantenerse con vida fuera del agua.

—¿Saben? Eso se ve bastante sabroso —maulló Nívea, apretando el vientre contra el suelo y avanzando paso a paso.

Charca de Hiedra no estaba tan segura. No le gustaba mucho el pescado, y quién sabía a qué sabría ese extraño pez del cielo.

Al llegar al pez, Nívea lo atrapó entre sus dientes y lo estrujó para detener su frenética lucha. Se detuvo un momento para pasarse la lengua por las mandíbulas y luego empezó a desgarrar la carne del pez para arrancarle un bocado. Al cabo de un momento, Zarpa Silbante se acercó a ella y le dio un pequeño mordisco a la presa. Ala de Tórtola y Brote de Raíz se acercaron para unírseles.

—Vamos, Charca de Hiedra —la instó Brote de Raíz—. Está rico… bueno, está decente. Al menos es comida.

El estómago de Charca de Hiedra berreaba de hambre, y se dio cuenta de que no era el momento de ponerse quisquillosa. A pesar de que no le

gustaba el olor del pescado, mordió la carne, solo para descubrir que no le gustaba el sabor áspero, nada que ver con el pescado de lago que había comido a veces.

—¡Puaj! —exclamó.

—Lo sé —maulló Nívea arrepentida—. A mí tampoco me gusta. Me siento muy estúpida por sugerir que lo probáramos, pero necesitamos comer algo si queremos seguir.

Antes de que Charca de Hiedra pudiera responder, un grito estridente sonó justo por encima de su cabeza. Al levantar la mirada, vio una gaviota que descendía del cielo para cernirse sobre los gatos, amenazando con golpearlos con sus alas inquietas y su pico filoso.

Mientras corría de un lado a otro para librarse de ella, Charca de Hiedra comprendió de dónde había salido el pez. Debía de ser la presa de la gaviota, pero esta lo había soltado. Y ahora quería recuperarlo. Deseó poder decirle al pájaro enojado: «¡Puedes quedártelo!».

—¡Ala de Tórtola, aléjalo hacia el agua! —aulló—. Brote de Raíz, tú y yo lo atacaremos por el costado. Nívea, Zarpa Silbante, ¡aléjense del pez!

Brincando tras la gaviota, Charca de Hiedra y Brote de Raíz se levantaron de un salto, le agarraron las plumas de la cola al ave y la arrastraron hasta el suelo. Charca de Hiedra levantó una garra para asestarle un golpe mortal en el cuello, pero en ese momento más gaviotas cayeron en picado desde el cielo. Sus ásperos gritos le indicaron a Charca de Hiedra que se abalanzaban para matar.

Ella y Brote de Raíz perdieron el control de la primera gaviota. Durante unos latidos, Charca de Hiedra se sintió cegada por el alboroto de alas, picos y patas que la separaban de sus compañeros. «*¡Es como si nos atacara todo un Clan de gaviotas!*». Charca de Hiedra sabía que no podrían luchar contra tantos pájaros enormes.

—¡Corran! —gritó, bajando la cabeza y saliendo a toda prisa de la tormenta de alas.

Una vez libre, miró por encima del hombro para comprobar que sus compañeros también habían escapado. Para su alivio, todos corrían con ella.

Tomando la delantera, Charca de Hiedra huyó por la arena, esquivando las rocas que había visto antes, cuando estaban en lo alto del acantilado. Afortunadamente, las gaviotas desistieron de la persecución; una de ellas recogió el pez y sus graznidos se desvanecieron mientras se daban la vuelta y sobrevolaban el lugar donde se ahoga el sol.

Cuando estuvo segura de que se habían ido, Charca de Hiedra se detuvo, con el pecho agitado mientras trataba de recuperar el aliento. Algunos de los otros se le adelantaron por varios zorros de distancia antes de darse cuenta de que el peligro había pasado y se detuvieron.

—¿Todos están bien? —Charca de Hiedra preguntó.

—Creo que estamos bien —jadeó Ala de Tórtola mientras se acercaba a su hermana—. Sacudidos, eso es todo.

—Gracias al Clan Estelar que esas gaviotas tenían las patas palmeadas —maulló Brote de Raíz—. Nos habrían hecho mucho más daño de haber tenido garras.

—Tienes razón. —Charca de Hiedra reprimió un escalofrío al imaginar cómo habría sido ser atacada por águilas—. Y ahora deberíamos…

Se interrumpió al creer vislumbrar un movimiento por el rabillo del ojo. Apenas un parpadeo fugaz de algo oscuro. No era una gaviota… Charca de Hiedra se preparó para encontrarse con otro atacante, un depredador. Al darse la vuelta, vio que algo se movía. «*¡Es una de las rocas!*». El corazón de Charca de Hiedra latía con fuerza y su mente daba vueltas mientras intentaba comprender cómo era posible que una roca, un trozo de piedra sobre la arena, pudiera moverse. «*Las rocas no se mueven* —se dijo a sí misma—. *No tienen patas…*»

Excepto que *esta* roca pareció levantarse de la arena y le *crecieron* patas. Muchas patas. Sus compañeros también se habían dado cuenta de que la roca se movía. Zarpa Silbante lanzó un grito de alarma, mientras que Brote de Raíz se acercó y estiró el cuello como si fuera a olfatearla.

—¡Vuelve, bola de pelos estúpida! —Ala de Tórtola espetó—. No sabemos qué es eso.

—Creo que es uno de los cangrejos de los que nos habló Jake —la lugarteniente del Clan del Trueno maulló, recuperándose de su conmoción. Le había creído a medias.

«*¿Qué clase de lugar maldito por el Clan Estelar es este?*», se preguntó.

A su alrededor, cada vez más cangrejos caminaban hacia ellos, desplazándose de lado a lado sobre sus enjutas extremidades. Charca de Hiedra se dio cuenta de que en unos instantes estarían rodeados.

—¿Crees que deberíamos luchar contra ellos? —preguntó Nívea.

Charca de Hiedra negó con la cabeza.

—No creo que las garras de un gato sirvan de nada contra sus duros mantos —respondió—. Creo que deberíamos huir, ahora mismo.

—¿Pero a dónde? —Ala de Tórtola preguntó, mirando a su alrededor con impotencia.

Durante unos instantes, Charca de Hiedra se quedó helada, incapaz de decidirse. Detrás de ellos estaba el lugar donde se ahoga el sol, y había más cangrejos entre ellos y la montaña cabeza de zorro.

—¡Por aquí! —jadeó al fin—. ¡Hacia la montaña! ¡Salten sobre los cangrejos!

Despegó, sus músculos se tensaron y estiraron mientras corría por la arena. Se impulsó con sus poderosas patas traseras para sobrevolar a los cangrejos que se acercaban. Sus compañeros corrían a su lado; podía oír su respiración entrecortada y el golpeteo de sus patas sobre la dura arena.

Pero cuando Charca de Hiedra empezaba a creer que estaban escapando, más gaviotas aparecieron desde el lugar donde se ahoga el sol, el batir de sus alas y sus temibles picos hicieron retroceder a los gatos hacia los acantilados rocosos. Se preguntó si serían capaces de agarrar a un gato pequeño como Zarpa Silbante, de la misma forma que la primera gaviota había agarrado al pez.

Moviéndose de un lado a otro para librarse de las alas inquietas, Charca de Hiedra divisó grietas en la roca, lo suficientemente grandes como para que ella y sus amigos se metieran en ellas. Podrían refugiarse allí y esperar a que sus atacantes se aburrieran o a que les diera hambre y se fueran.

—¡Hacia los acantilados! —aulló a sus compañeros.

Haciendo señas con la cola, se dirigió a lo que le pareció la grieta más grande, un estrecho hueco que conducía a la oscuridad.

—¡Suban ahí! —maulló.

Brote de Raíz saltó, seguido por Ala de Tórtola y Nívea. Sin perder de vista a las gaviotas, Charca de Hiedra impulsó a Zarpa Silbante y luego subió ella misma. Apenas tenía espacio para entrar, y los demás tuvieron que retorcerse para hacerle lugar. Apretados unos contra otros, miraban hacia fuera, donde las gaviotas volaban de forma amenazante sobre ellos. De vez en cuando, una de ellas caía en picado y miraba hacia la grieta, dejando su punzante pico a apenas un ratón de distancia de donde estaba agazapada Charca de Hiedra.

—Esperen —maulló Brote de Raíz después de unos momentos—. Creo que esta grieta va más atrás. Voy a mirar.

—Ten cuidado —Charca de Hiedra le advirtió—. No queremos que te quedes atascado.

Sintió que Brote de Raíz se movía hacia atrás y, de repente, la presión de su cuerpo desapareció.

—Tenía razón. —Su voz llegó desde el fondo de la grieta, con un curioso eco—. Vengan. Hay mucho espacio, y sabemos que estamos a salvo aquí.

Primero Nívea, luego Ala de Tórtola y Zarpa Silbante, se escurrieron por un estrecho túnel en la roca. Con una última mirada a las gaviotas de fuera, Charca de Hiedra las siguió.

El estrecho túnel se abría en una pequeña cueva, lo suficientemente grande como para que los cinco gatos se pusieran cómodos. La única luz era la que se filtraba por la grieta.

—Las gaviotas y los cangrejos no pueden alcanzarnos aquí. Podemos relajarnos hasta que se agoten y nos dejen en paz —murmuró Nívea.

«*Eso es cierto* —pensó Charca de Hiedra mientras se acurrucaba con sus compañeros y escuchaba el sonido de las gaviotas graznando mientras atacaban el acantilado—. *¿Pero las gaviotas alguna vez nos dejarán en paz?*».

Capítulo 13

Charca de Hiedra sentía que el tiempo que ella y sus compañeros estaban pasando en la cueva parecía alargarse durante estaciones enteras. El graznido de las gaviotas del exterior resonaba a su alrededor, parecía rebotar en las paredes rocosas, le llegaba a los oídos y le sacudía el interior de la cabeza. El viento silbaba alrededor del acantilado y el oleaje del agua donde se ahogaba el sol parecía aún más fuerte.

«*¿Algún día se irán esas malditas gaviotas?*».

Mientras Charca de Hiedra estaba agazapada en el frío suelo de piedra de la cueva, se dio cuenta de que Zarpa Silbante parecía estar concentrándose profundamente, apenas consciente de lo que ocurría a su alrededor.

—Zarpa Silbante, ¿estás bien? —Charca de Hiedra preguntó.

La joven curandera dio un respingo de sorpresa.

—Estoy bien —contestó—. Solo estaba pensando que los sonidos dentro de esta cueva me recuerdan a la forma en que los cachorros lloraban en mi visión: la forma en que hacen eco y parecen perderse en los rugidos del viento y del agua de afuera. Me pregunto si esos cachorros quedaron atrapados en una grieta como esta. ¡Debe haber sido terrible para ellos! —Su mirada se encontró con la de Charca de Hiedra, llena de angustia ante el recuerdo—. Tal vez por eso nadie pudo encontrarlos —añadió, con repentina comprensión en su voz—. Si estuvieran atrapados en una grieta, no serían visibles. —Sacudió la cabeza con tristeza—. ¡Pobres gatitos!

Charca de Hiedra apretó el hocico contra el de Zarpa Silbante.

—Sigue escuchando —le aconsejó—. Quizá averigües algo importante.

El día se alargó. Charca de Hiedra dormitó y volvió a despertarse con el sonido de Ala de Tórtola exclamando:

—¡Tengo las patas mojadas!

—No puede ser —Nívea objetó—. Aunque esté lloviendo afuera, la lluvia no puede entrar aquí.

—Creo que soy capaz de darme cuenta si mis patas están mojadas o no —respondió Ala de Tórtola con tono ofendido.

Al despertarse del todo, Charca de Hiedra vio que su hermana, que había estado sentada más cerca de la entrada del túnel, se había puesto de pie y se sacudía cada pata a su vez. Gotas de agua giraban en el aire.

Entonces Charca de Hiedra notó una pequeña oleada de agua que salía del túnel y se retiraba, dejando una fina capa de agua que se extendía por la cueva. Tocó el agua con la lengua e hizo una mueca por el sabor acre; su nariz se arrugó por el olor nauseabundo. Siguió una segunda oleada, mayor que la primera, y el agua que dejó tras de sí se extendió por la cueva hasta que todos los gatos se pusieron de pie con gritos de alarma.

Charca de Hiedra pasó junto a Ala de Tórtola y se abrió paso por el túnel hasta el exterior. Al principio, todo lo que podía hacer era pararse en la grieta y mirar boquiabierta lo que veía frente a ella.

La orilla arenosa había desaparecido, junto con los Dos Patas. El lugar donde se ahoga el sol se la había tragado, y ahora subía por el acantilado, lamiendo el borde de la grieta donde estaba Charca de Hiedra, arremolinándose alrededor de sus patas. En lugar de los cielos soleados de antes, estaba lloviendo a cántaros, borrándolo todo excepto por unos zorros de distancia de roca y agua. Mientras ella miraba, congelada, una ola se levantó de nuevo, hacia el túnel, y esta vez no se retiró.

Charca de Hiedra retrocedió con dificultad hacia la cueva.

—¡El agua donde se ahoga el sol está subiendo! —exclamó—. ¡Tenemos que salir *ahora*!

—¿Qué hay de las gaviotas? —preguntó Nívea.

Ahora Charca de Hiedra recordó lo que no había notado al principio en su conmoción ante la visión del agua que la envolvía.

—Las gaviotas se han ido… y nosotros también tenemos que irnos.

Agarró a Ala de Tórtola y la empujó hacia el túnel, luego empujó a Zarpa Silbante tras ella. Nívea y Brote de Raíz la siguieron. Cuando Charca de Hiedra llegó a la retaguardia, tuvo que vadear; en cuestión de latidos, el agua llenaría el túnel.

Salió al acantilado y encontró a sus compañeros aferrados a las rocas mientras contemplaban la masa de agua del lugar donde se ahoga el sol.

—¡Suban! —Charca de Hiedra señaló a Brote de Raíz con su cola—. ¡No podemos quedarnos aquí!

Notó con alivio que el acantilado no era tan empinado como el que habían bajado antes. Aunque las rocas estaban resbaladizas por la lluvia, había muchos agarres y salientes que conducían hacia arriba.

Brote de Raíz iba en cabeza, mientras que Charca de Hiedra le seguía al final de la fila de gatos, todos luchando para escapar de las olas. Cuando llegaron a lo alto del acantilado, empapados y tiritando, miró a su alrededor y no vio ni rastro de las gaviotas. Pero cuando bajó la mirada al sendero por el que habían trepado, un hilillo aún más helado pareció fluir por su pelaje.

—Miren ahí abajo —maulló, con la voz ronca por el miedo—. La grieta donde nos refugiamos está cubierta y sin duda inundada de agua. Si no hubiéramos salido a tiempo, nos habríamos ahogado.

—¿Y ahora qué? —preguntó Brote de Raíz.

Zarpa Silbante soltó un quejido.

—¡Tengo mucha hambre!

—Al igual que todos —estuvo de acuerdo Nívea—. Realmente deberíamos cazar antes de hacer cualquier otra cosa.

—¿Con esta lluvia? —Ala de Tórtola movió los bigotes, disgustada—. Todas las presas estarán escondidas en sus madrigueras.

—Entonces sigamos caminando —sugirió Charca de Hiedra—. Después de todo, hemos perdido mucho tiempo ahí abajo junto a los acantilados. Podemos estar atentos por si vemos presas por el camino.

Tomó la delantera mientras los gatos se alejaban del borde del acantilado. El camino era irregular, con huecos en los que se acumulaban charcos y briznas de pasto que derramaban agua sobre ellos cuando las rozaban. Todos estaban alerta, buscando presas, pero tal como Charca de Hiedra había temido, no había nada, ni siquiera un bigote de ratón. Su estómago chillaba de hambre, incluso más que cuando estaban atrapados en el bosque con los Dos Patas y sus caballos, y empezaba a sentirse inestable sobre sus patas. «*¿Cuánto tiempo más podremos seguir así?*».

La lluvia empezaba a amainar cuando llegaron a un sendero de Dos Patas; las nubes volvían a cubrir la montaña cabeza de zorro, pero eso no era tan importante ahora. Los había guiado hasta el lugar que Zarpa Silbante había visto en su visión, y ahora lo que más necesitaban era

seguridad y refugio. «*Y una explicación de para qué estamos haciendo todo esto*», pensó Charca de Hiedra.

—Vayamos por aquí —Brote de Raíz maulló—. Tengo barro hasta en el vientre de tanto caminar por este suelo húmedo.

Charca de Hiedra miró a Zarpa Silbante.

—¿Te parece bien?

La curandera asintió.

—Sí, estoy segura que aquí es donde debemos estar.

La atigrada gris tomó la delantera mientras los gatos se giraban para seguir el camino. El camino era mucho más fácil, e hicieron mejor tiempo, pero todavía no había presas, ni siquiera una musaraña.

En ese momento, Charca de Hiedra sintió un olor extraño en la garganta y, al doblar el sendero, vio basura de Dos Patas esparcida por todo el suelo. Parecía provenir de una enorme cosa redonda de Dos Patas, como un árbol hueco hecho de algún material brillante, que estaba volcado sobre un costado.

Todos los gatos se detuvieron. A estas alturas, Charca de Hiedra tenía tanta hambre que los olores mezclados le parecían más atrayentes de lo que le habrían parecido si hubiera tenido el estómago lleno; por la forma en que olfateaban profundamente, podía adivinar que sus compañeros sentían lo mismo. «*Pero ninguno de nosotros quiere ser el primero en sugerir comerla*».

Durante unos instantes, los gatos observaron la basura e intercambiaron miradas de duda. Finalmente, fue Ala de Tórtola quien rompió el silencio.

—He comido basura de Dos Patas antes —admitió—. No fue del todo horrible.

—¿Cuándo comiste basura de Dos Patas? —Charca de Hiedra preguntó.

—¿Recuerdas cuando dejé los Clanes por un tiempo? —Ala de Tórtola respondió—. ¿Y Estrella de Tigre me siguió? Bueno, me encontré en un territorio con más guaridas de Dos Patas de las que había visto nunca, montones de Dos Patas dejaban su basura por todas partes. No había presas y necesitaba comer, así que… —Se encogió de hombros.

—Nunca culparía a nadie por comer basura de Dos Patas cuando tienen que hacerlo —maulló Charca de Hiedra—. Pero solo como último recurso. ¿Ya estamos en esa situación?

Brote de Raíz suspiró.

—No creo.

Todos los gatos murmuraron a regañadientes que estaban de acuerdo y bordearon la basura para continuar por el sendero. El sendero desembocaba en una zona de maleza que daba paso a arbustos y algunos árboles.

Entonces Charca de Hiedra vio algo más adelante: una enorme masa oscura que al principio pensó que bloqueaba el camino. Cuando ella y sus compañeros se acercaron, vio que se trataba de un muro, construido con piedras cuadradas y tan alto que no podía ver nada por encima de él. El camino continuaba a lo largo, con una estrecha franja de pasto entre él y la parte inferior del muro.

—¿Qué ratones es *eso*? —preguntó, casi sin esperar respuesta.

—Una especie de guarida de Dos Patas, supongo —respondió Ala de Tórtola—. Pero es rara. ¿Pueden oler esos olores repugnantes? No me agrada.

A Charca de Hiedra tampoco le agradaba la guarida. El aire estaba inundado de olores de animales desconocidos, nada como algo que ella o sus compañeros hubieran encontrado antes. Le llenaban la nariz y la boca con el penetrante aroma del miedo. El hedor le recordaba más a un gigantesco arenero que a un lugar donde quisieran vivir animales. «*¿Qué puede ser?* —se preguntó—. *¿Y por qué ese horrible hedor proviene de una guarida de Dos Patas? Y peor aun* —se preguntó, estremeciéndose—, *¿por qué hay tanto olor a miedo?*».

Mirando a sus compañeros, Charca de Hiedra pudo ver que estaban tan desconcertados como ella. Zarpa Silbante, en particular, se quedó paralizada, con los ojos muy abiertos de angustia mientras miraba la barrera amenazadora.

Un movimiento en la base del muro distrajo a Charca de Hiedra, y vio varios ratones alimentándose de más basura de Dos Patas.

—¡Presas! —susurró, con el estómago rugiendo mientras la saliva le inundaba las mandíbulas.

—¡Miren lo gordos que están! —Nívea murmuró.

—Sí, solo los Dos Patas producen tanta basura —maulló Brote de Raíz—. Y la tiran como si no les importara el desastre que hacen, así que los ratones se dan un festín cada noche. Es obvio que hay Dos Patas detrás de este muro.

Charca de Hiedra estaba segura de que el gato del Clan del Cielo tenía razón.

—¡Bien, a cazar! —instó a sus compañeros—. Brote de Raíz, tú y yo atacaremos a los ratones. Ala de Tórtola y Nívea, quédense atrás para atrapar a cualquiera que intente escapar.

—Entendido.

Nívea se movió hacia un lado de los ratones, mientras Ala de Tórtola se escabulló para cubrir el otro lado.

—Estamos listas.

Charca de Hiedra se puso en la postura del cazador y vio que Brote de Raíz hacía lo mismo a su lado. Paso a paso, se arrastró hacia adelante, recordando dejar que sus almohadillas se deslizaran sobre el suelo como su mentora, Carbonera, le había enseñado en su primera lección de caza. Los ratones parecían no darse cuenta de que los gatos se acercaban sigilosamente.

Cuando Charca de Hiedra estuvo a su alcance, se lanzó en un enorme salto, golpeando con ambas patas delanteras mientras aterrizaba en medio del grupo de ratones. Los chillidos aterrorizados se cortaron de repente cuando bajó las patas. Había atrapado a dos ratones, uno bajo cada pata delantera, pero cuando agachó la cabeza para morder a uno de ellos en el cuello, el otro se retorció desesperadamente y se liberó. Por el rabillo del ojo vio a Nívea quebrándolo.

Charca de Hiedra se levantó con su ratón en las fauces para ver a Brote de Raíz recoger un cuerpo inerte, mientras un segundo yacía inmóvil bajo su pata.

—¡Gran captura! —exclamó.

Los gatos llevaron sus presas a un lugar protegido entre las raíces de un árbol, bien lejos de la guarida de Dos Patas. Charca de Hiedra sintió que un estremecimiento de placer absoluto la recorría desde las orejas hasta la punta de la cola cuando le hincó el diente a un ratón. La jugosa carne parecía aun más deliciosa por el hambre que había pasado. «*¡Es mucho mejor que ese pescado raro!*».

Sus compañeros también se deleitaban con las presas, y durante un rato nadie habló; todos estaban concentrados en comer.

Finalmente, Charca de Hiedra se sentó y se pasó la lengua por las mandíbulas.

—Eso fue increíble —ronroneó—. Pero aún tenemos una misión que cumplir. ¿Creen que deberíamos continuar un poco más?

Ala de Tórtola lanzó una mirada dubitativa al cielo.

—Pronto oscurecerá —contestó.

Charca de Hiedra tuvo que admitir que su hermana tenía razón. Aunque había dejado de llover, las nubes seguían cubriendo el cielo y la luz del día se desvanecía rápidamente.

Antes de que ningún otro gato pudiera hacer comentarios, el silencio fue roto por la voz airada de un Dos Patas, seguida de un fuerte golpe y un grito de miedo y dolor de algún animal. El corazón de Charca de Hiedra se retorció ante la desgarradora nota de desesperación en el grito.

Zarpa Silbante se estremeció, con los ojos muy abiertos y oscuros.

—Este es un mal lugar —susurró—. Suena como si ese animal necesitara ayuda.

Ala de Tórtola estiró la cola y la apoyó sobre los hombros de la joven curandera.

—Creo que tienes razón. Pero no hay nada que podamos hacer —le maulló, negando con la cabeza con disgusto.

—No estoy segura… —murmuró Charca de Hiedra. No podía imaginar cómo, pero estaba segura de que el aullido del Dos Patas debía de ser el responsable del grito angustiado que había oído—. Deberíamos pensar en ello —declaró.

—Me gustaría acampar aquí por la noche —Zarpa Silbante sugirió tímidamente—. Luego podemos volver a la guarida de Dos Patas antes del amanecer.

—¿Por qué quieres hacer eso? —Ala de Tórtola preguntó.

La joven curandera dudó un momento.

—No estoy segura —confesó al fin—. Sabía que teníamos que venir por aquí. Y ese lugar me resulta familiar, aunque nunca lo había visto antes. Tengo muchas ganas de saber qué pasa detrás de esa pared, tengo la sensación de que puede ser importante.

Charca de Hiedra no podía imaginar qué podría ser. Pero si de algún modo les ayudaba a avanzar en su búsqueda, esperaba que Zarpa Silbante tuviera razón.

Capítulo 14

El verde nítido de las hojas que se desplegaban empañaba los árboles mientras Charca de Hiedra se acercaba al lago. La luz del sol moteaba el suelo del bosque y el aire estaba impregnado del aroma de las presas y de la vegetación fresca.

Pero el corazón de Charca de Hiedra estaba oscuro. Lo único que aliviaba su dolor, solo un poco, era la idea de que iba de camino a encontrarse con Brote de Raíz. Allí, junto al lago, donde él y Escarcha Erizada se habían conocido cuando ella le había salvado la vida después de que él se precipitara a través del hielo, podrían recordarla juntos.

Charca de Hiedra estaba segura de que Brote de Raíz había amado a Escarcha Erizada desde aquel día. También recordaba ese día como el primero en que se había sentido *tan* orgullosa de su hija. Por supuesto, ya se había sentido orgullosa de todos sus hijos, pero había algo especial en ver a tu propia hija correr un riesgo tan increíble por otro gato. Fue entonces cuando Charca de Hiedra pensó por primera vez que Escarcha Erizada haría grandes cosas en su vida, que tenía cualidades que la convertirían en una gran líder del Clan del Trueno algún día.

Dejando escapar un suspiro triste y desalentado, Charca de Hiedra se acomodó junto al lago para esperar a Brote de Raíz. Compartir su dolor con otro gato no se lo quitaría, pero lo aliviaría un poco.

Al cabo de un rato. Charca de Hiedra oyó un golpe sordo. Levantó la cabeza y aguzó las orejas, intentando averiguar de dónde venía. Al principio pensó que podría estar detrás de ella; se levantó de un salto y giró

sobre sí misma, tratando de localizar el sonido en el bosque. «*No… viene del lago*».

Cuando Charca de Hiedra se volvió, el soleado día de la estación de la hoja nueva se había desvanecido. Ahora el cielo estaba gris por las nubes y la superficie del lago estaba cubierta de hielo. El ruido era cada vez más fuerte, y Charca de Hiedra se dio cuenta de repente de dónde debía de venir. «*No… ¡eso no! ¡Por favor, eso no!*».

Aventurándose hasta el borde mismo del agua, Charca de Hiedra pudo ver a Escarcha Erizada atrapada bajo la superficie helada, mirándola fijamente. El rostro de Escarcha Erizada estaba lleno de miedo, y sus garras arañaban débilmente el hielo. «*¡Puedo salvarla!*».

Charca de Hiedra golpeó y arañó el hielo, intentando romperlo. De algún modo, sus garras se habían vuelto anormalmente fuertes y afiladas, y consiguió romperlo con la misma facilidad que si fuera tierra blanda. «*¡Aguanta, Escarcha Erizada! ¡Aguanta!*».

Pero cuando Charca de Hiedra finalmente atravesó el hielo, liberando un perezoso chorro de agua que se arqueaba y se arrastraba por la superficie, no pudo ver a nadie allí.

—Se ha ido, Charca de Hiedra.

Al oír la voz de Brote de Raíz detrás de ella, Charca de Hiedra se giró para ver unos ojos tan cargados de dolor como los suyos.

Los ojos de Charca de Hiedra se abrieron, y se encontró debajo del árbol donde ella y los otros gatos viajeros se habían instalado para pasar la noche. Un fuerte dolor le pesaba en el pecho; tenía la agudeza de un dolor nuevo que se le había aparecido sigilosamente, o que la había atrapado por sorpresa, excepto que era el dolor que la acompañaba desde hacía lunas. El dolor que suponía que nunca jamás desaparecería.

Ahora entendía el significado de su sueño: Escarcha Erizada siempre se sentía cerca, y sin embargo no podía llegar a ella. Nunca la alcanzaría, nunca más.

Ala de Tórtola, Zarpa Silbante y Nívea seguían durmiendo, pero cuando Charca de Hiedra miró a su alrededor, vio a Brote de Raíz sentado tranquilamente solo a unas cuantas colas de distancia de las demás. Ella se levantó y se quitó el cansancio de las extremidades con un estirón, y luego caminó hacia él.

—¿Cómo dormiste? —preguntó en voz baja.

—No muy bien —admitió Brote de Raíz—. Y puedo ver que tú probablemente dirías lo mismo.

Charca de Hiedra dudó un momento, temerosa de soltar exactamente por qué le había costado tanto conciliar el sueño. Pero entonces se dio cuenta de que Brote de Raíz era el único que entendería.

—Soñé con Escarcha Erizada —le dijo, describiendo cómo había intentado salvar a su hija de ahogarse bajo el hielo—. No es el primer sueño así que tengo —terminó.

Brote de Raíz escuchó con profunda simpatía en sus ojos.

—Me imagino lo horribles que son esos sueños —maulló—. Yo también he estado soñando con Escarcha Erizada, con la vida que íbamos a tener juntos.

—Suenas muy seguro cuando dices eso —comentó la gata plateada y blanca—. ¿Qué te hace estar tan seguro de que los sueños te están mostrando lo que podría haber sido?

Por un instante, Brote de Raíz pareció tan desconsolado como el día en que Escarcha Erizada falleció. Le llevó un rato y un gran esfuerzo volver a hablar.

—Estoy seguro porque los sueños parecen recuerdos de cosas que nunca ocurrieron —continuó por fin—. Estamos apretados el uno contra el otro, descansando bajo un sauce extendido. Corriendo uno junto al otro a través de un bosque, mientras nuestros mantos se rozan. Nuestro lecho en el Clan del Trueno, tú sabes que yo había decidido dejar el Clan del Cielo por ella, justo antes del día en que murió. Estamos de pie junto a tres pequeños cachorros, los cachorros que habríamos tenido juntos. Charca de Hiedra —continuó con más seriedad—, todas esas cosas nunca sucedieron, y sin embargo las *recuerdo* como si lo hubieran hecho. *Por eso* sé que esa era la vida que estaba destinado a tener con ella.

Charca de Hiedra acarició suavemente a Brote de Raíz, compadeciéndose de su dolor. Sabía que otros gatos, como Insectero, el hijo de Nívea, también habían muerto en el Bosque Oscuro. Tendrían sus propias familias que llorarían por ellos, al igual que ella y Nívea. Y aun así, Charca de Hiedra sentía que ella y Brote de Raíz eran los únicos que conocían ese dolor, los únicos que se comprendían el uno al otro. Un día, la mayoría de sus compañeros de Clan se reunirían en el Clan Estelar con los gatos que amaban. Pero ella y Brote de Raíz no tendrían eso. De alguna manera tenían que aceptar el hecho de que Escarcha Erizada simplemente se había ido. «*Y no estoy segura de que alguna vez llegue a hacerlo*».

El corazón de Charca de Hiedra se rompió por Brote de Raíz tanto como por ella misma, y sin embargo sintió gratitud de que su hija hubiera tenido un gato que la amaba tan completamente. Era un consuelo muy

débil para ella, como un pequeño hueco en las nubes de lluvia que envolvían su corazón.

Como una diminuta luz en una densa niebla.

Charca de Hiedra tragó su último bocado de ratón.

—Estaba bueno —comentó.

Todos los gatos viajeros se habían despertado y volvían a cazar con éxito entre los ratones que se alimentaban de la basura de Dos Patas junto al muro. El día era bueno, y de vez en cuando un rayo de sol se abría paso entre las nubes que aún se movían lentamente por el cielo.

—¿Y ahora qué? —Nívea preguntó—. ¿Aún vamos a volver a la guarida de Dos Patas?

Charca de Hiedra se volvió hacia Zarpa Silbante.

—¿Estás segura de que es importante? —Sus patas se agitaron con un mal presentimiento sobre esa guarida; preferiría haber seguido adelante y haberse olvidado de todo.

Zarpa Silbante asintió.

—Anoche soñé con esta guarida de Dos Patas —respondió—. El sueño fue tan turbio que no pude entenderlo. Pero algo en él me dijo que este es el camino que nuestras patas deben seguir.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —Ala de Tórtola preguntó.

—No lo sé —Zarpa Silbante confesó—. Todo lo que puedo decir es que cuando pienso en rodear este territorio de Dos Patas, mi estómago se aprieta y siento mucho miedo, mucho más que cuando pienso en *atravesarlo*. Eso *tiene* que significar algo, ¿no?

A pesar de su reticencia, Charca de Hiedra respetaba a la joven curandera lo suficiente como para creerle. Sus instintos les habían servido bien hasta ahora.

—Bien, bueno, entonces vamos —maulló.

Guió al resto de los gatos a través del camino y saltó a la pared. Sus compañeros saltaron a su lado y se detuvieron a observar el territorio. Frente a ellos, rodeados por el muro, había varias guaridas de Dos Patas, largas y bajas. El pasto entre las guaridas estaba lacio y marrón, con parches de tierra desnuda aquí y allá. No había sonido ni movimiento en ninguna parte; Charca de Hiedra se preguntó si todas las criaturas que había dentro estarían dormidas.

—Este es un lugar terrible —maulló, estremeciéndose interiormente ante la idea de saltar del muro y caminar entre las guaridas—. Pero confío en ti, Zarpa Silbante. Hagámoslo.

Sin más demora, Charca de Hiedra condujo a los otros gatos viajeros hacia el suelo de pasto irregular. Rápidamente se dirigieron hacia las guaridas bajas de Dos Patas, avanzando por un camino embarrado que discurría entre dos hileras de jaulas de distintos tamaños, hechas de tiras planas de madera.

La parte delantera de cada jaula estaba abierta, de modo que los gatos podían ver el interior, bloqueada a veces por una celosía de material brillante y otras por las pantallas transparentes que los Dos Patas utilizaban para impedir que la lluvia entrara en sus guaridas. Todo se veía como si fuera a desmoronarse en cualquier momento, las paredes desiguales y las secciones delanteras atadas con enredaderas retorcidas.

Charca de Hiedra oía todo tipo de bufidos y ruidos extraños procedentes de las jaulas. Sus sentidos estaban casi abrumados por los extraños olores de los animales, junto con el soso y nauseabundo olor del miedo y un áspero sabor que reconoció como sangre. A medida que avanzaban por el sendero, percibía la inquietud de sus compañeros.

—Nunca había visto animales como estos —murmuró Zarpa Silbante. Estaba de pie frente a una jaula donde un enorme animal amarillo y marrón se erguía sobre largas y enjutas patas; tenía un cuello tan alto como un árbol, y Charca de Hiedra y los otros tenían que inclinar el cuello para verle la cara—. ¡No pensé que pudiera haber ninguna criatura tan enorme como esta!

—Yo tampoco —susurró Charca de Hiedra en respuesta—. Miren este caballo —añadió, señalando con la cola hacia la jaula contigua—. Es mucho más pequeño que los del cercado de los caballos, ¡y está cubierto de rayas blancas y negras!

—¡Y el que está en la jaula de al lado! —Nívea exclamó—. ¿Es una comadreja o un tejón?

Charca de Hiedra parpadeó sorprendida ante un animal con el cuerpo largo y sinuoso de una comadreja. Tenía una raya blanca a lo largo del pelaje que separaba su parte inferior negra de su espalda y parte superior de la cabeza grises, parecido a un tejón.

—Un comadreja-tejón —murmuró.

—¡Y miren esto! —Brote de Raíz llamó desde más fila abajo.

Charca de Hiedra corrió a su encuentro; un escalofrío le recorrió el cuerpo desde las orejas hasta las garras cuando se encontró mirando a una

serpiente más grande de lo que podría haber imaginado. Estaba enroscada en una rama muerta y sintió que sus pequeños ojos brillantes estaban fijos en ella.

—Gracias al Clan Estelar que está detrás de esa cosa brillante —la gata exhaló—. ¡Podría tragarnos de un bocado!

Al principio la mayoría de los animales parecían dormidos, pero mientras los gatos los inspeccionaban, empezaban a despertarse. Charca de Hiedra se obligó a no huir al darse cuenta de que empezaban a notar la presencia de extraños entre ellos. Una criatura parecida a un perro enorme, con grueso pelaje alrededor del cuello y los hombros, le gruñó en un idioma que no podía entender, pero el tono era claramente hostil. «*¿Será un lobo?*», se preguntó. Más gruñidos y siseos poco amistosos provenían de su alrededor; una vez más, agradeció los muros que separaban a las criaturas de ella y del resto de los gatos viajeros.

Entonces oyó palabras que *podía* entender; algún animal detrás de ella hablaba su propio idioma, pero con un tono áspero que nunca había oído de ningún otro gato, ni en los territorios de los Clanes ni en ningún otro lugar. «*No es un gato de Clan, ni un proscrito, ni una mascota…*».

El gato sonaba como si hablara con la boca llena de piedras.

—¿Quiénes son? ¿Qué hacen aquí, gatos?

Charca de Hiedra se congeló, mirando a sus compañeros para asegurarse de que también lo habían oído. Ella vio cuatro expresiones con los ojos muy abiertos, cuatro colas alzadas, cuatro mantos erizados por la sorpresa y preparados para cualquier cosa que este extraño lugar pudiera lanzarles.

Tragándose los nervios, Charca de Hiedra se dio la vuelta para descubrir de dónde procedía la voz. Jadeó de asombro cuando su mirada se posó en la jaula contigua. Allí sentados, mirando fijamente a los gatos viajeros, había dos atigrados macizos, más altos y anchos que cualquier gato que ella hubiera visto antes, con colas tupidas, de punta roma.

Capítulo 15

Los gatos viajeros se amontonaron afuera del corral de los gatos atigrados. Charca de Hiedra acercó la cara a la cerca entrelazada, saboreando el aire. «*Huelen medio como a gatos* —pensó—, *pero a la vez, muy diferente*». Al principio se preguntó si el extraño olor sería solo el hedor de aquel terrible lugar que se aferraba a ellos, pero después de un par de olfateos más profundos decidió que el olor debía de proceder *de* ellos.

Tras unos latidos, los dos gatos se levantaron y se acercaron cautelosamente a la cerca. Ahora Charca de Hiedra podía ver que uno de ellos era un macho y la otra una hembra cuyo pesado vientre mostraba que debía estar cerca de su parto.

—Hmm… —maulló la gata—. Gatos raros…

Charca de Hiedra fue consciente de que Brote de Raíz y Nívea se erizaban a su lado, pero comprendió que los gatos raros no intentaban insultarlos; esa era solo su expresión para los gatos que no eran como ellos.

—¿Son mininos caseros? —preguntó ella.

Los dos atigrados parpadearon, sorprendidos, como si no pudieran creer que Charca de Hiedra les estuviera hablando en su propio idioma. No había otros gatos en este extraño lugar; durante mucho tiempo debían de haberse tenido solo el uno al otro para hablar.

—¿Qué es eso? —preguntó finalmente la gran gata, con mirada perpleja.

—Gatos que viven con Dos Patas —explicó Nívea—. Los Dos Patas los alimentan y los cuidan. ¿Tienen dueños Dos Patas?

Los dos atigrados intercambiaron una mirada dubitativa.

—Supongo que sí, de cierto modo… —respondió el gato—. Los Dos Patas aquí capturan animales y los mantienen en estas jaulas. Eso es lo que nos pasó a mi pareja y a mí. A veces los animales solo se quedan unos días, pero otros se quedan más tiempo. Nosotros hemos estado aquí mucho tiempo —terminó con tristeza.

—¿Por qué los Dos Patas hacen eso? —Charca de Hiedra preguntó.

El gato atigrado se encogió de hombros.

—Depende de si el Dos Patas es capaz de dar a los animales a otros Dos Patas. Durante las lunas que llevamos aquí, hemos visto a muchos Dos Patas aparecer en grandes bestias retumbantes para recoger animales y llevárselos.

«*Debe de referirse a monstruos*». Charca de Hiedra frunció el ceño, tratando de dar sentido a lo que estos extraños gatos le decían.

—Todos estos son animales especiales —musitó ella, medio para sí misma—. Nunca hemos visto nada como ellos. Quizá por eso los Dos Patas los quieren. Y tampoco hemos visto gatos como ustedes —añadió a los atigrados de la jaula.

—No me sorprende —maulló la gata—. No quedamos muchos de nosotros.

—Somos gatos monteses —continuó su pareja—. Mi nombre es Salto Torpe, y esta es Ronroneo Acechante.

Charca de Hiedra se presentó a sí misma y al resto de los gatos viajeros. Mientras intercambiaban saludos, un horrible pensamiento se deslizó hacia su mente, y dudó antes de preguntarlo.

—¿Crees que el Dos Patas podría dar a tus cachorros a otro Dos Patas?

Los dos gatos monteses se miraron ansiosos.

—En serio, en serio no queremos que eso ocurra —murmuró Ronroneo Acechante—. Solo esperamos que el Dos Patas quiera mantenerlos aquí. Después de todo, a nosotros nos ha retenido durante más lunas de las que puedo contar. Quizá eso signifique que le caemos bien.

Charca de Hiedra lo dudaba. Mirando las jaulas donde estaban los demás animales (los espacios pequeños, el aislamiento y la suciedad), no podía creer que ni siquiera un Dos Patas le hiciera eso a los animales que le agradaban.

—¿Has tenido otros cachorros? —preguntó a Ronroneo Acechante—. ¿Qué les pasó?

La pena inundó los ojos de la gata montés.

—Tuve dos camadas antes de esta —contestó—. Esta es la tercera, y ni siquiera es la estación adecuada para tener crías. Ninguno de los otros sobrevivió, así que no sé si el Dos Patas los daría a otro Dos Patas o no.

Charca de Hiedra sintió una punzada de agonía tan profunda que sintió que le partiría el corazón en dos. Se le revolvió el estómago ante la idea de que cachorros muriendo o siendo llevados a otro lado.

—¿No quieren irse de aquí? —preguntó.

Salto Torpe inclinó la cabeza, derrotado.

—La vida es dura para nosotros en la naturaleza —explicó—. Los Dos Patas han destruido tanto nuestro hogar que se estaba haciendo imposible encontrar presas. Los gatos pronto empezaron a irse con la esperanza de encontrar un lugar donde la presas corrieran mejor. Dijeron que si encontraban algún lugar, vendrían por el resto de nosotros, pero nunca lo hicieron. —Suspiró—. Al menos aquí no tenemos que preocuparnos de cazar para comer.

—Siento mucho oír hablar de todos sus problemas —maulló Ala de Tórtola, con los ojos llenos de simpatía—. La vida en nuestro hogar junto al lago no siempre es fácil, pero tenemos a nuestros compañeros de Clan, y todos los gatos se cuidan los unos a los otros.

Mientras hablaba, Charca de Hiedra vio pasar un destello de reconocimiento por los ojos de los gatos monteses. Ronroneo Acechante se inclinó hacia delante, dejando escapar un pequeño ronroneo.

—¿Ustedes también se llaman a sí mismos Clanes? —preguntó.

Los gatos viajeros intercambiaron miradas de sorpresa.

—Sí, nos hemos llamado Clanes durante generaciones —respondió Brote de Raíz a Ronroneo Acechante—. ¿Es solo una coincidencia que ustedes usen la misma palabra? ¿O significa que hay algún tipo de conexión entre su grupo y los nuestros?

Nadie pudo responderle.

Entonces Zarpa Silbante, que hasta entonces no había hablado, dio un paso adelante e hizo un gesto con la cola para que sus compañeros retrocedieran. En el espacio despejado frente a la jaula de los gatos monteses, estiró la pata delantera y dibujó en la tierra el símbolo que había visto en su visión, la nube partida por un rayo y las enredaderas.

Dio un paso atrás y miró a los gatos monteses.

—¿Esto significa algo para ustedes? —preguntó.

Los dos gatos monteses se acercaron a la brillante celosía de la parte delantera de la jaula y se asomaron para ver el dibujo de Zarpa Silbante.

—¿Ese es…? —Salto Torpe susurró, mirando con los ojos muy abiertos a Ronroneo Acechante—. ¿Podría ser…?

Se miraron durante un latido más y luego asintieron.

—Ese es el símbolo del Clan de la Tormenta —maulló Ronroneo Acechante—. El Clan que dio origen a nuestro grupo.

La guarida de los Dos Patas pareció dar vueltas alrededor de Charca de Hiedra al oír las palabras de la gata montés y tratar de entender qué significaban. «*¿El Clan de la Tormenta? ¿Los gatos monteses tenían sus propios Clanes?*». Se preguntó qué más podrían tener en común los Clanes con esos gatos monteses que no había sabido que existían hasta esa mañana. Sus almohadillas se erizaron con expectación al pensar que podrían haber descubierto algo vital para su búsqueda.

—Soy una curandera. —Ahora había autoridad en la voz de Zarpa Silbante—. Eso significa que mis ancestros a veces me envían visiones para guiar o advertir a los Clanes. Ese símbolo vino a mí en una visión. Y había algo más. Vi un árbol enorme que parecía quemado por dentro. ¿Les resulta familiar?

Salto Torpe y Ronroneo Acechante se miraron durante tanto tiempo que Charca de Hiedra sintió que su escalofrío de anticipación empezaba a desvanecerse.

—No estoy segura —murmuró por fin Ronroneo Acechante—. Zarpa Silbante, suena como si acabaras de describir un lugar que una vez vi cuando era una gata mucho más joven. Se llamaba el Árbol Estelar. Era donde nuestros padres y su generación de gatos monteses solían ir a comunicarse con nuestros ancestros.

Los ojos de Zarpa Silbante se iluminaron de emoción.

—¡Como nuestra Laguna Lunar! —exhaló. Saltando sobre sus patas traseras, envolvió con las patas delanteras el brillante enrejado y metió el hocico a través de un hueco—. ¿Saben dónde está el árbol? —preguntó con urgencia.

Ronroneo Acechante y Salto Torpe inclinaron la cabeza, ambos profundamente abatidos.

—Si aún viviéramos en el territorio donde crecimos, sabríamos a dónde ir —contestó Salto Torpe—. Podríamos darles una vaga idea, pero hace tanto tiempo que no estamos allí que no podemos estar seguros.

—No queremos guiarlos mal —Ronroneo Acechante añadió.

Los gatos viajeros intercambiaron miradas frustradas. Charca de Hiedra no podía creer que hubieran estado tan cerca de descubrir lo que necesitaban saber, solo para decepcionarse porque los gatos monteses no podían recordarlo.

—Cuéntennos más sobre sus Clanes —maulló, esperando que de alguna manera hablar del pasado pudiera refrescarles la memoria.

—Antes vivíamos en un gran grupo en donde todos cazaban juntos y se cuidaban mutuamente —Salto Torpe respondió—. Marcábamos nuestras fronteras y a veces luchábamos con grupos rivales o con otros animales como zorros y tejones.

«*Eso suena exactamente como un Clan*», pensó Charca de Hiedra.

—¿Se comunicaban con el Clan Estelar? —preguntó Zarpa Silbante.

Salto Torpe ladeó la cabeza, pensativo.

—Nunca he oído que se llame así —contestó—. Pero recuerdo que nuestros veteranos solían ir a hablar con nuestros antepasados, en el árbol que mencionaste —añadió con una inclinación de cabeza hacia Zarpa Silbante—. Yo solo fui al árbol una vez, cuando no era más que un cachorro, pero los veteranos nos decían que se metían en el árbol y de alguna manera emergían en los terrenos de caza de los ancestros. Nunca le encontré sentido —admitió.

—Si encontramos el árbol, ¿sus compañeros de Clan podrían ayudarnos? —preguntó Charca de Hiedra.

Ronroneo Acechante dejó escapar un suspiro triste.

—Ya les dijimos que nuestro Clan en realidad ya no existe —ella respondió—. No creo que puedan encontrar más de nosotros. Nuestros números han ido disminuyendo desde hace muchas, muchas lunas. Salto Torpe y yo podemos recordar amigos y parientes nuestros que partieron en su propia búsqueda, para encontrar ayuda, pero nunca regresaron. Al final, las cosas se pusieron tan desesperadas que muchos gatos partieron en distintas direcciones. Hasta donde sabemos, Salto Torpe y yo somos los dos últimos gatos monteses que quedan.

—Ronroneo Acechante, dijiste que visitaste el Árbol Estelar cuando eras más joven —maulló Charca de Hiedra—. Por favor, dinos lo que puedas recordar. Si somos capaces de encontrarlo, no es imposible que encontremos más gatos monteses allí.

Ronroneo Acechante negó con la cabeza, triste.

—No puedo creer eso. Pero les diré lo que sé. —Se sentó, mirándose las patas por unos momentos, y luego levantó la mirada—. Recuerdo que el árbol estaba en un bosque —empezó—. Pero estaba solo, en medio de

un claro. Durante parte del camino, seguimos un arroyo; recuerdo que subíamos y el arroyo se precipitaba en una serie de pequeñas cascadas, haciendo espuma alrededor de rocas… —su voz se desvaneció.

—¿Y después? —Zarpa Silbante preguntó con entusiasmo.

Una vez más, Ronroneo Acechante negó con la cabeza.

—Eso es todo lo que recuerdo. Pero no creo que el Árbol Estelar estuviera muy lejos de la cima de las cataratas.

—Eso es realmente útil —maulló Charca de Hiedra—. Gracias, Ronroneo Acechante.

—No hace falta que me agradezcan —murmuró la gata montés—. Que alguien nos recuerde nuestras viejas costumbres ya es suficiente agradecimiento.

—¿Has hablado con tus ancestros en el pasado? —Zarpa Silbante preguntó—. Tal vez ellos podrían decirte si hay más de su especie por ahí.

—No. —Los hombros de Ronroneo Acechante se hundieron con desesperanza—. Solo los veteranos podían hacerlo; el conocimiento y el poder les llegaban a medida que envejecían. Nosotros éramos demasiado jóvenes, y seguimos siéndolo. Ni siquiera podríamos intentarlo, ya que no podemos llegar al árbol. Puede que sea por eso por lo que los gatos monteses nos estamos extinguiendo, porque no hay nadie lo bastante mayor para recibir la guía de los ancestros, o para conectar con otros gatos monteses, si es que aún existen.

Charca de Hiedra sintió una oleada de compasión al escuchar el relato de los gatos monteses. Una parte de ella podía entender por qué se habían rendido y resignado a vivir en esta vil guarida de Dos Patas, pero otra parte quería decirles que se sacudieran el manto e *hicieran* algo.

—Deberían encontrar una forma de salir de aquí —les instó—. Pueden unírsenos si quieren. Podemos encontrar el Árbol Estelar juntos, y si lo encontramos, tal vez pueda ayudarlos a reunirse con otros de su especie.

Ronroneo Acechante y Salto Torpe intercambiaron otra mirada, esta vez miserablemente reacia.

—Nuestro Dos Patas es una criatura horrible —maulló Ronroneo Acechante—, pero a pesar de todos sus defectos, nos alimenta regularmente y nos mantiene a salvo. Antes de que nos capturara, estábamos a punto de morir de hambre.

—No podemos volver a pasar por eso —Salto Torpe añadió.

Charca de Hiedra se sintió decepcionada de que su persuasión hubiera sido inútil. Ambos gatos monteses sonaban muy resignados, como si el

sufrimiento en su árido territorio y los malos tratos de los Dos Patas les hubieran agotado todo el coraje.

Ronroneo Acechante inclinó la cabeza un momento; claramente, había adivinado parte de lo que Charca de Hiedra estaba pensando.

—Al menos aquí podré alimentar a mis cachorros… —maulló con dificultad y debilidad.

Todo el cuerpo de Charca de Hiedra estaba tenso. No quería presionar más a la reina ni hacer que se sintiera peor, pero al mismo tiempo no podía imaginar por qué alguien querría quedarse en ese lugar infame si había una posibilidad de escapar.

—Si el Dos Patas se lleva a tus cachorros, no podrás alimentarlos —le recordó a Ronroneo Acechante.

La gata montés pareció desesperadamente miserable, y Charca de Hiedra se sintió culpable por hacerla sentir aun peor, pero sabía que no había forma de ayudar a los dos atigrados a menos que se enfrentaran a la verdad.

Antes de que Ronroneo Acechante pudiera responder, Charca de Hiedra oyó el sonido de una puerta que se abría en una de las guaridas de Dos Patas. Sobresaltada, se dio la vuelta y vio salir a un Dos Patas, que llevaba algo en la pata delantera que hacía un ruido metálico agudo cuando lo agitaba.

—¿Qué es *eso*? —siseó Brote de Raíz.

—Significa que es la hora de comer —explicó Salto Torpe en un rápido tono bajo—. Tienen que salir de aquí. ¡Si el Dos Patas los atrapa, de seguro los meterá en una jaula!

Capítulo 16

—¡Corran! —Charca de Hiedra aulló.

Se lanzó por el camino entre las jaulas, con sus compañeros corriendo junto a ella, y saltó a lo alto del muro.

Ala de Tórtola, Nívea y Brote de Raíz saltaron al otro lado y se sumergieron en el refugio de las raíces del árbol donde habían hecho su campamento temporal. Charca de Hiedra también bajó, pero quería ver mejor al Dos Patas y descubrir cómo trataba a sus cautivos. En lugar de seguir a los demás y esconderse, trepó a otro árbol cercano a la pared, desde donde tenía una buena vista de la guarida de Dos Patas.

Apenas se había acomodado en una rama cuando se dio cuenta de que Zarpa Silbante se le había unido.

—Estoy segura de que esos gatos monteses son importantes —explicó la curandera—. Quiero asegurarme de que estén bien.

Charca de Hiedra podía leer su propia preocupación por Ronroneo Acechante en los ojos grandes y preocupados de Zarpa Silbante. Sabía que era más que la simpatía que una curandera sentiría naturalmente por un gato herido o una reina a punto de dar a luz.

Desde su posición ventajosa en el árbol, sin necesidad de preocuparse por ser capturada, Charca de Hiedra tuvo tiempo de estudiar al Dos Patas mientras caminaba de arriba abajo por el sendero, deteniéndose frente a cada jaula y apoyando la cara contra las barreras. Era un macho alto, de hombros anchos, con un espeso pelaje que le colgaba de la cara pero no de la cabeza. Llevaba una especie de envoltorio colgado de un hombro. Le

pisaba los talones un perro grande y musculoso, de pelaje marrón y rostro ancho y romo, que parecía gruñir a los animales presos mientras estos se apretaban con impaciencia contra la parte delantera de sus jaulas.

Charca de Hiedra no entendía por qué los animales querían acercarse al Dos Patas cuando él y su perro eran tan brutales. Entonces, el Dos Patas metió la mano en el envoltorio y sacó un pedazo de carne fresca, que colgó en el aire delante de la jaula con el enorme perro peludo. El perro saltó, gimiendo desesperadamente como si estuviera tratando de pasar a través de la malla en la parte delantera de su jaula.

En lugar de abrir la jaula para alimentar al perro, el Dos Patas volvió a meter la carne fresca en el envoltorio. Charca de Hiedra se dio cuenta de que le faltaba parte de la pata que sostenía la comida. «*¡Ja! Me pregunto si algún animal tuvo un bocado de sus almohadillas y una garra o dos*».

El Dos Patas pateó la jaula del perro y le gritó algo, haciéndole soltar un gruñido largo y amenazante. Los demás animales se acobardaron ante los fuertes ruidos. A Charca de Hiedra se le encogió el corazón de compasión y sintió que la rabia se apoderaba de ella al percibir cuánto se divertía el Dos Patas aterrorizando a esos poderosos animales y negándoles la comida.

—Ya hemos visto suficiente —le maulló a Zarpa Silbante—. Vamos.

La joven curandera se veía mal, pero no dijo nada, solo siguió a Charca de Hiedra por el árbol hasta la improvisada guarida donde los otros gatos estaban esperando.

—¿Qué vieron? —preguntó Nívea.

Charca de Hiedra describió al Dos Patas y a su peligroso perro, y la forma en que se burlaba de las criaturas dejando la comida colgar delante de ellas.

—¡Fue horrible! —Zarpa Silbante exclamó—. Siempre supe que algunos Dos Patas podían ser peligrosos, pero hasta ahora nunca imaginé que alguno de ellos pudiera ser tan cruel, aunque no entiendan cómo quieren vivir los gatos de Clan. Nunca pensé que un Dos Patas torturaría animales.

Charca de Hiedra se enfrentó a sus amigos, su mirada viajó de una expresión preocupada a la siguiente.

—Quiero hacer algo —declaró al fin—. No podemos dejar que Ronroneo Acechante tenga a sus cachorros en este terrible lugar.

—Sí, es terrible —Ala de Tórtola coincidió—. Pero no estoy segura de qué podemos hacer. Ambos gatos monteses parecen decididos a quedarse donde están.

—Tienes razón, Ala de Tórtola —maulló Nívea, con seguridad en su voz—. Yo quiero completar esta búsqueda y volver al lago. ¿Quién sabe qué está pasando en el Clan del Río mientras estoy fuera? Zarpa Silbante, tu sueño no mencionaba a los gatos monteses, ¿no?

Zarpa Silbante negó con la cabeza.

—Entonces tal vez estén felices aquí —continuó Nívea—. Al menos tan felices como lo serían en cualquier otro lugar. Además, ¿cómo les ayudaríamos a escapar?

Zarpa Silbante estaba mirándose las patas, con la cabeza y los bigotes caídos. Cuando levantó la mirada, Charca de Hiedra se sorprendió de la miseria en sus ojos.

—Estoy segura de que estos gatos tienen algo que ver con mi visión —maulló—. Y eso significa que son importantes para los Clanes. Si no fue el Clan Estelar quien nos envió en esta búsqueda, tal vez fueron los antepasados de los gatos monteses. Tal vez hemos sido enviados aquí para ayudar a los gatos monteses.

—Creía que nos habían enviado a buscar un árbol —comentó Brote de Raíz, con los hombros encorvados por el mal humor.

Zarpa Silbante flexionó las garras con frustración.

—Sí, así fue —respondió—. ¿Y no nos dijeron los gatos monteses que sus veteranos se comunicaban con sus ancestros en un *árbol*?

Ala de Tórtola aún tenía una mirada dudosa.

—Ninguno de nosotros ha oído hablar del Clan de la Tormenta antes —señaló—. Es difícil creer que de eso se trataba la visión.

—Pero el símbolo del Clan de la Tormenta es el mismo que en mi visión —insistió Zarpa Silbante—. Y ayudar a los gatos monteses es lo correcto. Además, ¿es solo una coincidencia que conozcan el nombre y las costumbres de los Clanes? Por favor, ¡tienen que confiar en mí!

El silencio se apoderó de todo el grupo. Charca de Hiedra podía ver pensamientos titilando como estrellas en los ojos de sus compañeros mientras cada uno se preguntaba qué hacer.

Finalmente, fue Nívea quien habló.

—Zarpa Silbante, por supuesto que confío en ti —comenzó—. Si crees que salvar a los gatos monteses es importante, entonces estoy contigo. Pero me sentiría mejor si tuviéramos más información. Partimos sin mucha dirección, pero nos las arreglamos para encontrar los acantilados y el lugar donde se ahoga el sol. Ahora creo que lo siguiente que debemos hacer es encontrar el árbol. Así podremos estar seguros de lo que tenemos que hacer. Encontrar el árbol, y tal vez otros de su especie,

ayudaría a convencer a los gatos monteses de que huyan de este horrible lugar una vez que los liberemos.

Zarpa Silbante parpadeó agradecida a la gata del Clan del Río. Charca de Hiedra estaba impresionada por la sugerencia de Nívea. Aunque estaba claramente impaciente por volver a su Clan, estaba dispuesta a confiar en Zarpa Silbante.

—Tenemos las indicaciones que nos dio Ronroneo Acechante —les recordó Charca de Hiedra a todos—. Solo en medio de un claro del bosque, cerca de la cima de una serie de pequeñas cascadas. ¿Deberíamos dirigirnos allí?

Dejó que su mirada recorriera a los demás gatos viajeros. Los ojos de Zarpa Silbante brillaban de entusiasmo y, poco a poco, los demás fueron asintiendo.

—Bien —Charca de Hiedra maulló—. Vamos.

El camino se volvió más empinado y el bosque más espeso a medida que los gatos avanzaban. Charca de Hiedra supuso que estaban subiendo por las laderas más bajas de la montaña cabeza de zorro; al menos, la cima había desaparecido, oculta a sus miradas por el bosque aparentemente interminable.

Acababa de pasar el mediodía cuando Brote de Raíz, que había tomado la delantera, se detuvo y miró a su alrededor con una expresión de disgusto.

—¿Cómo se supone que vamos a encontrar un árbol específico en todo esto? —preguntó, moviendo la cola para indicar los innumerables troncos y ramas extendidas que bloqueaban casi toda la luz del sol—. No es como que tengamos pocas opciones.

—Ronroneo Acechante nos dijo que el Árbol Estelar estaba en un claro —señaló Nívea.

—*Muy* útil —Brote de Raíz murmuró.

Charca de Hiedra estaba a punto de sugerir tomar un descanso cuando se dio cuenta de que Zarpa Silbante estaba de pie, rígida, con las orejas aguzadas y una mirada expectante.

—¿Estás bien? —le preguntó Charca de Hiedra.

Zarpa Silbante se volvió hacia ella, con emoción en sus ojos brillantes y bigotes temblorosos.

—¡Puedo oír agua corriente! —explicó—. Y Ronroneo Acechante dijo que teníamos que encontrar el arroyo antes de encontrar el árbol.

Escuchando atentamente, Charca de Hiedra pudo distinguir el correr del agua, muy tenue en el distancia.

—Tienes razón —ronroneó—. ¡Vamos! Es por aquí.

Dejó que Zarpa Silbante tomara la iniciativa, y pronto la joven curandera se encontraba saltando entre los árboles, mientras el ruido del agua se hacía más fuerte con cada paso.

No tardaron en llegar a la orilla del arroyo. El agua caía tal como Ronroneo Acechante había descrito, formando espuma alrededor de las rocas en una serie de pequeñas cascadas. Todos los gatos se detuvieron, se agazaparon en la orilla y lamieron el agua; estaba fresca y helada.

—Creo que deberíamos cruzar —maulló Zarpa Silbante cuando todos terminaron de beber.

—¿Por qué? —preguntó Ala de Tórtola; su tono era curioso, no hostil.

—No lo sé —Zarpa Silbante admitió—. Es solo una sensación que tengo en las patas. Creo que encontraremos el árbol en el lado opuesto.

—De acuerdo —maulló Charca de Hiedra—. Tus patas nos han guiado bien hasta ahora.

Agradeció que el arroyo fuera lo bastante estrecho para cruzarlo de un salto; la feroz corriente y las rocas salientes podrían herir o incluso ahogar a un gato que cayera en él.

La curandera subió saltando por el sendero rocoso del otro lado del arroyo; Charca de Hiedra se estremeció al pensar que podría resbalar en las piedras mojadas, y siguió más despacio al resto de sus compañeros.

—¡Miren! —exclamó Zarpa Silbante cuando los demás llegaron hasta ella.

Señaló con la cola hacia más bosque adentro, donde Charca de Hiedra pudo ver la luz del sol cayendo entre los árboles.

—Eso significa que debe haber un claro —declaró—. ¡Y eso es lo que estamos buscando!

Captando la emoción de Zarpa Silbante, todos corrieron hacia la luz del sol, rozaron un grupo de helechos y se detuvieron al borde de un claro.

—¿Eso es todo? —Brote de Raíz maulló después de un momento.

—¡Sí! ¡Tiene que serlo! —exclamó Zarpa Silbante, rebotando sobre sus patas como una cachorra entusiasta.

Había un árbol en el centro del claro, y parecía haber sido quemado por dentro. Algunas de las ramas parecían muertas, mientras que otras aún sostenían hojas marchitas que debían de haber brotado durante la anterior

estación de la hoja nueva. La carcasa quemada estaba cubierta de hiedra. Charca de Hiedra luchaba con una niebla sofocante de decepción; esto no se parecía en nada al lugar mágico que Zarpa Silbante había descrito desde su visión. Incluso el sol había desaparecido tras una nube.

—¿Estás segura? —le preguntó a la curandera—. Esto se ve… apagado, de alguna manera. No se parece al Árbol Estelar del que nos hablaron los gatos monteses.

—Estoy segura —contestó Zarpa Silbante—. Seguimos las indicaciones. Tal vez sea mejor por dentro.

Mirando el árbol, Charca de Hiedra no estaba segura de cómo iban a entrar. Desde donde ella estaba, la única abertura que podía ver parecía haber sido hendida en la madera por enormes garras. Estaba tapada por hiedra y era demasiado pequeña para que un gato se colara por ella. «*Demasiado pequeña hasta para nosotros* —pensó—. *Esos enormes gatos monteses no tendrían ninguna oportunidad*».

—Vamos a echar un vistazo —maulló Zarpa Silbante, saltando por el claro hacia la abertura y metiendo la nariz dentro.

Un instante después, se echó hacia atrás con un chillido de miedo, se dio la vuelta y corrió hacia sus compañeros, con las orejas pegadas a la cabeza y el pelaje erizado. La seguía una multitud de comadrejas furiosas que lanzaban chillidos de rabia mientras corrían por el pasto. «*Comadrejas viviendo en el árbol* —gimió Charca de Hiedra en silencio, desenvainando las garras—. *¡Es todo lo que necesitamos!*».

Capítulo 17

Las comadrejas salían a borbotones del árbol, apareciendo a través de la pantalla de hiedra como si el propio árbol las estuviera escupiendo. Mientras Charca de Hiedra se preparaba para la batalla, una de ellas saltó por los aires y aterrizó sobre ella, aplastándola contra el suelo y dejándola sin aliento. Mientras luchaba por respirar, la comadreja le rodeó el vientre con su cuerpo largo y sinuoso, como si fuera una serpiente. Abrió la boca para mostrar hileras de dientes afilados como espinas y dos largos colmillos. Charca de Hiedra trató de zafarse de su agarre, pero la criatura le clavó las garras. Sabía que no podía liberarse antes de que esos dientes se cerraran sobre su garganta. «*¡Clan Estelar, ayúdame!*».

Cuando la comadreja estaba a punto de atacar, apareció Nívea, asomándose por encima de ella; mordió con fuerza el cuello de la comadreja que se retorcía y luego la arrojó a un lado con un gruñido.

—¡Gracias! —jadeó Charca de Hiedra.

—No pierdas el tiempo agradeciéndome —Nívea soltó—. ¡Levántate y ayuda!

Tambaleándose hasta ponerse de pie, Charca de Hiedra se puso cola contra cola con Nívea, lista para el siguiente ataque. A unas cuantas colas de distancia, vio a Zarpa Silbante, enfrentándose a sus enemigos con los labios entrecerrados mientras les siseaba.

A Charca de Hiedra se le acalambró el estómago de ansiedad. Zarpa Silbante era una curandera, y los golpes salvajes y desordenados de la aprendiza a las comadrejas dejaban en claro que no había tenido mucho

entrenamiento de batalla. Y era la más joven de todos, incluso más joven que los propios hijos de Charca de Hiedra. «*Tengo que protegerla*», pensó.

Pero justo cuando se disponía a abrirse paso hasta el lado de Zarpa Silbante, se dio cuenta de que quizá sus golpes no eran tan desordenados de todo. Zarpa Silbante estaba retrocediendo, llevando a las comadrejas hacia las garras expectantes de Brote de Raíz y Ala de Tórtola, y luego se deslizaba a un lado para dejar que los luchadores experimentados se ocuparan de ellas.

Brote de Raíz era especialmente formidable contra el enjambre de comadrejas, agarrándolas con dientes o garras y arrojándolas a un lado, en donde yacían inmóviles. A Charca de Hiedra se le pasó por la cabeza la idea de que, aunque Brote de Raíz parecía adormecido por el dolor la mayor parte del tiempo, podía cobrar vida cuando lo necesitaba, lo cual era un alivio.

Pero las comadrejas no paraban de llegar. En cuanto Charca de Hiedra echaba a una, otra ocupaba su lugar. Creyó que ella y sus compañeros eran superados en número al menos cuatro a uno. Las comadrejas eran feroces para ser criaturas tan pequeñas, con los dientes al descubierto y los ojos brillando furiosamente a la luz.

—¡¿Qué hacemos?! —gritó Zarpa Silbante, echándose a un lado para esquivar a una comadreja que estaba intentando clavarle los colmillos en el hombro—. ¡No se van a detener!

Nívea pateó a una de las comadrejas más pequeñas con una pata trasera.

—Si vamos a ahuyentar a estas alimañas, tenemos que trabajar juntos —aulló—. Únanse a mí junto al árbol, hombro a hombro.

Al principio Charca de Hiedra pensó que no sería capaz de llegar al árbol, con la multitud de comadrejas furiosas bloqueándole el camino. Pero se abrió paso peleando, protegiendo a Zarpa Silbante tanto como pudo, hasta que estuvo junto a Nívea al pie del árbol. Ala de Tórtola y Brote de Raíz estaban unos latidos detrás.

—Ahora, permanezcan juntos —maulló Nívea—. Sigan avanzando.

Avanzando lado a lado, los gatos se convirtieron en una dura hilera de dientes y garras, moviéndose como un tronco rodante, golpeando a las comadrejas y adentrándolas cada vez más en el bosque que oscurecía. Luchaban sin intentar matar, pero cuando Zarpa Silbante atacó a la comadreja más grande y le abrió un profundo tajo en el vientre, las feroces criaturas decidieron que ya era suficiente. Finalmente se retiraron, se

zambulleron en un montón de hojas muertas y se escabulleron entre los árboles.

—¡Pueden tener su árbol de regreso cuando hayamos terminado! —les aulló Nívea.

Cuando Charca de Hiedra estuvo segura de que las comadrejas se habían ido, se volvió hacia Zarpa Silbante, mirando a la aprendiza de curandero con un nuevo respeto.

—Bien hecho —maulló—. ¿Estás segura de que no eres una guerrera?

Zarpa Silbante sonrió con orgullo.

—Bueno, sí que entrené como guerrera durante unas cuantas lunas, pero aun así, solo hice lo que había que hacer —contestó—. Todos lo hicimos. —Luego, más ansiosa, añadió—: ¿Hay alguien herido?

Los gatos se revisaron en busca de heridas. Charca de Hiedra tenía un par de arañazos donde la primera comadreja la había agarrado, pero no eran profundas; apenas podía sentirlas, y la leve hemorragia se había detenido.

—Todos estamos bien —maulló por fin Brote de Raíz—. Luchar juntos de esa forma ayudó mucho. Buena idea, Nívea.

Nívea se encogió de hombros ante sus elogios.

—Todo bien. Pero la escaramuza nos retrasó. Sé que no tenemos un tiempo exacto para completar esta misión, pero cada momento que paso lejos de mi Clan ahora mismo me pesa en la mente. Preferiría no tardar más de lo necesario.

—Eso tiene sentido —comentó Ala de Tórtola—. Si no fuera por las comadrejas, podríamos haber revisado el árbol y tal vez descubrir lo que sea que tengamos que hacer.

—Ya está empezando a oscurecer —Zarpa Silbante añadió.

Charca de Hiedra se dio cuenta de que la gata joven tenía razón. Las nubes habían vuelto a despejarse, pero ahora el sol estaba a punto de ponerse, proyectando largas sombras entre los árboles.

—No es demasiado tarde —maulló—. Hay tiempo para echar un vistazo.

Los cinco gatos se volvieron hacia el árbol. Charca de Hiedra miró con duda sus ramas ennegrecidas y su corteza marchita. Si alguna vez había sido una puerta de entrada a los ancestros de los gatos monteses, ese tiempo seguramente había pasado hacía mucho.

—Bien, Zarpa Silbante, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Brote de Raíz cuando el silencio se había prolongado durante varios latidos.

Zarpa Silbante parpadeó con ansias.

—Ronroneo Acechante dijo que los veteranos de los gatos monteses entraban en el árbol para reunirse con sus antepasados, pero no veo cómo podríamos hacerlo. El agujero del que salieron las comadrejas es demasiado pequeño para nosotros. En mi visión era mucho más grande. Debe de haber otra forma de entrar.

—Bueno, vamos a buscarlo —Charca de Hiedra maulló.

Lentamente, los gatos empezaron a rodear el árbol, buscando una abertura. Pero gruesos tallos de hiedra rodeaban el tronco, y la corteza estaba casi completamente oculta por las hojas. Charca de Hiedra empezaba a preguntarse si este era el árbol correcto después de todo, cuando Zarpa Silbante gritó:

—¡Miren!

Estaba apuntando con la cola hacia una de las ramas más gruesas, a mayor altura del suelo. Al principio, Charca de Hiedra no pudo ver nada, excepto los zarcillos y hojas de la hiedra, pero entonces una brisa movió suavemente el follaje hacia un lado y vio un hueco, lo bastante grande para criaturas incluso más grandes que los gatos de Clan.

—Así debían de entrar los gatos monteses —murmuró Charca de Hiedra.

—Pero está bastante alto, y si el árbol está hueco… —Brote de Raíz empezó, pero luego se quedó mudo.

—Tendremos que subir y luego bajar de un salto hacia una plena oscuridad —terminó Zarpa Silbante por él. Ahora que habían encontrado la entrada, sonaba tan alegremente optimista como si estuviera sugiriendo un suave paseo alrededor del lago.

El resto de los gatos intercambiaron miradas dubitativas.

—De acuerdo —aceptó Charca de Hiedra al fin, sabiendo lo reacia que sonaba—. Lo haremos, si es necesario.

—No tenemos que ir todos —Zarpa Silbante señaló—. En casa, solo los curanderos van a comunicarse con el Clan Estelar, después de todo.

—No vas a ir sola. —Un escalofrío recorrió a Charca de Hiedra ante la idea de que la joven gata enfrentara un peligro (quizá la muerte) ella sola—. ¿Para qué crees que estamos aquí?

—Además, aquí las cosas pueden ser diferentes —indicó Brote de Raíz—. Estamos intentando contactar con ancestros que no son los nuestros. Por lo que sabemos, cuantos más gatos se acerquen a ellos, más posibilidades tendremos de conectar. Deberíamos ir todos.

—No, no todos —objetó Ala de Tórtola—. Al menos uno de nosotros debería quedarse para vigilar. Las comadrejas podrían no ser los únicos

enemigos a los que tengamos que enfrentarnos. Yo me quedaré, y si hace falta, lucharé contra cualquier criatura que intente interferir en lo que ustedes están haciendo.

—¿Estás segura? —Charca de Hiedra preguntó, ansiosa por su hermana—. ¿Y si las comadrejas vuelven?

—Si eso sucede, treparé al árbol y me esconderé entre las hojas —le respondió Ala de Tórtola—. Así podré avisarles, pero ellas ni siquiera sabrán que estoy aquí.

Charca de Hiedra asintió, impresionada por el sentido común y el valor de su hermana. «*¡Estoy muy orgullosa de ella!*».

—¡Buena suerte!

—Ustedes son los que necesitan suerte —Ala de Tórtola le dijo—. Que el Clan Estelar ilumine su camino.

Con Zarpa Silbante a la cabeza, el resto de los gatos empezaron a trepar por el árbol. Fue bastante fácil; los tallos de hiedra que se enroscaban alrededor del tronco les daban muchos puntos de apoyo. No pasaron muchos latidos antes de que todos estuvieran de pie en la gruesa rama justo encima del agujero.

Charca de Hiedra sintió como si un montón de mariposas le revolotearan en el estómago; vio destellos de ansiedad en los ojos de Brote de Raíz, mientras Nívea flexionaba las garras con nervios.

Zarpa Silbante respiró hondo, murmuró:

—Aquí vamos… —y dio un gran salto hacia la oscuridad.

A Charca de Hiedra se le atoró la respiración; había querido echar un vistazo y olfatear bien primero, con la esperanza de hacerse una idea de lo que podrían encontrar en el fondo. Escuchando atentamente, pudo distinguir un ruido suave cuando Zarpa Silbante aterrizó.

—¡Está bien! —gritó la curandera—. Hay mucho musgo y hojas aquí abajo. Es un aterrizaje suave.

Con esa tranquilidad, Charca de Hiedra sintió que las mariposas se calmaban y siguió a Zarpa Silbante hacia la oscuridad del árbol hueco. Tras un par de latidos, otros dos golpes suaves le indicaron que Brote de Raíz y Nívea también habían aterrizado sanos y salvos. «*Al menos no aterrizamos uno encima del otro*», pensó Charca de Hiedra, notando luego lo extraño que era aquello.

Dentro del árbol había una oscuridad casi total. La hiedra bloqueaba casi toda la luz del agujero por el que habían entrado y del pequeño hueco en la base que habían utilizado las comadrejas. Pero Charca de Hiedra podía distinguir de algún modo que el espacio dentro del árbol era más

grande de lo que parecía desde fuera. Todo lo que podía ver de sus compañeros eran sus ojos brillantes; sintió que el pelaje de su cuello empezaba a erizarse lentamente al darse cuenta de que estaban más separados de lo que la anchura del árbol debería haber permitido. «*Tal vez aún haya una chispa de algo especial en este árbol, después de todo*».

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó tímidamente.

—No estoy segura —Zarpa Silbante respondió—. Pero cuando yo y los otros curanderos vamos a la Laguna Lunar, tengo que calmarme, escuchar mi respiración e imaginar que el viento sopla entre los árboles.

Charca de Hiedra se permitió una sonrisa.

—Todo eso me suena un poco a Clan del Viento —señaló.

—Cierto —Nívea coincidió—, pero tal vez ayudaría si todos pensamos en algo relacionado a nuestros Clanes.

—¿Cómo funcionaría eso? —preguntó Brote de Raíz.

—Bueno, en lugar de imaginar el viento soplando entre los árboles, podrías imaginarte saltando de rama en rama, sintiendo el aire correr por tu pelaje hasta que sientas que vuelas.

—Podría hacerlo —contestó el gato amarillo.

—Y tú, Charca de Hiedra —continuó Nívea—, no creo que funcione concentrarte en el trueno que da nombre a tu Clan. Tal vez puedes imaginar la calma justo después de la tormenta, el suelo húmedo bajo tus patas y las hojas mojadas por las gotas de lluvia.

Charca de Hiedra no estaba segura de que la idea de Nívea funcionara, y supuso que si pudiera ver a Brote de Raíz, también encontraría dudas en sus ojos. Pero nadie podía sugerir otra cosa, así que se acomodaron en el suelo musgoso, guardando silencio y respirando hondo.

Despejando su mente de todas sus preocupaciones, Charca de Hiedra imaginó la última tormenta que podía recordar: el terrible viento y la lluvia que habían causado tanto daño a todos los Clanes, y que casi se había llevado la vida de una cachorra del Clan del Viento. Recordaba oír la lluvia mientras amainaba poco a poco, y primero un ave, luego otra, y luego incluso más, llamándose entre sí por todo el bosque. Sin darse cuenta, cayó en un estado tranquilo y relajado entre la vigilia y el sueño.

Cuando Charca de Hiedra por fin abrió los ojos, respiró con asombro. Todo había cambiado. La oscuridad se había despejado y podía ver el interior del árbol. Pero en lugar de la corteza chamuscada y ahuecada, estaba rodeada de madera sana y clara. Un rayo de luz dorada brillaba desde el agujero por el que habían saltado. Además, pudo ver cómo sus

compañeros se levantaban y, al igual que ella, miraban asombrados a su alrededor.

—¿Esto… de verdad está pasando? —balbuceó.

—Creo que estamos teniendo una visión compartida —Zarpa Silbante sugirió—. Pero esto no es el Clan Estelar. Creo que estamos en la versión de los gatos monteses del Clan Estelar.

Al darse la vuelta, Charca de Hiedra divisó una amplia abertura, como la boca de una cueva, que conducía fuera del árbol. Su corazón empezó a latir con incomodidad. Sabía que debían ir en esa dirección, pero no podía imaginar lo que encontrarían cuando atravesaran la brecha. Mirando a sus compañeros, vio la misma vacilación en los ojos de Nívea y Brote de Raíz, pero Zarpa Silbante una vez más estaba casi rebotando de entusiasmo.

—¡Vamos! —maulló—. ¿A qué estamos esperando?

Con Zarpa Silbante a la cabeza, los gatos salieron a campo abierto. Charca de Hiedra miró a su alrededor, casi abrumada por la forma en que todo había cambiado. El árbol seguía de pie en el centro del claro, pero ahora estaba verde y floreciente, sin daños, y no había hiedra retorciéndose a su alrededor. Los árboles del borde del claro también parecían más jóvenes, dejando entrar más luz solar en el bosque. El suelo del claro estaba cubierto de vegetación rastrera y pequeñas flores estrelladas. El aire estaba impregnado del aroma de las plantas frescas en crecimiento.

—Es como si… —Charca de Hiedra dejó que su voz se desvaneciera y volvió a intentarlo—. Es como si hubiéramos retrocedido muchas estaciones hacia el pasado.

Capítulo 18

—¡Hola! ¿Hay alguien aquí? —llamó Zarpa Silbante.

Un ronroneo profundo le respondió, pareciendo resonar por todo el bosque. Delante de ellos, Charca de Hiedra vio que a través de los árboles el suelo se elevaba hasta una cresta. El ronroneo provenía de dos gatos monteses de pie en el borde, haciendo señas con la cola. Sus cuerpos musculosos y pelaje atigrado mostraban que debían ser parientes de Salto Torpe y Ronroneo Acechante.

—¡Ya vamos! —Zarpa Silbante aulló alegremente mientras salía por entre los árboles y corría hacia la cresta.

Charca de Hiedra y los demás la siguieron. «*Realmente debería tener una charla con Zarpa Silbante sobre pensar antes de lanzarse a lo desconocido*», pensó Charca de Hiedra.

Pero a medida que se acercaba a los gatos monteses, vio que sus ojos centelleaban cálidamente, como si hubieran estado esperando a los gatos viajeros. Sintió la abrumadora certeza de que no había nada que temer de ellos.

—Qué bueno es ver gatos de Clan por aquí después de tanto tiempo —maulló uno de los gatos monteses.

El pelaje de Charca de Hiedra se erizó de sorpresa. «*¿Después de tanto tiempo?*». Era la primera vez que alguien confirmaba que los Clanes y los gatos monteses estaban conectados.

—Sean muy bienvenidos —añadió el otro—. Solo tienen que seguirnos.

Charca de Hiedra se sorprendió al descubrir que no dudó en absoluto en obedecer. La actitud tranquila y ojos amables de estos gatos le hacían confiar plenamente en ellos.

Los dos gatos monteses los guiaron a través de la cresta y descendieron por un barranco. Los lados eran rocosos; helechos y pequeños arbustos se aferraban a las laderas y se agrupaban en las orillas de un pequeño arroyo que corría por el fondo.

Cuando llegaron al borde del agua y empezaron a caminar río abajo, Charca de Hiedra percibió los olores mezclados de muchos gatos. Intercambió una mirada con Brote de Raíz.

—No todos son olores de gatos monteses —murmuró ella.

Brote de Raíz asintió.

—Aquí debe de ser donde descubrimos de qué se trata todo esto.

Su camino tomó una curva cerrada, y mientras la seguían, Charca de Hiedra vio que el barranco se abría a una amplia extensión de terreno plano. El arroyo se extendía en un laberinto de canales serpenteantes que alimentaban pequeños estanques.

Varios gatos se arremolinaban en medio de la zona abierta; algunos chapoteaban en los charcos, otros se acicalaban, otros estaban relajados juntos y compartían lenguas. Charca de Hiedra pensó que parecía más bien el comienzo de una Asamblea, antes de que empezaran los asuntos de los Clanes.

Nunca había visto tantos gatos de aspecto tan diferente juntos en el mismo lugar. Algunos eran atigrados, tan grandes como los gatos monteses que habían encontrado atrapados en la guarida de Dos Patas, otros un poco más pequeños, con manto esponjoso como las Hermanas, otros aun más pequeños, como los gatos de Clan. Todos los colores que Charca de Hiedra podía imaginar aparecían en sus mantos.

Los gatos monteses que los habían llevado hasta allí se fundieron con la multitud, mientras una gata blanca y negra que tenía el mismo tamaño que los gatos de Clan dio un paso adelante y se enfrentó a ellos.

Charca de Hiedra vio a otros dos que se parecían mucho a ella dudando en el fondo, examinando a los gatos viajeros con miradas curiosas.

—Saludos —maulló la gata—. Me llamo Estrella de Galerna.

—¿Estrella de Galerna? —exclamó Brote de Raíz; sus ojos se abrieron de par en par en una expresión de sorpresa—. ¡Ese es un nombre de Clan! ¿Así que eres una líder de Clan?

—*Fui* una líder de Clan —explicó Estrella de Galerna—. Una líder del Clan de la Tormenta. Verlos aquí sugiere que recibieron mi mensaje.

—¿Te refieres a mi visión? —preguntó Zarpa Silbante, con los ojos abiertos de sorpresa—. ¿Fuiste *tú* quien la envió?

Estrella de Galerna inclinó la cabeza.

—Así es.

Charca de Hiedra miró a sus compañeros; podía ver que parecían tan confundidos como ella.

—Nunca hemos oído del Clan de la Tormenta —declaró Nívea—. Solo del Clan del Río, el Clan del Trueno, el Clan del Viento, el Clan de la Sombra y el Clan del Cielo. Y el Clan Estelar, por supuesto. ¿Hubo algún otro Clan del que no sabemos nada?

Estrella de Galerna agachó la cabeza, con una pizca de tristeza en los ojos.

—Lo hubo. La trágica historia del Clan de la Tormenta ha sido voluntariamente olvidada —suspiró—. Pero hay algunas cosas que los gatos de Clan deben saber. Por eso intenté ponerme en contacto con ustedes.

Los condujo a una pequeña extensión de tierra desnuda y arrastró la pata delantera por la superficie. Cuando retrocedió, Charca de Hiedra vio que había dibujado el mismo símbolo que Zarpa Silbante les había mostrado antes.

—¿Esto significa algo para ustedes? —preguntó.

Zarpa Silbante asintió.

—Sí —respondió—. Lo vi en mi visión, pero no sé lo que significa.

—Esperaba despertar tu curiosidad —contestó Estrella de Galerna—. Y acerté. Eso es lo que te ha traído aquí, exactamente a donde esperaba que vinieran los gatos de Clan.

—¿Pero qué es el símbolo? —Zarpa Silbante insistió.

—Lo explicaré a su debido tiempo —le dijo Estrella de Galerna—. Hay muchas cosas que deben saber primero

Charca de Hiedra sintió una irritación como si tuviera hormigas arrastrándose por su manto. Estrella de Galerna aún no le había dicho nada a los gatos viajeros sobre por qué había enviado el mensaje en primer lugar. Tenía la cabeza llena de preguntas que quería hacer.

—*Por favor,* ¿puedes decirnos por qué estamos aquí y qué significa todo esto? —le suplicó a Estrella de Galerna.

La líder del Clan de la Tormenta inclinó la cabeza.

—Lo haré. Vengan conmigo.

Los gatos de Clan la siguieron hasta un lugar junto al agua, refugiados del sol por un grupo de helechos arqueados, al alcance del oído del suave goteo del arroyo.

—Hace muchas, muchas temporadas, pero mucho después de que los Clanes fueran creados —comenzó ella cuando todos los gatos se hubieron acomodado—, yo era la líder del Clan del Viento. Me enamoré de Estrella Rayada, que era el líder del Clan del Trueno.

Charca de Hiedra soltó un jadeo.

—¡*Nunca* pasó que un líder de Clan se enamorara del líder de otro Clan! —Intentó recordar si los veteranos habían contado alguna vez alguna historia de Estrella Rayada, pero estaba segura de que nunca lo habían hecho. La época de la que hablaba Estrella de Galerna realmente había sido olvidada.

—No que tú sepas, claro —Estrella de Galerna replicó, con una sonrisa irónica—. Estrella Rayada y yo fuimos los primeros, y sabíamos que sería difícil amarnos. Dejar nuestros Clanes por el otro significaría romper el código guerrero. Créanme, intentamos negar nuestros sentimientos, pero no pudimos.

—¿Y qué hicieron? —preguntó Brote de Raíz, inclinándose hacia delante con seriedad.

Charca de Hiedra supuso que estaba recordando lo divididos que él y Escarcha Erizada habían estado entre su amor mutuo y su lealtad a sus Clanes. «*Y aún está buscando una solución que pudiera haberlos mantenido a él y a Escarcha Erizada juntos*», musitó con tristeza.

—Nos dimos cuenta de que había una forma de estar juntos y permanecer con nuestros Clanes al mismo tiempo —respondió Estrella de Galerna—. Íbamos a combinar a nuestros Clanes y formar uno nuevo: el Clan de la Tormenta.

—Nunca lo habría imaginado —Nívea murmuró.

—No hay razón por la que lo harías —contestó Estrella de Galerna—. Ningún líder de Clan había hecho algo así antes. Los dos estábamos entusiasmados con nuestra idea —continuó—, hasta que se la presentamos a los demás Clanes. Los gatos del Clan del Viento y el Clan del Trueno aceptaron el cambio, aunque se mostraron reacios. Pero los demás se opusieron rotundamente. Les preocupaba que un Clan tan grande fuera demasiado poderoso, y que acabáramos robando presas y aprovechándonos de nuestro mayor número y territorio. Temían que los Clanes más pequeños no pudieran hacer nada al respecto. Intentamos convencerlos de que nunca haríamos eso, pero no nos creyeron. Además,

algunos gatos señalaron que el Clan Estelar había dejado claro que debería haber cinco Clanes, no cuatro.

—¿Qué? —Atónita, Charca de Hiedra levantó una pata para detener el relato de Estrella de Galerna—. ¿Cuándo dijo eso el Clan Estelar?

—Era parte de una profecía que nos dio el Clan Estelar cuando apenas se formaron los Clanes —explicó Estrella de Galerna—. Que siempre debería haber cinco Clanes, y que debían trabajar juntos, como los pétalos de la flor de la Estrella Ardiente.

Charca de Hiedra la miró fijamente, casi sin palabras.

—¿Cómo es que nunca hemos oído hablar de esta profecía? Zarpa Silbante, ¿sabes algo al respecto?

La joven curandera negó con la cabeza.

—Ni siquiera he oído hablar de la flor. No creo que crezca junto al lago.

—Tuvimos que admitir que los otros Clanes presentaron algunos buenos argumentos —continuó Estrella de Galerna—. Pero Estrella Rayada y yo habíamos tomado una decisión. Procedimos y combinamos los Clanes, y por un tiempo funcionó. Y por eso fue que inventamos el símbolo —maulló con una inclinación de cabeza hacia Zarpa Silbante—. Queríamos que los dos Clanes originales se sintieran orgullosos de estar juntos, así que creamos la imagen del relámpago que viene con el trueno, y la nube que surca el cielo cuando sopla el viento, todo unido por lianas. El símbolo significa que dos Clanes se han convertido en uno.

—¡Ahora lo entiendo! —exclamó Zarpa Silbante.

—Por desgracia —Estrella de Galerna continuó—, nunca logramos convencer a los otros Clanes de que no nos aprovecharíamos de ellos, pero nos ceñimos estrictamente al código guerrero.

—¿Y algo salió mal? —Nívea preguntó directamente—. Algo tuvo que salir mal, por supuesto. Llamaste a la historia del Clan de la Tormenta «trágica».

Estrella de Galerna le hizo un gesto de reconocimiento.

—Lo hice. Como ya se habrán dado cuenta, los buenos tiempos no pudieron durar. Por supuesto, los Dos Patas estaban en la raíz del problema. Empezaron a invadir el territorio de los Clanes; ahuyentaron a las presas, y la caza se hizo más difícil para todos. No era culpa del Clan de la Tormenta, estábamos sufriendo tanto como todos los demás, pero los otros Clanes nos culparon y empezaron a sentirse resentidos.

—¿Y qué hicieron? —Los ojos de Zarpa Silbante estaban muy abiertos, su cautivada mirada fija en la líder del Clan de la Tormenta.

—Al final —continuó Estrella de Galerna—, nos sentimos tan poco bienvenidos en el bosque que tomamos una decisión audaz: Nos iríamos y buscaríamos un nuevo lugar para vivir. Elegimos un día cálido en la estación de la hoja nueva, y partimos con la esperanza de que pronto descubriríamos un nuevo territorio.

—¿Se fueron? —Zarpa Silbante sonó impactada—. Pero el Clan del Viento y el Clan del Trueno aún viven junto al lago. ¿Qué pasó?

—Escucha el resto de mi historia —Estrella de Galerna le dijo—. Voy a explicarles lo que pueda. Nunca imaginamos lo difícil que sería —ella continuó—. Nos detuvimos en un lugar que parecía ideal, con bosques y un arroyo, pero cada vez que llovía, el arroyo se desbordaba y el suelo se empapaba tanto que nuestras patas se hundían en él. Una vez intentamos establecernos en las afueras de un gran Poblado de Dos Patas, pero salían demasiados Dos Patas con sus cachorros y sus perros. Y más veces de las que podría contar encontramos algún lugar prometedor, excepto que zorros y tejones se habían instalado allí antes que nosotros.

Nívea se estremeció.

—¡Eso es terrible!

—Y no fue un viaje fácil —prosiguió Estrella de Galerna—. No nos habíamos dado cuenta de lo difícil que sería alimentar a todo un Clan sin nuestros propios terrenos de caza. Algunos gatos se fueron para volver al bosque, e imagino que se convirtieron en el Clan del Viento y el Clan del Trueno que ustedes conocen hoy. Algunos de los nuestros murieron por el camino, ya fuera por enfermedad o por ser presa de halcones cuando no había cobertura. —Hizo una pausa, dejando escapar un suspiro—. Nunca he perdido mi sentimiento de culpa. Nuestros gatos habían confiado en nosotros, y nos siguieron hasta la muerte, todo porque Estrella Rayada y yo queríamos estar juntos. —Calló un momento, mirando a lo lejos como si reviviera aquellos terribles momentos—. Además —continuó al fin—, tengo que admitir que Estrella Rayada y yo no estábamos llevando bien las cosas. Con el estrés adicional del viaje y la cantidad de decisiones que teníamos que tomar cada día, nos encontrábamos discutiendo cada vez más, al principio en privado y luego delante de nuestros compañeros de Clan. Con tanta tensión, empecé a preguntarme si habíamos cometido un error al salir del bosque. Pero entonces ocurrió algo que hizo imposible volver atrás: Descubrí que estaba esperando cachorros.

Charca de Hiedra tomó aire, sintiendo una profunda simpatía por cualquier gata que tuviera que dar a luz cuando su Clan no tenía un hogar establecido.

—¿Qué pasó después? —preguntó, apartando el pensamiento de Escarcha Erizada que la mención de Estrella de Galerna a los cachorros había evocado.

—No teníamos muchas opciones —Estrella de Galerna contestó—, así que seguimos adelante hasta que llegamos al lugar donde se ahoga el sol. Allí establecimos un campamento temporal, y justo cuando la hoja verde se convirtió en la estación de la caída de la hoja, di a luz a tres pequeños cachorros. —Su voz se suavizó un poco—. Al principio, su nacimiento trajo alegría al Clan en medio de nuestros problemas. Pero a medida que el aire se volvía más frío, los antiguos gatos del Clan del Trueno querían seguir adelante. Querían encontrar un hogar permanente antes de la estación sin hojas, un lugar seguro, donde no tuvieran que esforzarse para encontrar comida. Comprendía cómo se sentían, pero mis cachorros aún eran muy pequeños y frágiles, y no quería obligarlos a viajar. Gatos más fuertes habían muerto en el viaje, y no quería arriesgar sus vidas. Pero los gatos del Clan del Trueno señalaron que a medida que avanzaba la caída de la hoja, las tormentas se harían más fuertes, y que si no partíamos ahora, tal vez nunca podríamos hacerlo.

—¿Qué quería hacer Estrella Rayada? —preguntó Brote de Raíz—. Después de todo, era el padre de los cachorros.

Estrella de Galerna negó con la cabeza, una mirada de amargura se arrastró hasta sus ojos.

—Yo esperaba su apoyo —respondió—. Pero se sentía comprometido con los gatos que habían sido sus compañeros de Clan. Le preocupaban los cachorros, pero decidió que los gatos del Clan del Trueno tenían razón. Quedarnos donde estábamos pondría en riesgo la vida de los cachorros y del resto de los gatos de los que éramos responsables.

—¿Así que se fueron? —murmuró Nívea.

—Nos fuimos —Estrella de Galerna maulló—. Dejamos nuestro refugio entre las rocas y empezamos a subir de nuevo hacia la montaña. Pero ese mismo día, la peor tormenta que jamás habíamos enfrentado se levantó desde el lugar donde se ahoga el sol. La lluvia nos golpeaba la cabeza, y los vientos eran tan fuertes que amenazaban con empujar a los cachorros del acantilado. Estrella Rayada estaba tan adelante, liderando al Clan, que yo ni siquiera podía verlo. Y cuidar de los cachorros significaba que me había quedado atrás del resto del grupo. La tormenta era demasiado fuerte para que pudiera llamar a los demás, y no podía esperar a que Estrella Rayada se diera cuenta de que no estaba allí y volviera. Así que para mantener a mis cachorros a salvo me refugié con ellos en una

pequeña grieta en las rocas cerca del agua. Sabía que nadie había visto a dónde habíamos ido, y seguramente se preocuparían. Solo esperaba que, una vez pasada la tormenta, pudiéramos volver a encontrarnos.

Charca de Hiedra y Brote de Raíz intercambiaron una mirada. La imagen de la gata madre y los tres pequeños cachorros, todos empapados por la tormenta y tambaleándose, estaba vívida en la mente de Charca de Hiedra. «*Se refugiaron en una grieta. ¡Podría haber sido la misma en la que nos quedamos nosotros!*».

—De repente se oyó un ruido aun más fuerte, como un trueno, que no cesaba, hasta que algo golpeó la entrada de nuestra grieta y todo se oscureció. Me acerqué a tientas al lugar donde había estado la entrada y noté que una roca la bloqueaba, demasiado pesada para moverla. Solo podía suponer que la tormenta había provocado un desprendimiento de rocas.

—¡Oh, no! —susurró Zarpa Silbante, con los ojos tan abiertos y preocupados como si estuviera presenciando la escena en persona.

—Todo lo que supe en ese momento —la líder continuó—, fue que el sonido del viento y del agua rompiéndose se cortó de repente, y los cachorros y yo nos quedamos en la más completa oscuridad. Empujé contra la piedra, pero no se movió. Estábamos atrapados.

—¿Y qué hicieron? —preguntó Brote de Raíz.

—No había mucho que *pudiéramos* hacer. —Un escalofrío recorrió el cuerpo de Estrella de Galerna al recordarlo—. Los cachorros maullaban lastimosamente, llamando a gritos a su padre y a sus compañeros de Clan, pero con la tormenta desatada, sabía que nadie nos buscaría. No sé cuánto tiempo estuvimos allí antes de oír aullidos frenéticos que venían de fuera. Habían gatos llamándome por mi nombre; era evidente que nos estaban buscando. Les respondí aullando lo más fuerte que pude, pero supongo que mi voz no llegó más allá de la roca que bloqueaba nuestra grieta. Al final, los aullidos cesaron, y muy débilmente pude oír gemidos de desesperación, que luego se apagaron. Entonces supe que se habían rendido.

La voz de Estrella de Galerna se tensó en las últimas palabras, como si intentara reprimir la furia al recordar cómo sus compañeros de Clan la habían abandonado a ella y a sus cachorros.

—Suenas enojada —señaló Nívea.

—¿Y por qué no iba a estarlo? —Estrella de Galerna replicó—. ¿En ese entonces y ahora? Estrella Rayada se había puesto del lado de su Clan antes que del mío, a pesar de que yo sabía lo que era mejor, y como no quería pelear por ello, cedí. Pero al final, la decisión de Estrella Rayada

condujo al desastre, y me dejó a mí y a mis cachorros atrás, a que sufriéramos por su error.

Zarpa Silbante soltó un jadeo repentino.

—¡Las rocas… los cachorros maullando! —balbuceó—. ¡Vi todo eso en mi visión!

—¿Viste lo que pasó? —preguntó Estrella de Galerna, medio incrédula.

Zarpa Silbante asintió con fervor.

—Estaba agarrada a las rocas durante la tormenta —explicó—. Y oí a los cachorros pidiendo ayuda… Traté de ayudarlos, pero no pude encontrarlos. Y vi a Estrella Rayada —añadió—. Un gato atigrado, aullando en el camino del acantilado. Sentía un aplastante peso de culpa. No te abandonó voluntariamente —le aseguró a Estrella de Galerna—. Solo porque sus compañeros de Clan lo persuadieron.

Estrella de Galerna la miró fijamente.

—Eres muy sabia, para ser una gata tan joven —maulló al cabo de un momento—. Por eso te envié la visión. Eres lo bastante flexible como para considerar nuevas y extrañas ideas, más que Vuelo de Azor.

Zarpa Silbante agachó la cabeza y se dio unos cuantos lametones avergonzados en el pelo del pecho.

—Solo soy una aprendiza de curandero —respondió.

—Te envié la visión —continuó Estrella de Galerna—, pero no pude mostrarte lo que pasó después. —La amargura volvió a arrastrarse hacia su tono—. Si Estrella Rayada se negaba tanto a dejarnos, ¿por qué no volvió a buscarnos?

—Lo siento, no puedo responder esa pregunta —Zarpa Silbante respondió con tristeza—. Pero cuéntanos qué pasó después —continuó—. ¿Así es como moriste, atrapada en la grieta? No puedo imaginar nada más horrible —terminó, temblando.

Estrella de Galerna negó con la cabeza.

—Pensé que mis cachorros y yo moriríamos, estando atrapados y muriendo de hambre. Durante mucho tiempo me quedé acurrucada alrededor de mis cachorros, lloriqueando por el horrible destino que nos había tocado. Pero entonces oí un ruido chirriante y gruñón, y la luz del sol entró en la grieta cuando alguien empujó la roca. Al principio pensé que mis compañeros de Clan nos habían encontrado, pero nuestros salvadores no eran del Clan de la Tormenta. Eran gatos monteses: grandes atigrados como nunca había visto. Hablaban de un modo extraño, como si tuvieran la boca llena de piedras, y me sorprendió poder entenderlos. Al inicio,

tenía miedo. ¿Me verían a mí y a mis cachorros como una presa? Pero mis temores pronto se desvanecieron cuando los gatos monteses nos llevaron a su campamento. Era más parecido a un campamento de Clan que a cualquier otro lugar en el que hubiéramos estado desde que dejamos nuestro territorio del bosque, y en seguida nos sentimos como en casa. No tenían grupos separados como guerreros y aprendices, así que cada familia tenía su propia guarida, excepto los veteranos, que compartían una guarida y parecían una combinación de líderes y curanderos. Cuando llegamos, nos encontraron un lugar cómodo para hacer nuestra guarida y nos trajeron carne fresca. Nos dijeron que podíamos quedarnos todo el tiempo que quisiéramos. —Estrella de Galerna suspiró, recordando—. Fueron muy amables.

—¿Alguna vez intentaste encontrar al Clan de la Tormenta? —le preguntó Charca de Hiedra.

—No, hacía mucho que se habían ido —contestó la gata blanca y negra—. Pensé en ir a buscarlos, pero estaba demasiado débil después de nuestra terrible experiencia para pensar en viajar, y mis cachorros eran demasiado jóvenes para arriesgarme a terminar en otra tormenta. Todos los días, a medida que los cachorros y yo nos fortalecíamos, pensaba en irme, y todos los días decidía no hacerlo, hasta que llegó el día en que ni siquiera pensé en irme. Además… —Hizo una pausa, algo cohibida—. Para entonces me había enamorado de uno de los gatos monteses que nos habían rescatado. Se llamaba Cazador Firme. Me preocupaba que mis sentimientos hacia él fueran solo gratitud porque nos había rescatado, pero poco a poco me di cuenta de que eran algo más. Al principio luché contra ello, porque me sentía culpable por haberle sido infiel a Estrella Rayada, pero tuve que aceptar que nunca volvería a ver a Estrella Rayada. Además, estaba enojada con él por habernos abandonado. Así que cuando Cazador Firme me preguntó si quería ser su pareja, le dije que sí. Él y yo criamos juntos a mis cachorros y formamos una nueva familia. Luego tuvimos nuestros propios cachorros, y los que tuve con Estrella Rayada acabaron encontrando pareja entre los gatos monteses.

Charca de Hiedra se tragó un nudo que se le había formado en la garganta al oír que Estrella de Galerna había encontrado por fin la felicidad.

—¿Qué fue del Clan de la Tormenta? —preguntó—. ¿Alguna vez vinieron a buscarte?

Estrella de Galerna parpadeó con tristeza.

—Nunca volví a saber nada más de los Clanes —murmuró—. Probablemente asumieron que mis cachorros y yo habíamos muerto en la tormenta, y para entonces era mejor así. Ya no era la gata que solía ser, y había encontrado la felicidad en mi nuevo hogar. Mi amor por Estrella Rayada había sido verdadero, pero lo había dejado ir, junto con la vida de Clan y los deberes de una líder… y mis nueve vidas. Ya casi no pensaba en todo eso. Y un día, cuando mis patas me llevaron al más allá, me alegré de no encontrarme en el Clan Estelar, sino en esta tierra salvaje entre los antepasados de mi familia de gatos monteses.

Zarpa Silbante se movió incómoda sobre sus patas.

—Si has dejado todo lo relacionado a los Clanes atrás, ¿por qué nos trajiste hasta aquí? —preguntó.

—Que ya no forme parte de los Clanes no significa que les guarde rencor —contestó Estrella de Galerna—. Ahora necesito que los gatos de Clan devuelvan la amabilidad que los gatos monteses me mostraron hace todas esas temporadas.

—Y queremos hacerlo —Zarpa Silbante le aseguró—. Hubo una advertencia en mi visión: que si los Clanes no ayudan, el río manará sangre.

Los ojos de Estrella de Galerna se abrieron de golpe, y Charca de Hiedra vio que un escalofrío le recorrió el manto.

—No sé nada de eso —maulló ella—. Yo envié la visión para pedir ayuda, y sé que ustedes los gatos de Clan tienen sus propias dificultades, pero… —Hizo una pausa y su voz adquirió un tono maravillado—. Debe haber una fuerza mayor que yo enviando la advertencia. —Se sacudió el manto—. En cualquier caso, necesito que paguen a los gatos monteses que me ayudaron, ayudando a sus parientes encarcelados.

—¿Sabes sobre Ronroneo Acechante y Salto Torpe? —Charca de Hiedra preguntó.

—Sí sabemos. Y por encima de todo nos gustaría verlos reunidos con sus parientes.

—Pero ellos no parecían querer ser liberados —señaló Nívea—. ¿Y si volvemos para ayudarles pero no quieren venir con nosotros?

—Solo se sienten así porque creen que son los últimos de su especie —le dijo Estrella de Galerna—. Pero no lo son. Hay gatos monteses al otro lado de la cordillera.

Brote de Raíz lanzó una mirada dubitativa a la antigua líder del Clan de la Tormenta.

—Es un área muy grande. ¿Qué pasa si liberamos a Ronroneo Acechante y Salto Torpe, y luego no podemos encontrar a sus parientes?

—No es difícil —le aseguró Estrella de Galerna—. Tienen que seguir la orilla del mar hasta que encuentren un sendero que atraviesa los acantilados y se adentra en las montañas. Los llevará a los valles ocultos donde viven los gatos monteses.

—Creo que podría encontrar ese camino —Zarpa Silbante maulló—. Es el camino que siguieron los gatos del Clan de la Tormenta en mi visión.

—Todo eso está muy bien —declaró Brote de Raíz—. ¿Pero qué pasa si aun así Ronroneo Acechante y Salto Torpe se niegan a venir con nosotros?

—No se negarán una vez que se enteren de que los Dos Patas planean regalar a sus cachorros en cuanto sean destetados —prometió Estrella de Galerna—. Brincador, Elástica y Cazador merecen algo mejor. Merecen ser criados entre los suyos. Ustedes los gatos de Clan deben convencerlos de escapar, y luego ayudarlos a hacerlo.

—¿Brincador, Elástica y Cazador? —La voz de Charca de Hiedra tembló mientras repetía los nombres—. ¿Ya sabes cómo se llamarán los cachorros?

—Sí, lo sé —Estrella de Galerna le dijo—. No soy capaz de ver todos los resultados, pero estar aquí en los terrenos de caza eternos me ha dado una conexión especial con los cachorros, los que han nacido y los que han de venir. Estos cachorros y sus padres serán muy importantes para los gatos monteses y los últimos restos del Clan de la Tormenta. Depende de ustedes reunirlos.

Los ojos de Zarpa Silbante brillaban de emoción.

—¡No los defraudaremos!

—No, no lo haremos —prometió Charca de Hiedra.

Sintió que un renovado sentido de propósito le recorría todo el cuerpo y le daba fuerzas. «*No pude proteger a mi propia hija, pero puedo proteger a estos cachorros*».

—Sé el dolor que siente una madre cuando la separan de sus hijos. No dejaré que eso le pase a los gatos monteses. No en mi guardia.

Capítulo 19

Charca de Hiedra trepó por la corteza hueca del interior del árbol y salió por el hueco hasta la rama. Aturdida, miró a su alrededor. Cuando ella y sus compañeros habían entrado en el árbol, el sol apenas comenzaba a ponerse. A pesar de la larga conversación con Estrella de Galerna, no le pareció que hubieran pasado mucho tiempo en los eternos terrenos de caza de los gatos monteses. Esperaba ver estrellas brillando en el cielo nocturno, pero en cambio, los resplandecientes espíritus guerreros se apagaban uno a uno a medida que el cielo se aclaraba, y un resplandor rosado sobre los árboles indicaba dónde saldría el sol.

—¡Ya era hora! —La voz de Ala de Tórtola se elevó desde el pie del árbol; al mirar hacia abajo, Charca de Hiedra pudo distinguir su clara silueta—. Si se hubieran tardado un poco más, habría entrado a buscarlos.

Charca de Hiedra bajó del árbol y se acercó a su hermana, y los otros gatos viajeros la siguieron.

—Lo siento mucho —maulló Zarpa Silbante—. Pero conseguimos las respuestas que buscábamos. Y ahora nuestra misión está clara.

Las orejas de Ala de Tórtola se aguzaron con atención.

—Cuéntenmelo todo. Miren, cacé algunas presas mientras estaban ahí dentro. Pueden comer mientras hablamos.

Charca de Hiedra sentía como si su estómago vacío se agitara con el viento. Se le hizo agua la boca mientras devoraba su parte de la carne fresca (dos ratones y una musaraña) que había cazado su hermana. Entre

bocado y bocado, ella y sus compañeras le contaron a Ala de Tórtola la historia que habían oído de Estrella de Galerna.

—¡¿Qué?! —exclamó Ala de Tórtola con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. Y yo que creía que dejar mi propio Clan para estar con Estrella de Tigre ya era bastante malo. ¿Y ahora me dicen que dos *líderes de Clan* obligaron a sus Clanes a unirse para poder estar juntos? ¡Nunca hubiera imaginado que eso pudiera suceder!

—Lástima que parece haber terminado trágicamente —Brote de Raíz comentó.

—No todo fue una tragedia —señaló Charca de Hiedra—. Estrella de Galerna y sus cachorros fueron rescatados de la cueva y, después de que se le rompiera el corazón por lo de Estrella Rayada, encontró un nuevo gato al que amar y una vida completamente nueva.

Al darse cuenta de lo que acababa de decir, Charca de Hiedra lanzó una mirada significativa a Brote de Raíz. El gato del Clan del Cielo se limitó a parpadear y apartó la mirada, pensando claramente en Escarcha Erizada. «*No lo culpo por no estar listo para superarla* —pensó ella—. *Yo tampoco lo estoy*».

—Entonces, ¿cuál es nuestro plan ahora? —preguntó Ala de Tórtola cuando hubo escuchado todo lo que sus compañeros habían averiguado.

—Tenemos que liberar a Salto Torpe y Ronroneo Acechante —le respondió Brote de Raíz.

—Y no tenemos mucho tiempo —Nívea señaló—. Ronroneo Acechante está a punto de parir y, si eso ocurre, no podrá viajar y habremos venido hasta aquí para nada. Tenemos que volver a la guarida de Dos Patas inmediatamente.

—Lo sé, pero… Ala de Tórtola, ¿tú necesitas tiempo para descansar? —maulló Charca de Hiedra—. Has estado de guardia todo este tiempo y has cazado, mientras que nosotros solo hemos tenido que sentarnos y escuchar a Estrella de Galerna.

Ala de Tórtola negó con la cabeza.

—No, gracias, estoy bien. Cuanto antes terminemos esta misión, antes podremos volver todos a nuestros Clanes.

Mientras los gatos viajeros regresaban a la guarida de Dos Patas, Charca de Hiedra notó que Zarpa Silbante estaba inusualmente callada. Su

intensa emoción por sus descubrimientos se había desvanecido; ahora parecía pensativa, y tal vez sus pensamientos no eran agradables.

—Zarpa Silbante, ¿estás bien? —Charca de Hiedra le preguntó, reduciendo un poco la velocidad para caminar junto a la curandera—. No nos estás hablando.

Zarpa Silbante dio un respingo, como si su mente estuviera lejos.

—Oh, estoy bien —contestó—. Es solo que me cuesta entender todo lo que nos contó Estrella de Galerna. ¿Cómo es posible que se haya olvidado una parte tan importante de la historia de los Clanes? ¡Ni siquiera los gatos del Clan Estelar lo sabían! Cuando los otros curanderos y yo nos reunimos con ellos en la Laguna Lunar, algunos creían que deberían reconocer el símbolo, y les perturbaba, ¡pero no lo *recordaban*!

—Tienes razón, es difícil de creer —maulló Charca de Hiedra—. Pero es posible. Solo los espíritus que permanecen en los corazones y las mentes de los gatos de Clan perduran en el Clan Estelar, y solo sus historias son contadas y transmitidas de generación en generación.

Como siempre, mientras hablaba, Escarcha Erizada se elevó a lo más alto de los pensamientos de Charca de Hiedra. «*¿Cómo pudo desaparecer si siempre está en mi corazón y en mi mente?*», se preguntó.

—Pero esta historia parece demasiado importante como para haber desaparecido sin más. —Brote de Raíz dio un paso atrás para caminar al otro lado de Zarpa Silbante—. ¡Dos líderes se hicieron pareja! Eso es algo enorme. Yo tuve que ir al Bosque Oscuro y volver para que los líderes consideraran permitir que los gatos cambiaran de Clan. Y ahora descubro que hace mucho tiempo dos líderes hicieron mucho más que eso por amor. Parece que los Clanes han retrocedido desde entonces.

Charca de Hiedra detectó un tono de resentimiento en la voz de Brote de Raíz. Supuso que el gato del Clan del Cielo estaba pensando en todo el tiempo que él y Escarcha Erizada habían perdido, negando sus sentimientos para honrar el código guerrero, y ahora descubría que ese código se había infringido de forma mucho más grave en el pasado.

—Pero, ¿realmente estaban quebrantando el código? —preguntó Zarpa Silbante—. No cambiaron de Clan, solo los unieron.

—Oh, tienes razón —dijo Brote de Raíz con un sarcasmo inusual—. No hicieron nada importante, como cambiar de Clan individualmente. Básicamente, solo destruyeron dos Clanes enteros y formaron uno nuevo para poder estar juntos. —Soltó un bufido despectivo—. No es gran cosa. Supongo que si Escarcha Erizada y yo hubiéramos sido líderes, ¡podríamos haber hecho algo así en lugar de romper el código guerrero!

Zarpa Silbante hizo una mueca de dolor.

—Lo siento —maulló con voz débil.

De inmediato, el enojo de Brote de Raíz se desvaneció.

—Yo también lo siento —le dijo a la joven curandera—. No era mi intención hablarte mal. Pero es muy frustrante pensar en cómo Escarcha Erizada agonizábamos por pensar sobre qué hacer, cuando dos Clanes enteros se habían desintegrado para que dos gatos pudieran estar juntos.

—Lo sé. —Charca de Hiedra miró suavemente a Brote de Raíz—. Pero no les salió bien, ¿verdad? El Clan de la Tormenta no duró mucho tiempo. Estrella de Galerna nos dijo que algunos de los gatos regresaron al bosque al final; de lo contrario, ¿cómo seguirían existiendo el Clan del Trueno y el Clan del Viento?

Zarpa Silbante asintió, pensativa.

—Es cierto… Algunos de nuestros antepasados se rindieron porque el viaje era demasiado duro y regresaron a casa.

—Pero piensa en cómo sus acciones afectaron a sus Clanes y a todos los demás —continuó Charca de Hiedra—. En primer lugar, Estrella de Galerna y Estrella Rayada pusieron patas arriba a los Clanes al unir el Clan del Viento y el Clan del Trueno. Luego, después de que Estrella de Galerna fuera rescatada, ella decidió no volver nunca. Probablemente sus compañeros de Clan pensaron que había muerto. Pero resulta que simplemente decidió no volver a su Clan para poder quedarse con su nuevo amor. Debió de causar mucho dolor. —Mirando por encima del hombro a Ala de Tórtola, que caminaba justo detrás de ella, añadió—: No te ofendas. Pero recuerdo lo difícil que fue para mí cuando dejaste el Clan del Trueno para unirte a Estrella de Tigre en el Clan de la Sombra.

—Para mí también fue difícil —Ala de Tórtola respondió—. Si hubiera podido combinar el Clan de la Sombra y el Clan del Trueno para poder estar con mi pareja y mi hermana, lo habría hecho.

—Yo no habría querido eso —le dijo Charca de Hiedra, aunque le conmovió la idea—. Apoyo que los gatos cambien de Clan si así lo desean, pero estoy orgullosa de ser una gata del Clan del Trueno. Nunca lo abandonaría y nunca querría que se disolviera para formar un nuevo Clan como el Clan de la Tormenta.

—Yo sí lo habría hecho —maulló Brote de Raíz inmediatamente—. Si hubiera podido hacer que eso sucediera, entonces tal vez Escarcha Erizada y yo… —Su voz se ahogó y se quedó en silencio.

Charca de Hiedra sabía lo que había querido decir. Tal vez él y Escarcha Erizada no habrían perdido tanto tiempo estando separados. Y

como cada acontecimiento influye en cómo resultan las cosas, tal vez Cenizo nunca habría ganado autoridad en los Clanes y Escarcha Erizada nunca habría tenido que ir al Bosque Oscuro.

—Ya basta de hablar. —Nívea, que iba en cabeza, miró por encima del hombro y habló en voz baja y rápida—. Ya casi llegamos.

Mirando hacia adelante a través de los árboles, Charca de Hiedra divisó el alto muro que rodeaba la guarida de Dos Patas donde los gatos monteses estaban prisioneros. Saboreó el aire y percibió el olor mezclado de los extraños animales. La luz del día se estaba apagando, solo los últimos rayos de sol teñían el cielo de escarlata. Charca de Hiedra supuso que pronto los Dos Patas se retirarían a su propia guarida y dejarían a los animales solos durante la noche.

—Este debería ser un buen momento para hablar con los gatos monteses —murmuró.

Nívea hizo una señal con la cola y, ahora en silencio, los gatos viajeros cruzaron corriendo el tramo de terreno abierto que separaba la guarida del bosque. Saltaron a lo alto del muro.

Esta vez, dos Dos Patas, el de la cara peluda y otro que parecía más joven, caminaban a lo largo de la fila de jaulas, mirando dentro de cada una como si estuvieran revisando a los animales. Charca de Hiedra solo podía oír un suave susurro procedente de las jaulas, como si los animales que había dentro se estuvieran preparando para dormir.

Agazapada en la pared junto a sus compañeros, Charca de Hiedra flexionó las garras con impaciencia. Pareció pasar una eternidad antes de que los Dos Patas desaparecieran dentro de su guarida. Entonces, los gatos viajeros bajaron de un salto, produciendo cinco golpes suaves, y se arrastraron sigilosamente a lo largo de la fila de jaulas hasta llegar a la que tenía encerrados a los gatos monteses.

Salto Torpe y Ronroneo Acechante estaban dormitando, pero se levantaron sobresaltados al ver a los gatos de Clan.

—¡Ustedes otra vez! —exclamó Salto Torpe—. Pensábamos que debían de haberse ido a casa.

—No —Zarpa Silbante maulló—. Lo sentimos si pensaron eso, pero les dijimos que íbamos a buscar el Árbol Estelar, y eso es lo que hicimos.

—Nos llevó un buen rato encontrarlo y contactar con sus antepasados —añadió Charca de Hiedra.

Ronroneo Acechante y Salto Torpe se miraron y luego se echaron a reír a carcajadas.

—No pueden haber contactado con nuestros antepasados, cuando nosotros lo intentamos tantas veces y fracasamos. ¡Se lo están inventando! —jadeó Ronroneo Acechante.

—No, hablamos con Estrella de Galerna —declaró Brote de Raíz—. Una gata blanca y negra que era colíder del Clan de la Tormenta.

Las risas de los gatos monteses se apagaron de repente.

—Cualquiera podría haber adivinado eso —maulló Salto Torpe, parpadeando con inquietud.

El pelaje de los hombros de Nívea comenzó a erizarse.

—¿Ah, sí? ¿Entonces estamos adivinando cuando les digamos que planean llamar a sus cachorros Brincador, Elástica y Cazador?

Durante varios latidos, los gatos monteses no respondieron, solo miraron boquiabiertos a los gatos de Clan.

—¿Cómo saben eso? —preguntó Ronroneo Acechante por fin—. Tenemos los nombres elegidos desde que tuve un sueño en el que amamantaba a tres cachorros diminutos.

Charca de Hiedra soltó un siseo de frustración.

—Lo sabemos porque les estamos diciendo la verdad.

Entendía por qué a los gatos monteses les costaba creer su historia, pero deseaba que la aceptaran para que ella y sus compañeros pudieran ponerse patas a la obra con el rescate. «*No tenemos motivos para inventarnos nada de esto*».

—Miren, Estrella de Galerna nos envió un mensaje para que viniéramos aquí y los ayudáramos, para saldar la deuda que tenemos con sus antepasados por acogerla a ella y a sus cachorros. No sé por qué pudimos contactar con ellos y ustedes no, excepto que ustedes deben necesitarnos. Quizá no podrían escapar solos. Y aquí tienen otra verdad más —continuó—. Los Dos Patas planean regalar a sus cachorros tan pronto como puedan ser destetados de forma segura.

—No… —susurró Ronroneo Acechante, intercambiando una mirada impactada con Salto Torpe—. No lo harían… ¿o sí?

Pero Salto Torpe parecía solemne.

—Sabes que lo harían —maulló suavemente el enorme gato.

—Eso no tiene por qué suceder —continuó Charca de Hiedra con energía—. ¡No son los últimos de su especie! Estrella de Galerna nos habló de un grupo de gatos monteses que viven en una cordillera no muy lejos de aquí. Los están esperando. A ustedes y a sus cachorros. Podrían volver a vivir en un Clan, guiado por el conocimiento de sus antepasados.

No pudo evitar emocionarse al ver cómo brotaba esperanza en los ojos de los gatos monteses.

—¿Un Clan? —susurró Salto Torpe—. Como cuando éramos más jóvenes, Ronroneo Acechante. Podríamos criar a nuestros cachorros como nos criaron a nosotros. Podrían ser guiados por veteranos y aprender todo lo que nosotros alguna vez supimos sobre cómo vivir mejor.

Se miraron fijamente y Ronroneo Acechante soltó un diminuto y tembloroso maullido. Salto Torpe estiró la cola y la apoyó sobre los hombros de su pareja.

—Bueno. Siento que al principio no les creyéramos —declaró él por fin—. Llevamos mucho tiempo encerrados aquí, pensando que estábamos solos. Creo que habíamos perdido la esperanza de volver a ver a otros de nuestra especie. Pero ahora les creemos. Sería increíble encontrar a nuestros parientes.

—Iremos con ustedes —Ronroneo Acechante añadió—, pero ¿cómo escapamos antes de que nazcan mis crías? Estamos encerrados aquí.

—Debe haber una manera. ¿Hay algún momento en el que los Dos Patas desbloqueen las entradas? —preguntó Ala de Tórtola.

—Solo cuando nos dan de comer, a primera hora de la mañana —le respondió Salto Torpe.

Todos los gatos se quedaron en silencio. Charca de Hiedra podía ver pensamientos titilando en los ojos de sus compañeros. «*El Dos Patas solo abre las jaulas a la hora de comer* —pensó—. *Pero cuando lo hace, el perro está con él. Necesitamos una distracción…*».

Dejando que su mirada vagara por la fila de jaulas, se le ocurrió una idea.

—Creo que sé qué hacer —maulló—. Es arriesgado, pero podría funcionar…

Capítulo 20

Los guerreros del Clan Estelar palidecían en el cielo mientras los gatos de Clan se deslizaban silenciosamente entre las jaulas de los animales y se acercaban a aquella en la que estaban encarcelados Ronroneo Acechante y Salto Torpe. Este sería el segundo amanecer desde que regresaron a la guarida de los Dos Patas y convencieron a los gatos monteses de escapar.

Charca de Hiedra había pasado el día vigilando de cerca a los Dos Patas y su rutina. Tal y como les habían dicho los gatos monteses, el Dos Patas peludo solo abría las jaulas temprano por la mañana, cuando alimentaba a los animales. Volvía a revisarlas por la noche, pero eso era todo. No limpiaba las jaulas ni alimentaba a los animales por segunda vez. «*Por supuesto que no lo hace* —pensó Charca de Hiedra—. *Si lo hiciera, el lugar no apestaría tanto y los animales no estarían tan delgados. Deben de estar muriendo de hambre. Es terriblemente triste para ellos, pero es bueno para nuestro plan*», añadió para sí misma.

Se sentía muy mal por esas extrañas bestias, la mayoría de las cuales nunca había visto antes y que estaban claramente hambrientas y maltratadas. Verlas la llenaba de asombro, pero no tenía ni idea de cómo ella y los gatos de Clan podrían ayudarlas a escapar de los Dos Patas. «*Lo mejor es ceñirnos a nuestro plan de ayudar a los gatos monteses a escapar* —pensó—. *Y solo podemos esperar que el Dos Patas entre en razón y trabaje por un futuro mejor para estos otros*».

Zarpa Silbante se levantó sobre sus patas traseras y colocó las delanteras sobre la malla de la parte delantera de la jaula de los gatos monteses.

—¿Están listos? —susurró.

Los gatos monteses asintieron, intercambiando una mirada nerviosa.

—Sí —maulló Salto Torpe—. Pero, ¿estás segura de que esto funcionará?

—No puedo estar segura de nada —Zarpa Silbante admitió—. Pero después de escondernos ayer para observar a los Dos Patas, estoy lo más segura que puedo estar. Esta es nuestra mejor oportunidad. Si nos ceñimos al plan y trabajamos juntos, pronto serán libres.

«*Eso esperamos*», pensó Charca de Hiedra, que había escuchado todo.

Se acercó sigilosamente a Nívea, que estaba encorvada junto a la jaula donde se encontraba el caballo rayado, masticando la cuerda que unía la puerta a las paredes destartaladas.

—¿Estás lista? —le preguntó.

Nívea desenvainó las garras.

—Más lista que nunca. Solo espero que todo salga según lo planeado.

Mientras Charca de Hiedra revisaba a Brote de Raíz y Ala de Tórtola, que estaban mordiendo las cuerdas de otras jaulas, no estaba segura de estar lista ella misma. Podía ver que los demás animales los miraban con hostilidad y se dio cuenta de lo mal que podían llegar a salir las cosas. Al menos para algunas de las criaturas, ella y sus compañeros serían presas. El enorme perro con el cuello peludo abrió las fauces cuando ella pasó junto a su jaula, revelando unos fuertes dientes blancos. Charca de Hiedra se estremeció interiormente, imaginando esos dientes clavándose en su cuello. Solo podía esperar no estar poniendo a los gatos monteses y a todos sus compañeros en un peligro terrible, y que la necesidad de escapar de los animales fuera más fuerte que su instinto de devorar a cualquiera que se cruzara en su camino.

Finalmente, los primeros rayos de sol se inclinaron sobre el muro; pronto aparecería el Dos Patas para la hora de la comida. Charca de Hiedra hizo una señal a sus compañeros y todos huyeron para esconderse detrás de un montón de basura de Dos Patas en una esquina.

Pareció pasar mucho tiempo antes de que ocurriera algo. El corazón de Charca de Hiedra latía cada vez más fuerte y se preguntó brevemente si los Dos Patas se habrían olvidado de alimentar a los animales. Salto Torpe le había dicho que eso había sucedido una o dos veces anteriormente. «*¿Y qué haríamos entonces?*».

Pero finalmente, cuando el sol inundaba el recinto, el Dos Patas salió arrastrando los pies de su guarida, con su perro trotando a su lado. Llevaba una bolsa colgada del hombro y en la mano algo que hacía ruido al agitarlo vigorosamente.

Charca de Hiedra podía oler la comida de la bolsa desde su refugio detrás de la basura. «*¡Puaj!* —pensó—. *¡Carroña!*». Pero cuando los animales se despertaron con el ruido metálico, mostraron los dientes y se lamieron las mandíbulas con la lengua.

Tal y como Charca de Hiedra había esperado, el Dos Patas se detuvo primero en la jaula de los gatos monteses. En cuanto oyó el *clic* de la cerradura al abrirse, susurró:

—¡Ahora!

Juntos, los gatos de Clan saltaron de su escondite, aullando al perro del Dos Patas y arañándole la cola. El perro se giró, mostrando los dientes y gruñendo desde lo más profundo de su pecho. Charca de Hiedra pudo oler el hedor de su aliento y de repente se dio cuenta de lo grande que era comparado con los gatos de Clan.

—¡Corran! —maulló.

El terror la invadió mientras ella y sus compañeros huían alrededor de las jaulas con el perro pisándoles los talones. Al doblar una esquina, Charca de Hiedra tropezó con un trozo de madera suelto y sintió el aliento caliente del perro en su costado. Justo a tiempo, se alejó de un salto y oyó cómo las poderosas mandíbulas del perro se cerraban sobre la madera. Este soltó un aullido furioso.

Pero a pesar del peligro, Charca de Hiedra vio que la distracción estaba funcionando. El Dos Patas se había alejado de las jaulas para recuperar al perro; por supuesto, Charca de Hiedra se dio cuenta de que el perro era lo único que protegería al Dos Patas si alguno de los animales más grandes se escapaba. El Dos Patas estaba llamando al perro, chocando las zarpas delanteras entre sí, pero el perro no le hacía caso.

Cuando Charca de Hiedra pasó corriendo junto a la jaula de los gatos monteses, los vio a los dos saliendo por la puerta abierta por detrás del Dos Patas. Salto Torpe se abalanzó sobre el Dos Patas, agarrándole la pata trasera y desequilibrándolo, de modo que cayó al suelo. Ronroneo Acechante hundió las garras en una de sus patas delanteras. El Dos Patas se retorcía, con la boca abierta y chillando, tratando de alejar a los gatos monteses con su pata delantera libre, pero ellos se aferraban a él.

Los demás animales emitían gruñidos y rebuznos amenazantes, enfurecidos por el caos que los rodeaba. El Dos Patas volvió a gritar

llamando a su perro, y por fin la criatura pareció recordar que tenía un dueño. Se detuvo a regañadientes, luego dejó de perseguir a los gatos de Clan y trotó de vuelta hacia la jaula abierta de los gatos monteses.

Charca de Hiedra sintió un pánico helado recorrerle la espalda. La siguiente parte del plan era la más crucial, pero también la más difícil de controlar. Si el perro regresaba con su dueño sin ninguna otra distracción, el Dos Patas probablemente podría agarrar a los gatos monteses el tiempo suficiente para meterlos de nuevo en su jaula. Mirando a los otros gatos de Clan, Charca de Hiedra asintió. «*Es la hora*».

Se separaron; Charca de Hiedra se acercó vacilante a la jaula con el enorme perro peludo. La gran criatura gris parecía particularmente enojada; Charca de Hiedra podía oír su estómago rugir, diciéndole lo hambriento que estaba. «*Eso podría servirnos… o todo podría salir terriblemente mal*».

Solo tenía unos latidos para poner en marcha la siguiente parte del plan. Siseando furiosamente, se lanzó contra la jaula del perro gris. Eso fue suficiente para hacer enojar a la criatura, que se abalanzó contra la barrera de malla de la parte delantera de la jaula. Rebotó, echando espuma por la boca.

Reuniendo todo su valor, Charca de Hiedra corrió hacia el Dos Patas, que seguía retorciéndose en el suelo, y tiró de su bolsa de comida. Sus garras agarraron un largo trozo de carne; esquivando al perro del Dos Patas, arrastró la carne hasta la jaula del perro peludo y la dejó caer afuera de la barrera, a un zorro de distancia más allá de su alcance.

El perro gris gruñó aun más furiosamente y se abalanzó de nuevo sobre la malla, esta vez con más fuerza. Se oyó un ruido de desgarro y la barrera se empujó hacia adelante.

—¡Sí! —siseó Charca de Hiedra.

El perro saltó por encima de la barrera y agarró el trozo de carne, gruñendo y ladrando mientras se lo tragaba.

Charca de Hiedra miró a su alrededor. Nívea y los demás habían roído con esmero las cuerdas que sujetaban las jaulas destartaladas, por lo que iban a desmoronarse con la más mínima presión. Brote de Raíz había atraído al tejón para que se abalanzara fuera de su jaula. Y ahora que los demás animales habían visto lo que estaba pasando, también empezaron a embestir sus jaulas. Charca de Hiedra podía oír cómo la endeble madera se astillaba en todas direcciones.

Miró hacia atrás, al Dos Patas, que había logrado ponerse de pie de nuevo y estaba defendiéndose de los gatos monteses con su perro. Cuando

se dio cuenta de que el perro peludo y el comadreja-tejón habían salido, y que pronto lo harían también los demás, sus ojos se abrieron con pánico. Comenzó a agitar su pata delantera, blandiendo el objeto metálico, y este se estrelló contra el material brillante que había en la parte delantera de la jaula de la serpiente. La serpiente soltó un siseo y comenzó a deslizarse hacia el Dos Patas, espiral tras espiral, hasta que Charca de Hiedra pensó que nunca terminaría. El Dos Patas gritó algo y corrió hacia su guarida.

Charca de Hiedra maulló una señal a los otros gatos de Clan, y ellos corrieron de vuelta, más allá de la jaula de los gatos monteses, y se refugiaron en la parte superior de una guarida de almacenamiento cercana. Pronto las jaulas se derrumbaron a su alrededor; los animales vagaban libremente, gruñendo de hambre.

En medio del caos, los dos gatos monteses lograron saltar al techo de la guarida para unirse a los gatos de Clan.

—¡Tenemos que salir de aquí! —instó Ronroneo Acechante.

Mientras hablaba, el Dos Patas volvió a salir de la guarida. Llevaba un palo largo hecho de un material brillante, con dos agujeros redondos en el extremo. En cuanto apareció, el perro peludo se giró para enfrentarse a él con un gruñido amenazador. Se agachó brevemente y luego saltó con fuerza, directamente hacia el Dos Patas.

El Dos Patas soltó un grito de terror y levantó el palo brillante; se oyó un suave chisporroteo y el perro peludo se sacudió y soltó un aullido, pareciendo detenerse en pleno salto. Luego cayó al suelo y quedó inmóvil.

Charca de Hiedra se estremeció.

—¡Lo mató! —La culpa la invadió; el perro era feroz, pero era un animal magnífico—. Es mi culpa. ¡Nunca habría salido si no lo hubiera utilizado como parte de nuestro plan de escape!

Salto Torpe negó con la cabeza.

—No, no está muerto —maulló—. Ya hemos visto esto antes. A esa cosa la llamamos el palo adormecedor del Dos Patas. Lo utiliza para dormir a los animales cuando tiene que manejarlos. Estará bien.

Charca de Hiedra miró fijamente a la gran criatura canina. Estaba completamente inmóvil. «*No parece estar bien…*».

—¡No importa! —maulló Nívea—. Tenemos que irnos. ¡Síganme!

Charca de Hiedra se sacudió la culpa. Nívea tenía razón… y seguramente Salto Torpe y Ronroneo Acechante sabían cómo actuaban los Dos Patas.

Los gatos de Clan y los gatos monteses bajaron de la guarida y echaron a correr por el recinto. Cuando llegaron a la pared, los gatos de

Clan saltaron hasta la cima, pero los gatos monteses se detuvieron, mirando hacia arriba con incertidumbre.

—Hace mucho tiempo que no tenemos que saltar tan alto —maulló Salto Torpe, mirando el vientre embarazado de Ronroneo Acechante—. ¿Y si no podemos hacerlo?

—¡Sé que pueden! —contestó Zarpa Silbante, con los ojos brillantes de ánimo—. Al fin y al cabo, son gatos. Están hechos para esto. Recuerden quiénes son —les instó cuando Salto Torpe y Ronroneo Acechante seguían mostrándose dudosos—. Sus antepasados creen que pueden hacerlo. No nos habrían convocado a nosotros desde tan lejos si no supieran que ustedes podían ayudar a liberarse.

Los gatos monteses se miraron entre sí, con un brillo de determinación en los ojos. Juntos dieron varios pasos hacia atrás y luego corrieron saltando hacia la pared. Charca de Hiedra contuvo el aliento con asombro al ver lo alto que podían saltar. En un solo salto, aterrizaron primero con las patas delanteras y luego con las traseras en lo alto de la pared, y entonces descendieron con elegancia hacia el suelo al otro lado.

No fue hasta que Ronroneo Acechante maulló: «¿A qué están esperando? ¡Vamos!», que Charca de Hiedra se dio cuenta de que ella y todos los demás gatos de Clan se habían quedado mirando con asombro.

Saliendo de su impacto, saltaron y comenzaron a correr en dirección al lugar donde se ahoga el sol. El rugido de los animales, los gritos del Dos Patas y los escupitajos de su palo adormecedor se desvanecieron detrás de ellos. Charca de Hiedra se sintió aliviada.

Mientras huían, Charca de Hiedra echó una última mirada atrás, hacia el muro que rodeaba el lugar de Dos Patas. No pudo evitar sentir pena por los animales. Esperaba que los Dos Patas no abusaran de ellos por lo que ella y los demás gatos de Clan habían hecho y, más aun, que de alguna manera todos pudieran liberarse de él. «*Pero ese no es mi problema* —se recordó a sí misma—. *Por ahora, tenemos que completar nuestra misión*».

Capítulo 21

Nívea tomó la delantera cuando los gatos salieron de entre los árboles y se dirigieron a lo largo del sendero de los Dos Patas, volviendo sobre sus pasos en dirección al lugar donde se ahoga el sol. Si Estrella de Galerna tenía razón, tenían que volver a los acantilados y encontrar un sendero que se alejara de la costa y subiera hacia las montañas para llegar al lugar donde vivían los gatos monteses.

Formando la retaguardia junto a Brote de Raíz, Charca de Hiedra estaba fascinada por la forma en que se movían Ronroneo Acechante y Salto Torpe. No eran tan ligeros y ágiles como los gatos de Clan, pero sus músculos se tensaban bajo su pelaje atigrado mientras posaban sus enormes patas con sorprendente elegancia. Cuando los gatos se desviaron del camino hacia el terreno accidentado que conducía al borde del acantilado, se mostraron más seguros, como si la tierra arenosa y las rocas que sobresalían ocasionalmente no les molestaran en absoluto.

—Uno pensaría que están caminando sobre pasto muy suave —Brote de Raíz le murmuró a Charca de Hiedra.

—Quizá sus almohadillas son más gruesas que las nuestras —le respondió ella.

A medida que se acercaba el mediodía, Charca de Hiedra notó que sus pasos se volvían más lentos; ya estaba cansada por el caótico rescate de los gatos monteses y, hasta el momento, no había señales de presas. El aire estaba limpio y frío; no había llovido desde la tormenta y todos los charcos se habían secado. Podía ver que a sus compañeros también les estaba

costando el trayecto, especialmente a Ronroneo Acechante, que estaba cargada con sus crías.

—¡Nívea! —llamó a la gata del Clan del Río—. Tenemos que parar a descansar y cazar.

Todos los gatos se detuvieron; Nívea se acercó para hablar con Charca de Hiedra cara a cara.

—He estado buscando agua —maulló la gata blanca—. Necesitamos beber, y si hay agua, es probable que también haya presas. Pero no hemos visto ni un poco, y lo único que huelo es el lugar donde se ahoga el sol.

Charca de Hiedra se dio cuenta de que tenía razón. El olor acre del aire ahogaba cualquier otro aroma.

—Supongo que tendremos que seguir adelante —maulló con resignación.

—Podemos encontrarles agua fresca —declaró Salto Torpe—. Al menos, eso creo.

Charca de Hiedra intercambió miradas con los otros gatos viajeros. Se preguntó si los gatos monteses habían estado encarcelados durante tanto tiempo que habían perdido sus habilidades de supervivencia.

—Por favor, inténtenlo —instó, reprimiendo sus dudas.

Ambos gatos monteses levantaron el hocico al aire y giraron gradualmente en círculo, olfateando profundamente mientras se movían. Finalmente, Ronroneo Acechante levantó la cola y señaló.

—Por allí —maulló.

Salto Torpe asintió con la cabeza.

—Sígannos —le dijo a los gatos de Clan.

Charca de Hiedra aún no estaba segura de creerle a los gatos monteses, pero se guardó sus dudas. Y un rato después se alegró de haberlo hecho, cuando los gatos monteses los condujeron a la cima de una hondonada rocosa con un charco de agua en el fondo.

Todos los gatos bajaron de un salto para beber y saciar su sed. Cuando Charca de Hiedra terminó y se sacudió las gotas de los bigotes, se volvió hacia su hermana, que estaba agachada a su lado.

—¿Sabes? Esto es muy raro —murmuró—. Nosotros podemos oler el agua cuando está cerca, pero no a tanta distancia, y no cuando lo único que olemos es el lugar donde se ahoga el sol.

Ala de Tórtola asintió.

—Estoy muy impresionada —ronroneó.

—¿Cómo lo hicieron? —preguntó Zarpa Silbante—. No teníamos ni idea de que había agua aquí, pero nos trajeron directamente hasta ella.

Los dos gatos monteses bajaron la cabeza, avergonzados.

—Nos hemos sorprendido un poco a nosotros mismos —contestó Salto Torpe—. Ha pasado mucho tiempo desde que usamos estos sentidos. Pero algunas cosas estaban tan arraigadas en nosotros desde que éramos cachorros que supongo que no se pueden olvidar.

Ronroneo Acechante continuó:

—Nos criaron creyendo que estamos profundamente conectados con los elementos (la tierra, el agua y el aire) y que cada elemento tiene espíritus: los espíritus de nuestros antepasados. Mientras honres a esos espíritus, los elementos se te presentarán cuando los necesites, o los espíritus te protegerán de ellos.

—Eso es… muy hermoso —exhaló Zarpa Silbante.

—Me recuerda un poco a las Hermanas —Brote de Raíz maulló—, y a cómo crían a sus gatos machos para que se conecten con la tierra. Solía pensar que mi padre, Árbol, era raro por eso, pero ahora empiezo a ver que hay algo de cierto en ello. Siento un gran respeto por ustedes, gatos monteses.

—Nosotros también los respetamos —respondió Salto Torpe—. Aunque nos llamamos «gatos monteses», hace mucho tiempo que no vivimos en la naturaleza como ustedes, los gatos de Clan. Para ser sincero, nos pone nerviosos estar aquí sin muros que nos protejan y sin Dos Patas que nos alimenten.

—Cazar también es un instinto —los tranquilizó Ala de Tórtola—. Lo recuperarán en poco tiempo.

—Pero los gatos de Clan haremos la primera caza —Nívea añadió—. Solo hasta que ustedes se acostumbren nuevamente a cazar.

Aunque los gatos ya no tenían sed, seguían hambrientos, pero no había presas alrededor del estanque, y habían pocos lugares donde pudieran esconderse en ese tramo de tierra desnuda.

—Tendremos que bajar por el acantilado e intentar cazar en la orilla —suspiró Brote de Raíz.

Charca de Hiedra no pudo discutir en contra de eso, aunque no quería hacer lo que sugería el gato del Clan del Cielo. El recuerdo de las gaviotas y los cangrejos aún era demasiado vívido.

—Supongo que Nívea podría pescar un pez —murmuró.

Las nubes habían cubierto el sol cuando los gatos llegaron a la orilla. El calor de la mañana se había desvanecido y soplaba un viento frío que azotaba las olas del lugar donde se ahoga el sol y las convertía en crestas blancas y espumosas. Quizá por eso no había tantos Dos Patas jugando en

la arena. Aun así, los gatos no querían ser vistos, y Brote de Raíz, tomando la iniciativa esta vez, eligió un camino al pie del acantilado, escabulléndose detrás de rocas y montículos de arena.

Finalmente llegaron a las rocas negras y puntiagudas que habían visto en su primera visita: las rocas que Zarpa Silbante había reconocido de su visión. Sus lados eran escarpados y terminaban en puntas afiladas; el agua se acumulaba alrededor de la base y había una franja de arena húmeda entre ellas y la orilla.

—Tenemos que rodearlas —maulló la curandera—. Si el sendero es el que vi, entonces está al otro lado.

—De acuerdo, entonces tendremos que estar atentos al agua —Nívea respondió—. No queremos que suba y nos corte el paso.

—Pero parece que se está moviendo hacia atrás —señaló Ala de Tórtola, inclinando las orejas hacia la arena húmeda—. Sugiero que cacemos antes de seguir adelante.

Salto Torpe y Ronroneo Acechante se sentaron a observar mientras los gatos de Clan se dispersaban en busca de presas. Charca de Hiedra vio a Nívea acercarse a la orilla del agua, mientras Brote de Raíz y Ala de Tórtola desaparecían entre las rocas. Zarpa Silbante comenzó a hurgar entre los restos que las olas habían arrastrado hasta la orilla, olfateando con cuidado.

Charca de Hiedra se dirigió al estanque más cercano y se agachó en el borde, con la esperanza de ver algún pez. No vio ninguno, pero adheridos a la roca bajo el nivel del agua había varios pares de conchas oscuras, con algún tipo de criatura carnosa en su interior.

—No son más que un bocado —murmuró para sí misma—, pero son mejor que nada.

Metió la pata en el agua y empezó a arrancar a las criaturas de la roca y sacarlas del agua. Había sacado varias cuando oyó un grito de Zarpa Silbante.

—¡Vengan a ver esto!

Charca de Hiedra corrió hacia donde estaba Zarpa Silbante, mirando algo entre los restos. Ala de Tórtola y Brote de Raíz se les unieron un instante después, e incluso los gatos monteses se acercaron para echar un vistazo.

Zarpa Silbante estaba señalando una masa redonda, tan frágil que Charca de Hiedra podía ver a través de ella la arena que había debajo. Tenía unos largos tentáculos que colgaban de un lado.

—¿Qué es eso? —preguntó Ala de Tórtola.

Salto Torpe negó con la cabeza.

—No recuerdo haber visto nunca uno de esos.

—Más importante aun, ¿se puede comer? —Brote de Raíz maulló. Se agachó y le dio un mordisco cauteloso a un lado—. ¡Oh, puaj! —exclamó, levantándose de un salto y pasándose la lengua por las mandíbulas una y otra vez—. No, no se puede comer —gruñó.

Nívea llegó dando brincos desde la orilla del agua con un pequeño pez entre las mandíbulas. Miró con curiosidad la masa gelatinosa.

—Ni se te ocurra comerlo —le advirtió Brote de Raíz.

—No lo haría —balbuceó Nívea con la boca llena—. Se ve asqueroso. Vamos —continuó—. Podemos compartir este pez. Sé que no es mucho, pero es lo mejor que puedo ofrecer.

—Yo atrapé un ave —anunció Ala de Tórtola—. Ya voy a buscarla. —Salió corriendo entre las rocas.

—Y yo tengo unas conchas raras. —Charca de Hiedra los guió hasta su estanque; ella y Brote de Raíz llevaron las presas hasta el pie del acantilado, seguidos por los gatos monteses.

Cuando todas las presas estuvieron dispuestas sobre la arena, parecían una colección lamentablemente pequeña y no especialmente apetecible. Charca de Hiedra tenía el estómago vacío y sabía que los demás debían de sentir lo mismo, pero nadie iba a comer más que un par de bocados. Y Ronroneo Acechante, en particular, necesitaría más que eso si quería dar a luz a crías sanas.

—¿Ustedes comían este tipo de cosas cuando vivían en la naturaleza? —preguntó Charca de Hiedra a los gatos monteses.

Salto Torpe negó con la cabeza.

—No, si es que podíamos evitarlo —respondió—. Cacerías como esta eran una de las razones por las que nos habíamos resignado a quedarnos en la guarida de Dos Patas.

De repente, una sombra pasó por encima de la cabeza de Charca de Hiedra. Al levantar la mirada, vio un destello de alas blancas cuando una gaviota se abalanzó y atrapó el pez de Nívea con las garras. Charca de Hiedra sintió un terror absoluto y se escondió entre las rocas negras. Pensaba que las gaviotas eran más peligrosas que cualquiera de los extraños animales que había en las jaulas de los Dos Patas.

Entonces Charca de Hiedra oyó un graznido ahogado y se asomó desde su refugio para ver a la gaviota aplastada bajo la pata de Ronroneo Acechante, que le había clavado las garras en el vientre. El ave había soltado el pescado, que yacía junto a sus alas inquietas. Ronroneo

Acechante inclinó la cabeza y le dio a la gaviota un mordisco mortal en el cuello.

—¡Wow! —exclamó Charca de Hiedra—. ¡Eso fue impresionante!

Los demás gatos de Clan salieron de sus escondites para mirar la gaviota y repetir el asombrado elogio de Charca de Hiedra.

—Eso me recuerda a la forma de cazar que tiene la Tribu de las Aguas Rápidas —comentó Nívea—. A veces utilizan presas pequeñas para atraer aves grandes, justo así, pero ninguno de nosotros se habría enfrentado a una gaviota.

—Las gaviotas son lo peor —Brote de Raíz coincidió—. Ese fue un verdadero reflejo de cazador, Ronroneo Acechante. No has perdido tu habilidad.

Ronroneo Acechante inclinó la cabeza.

—Gracias —murmuró—. Aprendimos a cazar gaviotas antes de que nos capturaran los Dos Patas. Ya han visto lo escasas que son las presas por aquí, excepto por las gaviotas. Son muy grandes y agresivas, pero tuvimos que aprender a cazarlas, o morir de hambre.

—Bueno, me alegra que eligieran la primera opción —maulló Ala de Tórtola—. ¡Ahora comamos, antes de que *yo* muera de hambre!

Los gatos de Clan se reunieron alrededor de la gaviota sin vida, pero antes de que pudieran dar un mordisco, Ronroneo Acechante levantó una pata para detenerlos.

—Primero debemos inclinar la cabeza —murmuró.

—Tenemos que dar gracias a los espíritus del aire por el regalo de esta gaviota y la otra ave —explicó Salto Torpe—, y daremos las gracias a los espíritus del agua por darnos los peces y las conchas, e incluso esa cosa gelatinosa.

—¿Dar las gracias a los espíritus por la cosa gelatinosa? —murmuró Brote de Raíz.

Charca de Hiedra intercambió una mirada de aprecio con Brote de Raíz. «*Quizá estos gatos no sean tan diferentes de nosotros después de todo*», pensó.

—Te damos las gracias, Clan Estelar, por estas presas —añadió cuando los gatos monteses hubieron pronunciado su agradecimiento a los espíritus.

Cuando ella y sus compañeros se sentaron a comer, charlando cómodamente entre bocado y bocado, Charca de Hiedra no notó ninguna incomodidad entre los dos grupos. Por primera vez desde que habían

liberado a los gatos monteses, sintió que realmente pertenecían juntos para afrontar la siguiente parte de su viaje.

Con el estómago cómodamente lleno, los gatos caminaron alrededor del afloramiento de rocas negras, ahora que el agua se había retirado, y encontraron un lugar protegido para hacer lechos en un montículo de arena suave y tallos de pasto extendidos.

—Cuéntennos más sobre Estrella de Galerna —sugirió Salto Torpe cuando todos estuvieron acurrucados juntos—. ¿Cómo la encontraron?

Nívea comenzó la historia de cómo habían atravesado el Árbol Estelar y cómo dos gatos monteses los habían llevado a un valle donde encontraron a Estrella de Galerna entre muchos otros gatos, en su mayoría gatos monteses, pero algunos que parecían gatos de Clan.

—Nos contó que era la líder del Clan del Viento y que se enamoró de Estrella Rayada, que lideraba el Clan del Trueno. Finalmente, unieron sus Clanes para poder estar juntos; el nuevo Clan se llamaba…

—El Clan de la Tormenta —interrumpió Ronroneo Acechante, con los ojos brillantes—. Crecimos escuchando esa historia, sobre cómo los gatos monteses la rescataron y ella y sus crías vinieron a vivir con nosotros.

Salto Torpe asintió.

—En una ocasión, varios gatos monteses fueron a buscar a los gatos de Clan, con la esperanza de que pudieran ayudar a restaurar nuestro número cada vez menor. Pero nunca encontraron a ninguno. Al final, dos jóvenes gatos monteses, tratando de demostrar su valor, como hacen los gatos jóvenes, partieron en busca de los Clanes y nunca regresaron. Y después de eso, los gatos monteses decidimos que Estrella de Galerna en realidad nunca había existido y que los gatos de Clan eran solo una historia que se le contaba a los cachorros.

—Cuando ustedes aparecieron afuera de nuestra jaula —continuó Ronroneo Acechante—, no podíamos creer lo que veíamos. ¿Gatos de Clan? ¿Eran reales después de todo?

Charca de Hiedra bajó la cabeza, avergonzada.

—Espero que no los decepcionemos —maulló.

—En absoluto —insistió Salto Torpe—. Son tan inteligentes y valientes como dicen las viejas historias.

—Nosotros nos vimos igual de sorprendidos que ustedes al conocerlos —declaró Zarpa Silbante—. Llevaba tiempo teniendo visiones y no tenía ni idea de lo que significaban. Pero al conocerlos de esta manera… las visiones cobran sentido y ahora entiendo lo que tenemos que hacer. Tenemos una deuda con su especie porque ayudaron a Estrella de Galerna

y a sus cachorros, así que me alegra poder saldar esa deuda al ayudarlos ahora. —Respiró hondo, extasiada—. ¡Gracias, Clan Estelar, por reunirnos!

—Y nosotros damos gracias a los espíritus del aire, la tierra y el agua —ronroneó Salto Torpe—. Gracias por guiar nuestras patas por el camino correcto.

El sol se ponía mientras los gatos se quedaban dormidos, bostezando y acurrucándose en la suave arena. Pero Charca de Hiedra sentía que el sueño estaba muy lejos. En cambio, contemplaba la brillante luz amarilla y el rojo ardiente que surcaba el cielo y se reflejaba en el agua.

—Es tan hermoso… —murmuró para sí misma.

Por alguna razón, el magnífico espectáculo le recordó a Escarcha Erizada. De repente, se dio cuenta de que no había pensado en su hija perdida en todo el día; la huida de la guarida de los Dos Patas y el viaje hasta el lugar donde se ahoga el sol habían ocupado toda su mente.

Reflexionando sobre la creencia de los gatos monteses de que los espíritus de sus antepasados estaban en el aire, en el agua y en la tierra, Charca de Hiedra se preguntó si era posible que Escarcha Erizada estuviera en esa puesta de sol. «*¿Podría habérmela enviado para ayudarme a consolar mi dolor?*».

Entonces Charca de Hiedra negó con la cabeza, apartando la idea como si fuera una mosca molesta. «*¡Cerebro de ratón!*», se reprendió a sí misma. Por mucho que le gustara creer que Escarcha Erizada formaba parte de la puesta de sol, esa era una creencia de los gatos monteses, no suya.

Pero aun así, mientras el sueño finalmente se apoderaba de Charca de Hiedra, mantuvo la mirada fija en el ardiente atardecer.

—Es muy precioso… —susurró—. Venga de donde venga.

CAPÍTULO 22

Charca de Hiedra se detuvo, sacudiendo cada una de sus patas cansadas a su vez y contemplando la empinada pendiente que tenía delante. Habían pasado unos días desde que habían llegado al lugar donde se ahoga el sol; habían encontrado el sendero que atravesaba los acantilados y conducía a las montañas, tal y como Estrella de Galerna había dicho que lo harían. Pero la líder nunca había mencionado lo difícil que sería subir por el sendero.

«*Si lo hubiera hecho, tal vez habríamos abandonado esta misión antes de comenzarla*», pensó Charca de Hiedra con amargura, aunque en el fondo de su corazón sabía que aun así habrían seguido con su búsqueda hasta el final.

La subida había sido más difícil para Ronroneo Acechante, cuyo vientre se hacía cada vez más pesado, y se habían detenido con frecuencia para darle la oportunidad de descansar. Charca de Hiedra esperaba que los cachorros no nacieran hasta que hubieran encontrado el lugar que buscaban. Ronroneo Acechante y Salto Torpe ya habían perdido dos camadas, y Charca de Hiedra estaba desesperada por que estos cachorros nacieran sanos.

Ahora, por fin, después de lo que parecieron lunas de escalada y descanso, se acercaban a la cima de la colina. Los últimos pasos fueron los más difíciles, pero al fin todos se encontraron juntos en la cima.

—¡Esto es… increíble! —exclamó Brote de Raíz.

Desde allí, Charca de Hiedra contempló un enorme bosque, denso y similar al territorio del Clan del Trueno, pero mucho más extenso, enclavado en un valle entre dos montañas. Incluso en la estación sin hojas, la vista era preciosa. Charca de Hiedra abrió las fauces para saborear el aire y percibió una mezcla de olores: vegetación en descomposición, diferentes animales e incluso un ligero olor a Dos Patas.

Entre los árboles vio trozos de madera planos con marcas. Le recordaban al que habían visto junto al lago.

—¿Creen que esas son marcas fronterizas de Dos Patas? —preguntó.

—Probablemente —Nívea le respondió, moviendo la cola con irritación—. Espero que eso no signifique que nos tropezaremos con Dos Patas donde sea que vayamos a poner las zarpas.

—El olor a Dos Patas no es muy fuerte —señaló Charca de Hiedra.

Nívea olfateó por sí misma.

—Tal vez —admitió.

Con cautela, con Brote de Raíz a la cabeza, los gatos se dirigieron por el sendero hacia el bosque. La pendiente era empinada, con rocas que sobresalían aquí y allá; Charca de Hiedra notó que Salto Torpe caminaba cerca de Ronroneo Acechante, guiándola y asegurándose de que estuviera a salvo.

—Hoy parecen más preocupados que de costumbre —comentó Charca de Hiedra en voz baja—. ¿Está todo bien?

—Podemos sobrellevarlo —Ronroneo Acechante contestó—, pero tienes razón, estamos preocupados. Como dije antes, no es la primera vez que tengo cachorros. He perdido dos camadas antes de esta. En aquel entonces, sentí que tomar la comida de los Dos Patas era mi mejor oportunidad de dar a luz a crías sanas, pero me equivoqué. Y ahora ustedes dicen que Estrella de Galerna les dijo que los Dos Patas se habrían llevado a estas crías si hubieran sobrevivido… —Dudó, parpadeando pensativa—. Me siento muy culpable. ¿Y si tomé la decisión equivocada para estos cachorros? ¿O si tomé la decisión equivocada antes y condené a mis camadas anteriores?

—Es difícil saber si estás haciendo lo correcto para tus crías —maulló Charca de Hiedra con suavidad, pensando en sus propios hijos y en cómo había permitido que Escarcha Erizada entrara al Bosque Oscuro. Esa había sido una decisión desastrosa—. Eso siempre será así. Por desgracia, es parte de ser madre.

Ronroneo Acechante ladeó la cabeza.

—Es cierto. Y tengo que recordar que aquí fuera no tengo un suministro regular de comida, pero al menos soy *libre*. Si mis cachorros nacen sanos, nadie podrá quitármelos. Ellos también serán libres. Eso es muy importante.

Charca de Hiedra cayó en un silencio contemplativo, mientras las palabras de la gata montés se repetían en su mente. Salto Torpe se adelantó un par de pasos, dejando a Ronroneo Acechante caminando junto a Charca de Hiedra.

—¿Dije algo malo? —preguntó Ronroneo Acechante.

—No, claro que no —Charca de Hiedra la tranquilizó—. Es que… últimamente he estado pensando mucho en la pérdida.

—¿Tú también has perdido crías? —preguntó la gata montés.

Charca de Hiedra asintió.

—Una hija, era una gata adulta. Se llamaba Escarcha Erizada. Era muy valiente, muy inteligente… Pensaba que ya había superado lo peor del duelo. Pero cuanto más parece que mi Clan sigue adelante, más atrapada me siento en mi dolor.

—Yo también he sentido ese dolor —Ronroneo Acechante contestó, acariciando con la cola el costado de Charca de Hiedra. Sus ojos brillaban con comprensión—. Perder hijos es muy duro. Pensé que nunca lo superaría.

—¿Cómo fuiste capaz de superarlo, sabiendo que tus cachorros se han ido para siempre? —preguntó Charca de Hiedra, luchando por no dejar que su voz temblara.

Ronroneo Acechante parpadeó con simpatía.

—Cada mañana me recuerdo a mí misma que solo porque no pueda ver a mis cachorros, no significa que hayan desaparecido. Estoy segura de que lo mismo ocurre con tu Escarcha Erizada.

Charca de Hiedra hizo una mueca de dolor al sentir una punzada familiar en el corazón. «*Parece que siempre acababa volviendo a este punto…*».

—Por desgracia, en el caso de Escarcha Erizada, eso es exactamente lo que significa. —Ronroneo Acechante ladeó la cabeza con curiosidad, y ahora a Charca de Hiedra le resultaba aun más difícil pronunciar las palabras—. Ella fue a un lugar llamado el Bosque Oscuro para luchar contra un gato malvado que intentaba destruir a los Clanes. Murió allí. Y si un gato muere en el Bosque Oscuro, su espíritu también muere. Así que ni siquiera tengo la esperanza de volver a ver a Escarcha Erizada en el Clan Estelar.

Durante unos latidos, Ronroneo Acechante permaneció en silencio, avanzando con cuidado por un tramo irregular del camino. Una vez que la superficie se volvió a allanar, se volvió hacia Charca de Hiedra.

—Sé que eso es lo que siempre has sabido, y no pretendo cuestionar tus creencias. Pero antes de emprender este viaje, ¿sabías que había gatos monteses en el mundo?

Charca de Hiedra negó con la cabeza, preguntándose qué tenía que ver eso con lo que estaban hablando.

—No.

—¿Habías visto alguna vez acantilados rocosos como los que hay junto al lugar donde se ahoga el sol?

Charca de Hiedra recordó la costa rocosa con ese olor tan extraño. Recordó las extrañas criaturas rocosas y las gaviotas de plumas blancas… y la captura triunfal de Ronroneo Acechante.

—No, nunca. Y si me hubieras hablado de algunas de las criaturas que vimos allí, no te habría creído.

Ronroneo Acechante asintió.

—¿Y alguna vez has visto animales como los de la guarida de los Dos Patas? ¿Sabías que se puede llegar a otro más allá pasando por un árbol hueco?

Charca de Hiedra se sorprendió por la avalancha de preguntas.

—No —respondió—. Todo fue nuevo… No sabía nada de eso. ¿Qué intentas decirme?

Ronroneo Acechante asintió, como si la respuesta fuera exactamente la que esperaba.

—Entonces puedes ver que el mundo es más grande de lo que crees.

Charca de Hiedra miró fijamente a la gata montés. No podía discutir eso.

—De acuerdo…

—Y también lo es el más allá —maulló Ronroneo Acechante—. Estás llorando la pérdida de Escarcha Erizada basándote en lo que saben los Clanes. Pero los Clanes no lo saben todo. Solo ha hecho falta este viaje a las montañas para convencerte de ello.

Charca de Hiedra jadeó, sorprendida. «*¡Ronroneo Acechante tiene razón!*». ¿Y si su comprensión de lo que ocurría después de la muerte de un gato era tan limitada como los territorios de los Clanes en comparación con el enorme y vasto mundo?

Mientras seguía a sus compañeros colina abajo y se adentraba en el bosque desconocido, Charca de Hiedra se dio cuenta de que ella y sus

compañeros podrían ser los primeros gatos de Clan en ver este lugar. Nunca había sabido que existía y nunca habría tenido motivos para encontrarlo si no estuvieran guiando a los gatos monteses de vuelta con los de su propia especie. Y eso significaba que había muchas otras cosas que ella no sabía. Muchos espacios y formas de existir que nunca se le habían ocurrido. Y en uno de esos lugares, podría encontrar a Escarcha Erizada. Quizá no en la forma en que su hija la había dejado… pero ahora Charca de Hiedra consideró que el el espíritu de Escarcha Erizada podía adoptar cualquier forma.

De repente, Charca de Hiedra vio el paisaje que tenía delante con nuevos ojos. Podía ver la belleza de cada árbol, la forma de sus ramas y el color de sus hojas. Podía inhalar profundamente sus aromas y disfrutar del susurro de la brisa y el canto de las aves. Quería correr y saltar como una cría y meter la nariz en cada arbusto y cada mata de helechos. ¡Se sentía viva de nuevo!

En lugar del implacable dolor que había soportado por Escarcha Erizada, un nuevo sentimiento surgió en el corazón de Charca de Hiedra: gratitud. Se dio cuenta de que había tenido suerte de ser una de las pocas gatas que alguna vez llegaría a ver estas hermosas tierras ocultas. «*Y también debería estar agradecida por haber tenido a Escarcha Erizada durante todo ese tiempo*».

Ahora Charca de Hiedra podía ver que podría ni siquiera haber conocido a Escarcha Erizada. Ser su madre había sido un regalo precioso, aunque solo hubiera sido por poco tiempo. Y participar en esta misión también era un regalo, ya que le había permitido conocer a Ronroneo Acechante, una gata montés que la había ayudado a ver las cosas de otra manera.

—Gracias —le murmuró a Ronroneo Acechante—. No sabes lo mucho que eso significa para mí.

La gata montés le lamió la oreja en respuesta.

El sendero continuaba a través del bosque. El dosel era tan denso que los gatos no podían ver el sol, pero por el cambio en la luz, Charca de Hiedra supuso que ya había pasado el mediodía. Estaba a punto de sugerir que se detuvieran a descansar y cazar cuando el camino dio un giro brusco. La luz se filtraba a través de un hueco entre los árboles, y Charca de Hiedra vio que habían llegado a un Sendero Atronador.

Todos los gatos se alinearon a lo largo del borde, intercambiando miradas ansiosas; todos sabían lo peligrosos que podían ser los Senderos Atronadores. El olor acre de los monstruos era fuerte y fresco, pero incluso

con las orejas aguzadas, Charca de Hiedra no podía oír el rugido de su acercamiento.

Nívea asintió.

—Parece que está bien.

Charca de Hiedra puso una pata delantera sobre la dura superficie negra del Sendero Atronador; los otros gatos también comenzaron a cruzar.

—¡Alto! —El grito ronco vino de Brote de Raíz, que estaba de pie con terror en los ojos y el pelaje de los hombros erizado—. ¡Alto! —repitió—. ¡Vuelvan!

Capítulo 23

Charca de Hiedra no podía ver nada malo. No había señales de ningún monstruo, solo el Sendero Atronador que serpenteaba a su lado como una enorme serpiente negra. Todos los gatos se habían detenido y miraban fijamente a Brote de Raíz.

—¡Dije que vuelvan! —aulló. Se abalanzó hacia delante, agarró a Zarpa Silbante por el hombro y la arrastró hacia el pasto alto—. ¡Ahora! ¡Rápido!

Captando su urgencia, Charca de Hiedra bajó de un salto de la superficie y tropezó hasta el refugio de un avellano. Sus compañeros también se retiraron, todos con un aspecto tan desconcertado como el de ella.

Tan pronto como estuvieron a salvo, un rugido familiar estalló en el aire y un monstruo apareció a toda velocidad por la curva. Iba tan rápido que Charca de Hiedra apenas tuvo tiempo de apreciar su color brillante antes de que volviera a desaparecer, y su ruido se desvaneció hasta que solo quedó una nube de humo maloliente.

A Charca de Hiedra le temblaban todas las extremidades. Sin la advertencia de Brote de Raíz, ninguno de ellos habría llegado al otro lado del Sendero Atronador. El monstruo los habría aplastado a todos. A Charca de Hiedra se le vino a la mente la imagen de ella y sus compañeros tendidos sin vida sobre la superficie negra; apretó los ojos con fuerza, como si eso pudiera alejar el horror.

La voz firme de Salto Torpe la devolvió a la realidad.

—Eso fue… muy extraño —le maulló a Brote de Raíz—. Esa bestia retumbante podría habernos matado a todos. ¿Cómo sabías que iba a venir?

Brote de Raíz dudó, como si le costara responder, pero luego pareció recomponerse.

—Sé que esto va a sonar extraño, pero… puedo ver los fantasmas de los gatos que han muerto pero aún no han pasado al más allá —explicó. Él también parecía conmocionado, con los bigotes temblorosos—. Sí, escuché tu advertencia —continuó, mirando algo que Charca de Hiedra no podía ver—. No intentaremos cruzar el Sendero Atronador por aquí.

—¡Entonces los fantasmas nos salvaron! —dijo Zarpa Silbante con voz temblorosa—. Brote de Raíz, ¡por favor, diles lo mucho que les agradecemos!

Brote de Raíz asintió.

—Gracias, de parte mía y de todos mis amigos —maulló al aire.

Salto Torpe parpadeó con asombro.

—Nunca había oído hablar de ningún gato capaz de ver a los muertos.

—Heredé el poder de mi padre, Árbol —Brote de Raíz explicó—. Él nació fuera de los Clanes, en un grupo llamado las Hermanas, que pueden ver a los muertos.

Aquello no era ninguna novedad para Charca de Hiedra ni para ninguno de los gatos de Clan; ella sabía que todos recordarían cómo Brote de Raíz había visto al espíritu de Estrella Zarzosa después de que el usurpador Cenizo robara el cuerpo del líder del Clan. Pero seguía siendo lo suficientemente extraño como para inquietarlos, haciéndolos mover las patas e intercambiar miradas dudosas. Ahora Brote de Raíz parecía prepararse para la misma reacción de parte de los gatos monteses.

Sin embargo, los gatos monteses no podían superar su asombro.

—¿Cuándo descubriste que tenías este poder? —preguntó Ronroneo Acechante.

—Cuando vi al espíritu del líder del Clan del Trueno —Brote de Raíz respondió—. Y él no estaba exactamente muerto. Pero esa es una larga historia, tal vez la cuente cuando nos instalemos para pasar la noche.

—¿Ocurre todo el tiempo? —maulló Salto Torpe con curiosidad.

Brote de Raíz se estremeció ligeramente.

—Más a menudo de lo que me gustaría —admitió—. Pero es útil, así que no me quejo.

—Entonces, ¿quiénes eran estos gatos fantasmas? —continuó Salto Torpe—. ¿Por qué no se han dispersado y vuelto uno con los elementos?

—¿Y están aquí ahora? —Ronroneo Acechante añadió.

—No sé por qué no se han «dispersado» —contestó Brote de Raíz—. Pero sí, siguen aquí, hay muchos, justo allí. —Señaló con la cola un punto a unas cuantas colas por el borde del Sendero Atronador—. Me advierten que no intentemos cruzar el Sendero Atronador por aquí, porque aquí es donde todos perdieron la vida.

—¿Todos? —Nívea parecía conmocionada hasta la punta de las garras.

Brote de Raíz asintió.

—Me lo explicaron —le dijo—. Debido a la forma en que el Sendero Atronador se curva justo aquí, los monstruos no pueden vernos cruzar y nosotros no podemos verlos hasta que están muy cerca. Además, todos estos árboles amortiguan el sonido de la llegada de los monstruos.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —Ala de Tórtola preguntó.

Brote de Raíz pareció escuchar durante un momento.

—Conocen un lugar más seguro, en otro tramo del Sendero Atronador —maulló, señalando con la cola—. Uno de ellos nos guiará hasta allí.

Se puso en marcha por el borde del Sendero Atronador y los demás gatos lo siguieron. Charca de Hiedra forzó la vista para ver si podía distinguir al gato fantasma que los guiaba, pero no vio nada, ni siquiera el más mínimo destello. «*¿Pero realmente quieres verlo?*», se preguntó.

—¿Puedes preguntarle al fantasma si sabe algo sobre los peligros que nos esperan en nuestro camino? —preguntó Nívea.

Brote de Raíz transmitió la pregunta y luego esperó en silencio, como si estuviera escuchando la respuesta.

—El fantasma no puede decirme mucho sobre lo que nos espera en nuestro camino —les dijo a los demás después de unos momentos—. Él y los demás espíritus solo cruzaron porque estaban persiguiendo presas, y nunca se alejaban mucho. Algunos de ellos eran mascotas. —Mientras avanzaban sigilosamente por el borde del Sendero Atronador, varios monstruos más pasaron a toda velocidad en ambas direcciones; los pequeños Senderos Atronadores que rodeaban el lago no eran tan peligrosos. Charca de Hiedra se estremeció cuando el rugido resonó en sus oídos y sintió náuseas al percibir el olor acre.

Finalmente, Brote de Raíz se detuvo.

—Este es el lugar más seguro para cruzar —anunció. Volviéndose hacia donde Charca de Hiedra supuso que podía ver al fantasma, inclinó la

cabeza respetuosamente y añadió—: Gracias otra vez, y que el Clan Estelar ilumine tu camino.

El Sendero Atronador se extendía recto en ambas direcciones durante un tramo tan largo que los gatos podrían ver a los monstruos mucho antes de que se acercaran lo suficiente como para ser peligrosos. Alineándose junto a sus compañeros en el borde, Charca de Hiedra divisó un solo monstruo, tan lejos que parecía un escarabajo con alas brillantes. Aunque al principio parecía estar lejos, se desplazaba tan rápido que solo pasaron unos instantes antes de que pasara por el lugar donde esperaban los gatos.

Cuando se hubo ido, el Sendero Atronador quedó despejado en ambas direcciones.

—Muy bien —dijo Nívea—. Cuando diga «Corran», *¡corran!* —Miró de un lado a otro; todo seguía despejado—. ¡Corran!

Charca de Hiedra saltó hacia adelante, sus patas apenas tocaban la dura superficie negra mientras corría sobre ella. Era consciente de que tenía a Zarpa Silbante a un lado y a Ala de Tórtola al otro. Luego se lanzó a la seguridad de una mata de helechos; jadeando, miró a su alrededor para ver que todos los gatos habían cruzado sanos y salvos.

Todos permanecieron agachados entre los helechos durante unos momentos; Charca de Hiedra sintió que su corazón acelerado se calmaba y que su pelaje volvía a alisarse.

Finalmente, Brote de Raíz se puso de pie.

—Gracias al Clan Estelar que terminó —declaró—. Vamos, volvamos a encontrar el camino.

Durante los dos días siguientes, los gatos avanzaron con dificultad, subiendo sin descanso por las montañas. El bosque que atravesaban era más denso que los bosques que rodeaban el lago, los árboles eran más altos y tenían troncos enormes. Matorrales de zarzas y matas de helechos marrones cubrían el suelo, de modo que no podían ver muy lejos en ninguna dirección.

—Este lugar parece muy salvaje —murmuró Charca de Hiedra, con un escalofrío que era en parte miedo y en parte deliciosa expectación—. Y puedo oler tantas presas… y oír a pequeñas criaturas revolviéndose entre la maleza. Comeremos bien esta noche, cuando paremos para cazar.

—¿Crees que nos estemos acercando al final de este viaje? —Nívea le preguntó a Zarpa Silbante—. Sé que lo que estamos haciendo es

importante, pero me preocupa lo que pueda estar pasando en el Clan del Río. ¡Necesito volver a casa!

Zarpa Silbante asintió y le tocó el hombro a la gata mayor.

—Tengo el presentimiento de que pronto encontraremos a otros gatos monteses —la tranquilizó.

—Yo también —maulló Salto Torpe, con una voz que parecía un ronroneo salido de lo más profundo de su pecho.

—Sí, puedo sentir que deben de estar cerca —Ronroneo Acechante añadió alegremente.

La luz del día comenzaba a desvanecerse; el sol estaba bajo en el cielo, proyectando sombras profundas sobre el suelo. Brote de Raíz iba delante, abriéndose paso a través de una amplia franja de helechos junto a uno de los senderos de los Dos Patas que atravesaban el bosque. Entonces, más adelante, Charca de Hiedra vio unas luces que se movían en la penumbra, como luciérnagas, pero más grandes.

—¿Qué es eso? —preguntó ,sorprendida.

Brote de Raíz se detuvo.

—¡Abajo! —gruñó—. ¡Silencio!

Charca de Hiedra y el resto de los gatos se echaron al suelo; Charca de Hiedra sintió que el pelaje de su cuello comenzaba a erizarse al oír voces de Dos Patas que se acercaban junto con las luces. Asomándose por un hueco entre los helechos, vio a un grupo de Dos Patas (dos adultos y dos cachorros) que se acercaban desde la dirección opuesta, bajando por la pendiente. En sus patas sostenían lo que parecían palos gruesos que emitían largos haces de luz.

—Qué raro —susurró Ala de Tórtola.

Cuando los Dos Patas se hubieron ido, los gatos continuaron su camino en la penumbra. Intentando ocultar lo cansadas que tenía las patas, Charca de Hiedra admiró los poderosos movimientos de los gatos monteses. Aunque eran solo un poco más grandes que los gatos de Clan, parecían más fuertes, más rápidos y más resistentes. El vientre de Ronroneo Acechante había crecido mucho, pero ella seguía adelante sin quejarse.

El sol se estaba poniendo justo en el horizonte cuando los gatos salieron del bosque y se encontraron en la cima de la colina. Frente a ellos, una pendiente pronunciada descendía hacia un río, con una cascada que caía por la ladera opuesta.

—¡Es tan bonito! —murmuró Charca de Hiedra.

Junto al río había afloramientos rocosos que servirían de refugio, árboles que daban sombra al agua y una espesa vegetación en la orilla.

—Deberíamos pasar la noche allí abajo —sugirió Ala de Tórtola.

Brote de Raíz asintió.

—Parece que habrá muchas presas —maulló, pasándose la lengua por las mandíbulas.

Apenas había terminado de hablar cuando el aire se llenó de repente con el sonido de voces de Dos Patas. Otro de sus caminos conducía por la cresta; los gatos se habían concentrado tanto en el paisaje que no se habían dado cuenta de que los Dos Patas se acercaban con sus palos de luz, y el rugido de la cascada había ahogado los sonidos que hacían.

Charca de Hiedra se giró para enfrentarse a los Dos Patas. Era un grupo más grande, con más cachorros; se quedó paralizada, reprimiendo el pánico, cuando vio que tenían un perro. Uno de los cachorros señaló con sus patas delanteras y todo el grupo prorrumpió en exclamaciones. Un Dos Patas alto dio un paso adelante, dirigiéndose directamente hacia Ronroneo Acechante.

—¡Corran! —maulló Charca de Hiedra.

Bajó corriendo por la pendiente hacia el río, forzando sus músculos a tensarse y estirarse, hasta que tropezó con un bache en el suelo y rodó una y otra vez, con las patas y la cola ondeando en el aire. Podía oír a los Dos Patas gritando y al perro ladrando ruidosamente.

Charca de Hiedra no pudo detenerse y se estrelló contra una roca, quedando sin aliento. Jadeando, se puso de pie y vio que estaba a solo una cola de distancia del agua; la roca la había salvado. Mirando a su alrededor, vio que todos sus compañeros habían llegado a la orilla del río; en lo alto de la pendiente, los Dos Patas seguían avanzando, aunque el perro seguía ladrando y tirando de la correa que su dueño Dos Patas sostenía.

—¡Gracias al Clan Estelar que estamos todos a salvo! —exhaló.

Entonces oyó un jadeo de dolor y se volvió para ver que provenía de Ronroneo Acechante, que yacía de lado junto al río. Tenía la mandíbula abierta en un grito mudo de dolor. Al principio, Charca de Hiedra pensó que se había lesionado al caer por la pendiente, hasta que se dio cuenta de que fuertes ondulaciones recorrían todo su cuerpo.

—¡Oh, mis cachorros! —jadeó Ronroneo Acechante.

«*¡Oh, no!* —pensó Charca de Hiedra—. *¡Los cachorros de Ronroneo Acechante ya vienen!*».

CAPÍTULO 24

—¡Zarpa Silbante! —aulló Charca de Hiedra.

La joven curandera ya estaba corriendo por la orilla del río hacia la gata montés preñada. Ronroneo Acechante jadeaba rápidamente mientras Zarpa Silbante la examinaba, pasándole las patas por el vientre y olfateándola desde las orejas hasta la punta de la cola.

—¿En serio está pasando? —preguntó Ronroneo Acechante, con los bigotes temblando de nervios.

—Sí, los cachorros están en camino —Zarpa Silbante anunció por fin, con voz alegre.

Salto Torpe se había apresurado a acercarse mientras Zarpa Silbante examinaba a Ronroneo Acechante; ahora se agachó junto a su pareja y le lamió las orejas.

—¿Estará bien? —preguntó con ansiedad—. ¿Nuestros cachorros nacerán vivos?

—No podría soportar que murieran como mis dos primeras camadas. —La voz de Ronroneo Acechante temblaba.

—No veo por qué morirían —contestó Zarpa Silbante—. Puedo sentir cómo se mueven los cachorros y tú eres una gata fuerte y sana. Tu cuerpo está haciendo lo que debe hacer. Pero este no es el mejor lugar para que des a luz. Si encontramos un lugar mejor, todo debería salir bien.

Mirando a su alrededor, Charca de Hiedra comprendió lo que quería decir. Ronroneo Acechante estaba echada en la orilla del río,

peligrosamente cerca del agua. Además, estaba al descubierto, a la vista de cualquier Dos Patas o depredador que pudiera merodear por allí.

—Vamos —Charca de Hiedra instó a Nívea, Brote de Raíz y Ala de Tórtola—. Busquemos un lugar más seguro.

—De acuerdo, separémonos —sugirió Brote de Raíz.

Ala de Tórtola asintió.

—Así encontraremos un lugar más rápido.

Los cuatro gatos se dispersaron. Charca de Hiedra se dirigió río arriba, más cerca de la cascada. Donde el camino comenzaba a ascender abruptamente, vio un hueco entre las rocas, medio oculto por maleza y helechos; asomó la cabeza y descubrió que se extendía dos o tres colas de distancia y era lo suficientemente ancho como para que cupieran al menos Ronroneo Acechante, Salto Torpe y Zarpa Silbante. Estaba protegido del mal tiempo y oculto de cualquier depredador.

—¡Por aquí! —gritó, agitando la cola, y luego comenzó a arrancar algunos tallos de helechos y pasto para hacer un lecho acogedor.

Nívea, Ala de Tórtola y Brote de Raíz regresaron para ayudarla, mientras que Salto Torpe y Zarpa Silbante ayudaron a Ronroneo Acechante a ponerse de pie y la sostuvieron mientras se tambaleaba hacia la maternidad improvisada.

—Gracias, Charca de Hiedra —jadeó Ronroneo Acechante—. ¡Este es un lugar estupendo! Mucho mejor que dar a luz en esa guarida asquerosa con el Dos Patas dando golpes por todos lados y todos los animales aullando. —Respiró hondo, inhalando el aroma de los tallos de pasto de su lecho—. Es ideal —continuó—, estar tan cerca del pasto y del agua. Me da esperanza de que los espíritus de la tierra y el agua nos cuidarán, y que esta vez mis cachorros estarán bien.

Mientras se hundía en su lecho, exhaló un suspiro de alivio que se convirtió en un aullido de dolor cuando un pulso más fuerte le recorrió el costado.

—Siente mucho dolor. —Salto Torpe miró con miedo mientras se acomodaba junto a su pareja—. ¿Creen que eso significa que perderá a esta camada también?

—En absoluto —lo tranquilizó Nívea—. Es perfectamente normal sentir dolor al dar a luz. Yo misma he tenido dos camadas sanas, y parir *duele*, incluso cuando todo va bien.

Brote de Raíz se asomó a la cueva y luego retrocedió un paso; Charca de Hiedra reprimió una sonrisa al ver su expresión de vergüenza.

—Voy a… eh… quedarme aquí a fuera a vigilar —murmuró él torpemente.

—¡Gran idea, Brote de Raíz! —le dijo Charca de Hiedra—. Avísanos si ves algún Dos Patas o algún zorro.

Zarpa Silbante se agachó para unirse a los gatos monteses en la cueva, luego se volvió hacia las gatas de Clan.

—Por favor, quédense —murmuró, con cuidado de que Salto Torpe y Ronroneo Acechante no la oyeran—. He ayudado a Vuelo de Azor con partos, pero nunca ayudé a cachorros a nacer yo misma. Realmente necesito su ayuda.

—Por supuesto que nos quedaremos —le aseguró Charca de Hiedra; sospechaba que Zarpa Silbante lo haría perfectamente bien, pero le faltaba confianza. Hasta ahora, la aprendiza había afrontado con eficacia todas las exigencias del viaje.

—Buscaré musgo y lo mojaré para que Ronroneo Acechante pueda beber —Nívea maulló, alejándose hacia el río.

—Y yo le traeré un palo para que muerda cuando le vengan los dolores —añadió Ala de Tórtola.

Zarpa Silbante asintió en señal de agradecimiento y se deslizó dentro de la cueva para examinar a Ronroneo Acechante una vez más. Mientras tanto, Charca de Hiedra comenzó a recoger más helechos, pasto y musgo para hacer un lecho más cómodo y tener de sobra para cuando limpiaran a Ronroneo Acechante después del parto.

—Recuerdo haber dado a luz a mis cachorros en el gran Poblado de los Dos Patas —comentó Ala de Tórtola cuando regresó con un buen palo robusto—. Estaba muy asustada, ya que estaba lejos de los Clanes. Pero allí había un gato que era casi tan bueno como un curandero, y al final todo salió bien.

—No puedo imaginarme haciendo lo que tú hiciste —Charca de Hiedra respondió con un tono de admiración—. Para mí fue un momento feliz tener a mis cachorros en el Clan del Trueno, con Canción de Frondas allí, siendo tan servicial. Glayo y Corazón de Aliso me llevaban todas las hierbas que necesitaba, y sabía que estaría a salvo cuando Glayo estuvo allí para ayudarlos a nacer. Canción de Frondas y yo no podíamos creer lo hermosos que eran.

Una oscura ola de tristeza se apoderó de ella al recordar a Escarcha Erizada, la hija a la que nunca volvería a ver. Pero intentó obligarse a pensar de otra manera. Había visto nacer a Escarcha Erizada; había criado a su heroica hija durante muchas lunas. «*Y no renunciaría a ese tiempo*

por nada del mundo —pensó—. *Volvería a hacerlo todo de nuevo, aunque supiera que al final la perdería*».

Ala de Tórtola parpadeó con simpatía.

—Sí, dar a luz en un Clan es muy seguro. Es muy diferente a cuando tuve a mis cachorros en el Poblado de los Dos Patas. Me sentí muy feliz con todos los recursos y el amor de mi Clan a mi alrededor. Muy feliz de conocer a Pequeño Betulo y Pequeño Serbal.

Se le cortó la respiración cuando nombró al cachorro que había muerto, y Charca de Hiedra vio tristeza en sus ojos. Su corazón se estremeció de compasión por su hermana. «*Al igual que yo, está pensando en cómo lo perdió, no en lo maravilloso que fue tenerlo, aunque fuera por poco tiempo*». Se inclinó hacia su hermana y le lamió la oreja para consolarla.

—Pequeño Serbal sabía lo mucho que lo amabas —le susurró, en voz muy baja para que los demás no pudieron oírla—. Qué suerte tuvo de tenerte como madre.

Los ojos de Ala de Tórtola brillaron mientras frotaba su mejilla contra la de Charca de Hiedra.

—Gracias, hermana —le susurró en respuesta.

Cuando Nívea se acercó con la boca llena de musgo húmedo, Charca de Hiedra recordó: «*Ella también ha perdido hijos. Todos tenemos motivos para llorar*».

Una vez más, Charca de Hiedra recordó al hijo de Nívea, Insectero, que había muerto en el Bosque Oscuro; ella misma había presenciado su muerte cuando era guerrera del Bosque Oscuro. Al igual que Escarcha Erizada, su espíritu se había perdido, sin poder encontrar el camino al Clan Estelar.

—¿Estás bien, Nívea? —preguntó Charca de Hiedra—. Estoy feliz por los gatos monteses, pero me trae recuerdos tristes.

Nívea dejó el musgo en el suelo.

—¿Te refieres a Insectero? Como te dije antes, intento vivir mi vida para honrar su memoria. Y ningún gato ha nacido sin tener que lidiar con algo de tristeza.

«*Es muy sabia*», pensó Charca de Hiedra. Parecía que Nívea ya había comprendido lo que a Charca de Hiedra le había llevado lunas descubrir. «*Aún tengo motivos para estar agradecida, y no estoy sola*».

Era reconfortante saber que estas madres también compartían su dolor. Por un momento, sintió como si unos zarcillos invisibles las estuvieran

uniendo, haciéndolas más fuertes. «*Siempre podemos apoyarnos unas en otras*». Charca de Hiedra se prometió a sí misma recordar eso.

Entonces Nívea maulló:

—Bueno, quedarnos aquí paradas no ayudará a que nazcan estos cachorros.

Y las tres gatas se separaron para llevar sus ofrendas a Ronroneo Acechante.

La última luz del día se había ido hacía rato y la luna había salido. Charca de Hiedra, dormitando con Ala de Tórtola y Nívea en la entrada de la cueva, podía ver la silueta de Brote de Raíz, con las orejas erguidas, sentado de guardia junto al río. La noche era tranquila, y el único sonido era el chapoteo de la cascada, salvo por las suaves voces y movimientos dentro de la cueva. Charca de Hiedra supuso que el parto de Ronroneo Acechante iba bien y se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que sus cachorros hicieran su aparición.

Entonces, un maullido ensordecedor irrumpió en la tranquila noche. Las tres gatas se despertaron sobresaltadas y miraron hacia la cueva. Charca de Hiedra pudo ver a Zarpa Silbante inclinada sobre algo pequeño entre los helechos y, unos segundos después, empujó la diminuta forma hacia el vientre de Ronroneo Acechante.

—Tienes un hijo —maulló.

Charca de Hiedra apenas podía distinguir al pequeño gato, que mamaba vigorosamente la leche de su madre. Parecía fuerte y sano, con el pelaje atigrado de los gatos monteses.

—¡Está vivo! —exclamó Salto Torpe—. ¡Oh, míralo! ¡Qué pequeño hambriento y travieso! Gracias, Zarpa Silbante.

—Estaba muy asustada, pero ahora… —Ronroneo Acechante soltó un largo ronroneo—. ¡Es muy hermoso!

Los ojos de Salto Torpe brillaban de felicidad; inclinó la cabeza y lamió suavemente al gatito.

—Cazador —logró decir por fin—. Se llama Cazador.

Unos instantes después, otra fuerte contracción recorrió el vientre de Ronroneo Acechante y una segunda cría se deslizó entre los helechos.

—Esta es una hembra —Zarpa Silbante anunció.

Ronroneo Acechante extendió una pata y acercó a la nueva cachorra a su hermano.

—¡Mira lo larga y delgada que es! Deja un poco de leche para tu hermana, pequeño. Esta es Elástica —anunció—. ¡Oh, míralos! ¡Nunca imaginé lo maravillosos que serían!

Salto Torpe le dio un empujoncito con el hocico.

—¡Lo estás haciendo muy bien!

Charca de Hiedra sabía que habría un tercer cachorro, por lo que les había dicho Estrella de Galerna, pero durante mucho tiempo no pasó nada más. Ronroneo Acechante estaba haciendo fuerza, pero no salía ningún cachorro.

Salto Torpe parpadeó con incertidumbre, mirando a Zarpa Silbante, que parecía preocupada.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No estoy segura. Sin duda hay otro cachorro ahí dentro —maulló Zarpa Silbante mientras acariciaba el vientre de Ronroneo Acechante—. Vamos, pequeño, el mundo te está esperando.

Finalmente, Ronroneo Acechante hizo un esfuerzo enorme y un tercer cachorro, aún más pequeño que los dos primeros, se deslizó hacia el lecho. Unas garras gélidas agarraron el corazón de Charca de Hiedra cuando vio que este cachorro no se movía ni emitía ningún sonido. «*¡No! No después de todas las pérdidas que estos dos ya han sufrido…*». El pánico se apoderó de ella y tuvo que reunir todo su autocontrol para permanecer inmóvil en la entrada de la cueva. «*No puedo ver a otra madre perder a un hijo. ¡Se suponía que esto iba a ser un momento feliz!*».

—¿Está… respirando? —preguntó Ronroneo Acechante, y luego soltó un pequeño gemido.

Salto Torpe parecía paralizado, mirando fijamente a la cría inmóvil, con los ojos vidriosos de horror.

—Esto sucede a veces —Zarpa Silbante maulló, evidentemente intentando sonar positiva—. No se preocupen. Aún no hemos terminado.

Suavemente, le abrió las mandíbulas al cachorro inmóvil y le quitó algo de la boca con la pata delantera. Luego comenzó a frotarlo con las patas y a lamerle el pelaje con fuerza desde la cola hasta la cabeza, tratando de que le volviera a circular la sangre. Cuando el cachorro seguía sin moverse, Zarpa Silbante miró desesperadamente a Charca de Hiedra, como pidiendo ayuda. Charca de Hiedra deseaba saber qué hacer, pero no se le ocurría nada que la curandera no estuviera haciendo ya.

—Esto no puede estar pasando —Nívea murmuró al oído de Charca de Hiedra.

Charca de Hiedra murmuró su acuerdo, aún luchando contra el pánico ante la idea de ver a otro cachorro perdido.

—*Tienen* que haber tres cachorros —continuó Nívea—. Estrella de Galerna lo dijo. Se llamará Brincador.

Charca de Hiedra sintió una punzada de sorpresa. Lo que decía Nívea era cierto, pero por un rato se había olvidado de la misión. «*Quizá ni siquiera los espíritus del Clan de la Tormenta lo ven todo*».

Finalmente, Ronroneo Acechante soltó un gemido desesperado.

—¡No sirve de nada! Quizá era demasiado pedir. Tal vez hay algo mal conmigo y nunca podré dar a luz una camada completa. Oh, pequeño Brincador, lo siento tanto…

—¡Espera! Hay una cosa más que puedo intentar —Zarpa Silbante maulló—. Acabo de recordar. He visto a Vuelo de Azor hacerlo, pero yo nunca lo he hecho.

Poniéndose de pie, inclinó la cabeza y agarró al gatito inconsciente por la piel suelta de la base de la cola. Todos los gatos soltaron un grito de sorpresa cuando Zarpa Silbante comenzó a balancear al gatito de un lado a otro en amplios arcos. «*¿Por qué le está haciendo eso al cachorro? ¿Acaso Ronroneo Acechante no está sufriendo bastante ya? Nunca podría… ¡oh!*».

El pensamiento de Charca de Hiedra se vio interrumpido cuando el pequeño Brincador soltó de repente un chillido y comenzó a agitar sus diminutas patas en el aire. Zarpa Silbante lo dejó suavemente junto a sus hermanos y él comenzó a mamar.

Ronroneo Acechante se inclinó sobre él y le lamió el pelaje atigrado, mientras Salto Torpe estiraba una pata y acariciaba suavemente la cabeza de Brincador. Ninguno de los gatos monteses parecía poder creer lo que estaban viendo.

—Oh, Brincador, Brincador… —susurró Ronroneo Acechante, y luego miró a Zarpa Silbante. Sus ojos estaban llenos de alegría y su voz temblaba violentamente—. Gracias desde el fondo de mi corazón.

Charca de Hiedra sintió que su corazón latía con fuerza y que le faltaba el aire, como si estuviera experimentando una oleada de pánico aun mayor. Sabía que debería sentirse feliz y aliviada, pero no podía evitarlo. Todo su cuerpo estaba tan lleno de terror que apenas podía moverse, pero sabía que no tenía nada que ver con los nuevos cachorros. «*Se trata de Escarcha Erizada*».

Ala de Tórtola también estaba agachada, rígida, mirando fijamente la cueva desde fuera. Charca de Hiedra le tocó el hombro e inclinó las orejas

hacia atrás, indicándole que se retirara. Ala de Tórtola dio un pequeño respingo y, sin que nadie se diera cuenta, siguió a Charca de Hiedra para sentarse a su lado en la orilla del río.

—No puedo dejar de pensar en Pequeño Serbal —susurró—. Murió de tos verde y tuve que verlo luchar por respirar. Y no había nada que nuestros curanderos pudieran hacer por él, nada que yo ni Estrella de Tigre pudiéramos hacer.

Charca de Hiedra se apretó contra el costado de Ala de Tórtola para consolarla. Por primera vez, pudo sentir el dolor de su hermana sin comparar la pérdida de Pequeño Serbal con la suya propia de Escarcha Erizada. «*Al menos Escarcha Erizada murió rápido, y no tuve que sentarme a su lado día tras día, sintiéndome impotente mientras se debilitaba*». Lo que Ala de Tórtola había sufrido debía de haber sido devastador.

—Es bueno que nos tengamos la una a la otra —maulló ella, y Ala de Tórtola dejó escapar un murmullo de asentimiento.

Capítulo 25

Charca de Hiedra avanzó por la orilla del lago, pasando por el cercado de los caballos, hacia la frontera del Clan del Río. Justo delante de ella pudo ver a otro gato; al principio no era más que una silueta difusa, pero poco a poco se fue haciendo más nítida, y Charca de Hiedra reconoció a Nívea.

Al llegar al arroyo fronterizo, se sorprendió al notar que las marcas olorosas estaban débiles y rancias, inundadas por otro olor: el fuerte y acre olor de la sangre. Al mirar hacia el arroyo, Charca de Hiedra pudo ver que el nivel del agua había bajado hasta convertirse en un hilo, mientras que entre las piedras del lecho del río se habían acumulado coágulos de sangre. Las plantas ribereñas estaban secas y mustias, y sus hojas estaban salpicadas de gotas de color rojo oscuro. Un escalofrío recorrió a Charca de Hiedra desde las orejas hasta la punta de la cola mientras se preguntaba de dónde había salido tanta sangre.

Nívea había cruzado el arroyo y se dirigía al campamento del Clan del Río. Charca de Hiedra la siguió, saltando de una piedra a otra hasta llegar a la orilla opuesta, y luego subió la pendiente hasta los densos arbustos que rodeaban el claro donde los gatos del Clan del Río habían establecido su campamento.

Abriéndose paso entre los arbustos, Charca de Hiedra vio a Nívea a unas colas de distancia, mirando hacia el campamento.

—¿Nívea? —maulló ella.

Nívea no contestó; era como si no supiera que Charca de Hiedra estaba allí.

Siguiendo su mirada, Charca de Hiedra se quedó sin aliento al ver la devastación que antes había sido un campamento feliz y movido. Las guaridas habían sido destrozadas, había ramas esparcidas por el terreno abierto en el centro. Moscas zumbaban sobre los restos del montón de carne fresca. Todo estaba cubierto de manchas de sangre y mechones de pelo. No había ni un solo gato.

Al volver a mirar a Nívea, Charca de Hiedra vio que la gata del Clan del Río parecía paralizada por el horror. Moviéndose como si cada paso le costara un gran esfuerzo, cruzó el campamento y se dirigió hacia la ladera opuesta, hacia el arbusto espinoso que sobresalía por encima de la cueva donde Ala de Mariposa y su aprendiza, Zarpa Escarchada, tenían su guarida. Charca de Hiedra saltó tras ella y se lanzó sobre la extensión de guijarros junto al arroyo.

Zarpa Escarchada yacía de lado, medio dentro y medio fuera del agua. Le brotaba sangre de una herida en el estómago y se deslizaba hacia abajo de modo que era arrastrada por la corriente. Al principio, Charca de Hiedra pensó que estaba muerta, hasta que vio cómo su pecho subía y bajaba con cada respiración superficial.

Cuando Nívea se acercó, Zarpa Escarchada levantó la cabeza.

—¡Demasiado tarde! —jadeó.

Su cabeza cayó hacia atrás, el movimiento de su pecho cesó y la luz de sus ojos se apagó.

Nívea echó la cabeza hacia atrás.

—¡No! —lloró, y el sonido de su dolor y desesperación resonó en el devastado campamento.

Charca de Hiedra se despertó con un sobresalto y se encontró en su lecho bajo el arbusto donde había pasado la noche. La pálida luz del alba se filtraba a través de las hojas. Durante un momento permaneció allí echada, temblando, aún abrumada por las horribles imágenes de su sueño.

Pronto se dio cuenta de que los demás gatos de Clan se retorcían a su alrededor; todos habían dormido en los arbustos para que la familia de gatos monteses pudiera pasar una noche segura y tranquila en la cueva.

Brote de Raíz se incorporó, sacudiendo la cabeza como si acabara de salir de aguas profundas.

—¡Gran Clan Estelar, eso fue horrible! —exclamó—. Me llevará toda una vida superar ese sueño.

El corazón de Charca de Hiedra comenzó a latir con fuerza.

—¿Tú también soñaste? ¿Qué soñaste? —preguntó, aunque creía saber la respuesta.

Brote de Raíz respiró hondo varias veces, como si le costara responder.

—Estaba de vuelta junto al lago —comenzó por fin—, siguiendo a Nívea al territorio del Clan del Río. Había sangre en el arroyo y el campamento estaba destrozado. Y Zarpa Escarchada… —Se le ahogó la voz.

—Zarpa Escarchada murió —Charca de Hiedra por él terminó—. Yo también tuve ese sueño —continuó, consciente de la mirada de sorpresa que Brote de Raíz le dirigía—. Seguí a Nívea, pero no te vi.

—Yo soñé lo mismo —intervino Ala de Tórtola; sus ojos estaban muy abiertos por el miedo y el horror.

Zarpa Silbante, detrás de ella, no conseguía hablar; solo asintió con la cabeza. Estaba agachada con las patas y la cola bien recogidas, como si intentara hacerse lo más pequeña posible.

—Entonces Nívea…

Charca de Hiedra se interrumpió al darse cuenta de que el lecho donde la gata del Clan del Río se había acostado a dormir ahora estaba vacío. Cada pelo de su manto se erizó por la aprensión. «*Ella también debe de haber tenido el sueño. Entonces, ¿a dónde se fue? ¿Qué va a hacer?*».

Charca de Hiedra se deslizó entre las ramas del arbusto hacia la fría neblina del amanecer. El alivio la invadió como un torrente de lluvia cuando vio a Nívea de espaldas, sentada en una roca que sobresalía sobre el arroyo.

—Nívea… —maulló Charca de Hiedra tentativamente, acercándose a ella.

Nívea no se volvió para mirarla.

—Mi Clan se ha ido. —La voz le temblaba con una mezcla de tristeza y enojo—. Zarpa Escarchada dijo que era demasiado tarde. Yo debería haber estado allí. No tenía derecho a participar en esta misión.

Charca de Hiedra quería consolarla, pero no encontraba nada que decir. El recuerdo del sueño era demasiado fuerte. Fue Brote de Raíz, que apareció silenciosamente a su lado, quien habló primero.

—Nívea, no debes desesperarte. Solo fue un sueño. ¿Quién sabe si era real?

Al oír eso, Nívea giró la cabeza y lo miró.

—¿Sabes del sueño? —preguntó.

—Todos lo tuvimos —le dijo Charca de Hiedra—. Todos te seguimos hasta el campamento del Clan del Río, pero no nos vimos unos a otros.

—Fue un sueño real —Nívea maulló, con la voz hueca de desesperanza—. Fue muy claro. Zarpa Escarchado dijo «Demasiado tarde». El Clan del Río ya no existe.

—Nívea, yo no estoy tan segura de eso —dijo Zarpa Silbante, acercándose a través de la neblina con Ala de Tórtola a su lado. Su mirada era tímida, pero decidida—. ¿Por qué el Clan Estelar nos enviaría un sueño si lo único que nos decía era que perdiéramos la esperanza? Los sueños del Clan Estelar están destinados a guiarnos.

—Entonces, ¿qué es lo que nos está diciendo el Clan Estelar que hagamos? —preguntó Charca de Hiedra.

—¿No es obvio? —Brote de Raíz habló con valentía—. En el sueño, el Clan Estelar nos mostró lo que *va* a suceder si no lo detenemos. ¿Y cuál es la forma de evitar que suceda? Pagar la deuda. Zarpa Silbante, ¿no crees que tengo razón?

Zarpa Silbante asintió con vacilación.

—Lo creo. De lo contrario, ¿qué sentido tendría enviarnos a esta misión?

A Charca de Hiedra se le partía el corazón al ver a Nívea luchando por permitirse tener esperanza. La gata del Clan del Río abrió la boca para hablar, tragó saliva y finalmente consiguió articular las palabras.

—En ese caso, tenemos que encontrar a los otros gatos monteses lo antes posible. No hay tiempo que perder.

El sol naciente brillaba sobre el río y se filtraba en la cueva donde Ronroneo Acechante yacía acurrucada con sus tres nuevos cachorros. Salto Torpe estaba sentado a su lado; ambos gatos monteses parecían a punto de estallar de felicidad y orgullo, sonriendo mientras acariciaban con el hocico a los diminutos recién nacidos.

Los gatos de Clan hicieron todo lo posible por dejar a un lado el horror del sueño. Zarpa Silbante examinó a la gata madre y a sus crías, y Charca de Hiedra y Ala de Tórtola ayudaron a Ronroneo Acechante a limpiarse y le cambiaron el lecho. Aunque estaba feliz por la nueva familia, a Charca de Hiedra le seguía resultando difícil ver la alegría de los gatos monteses sin pensar en su propia hija, y en cómo su propia alegría por haber dado a luz la había conducido al dolor. Estaba segura de que Ala de Tórtola debía sentir lo mismo, pero ambas gatas estaban dejando de lado su dolor para ayudar a los gatos que las necesitaban. Charca de Hiedra

se recordó a sí misma que el parto seguro de los cachorros era un milagro, sin importar lo que le hubiera pasado a su propia hija, al de Ala de Tórtola o al de Nívea. Obligándose a ocultar sus emociones turbulentas, se concentró en las tareas prácticas que tenía que hacer.

Nívea y Brote de Raíz habían salido a cazar y habían traído suficiente comida fresca para compartir entre todos. Con el estómago lleno, Charca de Hiedra sintió que podía relajarse por primera vez desde que Ronroneo Acechante había comenzado a dar a luz.

—Ahora entiendo por qué nos instaron a escapar de los Dos Patas de esa vil guarida —comenzó Ronroneo Acechante—. No puedo imaginar cómo me habría sentido si los Dos Patas me hubieran quitado estos cachorros. Les estoy muy agradecida por asegurarse de que no tuviera que averiguarlo.

—Y tenemos que darles las gracias por ir a buscar a Estrella de Galerna —Salto Torpe añadió—. Me parece maravilloso que ella supiera los nombres que habíamos planeado desde el principio: Brincador, Elástica y Cazador. Es bueno saber que nuestros antepasados siguen velando por nosotros, ya que nos hemos sentido muy solos durante mucho tiempo. Estoy deseando presentar a nuestros cachorros a los espíritus ancestrales para que puedan recibir sus nombres completos.

—¿A qué se refieren? —preguntó Zarpa Silbante, con expresión de desconcierto—. Creía que sus nombres eran Brincador, Elástica y Cazador. ¿Los nombres que les dieron están incompletos?

Salto Torpe asintió.

—Nuestra costumbre es darle a los nuevos cachorros la primera parte de sus nombres. Luego los presentamos a los ancestros y, dependiendo del ancestro al que parezcan estar vinculados, reciben la segunda parte de su nombre.

—Sí —continuó Ronroneo Acechante, mirando con cariño a sus tres cachorros—. Pensábamos que tendríamos que conformarnos con solo la mitad de los nombres, pero ahora que somos libres y tenemos la oportunidad de volver a conectarnos con nuestros antepasados, nuestros cachorros recibirán los nombres completos que se merecen.

Aunque disfrutaba del tiempo que pasaba con los gatos monteses y su nueva camada, Charca de Hiedra era consciente del paso del tiempo a medida que el sol se elevaba en el cielo. Empezó a pensar en la severa

advertencia del sueño que todos habían compartido y en que era hora de seguir adelante, pero fue Nívea quien habló primero.

—Tenemos que discutir nuestros próximos pasos —anunció la gata del Clan del Río—. Me alegra que nuestro plan de escape haya funcionado y que los cachorros hayan nacido sanos y salvos. Pero dejé a mi Clan en un estado terrible y realmente necesito volver a casa lo antes posible. Los cachorros son preciosos —añadió, mirando con afecto a las tres pequeñas bolas de pelo—. Pero nos plantean un problema. Simplemente no tenemos tiempo de esperar a que sean destetados y tengan la edad suficiente para viajar. Lamento si eso suena duro.

—No, lo entendemos —contestó Salto Torpe—. Apreciamos todo lo que ya han hecho por nosotros y no esperamos que se queden. ¿Por qué no enviamos a dos gatos para que se adelanten y encuentren a los otros gatos monteses, los descendientes del Clan de la Tormenta? De esa manera, la búsqueda puede continuar y los cachorros no tendrán que viajar a ningún lado por ahora. Yo iré, si quieren que lo haga.

—Esa es una idea estupenda —respondió inmediatamente Charca de Hiedra—. Pero tú no deberías ir, Salto Torpe. Tu familia necesita que te quedes, y la visión de Zarpa Silbante dejó claro que es *nuestra* deuda la que hay que saldar. Los gatos de Clan podemos ocuparnos de esto. Yo iré. Me picarían las patas si tuviera que quedarme aquí sentada esperando noticias.

«*Eso es cierto* —añadió para sí misma—. *Pero no es la única razón. Me duele mucho ver a Ronroneo Acechante feliz con sus cachorros*».

—Yo también iré —Nívea maulló—. Me sentiré mejor respecto a lo de mi Clan si puedo hacer algo para volver antes con ellos.

Charca de Hiedra pensó que estaban tomando una buena decisión. Zarpa Silbante tenía que quedarse, y en Ala de Tórtola tenían una madre con experiencia que los ayudaría. En cuanto a Brote de Raíz… Charca de Hiedra apartó la mirada para ocultar su diversión. Tras su vergüenza inicial, el gato del Clan del Cielo apenas podía quitarle los ojos de encima a los cachorros. Sería un buen protector él también si aparecían perros o depredadores. «*Y habría sido un padre realmente bueno*», pensó con pesar. Luego se obligó a enfrentarse a otro pensamiento. «*Quizá aun lo sea, en el futuro*».

Charca de Hiedra inclinó las orejas para llamar a su hermana, indicándole que se reuniera con ella a un lado.

—¿Te parece bien quedarte? —le preguntó en voz baja para que los demás no la oyeran—. ¿Estar cerca de estos cachorros que deben recordarte a Pequeño Serbal? Si quieres, puedo cambiar de lugar contigo.

Ala de Tórtola ronroneó y le lamió la oreja a su hermana.

—No, pero gracias —respondió ella—. Es muy amable de tu parte ofrecer eso. Los cachorros son muy diferentes a Pequeño Serbal y cada día se parecen menos a él. La verdad es que disfruto ayudando a cuidarlos. Quizá realmente me estoy recuperando.

—Eso es genial. Me alegro mucho por ti —maulló Charca de Hiedra. Solo podía esperar que algún día ella sintiera lo mismo.

—Entonces está decidido. —El tono de Ala de Tórtola fue enérgico—. Charca de Hiedra, Nívea, deberían comer algo antes de partir. Necesitarán todas sus fuerzas para el viaje. Brote de Raíz y yo cazaremos.

Las presas abundaban junto al río. Nívea pescó un pez, mientras que Brote de Raíz y Ala de Tórtola cazaron juntos y regresaron con un par de regordetes campañoles. No pasó mucho tiempo antes de que Charca de Hiedra y Nívea estuvieran satisfechas nuevamente y listas para partir.

Mientras tanto, Zarpa Silbante había estado buscando entre la vegetación junto al arroyo y regresó con un montón de hojas entre los dientes.

—Hierbas de viaje —anunció alegremente, dejándolas caer delante de Charca de Hiedra y Nívea—. Casi no me atrevía a esperar encontrarlas aquí, tan lejos del lago.

—Gracias —Charca de Hiedra maulló mientras lamía su parte—. Quizá eso signifique que el Clan Estelar nos está cuidando, incluso aquí.

—¡Buena suerte! —exclamó Salto Torpe, acercándose a la entrada de la cueva para despedirse—. Solo espero poder cuidar bien de los cachorros mientras están fuera. Llevo mucho tiempo queriendo ser padre… pero, ¿seré bueno en ello?

—Por supuesto que lo serás —Charca de Hiedra le aseguró—. ¡Ya lo eres! Adoras a esos cachorros y ellos te adoran a ti. Y Ala de Tórtola es una madre con experiencia que podrá ayudarte —añadió, señalando a su hermana con la cola.

—Le pediremos a los espíritus que las cuiden —prometió Ronroneo Acechante, levantando la mirada de los peludos bultos apretados contra su vientre.

—¡Y que el Clan Estelar ilumine su camino! —Brote de Raíz añadió.

Ala de Tórtola se acercó a Charca de Hiedra y le acarició la oreja con el hocico.

—Cuídate —murmuró—. Estaré preocupada hasta que regreses sana y salva.

—Estaremos bien —respondió Charca de Hiedra. Miró por encima del hombro hacia donde Nívea esperaba, flexionando las garras con impaciencia.

—¡Estamos desperdiciando luz del día! —maulló la gata del Clan del Río.

—¡Bueno, ya voy! —Charca de Hiedra exclamó—. Adiós, Ala de Tórtola. Cuídate, y cuida de los demás.

Nívea había encontrado un lugar donde unas piedras pasaderas permitían cruzar el río con seguridad. El sendero conducía directamente a las montañas, empinado pero fácil de seguir a través del terreno desconocido. Sin necesidad de detenerse para que Ronroneo Acechante descansara, las dos gatas avanzaron a buen ritmo, solo deteniéndose brevemente para hacer sus necesidades o revisar el aire en busca de olores. Había muchos indicios de presas y el rico aroma de las plantas, pero solo débiles rastros de depredadores y ninguno de Dos Patas.

Charca de Hiedra sentía dolor en los músculos mientras se esforzaba por seguir el ritmo de Nívea. «*¡Por el Gran Clan Estelar, no bromeaba cuando dijo que tenía prisa por volver con su Clan! Y no la culpo, después de ese sueño*».

—¿Estás bien? —le preguntó a Nívea durante una de sus infrecuentes paradas—. Ese horrible sueño ya fue bastante malo para el resto de nosotros, pero ver tu propio campamento destrozado de esa manera y a Zarpa Escarchada muriendo debió de ser devastador para ti.

—Lo fue, pero estaré bien, siempre y cuando podamos llevar a cabo nuestra misión y volver pronto a casa —Nívea gruñó—. Solo intento creer lo que dijo Zarpa Silbante: que el sueño era una advertencia, no una imagen de lo que realmente sucedió. —Negó con la cabeza—. Todo ha salido mal desde que murió Estrella Vaharina. Quería que el Clan del Río tuviera un líder de verdad, pero no un manto sarnoso como Cola Salpicada. Nunca voy a llamarlo Estrella Salpicada —añadió con fiereza—. Siempre supe que era un gato ambicioso, pero nunca imaginé que haría lo que ha hecho para conseguir poder y conservarlo. Ha demostrado ser cruel… y peligroso.

—Si todos los Clanes se vuelven contra él, Cola Salpicada recibirá su merecido —reflexionó Charca de Hiedra.

—Supongo que eso sería satisfactorio —Nívea respondió con un gesto de agradecimiento—. Pero me preocupa menos vengarme de él y más si el

Clan del Río sobrevivirá a su liderazgo. Realmente no me importa lo que le pase a Cola Salpicada. Solo quiero que se vaya del Clan del Río para que podamos prosperar. Si Estrella Vaharina pudiera ver lo que le ha hecho al Clan del Río, se pondría furiosa. —Hizo una pausa y suspiró—. Estoy decidida a devolver al Clan a lo que era bajo el liderazgo de Estrella Vaharina —continuó por fin—. Sé que podemos conseguirlo y no voy a renunciar a mi Clan.

Charca de Hiedra quedó impresionada por la madurez y determinación que mostraba Nívea. Ahora entendía más claramente por qué la gata del Clan del Río estaba tan ansiosa por volver a casa.

—Debe de ser muy duro para ti estar lejos así, sabiendo que tu Clan está en apuros —maulló.

El tono de Nívea fue sombrío.

—Lo es. Pero la verdad es que todos mis esfuerzos por darme prisa podrían ser en vano. Quiero creerle a Zarpa Silbante, pero sigo sin poder quitarme ese sueño de la cabeza. Por lo que sé, puede que el Clan del Río ya ni siquiera exista. Solo puedo esperar que Rayo de Sol, Zarpa Escarchada y Corazón Nocturno hayan conseguido mantener a salvo a Ala de Mariposa y Vespertina. —Se le quebró la voz y tuvo que esforzarse para pronunciar las últimas palabras—. Y que mi Clan esté bien.

Charca de Hiedra se sorprendió de oír a Nívea tan alterada. Normalmente era muy serena y tranquila. La culpa le hormigueó en cada pelo del manto al darse cuenta de que la gata del Clan del Río podría haberse desahogado antes, si tan solo Charca de Hiedra se hubiera molestado en preguntarle cómo estaba. Su propio dolor la había cegado ante el sufrimiento de todos los gatos que la rodeaban. «*Pero a partir de ahora no dejaré que eso pase*».

—Puede que no haya mucho que pueda hacer para ayudar a tu Clan ahora mismo —le dijo a Nívea—. Pero estaré encantada de escucharte si quieres hablar, o simplemente desahogarte con una gata comprensiva. Todo lo que digas quedará entre nosotras.

Los ojos de Nívea brillaron de gratitud.

—Gracias —contestó—. El simple hecho de saber eso me ayuda. Pero, por ahora, lo que más deseo es completar esta misión para poder volver a casa, sin importar cómo esté mi hogar ahora. —Se sacudió el manto como si estuviera llena de una nueva sensación de urgencia—. Date prisa, Charca de Hiedra —maulló mientras se alejaba por el sendero—. ¡Tenemos unos gatos monteses que encontrar!

CAPÍTULO 26

El sol se deslizaba cielo abajo cuando las dos gatas viajeras llegaron a la cima de la colina y comenzaron a descender por el otro lado. El suelo estaba densamente cubierto de arbustos y helechos, y abajo Charca de Hiedra podía oír el gorgoteo de un río.

—Este es un lugar perfecto para hayan presas —maulló, deteniéndose para olfatear el aire. El olor de las presas le llegaba a las fauces y podía oír el susurro de pequeñas criaturas entre la maleza—. Creo que deberíamos parar y cazar antes de que oscurezca.

Nívea no parecía muy contenta con la idea de detenerse, pero gruñó en señal de asentimiento.

—Supongo que no podemos viajar sin comida —admitió—. ¡Gracias al Clan Estelar que no hay gaviotas que nos molesten!

Abandonando el sendero, Nívea abrió el camino entre los arbustos, con las orejas erguidas y pareciendo flotar sobre el suelo. Charca de Hiedra la siguió, con todos los sentidos alerta.

Al poco tiempo, salieron a un terreno abierto. Nívea levantó la cola para indicar silencio; mirando por encima de su hombro, Charca de Hiedra vio un conejo, de espaldas a ellas, mordisqueando unas hojas de romaza.

—Tenemos que atraparlo antes de que se aleje demasiado de nuestro camino —dijo Nívea en un susurro—. ¿A dónde crees que irá a refugiarse cuando se asuste?

Charca de Hiedra miró a su alrededor. No veía ninguna señal de la madriguera del conejo, pero no muy lejos había un espeso arbusto de acebo con ramas que crecían cerca del suelo.

—Ahí dentro —murmuró, inclinando las orejas hacia el arbusto.

Nívea asintió.

—Bien, ve y escóndete ahí. Yo lo llevaré hasta ti.

Aplanándose contra el suelo, Charca de Hiedra se arrastró hacia el arbusto y se metió en él, haciendo una mueca de dolor cuando las espinas del acebo se le clavaron en el pelaje. Cuando miró entre las hojas, vio a Nívea avanzando sigilosamente por el borde de la maleza hasta situarse al otro lado del conejo. Afortunadamente, no había brisa que llevara su olor, y el conejo parecía ajeno al peligro.

Aunque lo estaba esperando, Charca de Hiedra se estremeció, sobresaltada, cuando Nívea soltó un maullido ensordecedor. El conejo se sentó, erguido, mirando a Nívea mientras esta se lanzaba hacia él, y luego huyó directamente hacia el arbusto. Charca de Hiedra pudo oír el suave golpe de sus patas y luego el susurro de las hojas cuando se zambulló en el refugio. La presa emitió un chillido agudo que fue bruscamente interrumpido cuando ella le golpeó el cuello con una pata y lo mordió para darle una muerte rápida.

—Gracias, Clan Estelar, por esta presa —maulló.

Nívea se acercó saltando cuando Charca de Hiedra arrastró su presa a campo abierto.

—¡Gran captura! —ronroneó.

—Formamos un equipo brillante —Charca de Hiedra respondió.

Mientras se agachaban para compartir la carne fresca, pensó que, aunque no podía aprobar la forma en que dos Clanes se habían unido para crear al Clan de la Tormenta, le gustaba la idea de estar en el mismo Clan que Nívea. Era una guerrera fuerte e inteligente, con la cabeza bien puesta sobre los hombros. «*El Clan del Río tiene suerte de tenerla* —pensó Charca de Hiedra—. *Lo que queda del Clan del Río, al menos*».

Para cuando terminaron de comer al conejo, el sol se había puesto y el crepúsculo cubría el bosque.

—Tenemos que encontrar un lugar donde pasar la noche —declaró Nívea mientras regresaban al sendero—. No he olido a Dos Patas desde que dejamos a los demás, pero estoy segura de que habrá zorros y tejones por aquí.

Charca de Hiedra reprimió un escalofrío.

—Démonos prisa —maulló—. Quizá haya un lugar junto al río.

El murmullo del agua se hizo más fuerte a medida que avanzaban por el sendero. Pero antes de llegar, Nívea, que iba un paso o dos por delante, gritó:

—¡Alto!

Charca de Hiedra se detuvo en seco a su lado y vio que el sendero terminaba abruptamente. No parecía haber nada más que aire vacío delante. Avanzando con cautela, vio que estaban en lo alto de un precipicio; el camino continuaba, zigzagueando de un lado a otro por la pared del acantilado hasta llegar al fondo, cerca del río. Los pinos cubrían la ladera opuesta.

Nívea exhaló un largo suspiro.

—Eso estuvo cerca. Vamos, aún hay luz suficiente para bajar.

Charca de Hiedra no estaba segura de si estaba de acuerdo. Los últimos rayos de luz del día se desvanecían rápidamente; apenas podía ver sus propias patas mientras se aventuraba por el camino siguiendo los pasos de Nívea. El camino era arenoso, con piedras sueltas aquí y allá; Charca de Hiedra tenía miedo de resbalar y caer por el precipicio hasta estrellarse contra el suelo. Con cada paso, intentaba clavar las garras en el suelo y asegurarse de que sus patas se mantenían firmes antes de confiarles su peso.

Para su alivio, la luna apareció sobre los árboles antes de que llegaran al fondo del acantilado y los últimos zorros de distancia fueron mucho más fáciles hasta que pudieron saltar al pasto liso que se extendía entre la base del acantilado y el río.

—¡Gracias al Clan Estelar! —jadeó cuando sus cuatro patas volvieron a estar a salvo en tierra firme—. ¡No querría volver a hacer eso!

—Quizá tengamos que hacerlo cuando volvamos —Nívea señaló—. Pero nos aseguraremos de hacerlo a la luz del día.

«*Tiene razón*», se dio cuenta Charca de Hiedra. La idea de volver a hacer ese viaje le hizo darse cuenta aún más del cansancio de sus músculos.

—Estoy agotada —admitió—. Vamos a buscar un lugar donde dormir. —Al mirar a su alrededor, vio la entrada de una cueva oscura, varias colas de distancia más adelante por el acantilado—. Eso podría servir —sugirió, señalando con la cola.

Nívea movió los bigotes con recelo.

—No me gusta cómo se ve —maulló—. Me preocupa que algo más haya llegado allí primero. Hay un olor muy extraño que sale de allí.

Charca de Hiedra olfateó profundamente el aire y asintió con la cabeza.

—Tienes razón. No tengo idea de qué es, pero sé que no me gusta.

—Busquemos más cerca del río. —Nívea ya se estaba girando en esa dirección—. Allí me siento más a gusto.

Las patas de Charca de Hiedra estaban tan cansadas que sentía que podía quedarse dormida allí mismo. Pero siguió a Nívea y buscó a lo largo de la orilla del río hasta que descubrió un lugar protegido entre altos tallos de menta acuática, protegido también por los juncos que crecían en el río.

—¡Nívea, por aquí! —gritó.

La gata del Clan del Río se acercó saltando y asintió con la cabeza en señal de aprobación al lugar que Charca de Hiedra había encontrado.

—¡Genial! —maulló—. Ahora podemos… —Su voz se desvaneció cuando abrió la boca en un enorme bostezo— …dormir.

Charca de Hiedra se acurrucó en el lecho, arrullada por el murmullo de la corriente cercana. Pero, a pesar de su agotamiento, le costó conciliar el sueño. Finalmente, se puso de pie y caminó junto al río hasta llegar a un bosque, con árboles tan juntos y una maleza tan espesa que no podía ver más allá de una cola de distancia en ninguna dirección.

Al saborear el aire, percibió un aroma familiar y sintió una punzada de pérdida tan aguda que dejó escapar un grito desesperado.

—¡Escarcha Erizada!

El anhelo le dio fuerza a sus patas y se abrió paso entre los zarcillos de hiedra y los matorrales de zarzas, siguiendo el aroma escurridizo. A veces creía ver un destello de pelaje gris justo delante, pero nunca conseguía alcanzarlo y sus gritos desesperados no obtenían respuesta.

Al final una de sus patas se enganchó en un nudo de zarzas. Perdió el equilibrio, pero en lugar de darse contra el suelo del bosque, sintió que caía, que caía hacia una suave oscuridad, hasta que se despertó sobresaltada en su lecho junto al río. El cielo estaba gris con las primeras luces del amanecer.

Durante unos instantes, Charca de Hiedra permaneció allí tirada, temblando, tratando de liberarse de los enredos de su sueño. Entonces se dio cuenta de que Nívea no estaba durmiendo a su lado. Ansiosa, se obligó a ponerse de pie y se aventuró al aire libre. Charca de Hiedra inhaló profundamente, aliviada cuando vio a la gata del Clan del Río sentada a la orilla del río, con la cabeza inclinada como si estuviera mirando fijamente el agua. Al acercarse, Charca de Hiedra vio dos peces plateados tendidos en la orilla junto a ella. Cuando llegó hasta ella se dio cuenta de que ya no

estaba pescando. Su mirada estaba retraída, distante, como si estuviera viendo algo muy lejos. Sin decir nada, Charca de Hiedra se sentó a su lado. Podía ver peces nadando rápidamente por el agua; la brisa creaba ondas que parecían anillos de luz brillante. Suspiró e intentó relajarse en la paz que la rodeaba.

Al cabo de unos momentos, Nívea se volvió hacia ella.

—No dormiste bien —maulló.

Charca de Hiedra negó con la cabeza.

—Espero no haberte molestado.

—No, yo tampoco pude dormir —le dijo Nívea—. Estoy muy preocupada por el Clan del Río. Así que, en cuanto pude ver mis propias patas, me levanté y pesqué algo para ambas, y luego intenté meditar. ¿Ustedes hacen eso en el Clan del Trueno?

—No —Charca de Hiedra contestó—. Pero he oído que en el Clan del Río lo hacen.

—Los gatos más jóvenes han perdido bastante la costumbre —maulló Nívea—. Pero a mí siempre me ha resultado útil para centrarme. —Hizo una pausa y añadió—: Si quieres, puedo enseñarte cómo se hace. Quizá descubras que te calma la mente cuando te sientes abrumada.

—Gracias. No me vendrá mal —respondió Charca de Hiedra

«*Probaré cualquier cosa que me ayude a sobrellevar esta horrible desesperación*».

—Bueno, está bien. —La voz de Nívea fue enérgica—. Empieza por percibir tu entorno con todos tus sentidos. Huele el aroma de esos pinos al otro lado del río, escucha el murmullo del agua, mira los colores del cielo a medida que amanece y…

De repente, se interrumpió. Charca de Hiedra vio que miraba al cielo con expresión desconcertada.

—¿Qué pasa, Nívea? —preguntó.

—Hay una nube oscura que viene hacia aquí —Nívea respondió—. Pero se mueve rápido y no entiendo por qué, cuando la brisa es tan suave.

Charca de Hiedra siguió su mirada y vio la enorme nube negra; se hacía cada vez más grande a medida que se acercaba, y algunas partes parecían moverse por separado. «*No solo se mueven… ¡aletean!*».

—¡Eso no es una nube! —gritó, desenvainando las garras—. ¡Son murciélagos!

De vez en cuando había visto murciélagos en el bosque, revoloteando sobre los árboles, pero nunca tantos juntos.

—¿Hay murciélagos en el Clan del Río? —preguntó.

—Algunos —respondió Nívea—. Pero no una multitud como esta.

Antes de que cualquiera de las dos gatas pudiera prepararse para la batalla o huir en busca de refugio, la nube de murciélagos se abalanzó sobre ellas, revoloteando a su alrededor mientras las criaturas se dirigían hacia la cueva. Charca de Hiedra se atragantó con su hedor; podía oír sus chillidos agudos y el batir de sus alas.

La mayoría de los murciélagos pasaron sin causar daño, pero uno se dirigió directamente hacia las gatas, con su pequeña boca abierta en un grito silencioso y sus alas extendidas como las de un águila. Charca de Hiedra reaccionó instintivamente, levantó una pata y lo golpeó en el aire, arrojándolo contra el suelo.

Cuando el resto de la nube desapareció en la cueva, las dos gatas se arrastraron con cautela para ver más de cerca a la criatura caída. Su cuerpo era pequeño y regordete, cubierto de pelaje gris; tenía ojos negros y brillantes como bayas y alas delgadas que a Charca de Hiedra le parecieron piel de serpiente cuando extendió una pata y tocó una, dudosa.

—Es muy extraño… Nunca había visto uno tan de cerca —maulló Nívea—. ¿Y tú?

Charca de Hiedra negó con la cabeza. Se inclinó para olfatearlo y luego retrocedió, arrugando la nariz.

Nívea soltó un ronroneo divertido.

—¡Te reto a probarlo!

A Charca de Hiedra se le revolvió el estómago solo de pensarlo, pero no quería parecer una cobarde delante de una gata de otro Clan. Al avanzar nuevamente, bajó la cabeza para mordisquear el vientre de la criatura. «*¡Puaj!*».

—No está tan mal —logró escupir mientras retrocedía de nuevo—. Es como un ratón con alas.

Nívea soltó un largo ronroneo de risa y, tras unos segundos, Charca de Hiedra se encontró riéndose con ella. La risa les sentó bien, como si ambas la hubieran estado necesitando desde hacía mucho tiempo. La risa liberó algo en el pecho de Charca de Hiedra: una especie de pesadez que había estado aguantando y, aunque solo fuera por un momento, se sintió increíble al dejarla ir.

—Vamos —maulló Nívea finalmente—. Tenemos pescado; no necesitamos comer esto.

Charca de Hiedra se sentó junto a Nívea a la orilla del río y comenzó a comer su pescado, reflexionando sobre cómo se estaba acostumbrando a esta presa extraña para ella. Recordó la conversación que había tenido con

Ronroneo Acechante sobre cómo el mundo era más grande de lo que ella creía y cómo el aprendizaje nunca tenía fin. Una vez más, se sintió encantada por la belleza que la rodeaba. Había pensado que, como guerrera experimentada, lo había visto y hecho todo. Creía que ya nada podía sorprenderla. Pero su viaje le había enseñado que eso no era cierto.

Sabía que nunca volvería a visitar el mundo que una vez amó tanto (el mundo que contenía a la Escarcha Erizada viviente), pero comenzó a creer que tal vez había nuevos mundos esperándola y nuevas maravillas por descubrir.

Una vez que hubieron comido, Charca de Hiedra y Nívea continuaron su viaje. Siguieron la orilla del río todo lo que pudieron, hasta que el camino se curvó y se encontraron con que su ruta estaba bloqueada por un acantilado escarpado, demasiado empinado para que pudieran encontrar agarres para sus patas. Charca de Hiedra se detuvo y miró hacia la lejana cima del acantilado.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó, con el pelaje de los hombros erizado por la frustración.

Nívea se puso a su lado.

—No podemos trepar ahí, y el río es demasiado ancho y caudaloso para cruzarlo aquí —señaló—. Tendremos que ir por aquí. —Inclinó las orejas hacia donde un estrecho sendero conducía por la base del acantilado y se adentraba en un denso bosque.

—Bueno —Charca de Hiedra maulló—. Solo espero que no estemos yendo en la dirección equivocada.

Mientras se adentraban bajo los árboles más externos, se detuvo para oler el aire.

—Zorros —murmuró, casi para sí misma—. El olor es rancio, pero aun así… Tenemos que estar alerta.

Tanto ella como Nívea mantuvieron las orejas erguidas y dejaban que sus miradas se filtraran en la maleza mientras continuaban adentrándose en el bosque. Para su consternación, percibían el olor de los zorros con cada vez más frecuencia, a veces rancio, a veces fresco, y gradualmente mucho más fuerte. En un momento dado, Charca de Hiedra vio excremento de zorro al lado del camino.

—Lo último que necesitamos son problemas con zorros —suspiró Nívea.

Aún podían oír el río, débilmente en la distancia, antes de que Charca de Hiedra se detuviera y respirara profundamente, percibiendo un olor familiar y mucho más agradable.

—¿Eso es…? —comenzó a decir.

—¡Gatos monteses! —Nívea terminó—. Este era el camino correcto después de todo.

Continuaron, siguiendo el olor. Charca de Hiedra sintió cómo una nueva energía fluía por su cuerpo y la emoción le erizaba el pelaje al pensar que estaban tan cerca del lugar que buscaban.

Al poco tiempo encontraron el camino bloqueado por un enorme árbol caído, cuyo tronco era tan ancho que se extendía más de una cola por encima de sus cabezas. Ambas se detuvieron, mirando fijamente la barrera. El olor a gato montés era más fuerte que nunca.

—¡Vamos! —instó Nívea.

Empezó a trepar por el tronco; Charca de Hiedra escaló a su lado. Pero antes de que pudieran llegar a la cima, un par de hostiles ojos verdes aparecieron sobre ellas y un profundo gruñido resonó en el bosque.

Clavando las garras en la corteza y obligándose a no huir, Charca de Hiedra se encontró mirando a la cara a un gran gato montés. Tenía los ojos entrecerrados y mostraba los dientes de forma amenazante.

«*¡Cagarrutas de ratón! ¡No parece querer recibir visitas en lo más mínimo!*».

Capítulo 27

Acechándolas, el gato montés flexionó sus ondulados músculos, les quitó las patas del árbol y bajó de un salto para enfrentarse a ellas, obligándolas a retroceder.

—¿Quiénes son? ¿Qué hacen aquí? —exigió saber—. Hace mucho tiempo que no vemos gatos raros en nuestro territorio. ¿Están intentando robar presas?

Charca de Hiedra recordó que Salto Torpe y Ronroneo Acechante habían llamado «gatos raros» a los gatos de Clan cuando los conocieron en la guarida de los Dos Patas.

—Puede que seamos raras para ti —replicó ella—. ¡Pero eso no es excusa para acusarnos de robar!

El gato montés volvió la cabeza hacia ella, mientras un gruñido retumbaba en lo profundo de su pecho.

—Voy a decir lo que yo quiera, ladronzuelas inútiles…

—Que no se te caiga el pelo —Nívea lo interrumpió, enfrentándose a él con valentía—. Nadie está intentando robar nada.

—En cuanto a lo que hacemos aquí —añadió Charca de Hiedra—, es una larga historia. Si nos dejas pasar, podemos sentarnos y contártela.

—No me interesan sus historias —gruñó el gato montés—. ¡Son unas pequeñas mantos sarnosos que están invadiendo mi territorio y tienen que irse!

—¿Cómo te atreves? —Nívea espetó, indignada—. ¿Quién te crees que eres?

El gato montés dio un paso hacia Nívea, estirando el cuello hacia delante para que su cara quedara justo al lado de la de ella.

—Estás a punto de descubrirlo —gruñó, encorvando sus musculosos hombros como si estuviera a punto de atacar.

Charca de Hiedra sintió que su corazón latía con fuerza. No estaba segura de que, por más que trabajaran juntas, ella y Nívea pudieran derrotar a aquel poderoso gato. Y si lo hacían, esa no era la forma en que querían presentarse a los gatos monteses.

—¡Espera! —gritó, mientras Nívea se preparaba para atacar—. ¿No quieres oír lo que nos ha dicho Estrella de Galerna?

El gato montés se quedó paralizado; obviamente, el nombre significaba algo para él.

—¿Qué saben ustedes de Estrella de Galerna? —exigió.

—Como dije, es una larga historia —Charca de Hiedra respondió rápidamente—. Pero incluye cómo encontramos a dos gatos monteses que estaban encarcelados en una horrible guarida de Dos Patas. Nos dijeron que creían que eran los últimos de su especie. Pudimos rescatarlos y llevarlos a un lugar seguro. Y la gata acaba de dar a luz a tres cachorros sanos.

El gato montés, que había sido tan agresivo momentos antes, pareció relajarse un poco. Su expresión se suavizó y había un nuevo entusiasmo en sus ojos.

—¿Cachorros? —preguntó.

Charca de Hiedra asintió, pensando que los cachorros de gato montés debían de ser muy valiosos para este grupo, sin importar de dónde vinieran.

—Sí, tres. Y ahora van a necesitar una familia más grande para mantenerlos a salvo. Sus padres necesitan ayuda para presentarlos a sus antepasados. Necesitan un Clan.

El gato montés se sobresaltó, mirando de Charca de Hiedra a Nívea y viceversa.

—¿Son gatas de Clan? —preguntó—. Han pasado muchas, muchas estaciones desde que hubo gatos de Clan aquí.

—Lo somos —maulló Nívea.

Charca de Hiedra asintió.

—¿Sabes sobre los Clanes?

—Sí —contestó el gato montés—. Yo no soy un gato de Clan, pero tengo sangre de Clan. Soy descendiente del Clan de la Tormenta.

—Sabemos todo sobre el Clan de la Tormenta… ahora —le dijo Nívea —. Ya no existe, pero aquí mi amiga Charca de Hiedra también es descendiente de esos gatos.

El gato montés soltó un bufido desdeñoso.

—Tal vez lo sea, tal vez no. No tengo por qué creer una sola palabra de lo que dicen.

En lugar de responder con palabras, Nívea apartó algunas ramitas y hojas del suelo frente a ella y dibujó el símbolo de una nube atravesada por un rayo y enredaderas, el símbolo que Zarpa Silbante había visto en su visión, que Estrella de Galerna había dibujado para ellos cuando la visitaron en el más allá.

Los ojos del gato montés se abrieron bien grandes por la sorpresa. Durante unos segundos se quedó quieto, mirando boquiabierto el símbolo. Charca de Hiedra y Nívea se quedaron atrás y esperaron a que hablara.

—¿Dónde vieron eso? —preguntó por fin—. ¿Cómo es posible que lo conozcan?

—Nuestra curandera lo vio en una visión —Charca de Hiedra interrumpió—. Y luego Estrella de Galerna nos explicó lo que significaba.

Ahora el gato montés parecía aún más atónito.

—¿Hablaron… hablaron con Estrella de Galerna? —tartamudeó.

Nívea asintió.

—Los gatos monteses de los que te acabamos de hablar nos dieron indicaciones para encontrar a Estrella de Galerna en el más allá —explicó.

El gato montés miró a Charca de Hiedra, parpadeando como si no pudiera aceptar lo que estaba viendo.

—¿Y tú eres descendiente del Clan de la Tormenta? —murmuró, pareciendo ahora más dispuesto a aceptarlo—. Entonces compartimos sangre… —Dejó que su voz se desvaneciera.

Charca de Hiedra intercambió una mirada con Nívea, que movía impaciente la punta de la cola. Podía leer los pensamientos de la gata del Clan del Río como si los hubiera expresado en voz alta: «¿Podemos ponernos patas a la obra, por favor?».

—Ahora tengo que creerles —maulló por fin el gato montés—. Y lamento la forma en que las recibí. Pero mi trabajo es mantener a los demás a salvo.

Charca de Hiedra asintió.

—No pasa nada. —Reflexionó que los gatos de Clan en una patrulla fronteriza habrían reaccionado de la misma manera si hubieran encontrado a un gato de un Clan rival a punto de invadir su territorio.

—Me llamo Arañazo Filoso —continuó el gato montés—. Tienen que venir y decirle a nuestros veteranos lo que me acaban de contar.

—Yo soy Charca de Hiedra, y esta es Nívea —Charca de Hiedra respondió—. Y tenemos muchas ganas de conocer a sus veteranos. ¡Guíanos!

Las dos gatas de Clan treparon por el árbol caído y siguieron a Arañazo Filoso, que ya no se mostraba hostil, aunque Charca de Hiedra tampoco lo llamaría amistoso. Su actitud era brusca y sus ojos aún reflejaban un atisbo de desconfianza, como si siguiera sospechando que tal vez solo le estuvieran contando una muy buena historia.

Charca de Hiedra seguía percibiendo el olor a zorro a medida que se adentraban en el bosque, e intercambió una mirada dudosa con Nívea. «*¿Los gatos monteses han tenido problemas con zorros? ¿Es por eso que Arañazo Filoso es tan malhumorado?*».

Finalmente llegaron a dos grandes rocas que bloqueaban su camino, excepto por un estrecho paso entre ellas. Cuando Arañazo Filoso pasó, su pelaje rozó las paredes rocosas a ambos lados, aunque las gatas de Clan, más delgadas, se deslizaron con mayor facilidad.

Más allá de las rocas había un gran claro, rodeado por un anillo de árboles con una espesa maleza en los huecos entre ellos. Al otro lado, Charca de Hiedra pudo ver a un grupo de gatos monteses compartiendo una presa, mientras que otros estaban acostados a la sombra o lamiéndose unos a otros. Cuando ella y Nívea entraron, Charca de Hiedra se dio cuenta de que levantaban la cabeza y les lanzaban miradas curiosas.

—No es muy diferente a un campamento de Clan —murmuró Charca de Hiedra al oído de Nívea.

—Es cierto —Nívea asintió—, excepto que todos los gatos se parecen a Salto Torpe y Ronroneo Acechante. Cuerpos fuertes y mantos atigrados. Aunque parecen más sanos e incluso más fuertes, y su pelaje es largo y brillante.

«*Quizá nuestros gatos monteses se vean así cuando hayan vivido libres por un tiempo, con la comida y los cuidados adecuados*», pensó Charca de Hiedra.

Mientras tanto, Arañazo Filoso había saludado a una gata cerca de la entrada del campamento, acariciándole la oreja con el hocico. Charca de Hiedra se dio cuenta de que debía de ser su pareja.

—Esta es Acecho Perfecto —la presentó Arañazo Filoso.

Acecho Perfecto miró a su pareja, luego a las dos gatas de Clan y de nuevo a su pareja, claramente deseando hacer preguntas. Pero no dijo

nada, simplemente siguió a los demás mientras Arañazo Filoso las guiaba a través del claro hasta donde tres gatos estaban sentados juntos en la orilla de un pequeño arroyo que discurría por el campamento.

Antes de llegar hasta ellos, Arañazo Filoso se detuvo.

—Los gatos monteses siempre tenemos tres veteranos que se encargan de comunicarse con nuestros antepasados y de tomar decisiones importantes para nuestro grupo.

Charca de Hiedra sintió una sacudida de sorpresa al oír aquello.

—En los Clanes, nuestros veteranos se dedican principalmente a contar historias y a ayudar con los cachorros —le dijo—. Se han ganado su descanso por la forma en que sirvieron al Clan en su juventud.

Arañazo Filoso negó con la cabeza.

—Eso es muy extraño. Aquí, el poder de conectar con nuestros antepasados solo se hace más fuerte a medida que los gatos envejecen. Sin nuestros veteranos, estaríamos perdidos. Así que muéstrenles el más profundo respeto, por favor.

—Como si no supiéramos comportarnos —Charca de Hiedra le murmuró a Nívea.

Pero, aunque se había ofendido por un momento, Charca de Hiedra se sintió conmovida por la reverencia de los gatos monteses hacia sus veteranos. Aunque los Clanes los valoraban, los veteranos ya no participaban en el control de la vida del Clan. Se preguntó cómo sería un Clan si los veteranos tomaran las decisiones. ¿Sería mejor, ya que tenían más experiencia en la vida?

Siguieron a Arañazo Filoso y Acecho Perfecto a través del claro hasta que se detuvieron frente a los veteranos. Los tres habían sido gatos poderosos en el pasado, pero ahora Charca de Hiedra podía ver su edad en sus músculos encogidos y las rayas grises en sus pelajes atigrados. En el centro había una gata cuya conducta orgullosa impresionó a Charca de Hiedra; a un lado de ella había un gato con una oreja cortada, y al otro lado otro gato con un manto más oscuro que el de la mayoría de los demás gatos monteses.

Arañazo Filoso y Acecho Perfecto inclinaron la cabeza ante los veteranos; Charca de Hiedra y Nívea hicieron lo mismo.

—Me encontré con estas gatas cuando intentaban entrar en nuestro territorio —explicó Arañazo Filoso—. Me han contado algo que deben escuchar.

Los tres veteranos saludaron a las gatas de Clan con un breve asentimiento.

—Mi nombre es Elegancia Vigilante —maulló la gata, dándole a las gatas de Clan una mirada cautelosa—. Este es Gruñido Cazador —señaló con la cola al gato con la oreja cortada—, y este es Garra Inquieta.

Charca de Hiedra inclinó la cabeza.

—Me llamo Charca de Hiedra —maulló—, y esta es Nívea. Hemos recorrido un largo camino para encontrarlos.

—Dicen ser gatas de Clan —añadió Arañazo Filoso—. Conocen el símbolo del Clan de la Tormenta.

Charca de Hiedra esperaba que los tres veteranos se sorprendieran, pero en lugar de eso, intercambiaron miradas, con los ojos aún llenos de duda. Gruñido Cazador parecía directamente hostil.

—¿Ah, sí? —murmuró Elegancia Vigilante al fin. La gata extendió una pata—. Procedan.

Juntas, Charca de Hiedra y Nívea contaron su historia, sobre la visión de Zarpa Silbante, sobre su viaje y su descubrimiento de Salto Torpe y Ronroneo Acechante en la horrible guarida de Dos Patas, y cómo los gatos monteses los habían guiado hasta el Árbol Estelar, donde pudieron viajar para encontrarse con Estrella de Galerna. Terminaron con la historia de cómo habían rescatado a los gatos monteses de los crueles Dos Patas, y cómo Ronroneo Acechante había dado a luz a tres cachorros sanos.

Los veteranos escucharon en silencio mientras les contaban la historia. Charca de Hiedra esperaba que les dieran la bienvenida de inmediato, especialmente cuando se enteraran de lo de los cachorros. En cambio, los tres se mantuvieron reservados, con una mirada dubitativa, como si no creyeran lo que les habían contado las gatas de Clan.

—¿Por qué vendrían hasta aquí para liberar a un par de gatos monteses? —preguntó Garra Inquieta—. Los Clanes no nos han visitado en mucho tiempo. Creíamos que todos nos habían olvidado.

—Es cierto —Charca de Hiedra admitió, con el manto ardiente de vergüenza—. Hasta que nuestra curandera tuvo su visión y recibimos la misión directamente de Estrella de Galerna —aseguró a los veteranos—. Aún no estamos seguros de lo que significa todo esto, pero hasta ahora todas las visiones que tuvo Zarpa Silbante se han cumplido. Estos gatos monteses y sus cachorros están destinados a vivir entre ustedes.

—Eso lo juzgaremos nosotros —Gruñido Cazador maulló con voz agria—. Hace mucho que habíamos perdido la esperanza de que existieran otros gatos monteses en el mundo. Ahora tenemos que confirmar que esto es cierto. Y si es que creemos el resto de su historia.

—Mientras tanto, ustedes, gatas de Clan, van a esperar bajo guardia —ordenó Elegancia Vigilante.

Charca de Hiedra intercambió una mirada desconcertada con Nívea. Su pelaje se erizó con el inicio del miedo, y se dio cuenta de que la gata del Clan del Río sentía lo mismo. Había esperado que los gatos monteses los recibieran como héroes cuando les trajeran tan buenas noticias. En cambio, parecía como si las estuvieran manteniendo cautivas.

Capítulo 28

Arañazo Filoso condujo a las dos gatas de Clan a través del campamento hasta un lugar protegido, casi rodeado por un matorral de zarzas.

—Esperen ahí —ordenó secamente, y se alejó.

Charca de Hiedra miró con ansiedad a los gatos monteses que estaban en el claro. Ninguno de ellos les prestaba atención a ella ni a Nívea, pero no podían llegar al paso entre las dos rocas sin ser vistas, y las zarzas eran demasiado densas para abrirse paso a través de ellas.

—No me gusta esto —le susurró a Nívea—. Nunca pensé que los gatos monteses fueran tan poco amistosos.

Nívea se limitó a encogerse de hombros.

—Dales tiempo —maulló—. Nosotros, los gatos de Clan, actuaríamos igual si unos gatos monteses aparecieran en nuestro campamento con historias extravagantes.

Charca de Hiedra tuvo que darle la razón. Otros gatos, como las Hermanas, habían sido recibidos con recelo cuando aparecieron por primera vez en los territorios de los Clanes.

Al mirar a la gata del Clan del Río, Charca de Hiedra vio que Nívea se había acomodado, agachada con las patas metidas debajo de ella; Charca de Hiedra no sabía cómo podía parecer tan tranquila.

—Hemos llegado muy lejos —continuó, flexionando las garras con frustración—. ¿Qué vamos a hacer si estos gatos monteses no dejan que Ronroneo Acechante, Salto Torpe y su familia se unan a ellos? ¿En qué otro lugar puede estar a salvo la familia de gatos monteses? Y si los gatos

monteses no están de acuerdo, ¿cómo vamos a volver a casa para ayudar al Clan del Río?

Era consciente de que su voz se elevaba por la agitación, y respiró hondo, tratando de imitar la actitud imperturbable de Nívea.

—Todo estará bien —la tranquilizó Nívea—. Los veteranos seguramente les hablarán de nosotras a sus antepasados, y fueron sus antepasados quienes nos enviaron a buscar a los gatos monteses y traerlos aquí, ¿no? Ya sabes cuál será la respuesta.

Charca de Hiedra esperaba que tuviera razón, pero sabía por su experiencia con las profecías del Clan Estelar lo fácil que era que todo saliera mal. El resultado que el Clan Estelar pretendía podría no ser el que ocurriera, o podría ocurrir de una forma que ellos nunca habrían elegido.

Mirando a su alrededor, se dio cuenta de que no había tantos gatos monteses en el campamento, aunque parecían muy poderosos y feroces. «*Si las cosas se ponen feas, quizá podamos escapar*».

—Me pregunto si estos son todos los gatos monteses que quedan en el mundo —maulló—. Si es así, acoger a Salto Torpe, Ronroneo Acechante y sus cachorros sería bueno para ellos también, no solo para nuestros gatos monteses perdidos.

—Eso podría ser cierto —Nívea coincidió—. Si es así, quizá sean un poco más amigables.

Desde que Arañazo Filoso las había dejado junto a las zarzas, ninguno de los otros gatos monteses se había acercado a hablar con ellas, hasta que una cachorra dejó de jugar con su madre, miró a las gatas de Clan con sus grandes ojos verdes y cruzó corriendo el campamento para pararse delante de ellas.

—¡Hola! —chilló—. Soy Rasguño Rebotador. ¿Cómo se llaman? ¿De dónde vienen? ¿Cómo nos encontraron? ¿Por qué tienen el pelaje de ese color tan raro?

Charca de Hiedra se sorprendió por la cascada de preguntas, mientras que Nívea soltó un ronroneo suave.

—Hemos recorrido un largo camino, pequeña —contestó ella—. Muchos gatos de nuestro hogar tienen el pelaje como el nuestro.

—Yo soy Charca de Hiedra, y ella es Nívea —añadió Charca de Hiedra.

Rasguño Rebotador soltó un ronroneo de risa.

—¡Qué nombres tan raros! —Dejó que su mirada recorriera a las gatas de Clan, con los ojos aún muy abiertos por el asombro—. ¿Son cachorras? —preguntó finalmente—. ¿Quieren jugar conmigo?

Por un momento, Charca de Hiedra se sorprendió, hasta que se dio cuenta de que esa gata montés medio crecida era casi tan grande como ellas.

—No, somos adultas y guerreras —respondió Nívea—. Nos gustaría jugar contigo, pero estamos aquí por un asunto importante. Tenemos que concentrarnos en eso.

Rasguño Rebotador bajó las orejas.

—Mi hermano de camada murió y ahora soy la única cachorra. A veces los adultos juegan conmigo, pero me gustaría mucho que hubiera otros cachorros con los que jugar.

A Charca de Hiedra le dolió el corazón al pensar en el cachorro perdido y en la soledad de la superviviente. «*Pronto habrá más cachorros* —pensó—. *Si todo sale bien*».

Nívea estiró el cuello y le dio un lametón en la oreja a la triste gatita.

—No te preocupes. ¿Qué tal si te contamos todo sobre nuestro hogar y todas las aventuras que hemos vivido para llegar aquí?

La cachorra se animó de inmediato.

—¡Sí, por favor! ¿En serio son gatas de Clan? ¿Viven en montañas como estas?

—Bueno —comenzó Nívea—, en nuestro hogar vivimos alrededor de un lago…

Cuando Nívea comenzó a describir los Clanes y su hogar junto al lago, la madre de Rasguño Rebotador se acercó y bajó la cabeza ante las gatas de Clan.

—Saludos —maulló—. Me llamo Estirada Garruda. Espero que Rasguño Rebotador no las esté molestando.

—En absoluto —contestó Charca de Hiedra—. Es una cachorra encantadora.

—¡Me están contando historias! —Rasguño Rebotador exclamó con los ojos brillantes—. ¡Son gatas de Clan y vienen de muy lejos!

—Eso es muy amable de su parte —ronroneó Estirada Garruda—. He oído hablar de los gatos de Clan, pero nunca había conocido a ninguno. ¿Puedo quedarme y escuchar también?

—Por supuesto —Charca de Hiedra respondió.

No estaba segura de si Estirada Garruda realmente quería escuchar lo que Nívea estaba contando, o si quería vigilar de cerca a su cachorra junto a estas gatas desconocidas, pero en realidad no importaba. Parecía amistosa, y eso tenía que ser bueno.

Gradualmente, otros dos o tres gatos monteses se acercaron al grupo para escuchar a Nívea. Se quedaron congelados, sin apenas respirar, cuando Nívea contó el descubrimiento de los dos gatos monteses encarcelados en la guarida de los Dos Patas, y soltaron maullidos de risa cuando Nívea describió cómo habían abierto las jaulas y cómo el gran perro peludo había atacado al cruel Dos Patas.

—Creo que es suficiente por ahora —maulló uno de los gatos monteses cuando se hubieron calmado—. Debes de estar cansada de tanto hablar. ¿Por qué no te nos unes para comer algo y nos cuentas el resto más tarde?

—Gracias. —Nívea se puso se pie y se estiró largamente—. ¿Vienes, Charca de Hiedra?

—No, gracias. —Charca de Hiedra se dio cuenta de que la luz del día se estaba apagando y se acumulaban sombras a los lados del campamento. No se había dado cuenta de cuánto tiempo habían pasado hablando; se sentía agotada hasta los huesos, necesitaba descansar mucho más que comer—. Te alcanzaré más tarde.

Los otros gatos monteses se llevaron a Nívea, pero Estirada Garruda se quedó con Charca de Hiedra y Rasguño Rebotador, que empezaron a jugar con un trozo de ramita, deslizándolo por el suelo del campamento. Las dos gatas la observaron durante un rato, hasta que Estirada Garruda preguntó:

—¿Tú tienes cachorros propios, Charca de Hiedra?

—Sí, aunque ahora son guerreros adultos —le dijo ella—. Oreja de Clavelina, que es hembra, y Garra Volteada, un macho. Y luego estaba… —Su voz se apagó con tristeza.

Estirada Garruda soltó un pequeño maullido de ánimo.

—Tenía una tercera hija, Escarcha Erizada —logró continuar Charca de Hiedra—. Pero murió luchando contra un gran enemigo de los Clanes.

—Lo siento mucho —Estirada Garruda murmuró—. Perder a un hijo es lo más difícil que puede soportar una gata madre.

Charca de Hiedra sintió de repente que podía confiar en esta comprensiva gata montés.

—Me ha costado mucho superar mi dolor —confesó—. Escarcha Erizada murió en una especie de más allá que llamamos el Bosque Oscuro. Y los gatos que mueren allí se van para siempre. Su espíritu nunca viajará al Clan Estelar, donde podría esperar volver a encontrarla después de mi muerte. Según las creencias de los gatos de Clan, no queda nada de ella y nunca volveré a verla.

Su voz se quebró y bajó la cabeza hacia sus patas.

Estirada Garruda se quedó en silencio durante un rato, como si respetara el dolor de Charca de Hiedra. Cuando continuó, su voz denotaba desconcierto.

—Sé que vivimos en grupos muy diferentes, pero así no es cómo yo entiendo el más allá —maulló—. Los gatos monteses creemos que vamos a una vida después de la muerte cuando morimos, igual que ustedes, los gatos de Clan. Pero cuando esos gatos son finalmente olvidados por todos los gatos monteses vivos, se convierten en parte de la tierra, el aire, el agua… se dispersan para formar parte del mundo entero. Nada se pierde realmente. Charca de Hiedra, ¿no puedes sentir, si extiendes tus sentidos, que Escarcha Erizada sigue a tu alrededor?

Mientras la gata montés hablaba, Charca de Hiedra levantó la cabeza para escuchar. Tenía muchas ganas de creer lo que Estirada Garruda le estaba diciendo. Coincidía con lo que Ronroneo Acechante le había señalado: que tal vez Charca de Hiedra, tal vez todos los gatos de Clan, no sabían todo lo que había que saber sobre lo que les sucedía a los gatos después de morir. Pero aun así, Estirada Garruda era una gata montés, y esa era su creencia. A Charca de Hiedra le costaba aceptar que pudiera ser lo mismo para los gatos de Clan. «*Me reconfortaría si fuera cierto, pero va en contra de todo lo que sabemos los gatos de Clan*». Escarcha Erizada y los gatos que habían muerto en el Bosque Oscuro cuando ella era espía del Clan del Trueno, ¿no se habían ido para siempre? ¿No lo había visto Charca de Hiedra con sus propios ojos cuando luchó en el Bosque Oscuro?

Pero entonces Charca de Hiedra avistó un retazo de cielo entre las ramas sobre el campamento; era exactamente el mismo tono azul verdoso que los ojos de Escarcha Erizada. En ese mismo instante, un leve rastro de un aroma familiar le llegó a la nariz, y recordó el sueño en el que había olido el aroma de Escarcha Erizada. Se quedó paralizada, desesperada por creer, pero incapaz de hacerlo. «*¿Es posible que los gatos monteses tengan razón? ¿Escarcha Erizada me acaba de enviar algún tipo de señal? ¿O me lo estoy imaginando, solo por lo mucho que deseo que sea verdad?*».

Antes de que Charca de Hiedra pudiera pensar realmente en lo que acababa de pasar, los tres gatos monteses veteranos aparecieron, caminando solemnemente por el campamento hacia ella. Charca de Hiedra se levantó para enfrentarse a ellos, mientras Nívea se apresuraba a volver a su lado.

Los veteranos se detuvieron frente a las gatas de Clan. Charca de Hiedra sintió un escalofrío repentino al ver la fría expresión en los tres pares de ojos.

Elegancia Vigilante levantó la cabeza y habló.

—Hemos meditado sobre la historia que nos contaron y la hemos discutido juntos. Y a los tres nos cuesta imaginar cómo esperaban que les creyéramos.

Nívea la miró fijamente.

—¿*No* nos creen?

—¡Pero nos reunimos con Estrella de Galerna! —Charca de Hiedra protestó—. Les mostramos el símbolo del Clan de la Tormenta.

—¿Y esperas que eso les gane nuestra confianza? —Gruñido Cazador preguntó con un resoplido despectivo—. Respetamos a Estrella de Galerna como uno de nuestros antepasados, pero no tenemos motivos para respetar al Clan de la Tormenta. Ellos *abandonaron* a Estrella de Galerna. La dejaron a ella y a sus cachorros a morir.

—Y ahora vienen a nosotros con un cuento sobre otros gatos monteses —continuó Garra Inquieta—. Eso demuestra que nos están mintiendo. *No hay* otros gatos monteses.

—Les prometemos que los hay —replicó Charca de Hiedra, desesperada por convencer a los veteranos—. Hay cinco más. Dos adultos y tres cachorros sanos. ¡No me digan que su grupo no los necesita!

—¿Y por qué les mentiríamos? —Nívea añadió—. Solo queremos ayudarlos, a todos ustedes. Por favor, pregúntenle a sus antepasados. Ellos sabrán que decimos la verdad.

Por un momento, Charca de Hiedra creyó detectar un pizca de nostalgia en la mirada de Elegancia Vigilante, pero un instante después había desaparecido.

—No tiene sentido molestar a los antepasados —maulló la veterana—. Ustedes ya conocen nuestra decisión.

—Hasta donde sabemos —añadió Gruñido Cazador, con los labios fruncidos en el inicio de un gruñido—, podrían estar aliadas con esos zorros malditos que se han instalado en estos bosques.

Charca de Hiedra sintió cómo se le erizaba el pelaje mientras una oleada de enojo la invadía. Le costó un gran esfuerzo no abalanzarse sobre Gruñido Cazador y arrancarle la expresión hostil de la cara con las garras. «*¡Si no tiene cuidado, le voy a cortar la otra oreja!*».

—¡¿Cómo te atreves?! —escupió. La furia le dificultaba hablar—. ¡Somos gatas de Clan! ¡Gatas honorables! ¡Nunca nos aliaríamos con otros animales, y mucho menos con zorros!

«*No como esos mantos sarnosos del granero*», añadió para sí misma.

—Dejamos a nuestros Clanes y arriesgamos nuestras vidas para ayudarlos —espetó Nívea.

Gruñido Cazador estaba a punto de replicar, pero Elegancia Vigilante levantó la cola y él se sumió en un silencio hosco.

—No importa si la acusación es verdadera o falsa —Elegancia Vigilante maulló—. No podemos aceptar su historia.

Garra Inquieta miró a las dos gatas de Clan con una mirada malévola.

—¡Échenlas! —gruñó—. ¡Ahora!

Elegancia Vigilante se volvió hacia él.

—Los gatos monteses no nos comportamos así —le reprendió. A las gatas de Clan les añadió—: No expulsaríamos ni siquiera a ladrones y mentirosos a estos bosques por la noche, pero mañana al amanecer deben irse.

Capítulo 29

Los tres veteranos se alejaron, dejando a Charca de Hiedra y Nívea mirándose fijamente en el crepúsculo que se avecinaba.

—¡No puedo *creerlo*! —gruñó Nívea, clavando las garras en la tierra del suelo del campamento—. ¿Acaso tienen abejas en el cerebro? ¿Por qué recorreríamos todo este camino solo para decir mentiras? ¿Qué creen que ganaríamos con eso?

Charca de Hiedra compartía su frustración, pero en cierto modo entendía el punto de vista de los veteranos.

—Nos confiamos demasiado —maulló al cabo de un rato—. Creímos que nos recibirían con las patas abiertas porque habíamos hablado con Estrella de Galerna y conocíamos el símbolo del Clan de la Tormenta. Pero obviamente ellos consideran enemigos al Clan de la Tormenta, porque no se quedaron para rescatar a Estrella de Galerna y a sus cachorros.

Nívea pareció calmarse y soltó un largo suspiro.

—Deberíamos habernos dado cuenta de la historia que Estrella de Galerna les habría contado a los gatos monteses que la rescataron. Ella sentía que el Clan de la Tormenta la había traicionado.

—Supongo que podemos volver a intentar convencerlos por la mañana —Charca de Hiedra maulló—. Pero si no lo conseguimos, ¿qué les diremos a Ronroneo Acechante y Salto Torpe? ¿Qué les pasará ahora?

—¿Y qué le pasará al Clan del Río si no pagamos la deuda? —añadió Nívea con tristeza.

Charca de Hiedra intentó dormir, sabiendo que necesitaría todas sus fuerzas para el viaje de vuelta, pero la preocupación la mantenía despierta. «*Supongo que podríamos esperar hasta que los cachorros estén en condiciones de viajar y luego traer a la familia de gatos monteses hasta aquí* —pensó—. *Elegancia Vigilante y los demás tendrán que creernos entonces. Pero eso llevaría al menos una luna, ¿y qué pasaría con el Clan del Río?*».

Levantó la mirada al cielo, esperando que los guerreros del Clan Estelar las miraran y las ayudaran, pero el cielo estaba oscuro, y solo había un destello intermitente de luz de luna a través de los ocasionales huecos en las nubes.

El campamento estaba en silencio, salvo por el suave murmullo del arroyo; Charca de Hiedra supuso que todos los gatos monteses estaban dormidos. Respirando la fragancia del bosque, estaba quedándose dormida cuando de repente se sintió abrumada por un hedor caliente que inundó todos los demás olores.

Completamente despierta, se puso de pie de un salto.

—¡Zorro! —siseó.

En ese mismo instante, avistó unas siluetas delgadas y nervudas, silenciosas como sombras, que se deslizaban por el hueco entre las rocas y entraban en el campamento. Un repentino destello de luz de luna iluminó sus dientes y garras, y el brillo malévolo de sus ojos.

—¡Zorros! —Charca de Hiedra aulló—. ¡Zorros en el campamento!

Cuando Nívea saltó a su lado, se oyó otro aullido al otro lado del campamento, cuando los gatos monteses comenzaron a despertarse. Los zorros respondieron con gruñidos y, antes de que Charca de Hiedra pudiera tomar otro aliento, el campamento estalló en una batalla.

Un enorme zorro macho se cernió sobre ella; Charca de Hiedra atacó, arañándole la nariz, y luego se apartó rápidamente de su alcance. Cuando el zorro se giró para seguirla, Nívea saltó a su otro lado y le dio un golpe doble en el hombro con sus dos patas delanteras. El zorro, con el manto manchado de sangre oscura, retrocedió y desapareció en medio del tumulto.

—¡Formamos un gran equipo! —maulló Nívea.

Por todo el campamento, los gatos monteses peleaban con los zorros. Charca de Hiedra vio a Arañazo Filoso tratando de empujar a un zorro hacia la entrada del campamento; un momento después, sus patas resbalaron y el zorro lo inmovilizó, apuntando las mandíbulas a su garganta.

—¡No! —chilló Charca de Hiedra.

Se abalanzó hacia delante, alcanzó al zorro y saltó sobre su lomo, estirándose para arañarle los ojos. La criatura rodó sobre sí misma, tratando de quitársela de encima, y ese momento de respiro permitió a Arañazo Filoso ponerse de pie.

—¡Gracias! —jadeó él.

Incapaz de librarse de Charca de Hiedra, el zorro se lanzó de espalda al piso, tratando de aplastarla con su mayor peso. Charca de Hiedra lo arañó, tratando de liberarse, mientras lograba rasguñarle el costado. Brotó sangre de la herida y el zorro, decidiendo que ya había sufrido lo suficiente, huyó aullando por el hueco entre las rocas.

—¡Luchas bien! —exclamó Arañazo Filoso, sus ojos ámbar brillaban de admiración.

—Soy una guerrera —Charca de Hiedra contestó.

Mientras continuaba la pelea, las nubes se habían disipado y ahora la luz de la luna iluminaba el campamento. A la pálida luz de los rayos, entre los grupos de gatos monteses y zorros que luchaban, Charca de Hiedra vio a la cachorra, Rasguño Rebotador, siendo obligada a retroceder por un zorro hasta que chocó contra la barrera de espinas que rodeaba el campamento. Incapaz de retroceder más, la gatita frunció los labios en un gruñido y extendió una pata delantera con las garras extendidas. El zorro ignoró su intento de defenderse y se preparó para saltar sobre ella.

Para entonces, Charca de Hiedra ya estaba corriendo por el campamento. Embistió al zorro, derribándolo, y se lanzó sobre él, golpeándole el vientre con sus fuertes patas traseras. El zorro se retorció debajo de ella, intentando morderle el cuello. Charca de Hiedra sintió sus dientes clavarse en su pelaje, pero al mismo tiempo un gato montés lo embistió por detrás. De repente, el zorro aflojó su agarre sobre Charca de Hiedra; con un gran esfuerzo la tiró al suelo, apartó al gato montés de un empujón y huyó.

Jadeando, Charca de Hiedra recuperó el equilibrio y se encontró frente a Estirada Garruda.

—¡Salvaste a mi hija! —exclamó la gata montés sin aliento—. Nunca podré agradecértelo lo suficiente. —Se volvió hacia Rasguño Rebotador y sacudió suavemente a la cachorra—. ¡Te dije que treparas a un árbol y te mantuvieras fuera de la batalla!

—Lo siento. Solo quería ayudar —maulló Rasguño Rebotador con voz débil—. Gracias, Charca de Hiedra. ¡Estuviste genial!

Para entonces, la lucha estaba llegando a su fin. Los gatos monteses estaban expulsando a los zorros que quedaban del campamento; estos se escabulleron entre las rocas, y su olor y el sonido de sus pasos se desvanecieron en la noche.

—¡Y no vuelvan! —chilló Arañazo Filoso, gruñendo y mordiendo las patas traseras del último zorro mientras este cojeaba entre las rocas.

Charca de Hiedra miró a su alrededor en busca de Nívea y la vio saltando por el campamento para reunirse con ella. Tenía un rasguño en la frente y le goteaba sangre por la cara, pero no vio ninguna otra herida.

—Bueno, eso estuvo… movido —Nívea comentó al detenerse junto a Charca de Hiedra—. ¿Tienen problemas con zorros a menudo? —le preguntó a Estirada Garruda.

—No, hasta que se mudaron a esta parte del bosque hace como una luna —respondió Estirada Garruda—. Pero nunca había sido tan grave como esto. Es como si hubieran querido apoderarse de nuestro campamento.

A Charca de Hiedra no le sorprendía. El campamento era bastante grande, con mucha maleza alrededor para hacer guaridas y un arroyo que proporcionaba agua.

—¿Están heridas? —Estirada Garruda preguntó con mirada preocupada—. Nuestros veteranos también son sanadores. Puedo llevarlos con ellos.

Charca de Hiedra intercambió una mirada dudosa con Nívea; en su último encuentro, los veteranos se habían mostrado tan hostiles que quizá no quisieran ayudarlas.

—Yo estoy bien —contestó—. El último zorro me arrancó un poco de pelo, pero eso es todo. Pero tú deberías ir a que te revisen ese arañazo —le dijo a Nívea.

—Por aquí. —Estirada Garruda les hizo una señal y las guió a través del campamento con Rasguño Rebotador, que ya se había recuperado del susto, brincando a su lado.

Los tres veteranos estaban sentados junto al arroyo, en el punto donde desembocaba hacia el campamento. Garra Inquieta estaba aplicando una especie de cataplasma de hierbas en el hombro de Acecho Perfecto, mientras Gruñido Cazador examinaba la pata de otro gato montés y más gatos monteses esperaban su turno.

Elegancia Vigilante se había levantado y observaba a Charca de Hiedra y Nívea mientras cruzaban el campamento hacia ella. Finalmente, dio unos pasos hacia adelante para recibirlas. Para sorpresa de Charca de

Hiedra, antes de que nadie pudiera hablar, la veterana inclinó la cabeza ante ellas con profundo respeto.

—Les debo una disculpa —maulló Elegancia Vigilante—. Vi la valentía con la que que lucharon contra los zorros…

—¡Charca de Hiedra me salvó la vida! —Rasguño Rebotador chilló. Obviamente no le importó para nada haber interrumpido a una veterana.

—¡Shh! —maulló su madre, dándole a Rasguño Rebotador un suave golpecito en la oreja con las garras envainadas.

Elegancia Vigilante no pareció inmutarse.

—Les debemos mucho a las dos —continuó—. Y tengo que confesar que los demás veteranos y yo nos equivocamos. Ningún mentiroso, ningún ladrón, habría arriesgado tanto para luchar por gatos que no les habían mostrado ninguna amistad. En especial cuando las habíamos acusado de estar aliadas con las mismas criaturas contra las que lucharon.

—No podíamos quedarnos mirando de patas cruzadas —maulló Nívea.

—Espero que los zorros hayan aprendido la lección y no vuelvan a molestarlos —Charca de Hiedra añadió.

—Esperemos que así sea —declaró Elegancia Vigilante—. Pero pase lo que pase, ustedes se han ganado nuestra confianza, nuestra gratitud y nuestras más sinceras disculpas, por lo que hemos decidido invitarlas, gatas de Clan, a presenciar nuestra comunicación con nuestros antepasados. Si las guiaron hasta aquí debido a una conexión entre su especie y la nuestra, entonces deberían formar parte de esto.

Charca de Hiedra sintió que cada arañazo punzante, cada dolor en sus músculos, había valido la pena para escuchar el cambio de opinión de la veterana.

—Gracias —exhaló. Las palabras brotaron del fondo de su corazón.

—Durante el resto de la noche deben descansar y sanar —les dijo Elegancia Vigilante—. Y mañana les mostraremos cómo nos reunimos con nuestros antepasados.

Charca de Hiedra abrió los ojos y vio la luz del sol brillando a través de los helechos donde los gatos monteses habían hecho lechos para ellas. Se puso de pie, movió los hombros para quitarse la rigidez y luego se enderezó y arqueó la espalda para estirar todos sus músculos, desde su

cuello hasta sus patas. Se sentía completamente descansada y lista para lo que fuera que los veteranos le iban a mostrar.

Al salir, deslizándose por entre las frondas de los helechos, se dio cuenta de que los gatos monteses le habían permitido dormir todo lo que necesitaba; faltaba poco para el mediodía. A un par de colas de distancia de la guarida, Nívea se estaba acicalando y levantó la mirada cuando Charca de Hiedra se acercó.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —Charca de Hiedra respondió, saltando un poco. Sentía que había recuperado toda la energía que había gastado en la larga caminata por las montañas y en la batalla de la noche anterior—. ¿Cómo está tu herida?

—Garra Inquieta le puso algo que me pica —le dijo Nívea—. Huele bien, pero no creo que sea una de las hierbas que usan nuestros curanderos. Antes de irnos, debo preguntarle qué es.

Mientras la gata hablaba, Charca de Hiedra vio a los tres veteranos cruzando el campamento hacia ellas. Nívea se levantó, se sacudió el manto y se volvió hacia ellos.

—Está pasando —susurró.

—Saludos —dijo Elegancia Vigilante—. Espero que hayan dormido bien. ¿Están listas para que nos comuniquemos con nuestros antepasados y conocer la voluntad que poseen para ustedes?

Las dos gatas de Clan asintieron con la cabeza.

—Entonces vengan con nosotros —Gruñido Cazador ordenó.

Los veteranos lideraron el camino entre las rocas y siguieron un sendero que serpenteaba entre los árboles y ascendía abruptamente. Charca de Hiedra notó que todo el olor a zorro que había percibido se estaba desvaneciendo y volviéndose rancio, como si las criaturas hubieran decidido trasladarse a un lugar más seguro para ellas, un lugar sin gatos que supieran usar sus dientes y garras.

A Charca de Hiedra ya se le estaban cansando las patas para cuando salieron del bosque y llegaron a la cima de una colina cubierta de pasto. Las frías ráfagas de viento le erizaron el pelaje, trayendo consigo olores fuertes y claros. Un manantial brotaba entre dos rocas y bajaba gorgoteando por la colina. Intercambió una mirada nerviosa con Nívea, preguntándose qué iba a pasar allí.

—Miren a su alrededor —Elegancia Vigilante indicó a las gatas de Clan—. Este es un lugar donde se combinan los elementos. Aire puro en el

cielo abierto, el manantial burbujeante y el arroyo veloz, y tierra blanda bajo nuestras patas. Nuestros antepasados nos rodean.

Los tres veteranos se sentaron, muy juntos y mirando hacia fuera.

—Invocamos a nuestros antepasados para que hablen a través de nosotros —maulló Garra Inquieta—. Muéstrennos qué hacer con estas gatas raras que han llegado a nuestro territorio y con los otros gatos monteses de los que nos han hablado.

Poco a poco, los veteranos se tensaron; sus ojos se agrandaron y se quedaron en blanco. Cuando Elegancia Vigilante volvió a hablar, su voz resonó como si viniera de muy lejos. Un escalofrío recorrió a Charca de Hiedra desde las orejas hasta la punta de la cola, y sintió que se le erizaba el pelo de los hombros. Supuso que ahora era un antepasado quien hablaba a través de Elegancia Vigilante.

—Charca de Hiedra, Nívea —comenzó el antepasado. Aunque la voz sonaba extraña, Charca de Hiedra creyó detectar calidez en ella—. Las recordamos de cuando viajaron a nuestros terrenos a través del Árbol Estelar.

Consciente de que, de alguna manera, los antepasados podían verla, Charca de Hiedra bajó la cabeza con el más profundo respeto; Nívea hizo lo mismo.

—Los gatos monteses perdidos y sus cachorros recién nacidos deben viajar aquí y unirse a sus parientes —continuó un segundo antepasado, hablando a través de Gruñido Cazador—. Ellos llevan consigo los espíritus de sus antepasados. Será un regreso a casa lleno de alegría.

—La familia de gatos perdidos será aceptada aquí —Garra Inquieta dio voz a un tercer antepasado—. Pero primero… hay algo que ustedes, gatas de Clan, deben saber.

Capítulo 30

Charca de Hiedra y Nívea intercambiaron una mirada sorprendida mientras esperaban a que los ancestros les dijeran más. Quizá ese fuera el conocimiento que necesitaban para evitar que el río se tiñera de sangre. «*¿Esto significa que aún hay tiempo para salvar al Clan del Río?*», se preguntó Charca de Hiedra.

Pero, en cambio, los gatos monteses veteranos se relajaron gradualmente y se sacudieron los mantos. Obviamente, los ancestros se habían ido.

—¿Por qué se fueron? —preguntó Charca de Hiedra, confundida—. ¿Cómo podemos averiguar lo que necesitamos saber si no nos lo dicen?

—Para saberlo, deben viajar a la tierra de los ancestros —respondió Elegancia Vigilante.

Tan solo el pensar en viajar todo el camino de regreso al Árbol Estelar, hizo que Charca de Hiedra sintiera como si se le fueran a caer las patas.

—¿Por qué no nos lo pueden decir ustedes? —preguntó.

Elegancia Vigilante parpadeó.

—Porque los ancestros no nos han compartido esto —le dijo—. Lo que los ancestros quieren revelar es algo que solo ustedes, como gatas de Clan, necesitan saber.

—Pero no somos curanderas —protestó Nívea—. No sabemos cómo entrar en el más allá sin Zarpa Silbante.

—Deben ir al más allá solas, pero las ayudaremos a encontrar el camino —les aseguró Garra Inquieta.

—¿De vuelta al Árbol Estelar? —Charca de Hiedra preguntó.

Gruñido Cazador negó con la cabeza.

—No —contestó—. Hay muchas formas diferentes de llegar al más allá. Les mostraremos una mucho más cercana que esa. Vengan, sígannos.

Los veteranos regresaron por el mismo camino que habían utilizado para llegar a la cima de la colina. Poco después de que el bosque los rodease de nuevo, se desviaron del camino y avanzaron entre los árboles hasta llegar a un claro pequeño. En el centro yacía un enorme tronco hueco; Charca de Hiedra parpadeó al ver su tamaño. Debía de haber sido un árbol magnífico.

Los veteranos los guiaron hasta un extremo del tronco. Elegancia Vigilante dio un paso adelante y apartó las hojas muertas que se habían acumulado en la entrada de un extremo.

—Entren —instruyó a las gatas de Clan—. Despejen sus mentes y prepárense para lo que vendrá. Las esperaremos aquí.

Charca de Hiedra intercambió una mirada dudosa con Nívea. Sentía un cosquilleo de aprensión en las almohadillas; por primera vez se dio cuenta de que no había oído ningún canto de aves ni el correteo de presas desde que había salido de los árboles y entrado al claro.

—Vamos —murmuró Nívea—. No dejemos que vean que nos perturba.

Charca de Hiedra asintió.

—Esto es lo que hemos venido a buscar, después de todo.

Juntas, las dos gatas dieron un paso adelante y entraron en el árbol. Al principio, todo estaba oscuro delante de ellas; la única luz era la que se filtraba por la entrada, y sus propios cuerpos bloqueaban la mayor parte. Aunque el tronco era grande, en su interior había el espacio justo para ambas gatas; el pelaje de Charca de Hiedra rozaba un lado, mientras que por el otro estaba apretada contra Nívea.

Charca de Hiedra cerró los ojos y pensó en su familia del Clan del Trueno. Anhelaba tanto volver a verlos y asegurarse de que estaban a salvo. Pero tras un instante de nostalgia, hizo lo que Elegancia Vigilante le había dicho e intentó despejar su mente.

No pasó mucho tiempo antes de que Charca de Hiedra pudiera sentir una luz que brillaba sobre sus párpados cerrados. Abrió los ojos y vio un resplandor helado que se filtraba por el extremo del tronco que antes había estado bloqueado. No pudo reprimir un jadeo de sorpresa. Nívea también había abierto los ojos y se veía igualmente asombrada. Intercambiaron una mirada y luego avanzaron lado a lado.

Charca de Hiedra esperaba encontrarse con los ancestros de los gatos monteses tan pronto como salieran del tronco. En cambio, estaban solas. El bosque que las rodeaba le recordaba la naturaleza salvaje que habían visto cuando atravesaron el Árbol Estelar con Zarpa Silbante y Brote de Raíz. Soplaba un viento frío, más cortante y gélido que el de su hogar. Los árboles eran más grandes y crecían más gruesos que en los territorios junto al lago. Los troncos estaban cubiertos de musgo, que colgaba de sus ramas como enredaderas. La maleza les impedía ver en casi todas las direcciones; Charca de Hiedra podía oír algo grande moviéndose entre ella no muy lejos. «*¡No quiero encontrarme con eso!* —pensó—. *Salgamos de aquí*».

Justo delante, un sendero forestal atravesaba los árboles hasta llegar a la orilla de un río.

—Parece que tenemos que ir por aquí —murmuró Nívea.

Las dos gatas avanzaron sigilosamente hasta llegar a la orilla del agua. Al mirar hacia abajo, Charca de Hiedra pudo ver enormes peces nadando en círculos. Nívea se pasó la lengua por las mandíbulas; Charca de Hiedra esperaba que no estuviera pensando en cazar allí.

Antes de que pudiera decir nada, una voz habló detrás de ella.

—Saludos.

Las dos gatas de Clan se dieron la vuelta; frente a ellas estaba Estrella de Galerna.

—Saludos —respondieron Charca de Hiedra y Nívea al unísono, inclinando la cabeza ante la gata espíritu—. Esperábamos volver a verte.

—Sean bienvenidas a mi territorio —Estrella de Galerna comenzó—. Yo esperaba tener la oportunidad de verlas a ustedes. Su llegada a través del Árbol Estelar despertó en mí sentimientos que creía haber apartado para siempre.

Charca de Hiedra intercambió con Nívea una mirada confundida. Había creído que los ancestros las habían llamado a Nívea y a ella a sus terrenos por Ronroneo Acechante y Salto Torpe, pero parecía que esto tenía algo que ver con Estrella de Galerna personalmente.

Claramente, Estrella de Galerna pudo ver lo desconcertadas que se sentían las dos gatas de Clan.

—Desde que los conocí, he estado pensando en el pasado —explicó ella—. He estado sintiendo el dolor que dejé atrás hace muchas estaciones, después de que Estrella Rayada y el Clan de la Tormenta me abandonaran. ¿Qué se supone que debo hacer con él? No puedo cambiar lo que sucedió hace tanto tiempo.

Se hizo el silencio y, una vez más, Charca de Hiedra y Nívea se miraron. Charca de Hiedra pudo ver su propia simpatía y confusión reflejadas en los ojos de su amiga. Finalmente, fue Nívea quien habló.

—Quizá necesitas enfrentarte a tu dolor —sugirió—. Una vez que aceptes lo que pasó, en lugar de intentar fingir que todo ha terminado, probablemente te sentirás mejor.

Esta vez fue Estrella de Galerna quien se mostró desconcertada.

—¿Cómo se supone que voy a hacer eso? —preguntó—. Todos los gatos que estuvieron involucrados llevan mucho tiempo muertos. Ni siquiera el Clan de la Tormenta parece existir ya.

Durante unos latidos, Charca de Hiedra sintió que nadie podía responder a esa pregunta. Entonces, con un jadeo de asombro, se dio cuenta de la verdad.

—Tienes que viajar al Clan Estelar y encontrar allí a Estrella Rayada —declaró.

Estrella de Galerna la miró como si pensara que Charca de Hiedra tenía abejas en el cerebro.

—¡No puedo hacer eso! —exclamó—. ¡Nadie puede hacer eso!

—¿Siquiera lo has intentado? —Nívea preguntó—. ¿No puedes viajar al Clan Estelar así como viajas al más allá de los gatos monteses?

Estrella de Galerna se quedó en silencio; Charca de Hiedra podía percibir su miedo.

—Si puedes viajar hasta el Clan Estelar y encontrar a Estrella Rayada —continuó Charca de Hiedra—, si puedes traerlo de vuelta, por fin podrás hablar con él y saber por qué te dejó a ti y a tus cachorros a morir.

—No puedo… —Estrella de Galerna comenzó, y dejó que su voz se apagara.

—Estrella Rayada ha desaparecido del Clan Estelar porque nadie lo recuerda —Charca de Hiedra prosiguió—. Nadie puede recordar completamente lo que le sucedió al Clan de la Tormenta. Pero *tú* sí lo recuerdas, Estrella de Galerna, y podrías traerlo de vuelta. Y entonces podrías obligar a los Clanes a recordar lo que le sucedió al Clan de la Tormenta. No sé por qué tenemos que hacer eso, pero estoy segura de que debemos hacerlo. Y tú podrías obtener las respuestas que necesitas.

Estrella de Galerna escuchó las palabras de Charca de Hiedra con una intensidad feroz, pero cuando Charca de Hiedra terminó de hablar, permaneció en silencio. La gata plateada y blanca no dijo nada más para persuadirla. Era una decisión que Estrella de Galerna tenía que tomar por sí misma.

Finalmente, la gata espíritu respiró hondo y soltó un largo suspiro.

—Muy bien —maulló—. Iré al Clan Estelar y encontraré a Estrella Rayada, si vienen conmigo.

El pánico se apoderó de Charca de Hiedra. Al mirar a Nívea, vio que la gata del Clan del Río parecía tan aterrorizada como ella.

—No tenemos ni idea de cómo llegar al Clan Estelar desde aquí —la lugarteniente objetó—. No somos curanderas, y no supone que debamos visitar al Clan Estelar.

«*Así como Escarcha Erizada nunca debió ir al Bosque Oscuro*».

—Oh, eso lo sé —contestó Estrella de Galerna, con un tono más seguro ahora que había tomado una decisión. Señaló con la cola hacia el ancho río que tenían delante—. Llegar allí es fácil. Todos los más allá están conectados por el Río de los Espíritus. Si flotamos río abajo, acabaremos llegando al territorio del Clan Estelar. Y no importa que no sean curanderas —añadió—. Ustedes son las que vinieron aquí para ayudarme, y eso significa que se les debe permitir ir al Clan Estelar.

Charca de Hiedra sintió gusanos de aprensión que se retorcían en su vientre. El río era ancho, la corriente fluía con fuerza y no tenía ni idea de cómo se suponía que iban a viajar por él.

—¿Qué opinas? —le preguntó a Nívea.

La gata blanca dudó durante un largo momento.

—Supongo que deberíamos hacerlo por el bien de los Clanes —por fin maulló—. Si Estrella de Río no hubiera sido lo suficientemente valiente como para viajar río abajo, el Clan del Río nunca habría existido.

A regañadientes, Charca de Hiedra asintió, recordando la profecía del río teñido de sangre. Por extraño y tortuoso que hubiera sido su viaje, no se podía negar que las había llevado hasta allí, y parecía que solo había una salida. «*¿Y acaso no vine hasta aquí porque estaba dispuesta a arriesgarlo todo para salvar a los Clanes del peligro?*».

—Bueno —contestó—. Estoy dispuesta a hacerlo.

Ahora ansiosa, Estrella de Galerna saltó a la orilla del agua y se subió a un tronco que flotaba donde la corriente había formado una pequeña bahía bajo la orilla. Volviéndose hacia las gatas de Clan, las miró expectante.

—Vamos —maulló ella—. ¡Es hora de ir!

Capítulo 31

La corriente parecía decidida a empujar el extremo del tronco flotante hacia la tierra blanda de la orilla del río. Charca de Hiedra, con Estrella de Galerna a su lado, empujó fuertemente contra la orilla, mientras Nívea intentaba guiar el otro extremo del tronco hacia la corriente. Finalmente, el tronco dio una gran sacudida y salió balanceándose de la pequeña bahía. Charca de Hiedra apenas logró mantener el equilibrio, clavando con fuerza las garras en la corteza y luchando por no mostrar lo absolutamente aterrorizada que estaba.

Estrella de Galerna parecía mucho más cómoda en el agua, y Charca de Hiedra pensó que probablemente esto era menos aterrador para Nívea, que era una gata del Clan del Río. Pero ella misma apenas sabía nadar, y sabía que no podría enfrentarse a esa corriente.

—No tengas miedo —la tranquilizó Nívea—. No te caerás, y si lo haces, una de nosotras te sacará.

Charca de Hiedra no estaba segura de compartir la confianza de Nívea, pero poco a poco su corazón acelerado se calmó y pudo mirar a su alrededor.

A ambos lados del río, la tierra estaba cubierta de neblina; de vez en cuando, formas oscuras de árboles y arbustos se alzaban entre la niebla y volvían a desaparecer. Aquí y allá, Charca de Hiedra podía distinguir las siluetas fantasmales de lo que parecían gatos, que aparecían y desaparecían como si estuvieran merodeando por su territorio.

—¿Quiénes son? —le preguntó a Estrella de Galerna, señalando con la cola una de las formas neblinosas.

—Son los espíritus de los gatos monteses —Estrella de Galerna explicó—. Han sido olvidados, o casi olvidados. Pronto desaparecerán por completo del más allá y pasarán a formar parte del mundo natural.

Más río abajo, la neblina se disipó cuando pasaron junto a un paisaje montañoso lejano, donde aves rapaces sobrevolaban picos nevados.

—¡Oh, ese debe de ser el territorio de la Tribu de la Caza Interminable! —exclamó Charca de Hiedra—. La Tribu de las Aguas Rápidas vive en montañas como esas, así que esperaría ver montañas cubiertas de nieve en su más allá.

—Concentra tu mirada allí —Estrella de Galerna le dijo—, y se volverá más claro.

Charca de Hiedra miró fijamente las montañas sin pestañear y soltó un pequeño maullido de asombro cuando las laderas nevadas parecieron envolverla. Creía estar de pie sobre la nieve, pero no sentía el frío en las almohadillas de sus patas.

Delante de ella podía ver el borde de un precipicio y una cascada que caía en un estanque. Soltó un jadeo. «*¡Es aterrador, pero tan hermoso!*». Entonces vio una pequeña silueta oscura, un gato, que caminaba por una cornisa a mitad de la cascada. Mientras lo observaba, desapareció detrás del agua que caía, y Charca de Hiedra se dio cuenta de que debía de haber entrado en la cueva donde vivía la tribu. Un escalofrío de placer la recorrió; nunca había visitado a la tribu en el mundo real y era maravilloso ver su hogar en el más allá.

—Cierra los ojos cuando hayas visto suficiente —le indicó Estrella de Galerna.

Tras una última mirada encantada, Charca de Hiedra hizo lo que le dijo y, al abrir los ojos, se encontró de nuevo en el tronco, flotando por el Río de los Espíritus con las montañas a lo lejos.

Se dio cuenta de que Nívea había hecho lo mismo; sus ojos estaban llenos de asombro cuando se encontró con la mirada de Charca de Hiedra.

—¡Eso fue espléndido! —exhaló.

A medida que pasaban por otros terrenos (algunos cubiertos de bosques, otros de páramos desolados, islas en lagos o arroyos serpenteantes), Charca de Hiedra comenzó a preguntarse con nostalgia si en algún lugar allí fuera podría haber una versión tenue y fantasmal de Escarcha Erizada. Quizá sería casi transparente, como aquellos gatos monteses antepasados casi olvidados, pero seguiría *ahí*. La pequeña

esperanza de Charca de Hiedra se hizo más fuerte a medida que se acercaban al Clan Estelar.

Entonces, la neblina se disipó una vez más y divisó en la distancia lo que parecía una mancha oscura en el paisaje circundante, un lugar donde crecían árboles retorcidos en un pantano, con ramas desnudas u hojas marchitas, y hongos pálidos que crecían en sus troncos.

—¡El Bosque Oscuro! —susurró.

—No sabía que los terrenos de caza infinita del Clan Estelar y el Bosque Oscuro estuvieran conectados por un río —Nívea dijo.

—No es un río al que puedan acceder los gatos de Clan —respondió Estrella de Galerna—. No es fácil viajar entre los más allá. Los gatos monteses han acumulado este conocimiento a lo largo de generaciones y generaciones.

Pero Charca de Hiedra solo escuchaba a medias. Un hambre se despertó en su interior, feroz como los colmillos de un zorro, un hambre de atraer el Bosque Oscuro hacia ella y entrar en él en busca de Escarcha Erizada. «*Quizá no se ha ido realmente. Quizá pueda encontrarla, incluso después de todo este tiempo…*».

—¡Charca de Hiedra! —La voz de Nívea fue intensa, como si entendiera lo que pasaba por la mente de Charca de Hiedra—. No puedes… no está permitido. Si entras al Bosque Oscuro, ¿cómo saldrías?

—No me importaría —Charca de Hiedra logró soltar—. No si pudiera encontrar a Escarcha Erizada.

—Escarcha Erizada *se ha ido*. —El tono de Nívea fue brutal—. Se ha ido del mundo de los vivos, se ha ido del más allá. Charca de Hiedra, lo *sabes*.

Charca de Hiedra se estremeció. Sabía que Nívea tenía razón, pero no podía aceptarlo en su corazón. Sentía que seguir flotando por el Río de los Espíritus sería dejar atrás a Escarcha Erizada, sería perder la última pizca de esperanza de encontrar a su hija perdida. Sus extremidades temblaban con la fuerza de su tentación.

Entonces, una voz pareció hablar en su mente. Era fría y tranquila, e infinitamente reconfortante:

—Tienes una pareja e hijos que te aman. Tienes un Clan que te respeta. Eres lugarteniente. Te necesitan. Si no regresaras, habría mucho dolor y pérdida.

«*¿Podría ser Escarcha Erizada?*».

—Y tengo un deber —logró susurrar Charca de Hiedra, como en respuesta a la voz—. Debo terminar la misión. Si solo quedan cuatro gatos,

la deuda nunca se pagará. —Se volvió a estremecer y soltó un largo suspiro—. Está bien —maulló—. Vamos.

Mientras el tronco se adentraba en la niebla, Nívea apoyó la cola sobre los hombros de Charca de Hiedra. No hacían falta palabras.

Finalmente, la neblina se disipó y el tronco se acercó suavemente a la orilla del río, donde se extendía ante ellas una pradera soleada. Cuando Charca de Hiedra saltó a tierra firme, disfrutando del calor de los rayos del sol sobre su pelaje, se dio cuenta de que habían llegado a los terrenos de caza del Clan Estelar. Abrumada por el asombro, miró a su alrededor mientras Nívea y Estrella de Galerna saltaban para unírsele.

Una cálida brisa agitaba el pasto y susurraba suavemente entre las ramas de los árboles cercanos. El aire estaba lleno de aromas frescos; Charca de Hiedra sintió una nueva energía fluyendo por sus extremidades, como si pudiera correr hasta el territorio de los gatos monteses y volver.

—¡No puedo creerlo! —le susurró a Nívea—. ¡Realmente estamos en el Clan Estelar!

Nívea asintió.

—No muchos gatos vivos ven lo que estamos viendo ahora. Es un privilegio enorme.

De repente, Charca de Hiedra se sintió invadida de dudas. Pensó en cómo se había dejado llevar por el dolor, en cómo había descuidado sus obligaciones y no había sido una compañera de Clan comprensiva… Pensó en su entrenamiento en el Bosque Oscuro y en cómo había matado al espíritu de Hormiguero.

—No creo que me lo merezca —maulló con voz temblorosa—. Esto no puede ser para mí.

—No se trata de que lo *merezcamos*. —El rostro de Nívea, tan a menudo tenso o preocupado, se inundó de repente de felicidad—. Es un regalo.

Dos gatos atravesaban el pasto en dirección a ellas; el brillo de las estrellas resplandecía en sus patas y alrededor de sus orejas. El primero era un gato blanco y negro con una larga cola que mantenía en alto; Charca de Hiedra lo reconoció de inmediato por las historias que contaban los veteranos. «*¡Estrella Alta!*». El antiguo líder del Clan del Viento se veía fuerte, no como el gato frágil que según las historias apenas había logrado llegar al final del Gran Viaje. Con él había una nervuda gata marrón que Charca de Hiedra nunca había visto antes; sus ojos amarillos reflejaban la sabiduría de muchas estaciones.

—Saludos —maulló Estrella Alta al detenerse frente a Charca de Hiedra y Nívea. Mientras ellas inclinaban la cabeza con profundo respeto, él añadió—: Esta es Estrella de Viento.

«*¡La primera líder del Clan del Viento!*». Charca de Hiedra apenas sabía cómo expresar la reverencia que sentía por la gata del lejano pasado que estaba frente a ella.

—Sa…saludos —balbuceó—. Es un honor estar aquí.

Nívea inclinó la cabeza ante la antigua líder.

—Es maravilloso conocerte —murmuró—. Tu Clan todavía te honra.

—Es un placer —Estrella de Viento contestó.

Mientras tanto, otros espíritus se dirigían hacia ellas, curiosos por ver qué estaba pasando. El corazón de Charca de Hiedra dio un salto cuando reconoció a Estrella Vaharina.

—Se ve tan fuerte y saludable otra vez —maulló Nívea, con los ojos brillantes de alegría—. No puedo expresar lo bueno que es volver a verla.

A Estrella Vaharina la seguía un enorme gato naranja con patas blancas.

—Creo que ese debe de ser Estrella de Trueno —le susurró Charca de Hiedra a Nívea—. El primer gato que lideró al Clan del Trueno. —Su corazón latía con fuerza mientras inclinaba la cabeza ante él.

—Y ese es Estrella de Río —Nívea susurró, señalando con las orejas al gato de pelaje largo que seguía los pasos de Estrella de Trueno—. No puedo creer que lo esté viendo. ¡Espera a que se lo cuente a mis compañeros de Clan!

Mientras los antiguos líderes de Clan se reunían, Charca de Hiedra vio a tres cachorros jugando juntos al sol, saltando unos sobre otros o saltando para atrapar una mariposa que revoloteaba sobre sus cabezas. Uno de ellos le resultaba familiar; un momento después se dio cuenta de que era Pequeño Serbal, el cachorro perdido de Ala de Tórtola. Su pelaje atigrado estaba erizado y sus ojos brillaban.

Vigilándolos estaba una gata gris que también le resultó familiar: Fronda, una pariente suya que había perdido la vida en la Gran Batalla contra los gatos del Bosque Oscuro.

—¡Fronda! —Charca de Hiedra llamó con cariño. Fronda había ayudado a criarla cuando era una cachorra en la maternidad.

Fronda se giró y se quedó congelada por la sorpresa durante un instante, luego movió la cola en un alegre saludo y se acercó junto a los demás.

—Charca de Hiedra, me alegra mucho volver a verte —maulló—. ¡Te ves bien! Pero… ¿has muerto?

Charca de Hiedra negó con la cabeza.

—No. Es una larga historia el por qué estoy aquí. A mí también me alegra verte. Y me alegra mucho ver a Pequeño Serbal jugando tan contento —añadió mientras entrechocaba narices con su antigua compañera de Clan—. Tengo que contárselo a Ala de Tórtola tan pronto como pueda.

Mientras hablaba, Estrella de Trueno soltó un fuerte maullido, llamando la atención de todos los gatos presentes.

—Sean bienvenidas al Clan Estelar, jóvenes guerreras —les dijo a Charca de Hiedra y Nívea—, pero, ¿quién es la gata que han traído con ustedes? No la reconozco.

—Esta es Estrella de Galerna —Charca de Hiedra explicó—. Ella y su pareja lideraron juntos al Clan de la Tormenta.

—¿El Clan de la Tormenta? —preguntó Estrella Alta, con expresión de desconcierto.

Estrella Vaharina parecía igual de confundida.

—¿Tú y tu pareja lideraron un Clan *juntos*?

Los espíritus del Clan Estelar murmuraron con incredulidad y se miraron entre sí con sorpresa.

—Esto es… muy difícil de entender —maulló Estrella Alta.

—Sí —Estrella de Río coincidió—. Si alguna vez hubo otro Clan llamado el Clan de la Tormenta, ¿por qué ha sido olvidado por completo?

Por fin, Estrella de Viento habló, flexionando las garras en el pasto con inquietud.

—Ahora que lo mencionan, hay *algo* en el fondo de mi mente —la líder admitió—. *Casi* recuerdo a dos Clanes que se unieron y se llamaron a sí mismos el Clan de la Tormenta. Siento que algo terrible debe haber sucedido.

—¿*Cómo* pudieron todos haberlo olvidado? —preguntó Nívea, incrédula.

—Cuando el último gato vivo que recuerda a aquellos que han muerto los olvida —explicó Estrella de Viento solemnemente—, nosotros, en el Clan Estelar, también empezamos a olvidarlos. Y esto habría sucedido mucho más rápido si los Clanes vivos se hubieran empeñado en no hablar del Clan de la Tormenta y de Estrella de Galerna. —Volviéndose hacia Estrella de Galerna, añadió—: Quizá ahora sea el momento de que tu historia sea recordada.

Estrella de Galerna asintió y respiró hondo.

—Todo comenzó cuando yo, líder del Clan del Viento, y Estrella Rayada, líder del Clan del Trueno, nos enamoramos.

Alguien inhaló repentinamente, pero Estrella de Galerna no le prestó atención y continuó.

—Al principio éramos amigos, desde que éramos aprendices y asistimos por primera vez a una Asamblea con nuestros Clanes. Luego, a medida que crecíamos y nos convertíamos en guerreros respetados, lugartenientes y, finalmente, líderes de Clan, nos hicimos amigos más íntimos que nunca. Durante mucho tiempo solo fue amistad, pero al hablar sobre nuestra lealtad a nuestros Clanes y la carga del liderazgo, empezamos a sentir algo nuevo el uno por el otro: amor.

—¿Cómo *pudieron*? —Fronda preguntó, con los ojos horrorizados—. ¿Cómo lo mantuvieron en secreto de sus Clanes?

—No fue fácil —Estrella de Galerna confesó con un suspiro—. Intentamos lo mejor que pudimos dejar a un lado nuestros sentimientos, porque parecía que teníamos que traicionar a nuestros Clanes o perdernos el uno al otro. Pero entonces nos dimos cuenta de que había otra manera: decidimos formar un nuevo Clan, uno que pudiéramos liderar juntos.

—¿Acaso se te metieron abejas en el cerebro? —preguntó Estrella de Trueno con un suave gruñido en la voz.

Estrella de Galerna negó con la cabeza impacientemente.

—Sabíamos que no era lo ideal —respondió—, y algunos de los gatos de ambos Clanes se opusieron. Recuerdo que Brisa Blanca y Ala Veloz de mi Clan, y Arbusto de Rosas del Clan del Trueno, se mostraron especialmente hostiles, pero finalmente nos unimos y, tras algunas discusiones, todos los gatos del Clan del Trueno y del Clan del Viento acabaron creyendo y confiando en el Clan de la Tormenta.

—¿Y los otros Clanes? —preguntó Estrella de Río.

—Por supuesto que no les gustó. —Hubo una especie de aceptación cansada en la voz de Estrella de Galerna—. En una temporada en la que escaseaban las presas, nos culparon; no creían que tuviéramos escasez de comida como el resto. Se volvieron tan hostiles que decidimos irnos. Fue una decisión difícil: unir los dos Clanes había sido una cosa, pero abandonar a los demás Clanes era algo completamente distinto. Pero sentimos que no teníamos otra opción. Recorrimos un largo camino en busca de un nuevo hogar donde poder establecernos. Fue más difícil de lo que habíamos imaginado. Nos encontramos con muchos peligros: depredadores, tormentas, proscritos… Durante un tiempo pensamos en

volver a casa, pero entonces ocurrió algo que nos hizo cambiar de opinión. Me enteré de que Estrella Rayada y yo íbamos a tener cachorros. Eso era todo lo que siempre había soñado.

Mientras hablaba, Charca de Hiedra se dio cuenta de que unos etéreos gatos fantasmas comenzaban a materializarse a su alrededor. Sus rasgos seguían siendo indistintos, pero se dio cuenta de que estaban escuchando atentamente la historia que contaba Estrella de Galerna.

—¿Quiénes son estos gatos? —preguntó.

Estrella de Galerna echó un vistazo a su alrededor. Sus ojos se abrieron con sorpresa y su pelaje comenzó a erizarse de enojo. Soltó un siseo furioso, pero un instante después apretó las mandíbulas, luchando claramente por controlarse. Finalmente, soltó un suspiro triste.

—Estos son los gatos del Clan de la Tormenta —explicó—. Estos son los gatos que me traicionaron.

Capítulo 32

Mientras Estrella de Galerna pronunciaba su acusación, los gatos fantasmales parecieron agitarse. Varios de ellos retrocedieron, con movimientos que sugerían que estaban heridos o sorprendidos, mientras que otros se apretujaban contra Estrella de Galerna como si intentaran tranquilizarla. Mientras tanto, sus formas se volvían más sólidas; Charca de Hiedra podía ver rasgos individuales formándose a partir de niebla.

—¿Por qué están reapareciendo ahora? —preguntó ella.

Fue Estrella Alta quien respondió.

—Es solo una suposición, pero ahora que estamos empezando a recordarlos, pueden volver a su vida en el Clan Estelar.

—Estoy empezando a recordar haber visto cómo se desarrollaba todo esto desde el Clan Estelar —maulló Estrella de Viento—. Ese es Brisa Blanca, y ahí está Ala Veloz. —Señaló con la cola a una gata gris y blanca y a un gato negro. Estaban casi completamente solidificados; Charca de Hiedra supuso que se habían formado muy rápidamente debido a que Estrella de Galerna los había nombrado directamente.

—Y Arbusto de Rosas —añadió Estrella de Río, inclinando las orejas hacia un regordete gato rojizo—. Recuerdo observarlo, ver cómo siempre metía las patas en cualquier discusión.

A medida que ellos y otros se convertían en gatos completos del Clan Estelar, con el brillo de las estrellas en su pelaje, Charca de Hiedra se dio cuenta de que Estrella de Galerna estaba de pie, con las patas rígidas, el

manto erizado y la mirada furiosa y fija en un gato marrón atigrado que le devolvía la mirada con sus ojos ámbar llenos de angustia.

—¿Quién es ese? —Charca de Hiedra preguntó.

—Estrella Rayada —siseó Estrella de Galerna—. El colíder del Clan de la Tormenta, mi amada y honorable pareja… ¡que me abandonó!

Cuando Estrella Rayada se volvió completamente sólido, Charca de Hiedra dudó un momento y luego se acercó a él.

—¿Dónde estabas antes de aparecer aquí ahora mismo? —preguntó ella con una reverencia respetuosa. Su estómago se revolvió por los nervios; no estaba segura de cuál esperaba que fuera la respuesta—. ¿Dónde estaban todos ustedes mientras permanecían en el olvido?

Estrella Rayada dudó, como si no estuviera seguro de cómo responder.

—No estaba aquí —contestó lentamente, como si estuviera tanteando el terreno—. Estaba como que en todas partes, supongo. Formaba parte del viento, del pasto, de los árboles… de todo. No vigilaba a los Clanes como lo hace el Clan Estelar, pero era… consciente de ellos. Fue algo… maravilloso.

Charca de Hiedra necesitó un momento para asimilarlo todo; luego, cuando la esperanza la invadió, apenas podía respirar. «*¿Eso significa que algo de Escarcha Erizada podría haber sobrevivido? ¿Esto demuestra que los gatos monteses tienen razón y que ningún gato se pierde nunca del todo?*».

Charca de Hiedra quería compartir este nuevo descubrimiento con Nívea: tal vez algo de Escarcha Erizada y Insectero había sobrevivido. Entonces vio que Nívea miraba a Estrella Rayada con los ojos brillantes; tal vez ella también había llegado a la misma conclusión.

Antes de que Charca de Hiedra pudiera hablar, Estrella de Galerna dio un paso adelante y se quedó cara a cara con Estrella Rayada. Tenía el manto erizado, lo que la hacía parecer el doble de grande, y los labios retraídos en un gruñido.

—Qué *bien* por ti —siseó—, que tuvieras algo maravilloso. Lo que te *merecías* era el Bosque Oscuro. ¿Acaso toda nuestra vida juntos fue una mentira? ¿Nos abandonaste a mí y a nuestros cachorros para poder tomar el control de ambos Clanes? Estábamos atrapados en la oscuridad, solos, ¡y nos *abandonaste*!

Estrella de Galerna estaba tan enojada que Charca de Hiedra temió que comenzara una pelea real y furiosa, con las garras desenvainadas. «*¿Eso siquiera es posible?*», se preguntó. El Clan Estelar debería ser un lugar de paz; no podía imaginar lo que pasaría si estallara una batalla.

Los ojos de Estrella Rayada se abrieron con horror.

—¡No! —protestó—. Yo te amaba, Estrella de Galerna. Aún te amo, y nunca habría hecho nada para hacerte daño. Habría dado cualquier cosa por salvarte a ti y a nuestros cachorros. Pero la tormenta nos habría arrastrado a todos si me hubiera quedado. Tenía que llevar al resto de los gatos del Clan de la Tormenta a un lugar seguro. Nunca quisimos abandonarte.

Parte de la hostilidad de Estrella de Galerna se disipó, pero seguía sin parecer creerle a Estrella Rayada. Su única respuesta fue un gruñido.

—Volvimos tan pronto como amainó la tormenta —Estrella Rayada continuó—, pero para entonces ya te habías ido. Sabía que estabas muerta y no podía soportar que hubieras muerto de esa manera. Por el resto de mi vida… —Su voz se quebró y se quedó en silencio durante unos segundos, con el pecho agitado, antes de poder continuar—. Por el resto de mi vida te lloré a ti y a nuestra familia. Todos nosotros, todo el Clan de la Tormenta, nos esforzamos mucho por encontrarte.

La mirada de Estrella de Galerna se suavizó un poco.

—No morí —le dijo ella.

Estrella Rayada se quedó paralizado por el impacto; parecía un gato hecho de piedra. Pasaron varios latidos hasta que pudo hablar.

—¿So… sobreviviste? —preguntó con voz entrecortada.

—Sí —contestó Estrella de Galerna—. Me rescató un grupo de gatos monteses, y nuestros cachorros sobrevivieron y crecieron. Si hubiera sabido a dónde había ido el Clan de la Tormenta, los habría buscado, pero en lugar de eso… —Dudó y luego continuó—. Nos establecimos entre la tribu de los gatos monteses. Me enamoré del gato que había liderado a nuestros rescatadores. Se llamaba Cazador Firme. Nos volvimos pareja y vivimos una vida larga y feliz juntos.

Charca de Hiedra pudo ver el dolor en los ojos de Estrella Rayada cuando Estrella de Galerna le habló de su nueva pareja. Luego lo vio hacer un esfuerzo por alejar ese dolor. Soltó un largo suspiro de alivio.

—Es difícil saber que amaste a otro gato —maulló—. Yo te amaba mucho, y nunca pude ver crecer a mis cachorros. Pero también me alegra —continuó—. No podía soportar la idea de que tú y nuestros cachorros hubieran sufrido y muerto porque yo no pude salvarlos. Nadie del Clan de la Tormenta podía soportarlo.

Mientras hablaba, aparecieron más formas difusas que poco a poco se fueron solidificando hasta convertirse en espíritus ancestrales completos del Clan Estelar. Charca de Hiedra se dio cuenta de que todos eran gatos

del Clan de la Tormenta. Se amontonaron alrededor de Estrella de Galerna, lamiéndola y apretándose contra ella mientras le decían lo mucho que lo sentían y lo culpables que se habían sentido desde que la perdieron.

Los gatos del Clan Estelar observaban, con expresiones de asombro y confusión.

—¿Cómo pudimos haber olvidado a este Clan entero? —preguntó Estrella de Trueno—. ¿Toda esta era del pasado de los Clanes?

—Quizá el Clan Estelar *quiso* olvidar el momento vergonzoso de la historia de los Clanes en que estaban tan divididos que expulsaron a dos Clanes —Estrella de Viento sugirió—. Quizá nosotros, el propio Clan Estelar, quisimos olvidar que estos gatos habían existido alguna vez.

—Casi no hemos existido —señaló Estrella Rayada—. Hemos sido parte de todo, pero apenas hemos sido nosotros mismos.

Al oír sus palabras, Estrella de Trueno dio un paso adelante, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Yo también empiezo a recordar —maulló—. Vimos cómo sucedía todo esto, pero no pudimos influir lo suficiente en los Clanes para mantenerlos unidos. —Hizo una pausa y luego añadió—: Pero hay mucho más sobre la historia del Clan de la Tormenta, ¿no? Más razones por las que sus recuerdos quedaron enterrados.

Nadie habló, mientras el Clan de la Tormenta y el Clan Estelar se miraban, pensativos.

Charca de Hiedra y Nívea se miraron entre ellas, desconcertadas al principio por lo que había dicho Estrella de Trueno. Entonces Charca de Hiedra se dio cuenta gradualmente de que habían tenido que traer al Clan de la Tormenta de regreso al Clan Estelar porque su sabiduría y experiencia serían necesarias pronto.

Nívea también parecía haber llegado a la misma conclusión.

—¿Necesitaremos su sabiduría para salvar al Clan del Río? —la gata blanca preguntó, esperanzada.

Un escalofrío pareció recorrer las tierras del Clan Estelar, como si una nube hubiera cubierto el sol. Las expresiones de los gatos espíritu se volvieron repentinamente sombrías.

—Espero que nos ayude a salvar a *todos* los Clanes —respondió Estrella Rayada.

Charca de Hiedra sintió como si una garra fría le hubiera agarrado el corazón.

—¿A *todos* los Clanes? —repitió—. Oh, Clan Estelar, ¿qué ha pasado mientras hemos estado fuera?

—¿La advertencia de la visión de Zarpa Silbante se ha vuelto realidad? —Nívea le preguntó a Estrella de Río con desesperación—. ¿El río se ha teñido rojo con sangre, a pesar de todo lo que hemos podido hacer?

Estrella de Río no respondió directamente, sino que inclinó la cabeza y miró a Nívea con ojos llenos de calidez y sabiduría.

—Recuerda todo lo que has aprendido —le dijo—, y vuelve rápidamente al lago. Aún hay tiempo.

—¿Tiempo para qué? —preguntó Nívea.

Pero las siluetas de los gatos que los rodeaban ya se estaban difuminando, y Charca de Hiedra podía distinguir la orilla cubierta de pasto a través de sus formas. Los terrenos de caza del Clan Estelar se estaban oscureciendo.

Alarmada, miró a Nívea y vio su propio miedo reflejado en el rostro de su amiga. «*Hicimos lo que el Clan Estelar quería que hiciéramos, pero ¿a qué costo?* —se preguntó—. *¿De qué nos hemos perdido en casa?*».

CAPÍTULO 33

La oscuridad envolvió a las dos gatas. Por un momento, Charca de Hiedra sintió que estaba flotando en el vacío, con el corazón a punto de detenerse por el terror. Entonces percibió el olor a madera podrida y hojarasca y sintió el pelaje de Nívea contra su costado. Se dio cuenta de que habían vuelto al tronco hueco; el extremo más alejado estaba bloqueado nuevamente y la única luz provenía de detrás de ellas. Retrocediendo a toda prisa, se deslizaron hacia el extremo abierto y salieron al claro.

Los tres veteranos estaban sentados a unas colas de distancia del tronco, con las cabezas juntas, conversando en voz baja. Charca de Hiedra se sorprendió de que hubieran esperado allí tanto tiempo mientras ella y Nívea viajaban por las tierras espirituales. Entonces recordó que cuando habían entrado en el tronco, el sol se había estado poniendo, proyectando una luz rojiza sobre el bosque; ahora el crepúsculo envolvía los árboles. Apenas había pasado tiempo en el mundo de los vivos.

Mientras Charca de Hiedra se sacudía los restos del interior del tronco del manto, los veteranos se levantaron y se acercaron a ellas.

—¿Encontraron las respuestas que buscaban? —preguntó Elegancia Vigilante.

—Creo que sí —Charca de Hiedra respondió—. Pero aún quedan más preguntas para el futuro.

—Y ahora tenemos que ponernos en marcha —añadió Nívea, moviendo los bigotes con impaciencia.

Elegancia Vigilante parpadeó sabiamente.

—Quizá todo sea revelado con el tiempo —maulló.

Los gatos monteses las guiaron a través del bosque, de vuelta a su campamento. Tan pronto como Charca de Hiedra y Nívea se deslizaron por el hueco entre las rocas, Arañazo Filoso se acercó a ellas, seguido de cerca por su pareja, Acecho Perfecto, y Estirada Garruda, la madre que le había dicho a Charca de Hiedra que nada estaba perdido jamás. Rasguño Rebotador corrió tras su madre.

—¡Ahí están! —exclamó Arañazo Filoso—. ¿Salió todo bien?

—Todo salió bien —contestó Charca de Hiedra. «*No hay motivo para entrar en detalle sobre nuestros temores de lo que está sucediendo entre los Clanes*»—. Estamos listas para volver al lago ahora.

Arañazo Filoso soltó un ronroneo de aprobación.

—Acecho Perfecto y yo vamos a ir con ustedes a la cueva donde dejaron a la familia de gatos monteses. Vamos a traerlos a casa.

—Yo también —Estirada Garruda añadió alegremente—. Algunos de mis parientes cuidarán de Rasguño Rebotador mientras yo estoy fuera. Quiero asegurarles a los gatos monteses padres que sus cachorros serán bienvenidos y cuidados aquí.

—¡Y yo tendré cachorros con los que jugar! —chilló Rasguño Rebotador.

Elegancia Vigilante le dio a la cachorra un cariñoso empujoncito con el hocico.

—Yo también iré con ustedes —anunció con calma—. Quiero darle la bienvenida a los cachorros como es debido.

Nívea miró con duda a la veterana.

—Lo siento, pero tenemos que darnos prisa —maulló—. Nos necesitan en casa.

Elegancia Vigilante inclinó la cabeza en señal de asentimiento, sin ofenderse en absoluto.

—No tienes que preocuparte por eso —declaró—. Por ahora deben comer y descansar. Comenzaremos nuestro viaje al amanecer.

Al mediodía del segundo día de su viaje, los gatos doblaron una curva del sendero y emergieron sobre el río, cerca de la cascada donde habían dejado a la familia de gatos monteses y a los otros gatos de Clan. Habían viajado lo suficientemente rápido incluso para Nívea; lejos de retrasarlos,

Elegancia Vigilante marcaba el ritmo, avanzando incansablemente sobre las rocas y a través de la maleza.

Todos los gatos estaban fuera de la cueva, relajándose al sol. Zarpa Silbante y Ala de Tórtola se lamían mutuamente, mientras Salto Torpe estaba sentado cerca, con la cabeza levantada y las orejas erguidas; claramente estaba de guardia. Ronroneo Acechante yacía perezosamente a su lado: dos de sus cachorros mamaban de su vientre, mientras Brote de Raíz acicalaba al tercero, charlando con los dos gatos monteses adultos entre lametones. Charca de Hiedra pensó que el gato del Clan del Cielo parecía más contento que nunca desde la muerte de Escarcha Erizada.

Cuando Charca de Hiedra y el resto de su grupo se dirigían por el sendero hacia los pasaderos, Zarpa Silbante se puso de pie de un salto y soltó un maullido de alegría.

—¡Han vuelto! Miren, están aquí, y trajeron más gatos monteses con ellas.

Todos los gatos se pararon de un salto y corrieron a recibir a Charca de Hiedra y a los demás mientras cruzaban el río. Los tres cachorros, con los ojos ya abiertos, correteaban a su alrededor; Brote de Raíz detuvo al pequeño Brincador con la cola para evitar que se zambullera en el agua.

—Me alegra verlas de vuelta sanas y salvas —ronroneó Ala de Tórtola, entrechocando narices con Charca de Hiedra—. ¡Y a todos estos gatos monteses! Han hecho un gran trabajo.

Ronroneo Acechante y Salto Torpe parecieron un poco intimidados cuando Elegancia Vigilante se presentó a sí misma y al resto de los gatos monteses. Charca de Hiedra se dio cuenta de que era porque habían pasado muchas estaciones desde que habían visto a otros de su especie, y durante la mayor parte de ese tiempo habían creído que eran los únicos que quedaban. Pero pronto comenzaron a relajarse bajo las miradas de aprobación de los otros gatos monteses.

«*Y hacen bien en aprobarlos* —pensó Charca de Hiedra—. *Son fuertes, inteligentes y orgullosos. Cualquier grupo de gatos debería estar contento de tenerlos*».

—¡Sus cachorros son muy bonitos! —Estirada Garruda les dijo—. Yo tengo una cachorra, Rasguño Rebotador, y sé lo feliz que estará de tener nuevos amigos con los que jugar.

Salto Torpe y Ronroneo Acechante se miraron, claramente aliviados de que los gatos monteses estuvieran felices de aceptarlos.

—Pensábamos que éramos los últimos de nuestra especie —maulló Salto Torpe—. Es maravilloso conocerlos.

—Tenemos muchas ganas de unirnos a ustedes —añadió Ronroneo Acechante.

Elegancia Vigilante hizo un gesto a todos los gatos monteses para que se unieran en un círculo, mientras los gatos de Clan se quedaron atrás. Entonces, la mirada de la veterana pareció fijarse en algo muy lejano.

—Espíritus ancestrales —comenzó—, les damos las gracias por guiar los pasos de nuestra nueva familia hasta este lugar y por darles refugio en la cueva. También les damos las gracias por enviar su mensaje a estos gatos de Clan y por su ayuda para rescatar a nuestra familia y reunirnos a todos.

—Les damos las gracias —repitieron los otros gatos monteses.

Elegancia Vigilante asintió con satisfacción.

—Ahora —continuó, dirigiéndose a todos los gatos vivos—, antes de viajar de vuelta para reunirnos con el resto de la familia de gatos monteses, debemos ponernos en contacto con los ancestros y solicitar su bendición, para averiguar quién será el guía de cada cachorro.

—¿Asignan mentores para entrenar a los cachorros cuando son tan jóvenes? —preguntó Ala de Tórtola, sorprendida.

Los gatos monteses intercambiaron miradas de desconcierto.

—¿Qué es un mentor? —Acecho Perfecto preguntó.

—En los Clanes, cuando los cachorros cumplen seis lunas —explicó Charca de Hiedra—, se convierten en aprendices. El líder de nuestro Clan elige a un gato para que sea su mentor, y este entrena a su aprendiz en la caza, la lucha y el código guerrero, hasta que el aprendiz está listo para convertirse en un guerrero de pleno derecho.

—Bueno, nosotros hacemos algo parecido —Arañazo Filoso respondió—. Otros gatos ayudan a los cachorros a aprender cuando son un poco más grandes, aunque no son aprendices de un gato específico. Pero un guía es un gato espíritu, un antepasado que acompañará a ese cachorro durante toda su vida.

—Es algo maravilloso —declaró Salto Torpe—. Recuerdo que yo tenía un gato espíritu que me guiaba cuando era joven, pero nunca esperé que nuestros cachorros tuvieran lo mismo, ya que estábamos separados de nuestros antepasados.

Charca de Hiedra se dio cuenta de que Zarpa Silbante parecía desconcertada, flexionaba nerviosamente las garras hasta que se volvió hacia Elegancia Vigilante.

—¿Cómo van a llegar a sus antepasados? —preguntó—. ¿Tienen que ir al Árbol Estelar?

—¿O al tronco hueco —añadió Charca de Hiedra—, donde Nívea y yo fuimos a hablar con Estrella de Galerna?

Elegancia Vigilante negó con la cabeza.

—Para los nuevos cachorros, son los antepasados los que viajan a ellos. Nadie es más importante que un cachorro, porque ellos son el futuro de los gatos monteses. En este caso, reunirse con los antepasados en el más allá no tiene que ver con un lugar, sino con tu mente.

La ceremonia, les dijo Elegancia Vigilante, tenía que celebrarse en el momento más oscuro de la noche. Como Ala de Tórtola, Brote de Raíz y Salto Torpe no estaban cansados del viaje, salieron a cazar y no tardaron en regresar cargados de presas.

—Hemos comido bien mientras estaban fuera —Brote de Raíz le dijo a Charca de Hiedra, dejando un enorme conejo a sus patas—. No creo que haya muchos depredadores por aquí. Las presas corren bien y no parecen tan cautelosas como las de casa.

Mientras el sol se ponía, todos los gatos se acomodaron en la entrada de la cueva y se dieron un festín con las presas.

—Me alegra que hayan vuelto sanas y salvas —maulló Ala de Tórtola mientras compartía una ardilla con Charca de Hiedra—. Pero me la pasé muy bien aquí, ayudando a Ronroneo Acechante con los cachorros recién nacidos. Me hizo acordar de cuando cuidaba de Pequeño Betulo y Pequeño Serbal cuando nacieron.

Charca de Hiedra frotó el hocico contra el hombro de su hermana, preocupada de que los cachorros de gato montés pudieran haber reavivado todo el dolor de Ala de Tórtola por la muerte de Pequeño Serbal.

—Me ayudó a sentirme mejor —Ala de Tórtola continuó, como si entendiera lo que Charca de Hiedra no había dicho—. Me trajo recuerdos encantadores. Sé que Pequeño Serbal era un gato único. Tenía unos ojos tan brillantes y curiosos, y parecía feliz todo el tiempo, incluso cuando estaba enfermo. Disfrutó de su tiempo con nosotros, aunque fuera muy breve.

—Él tuvo suerte de tenerte, y tú tuviste suerte de tenerlo a él —le respondió Charca de Hiedra con delicadeza, mirando a su hermana con ternura—. La forma en que nos dejó no cambia eso. Hay tantas cosas que tengo que contarte, tantas cosas que no hemos tenido tiempo de compartir. Pero Nívea y yo visitamos el Clan Estelar y… vimos a Pequeño Serbal allí.

Ala de Tórtola soltó un jadeo de asombro y miró a su hermana con los ojos muy abiertos y llenos de curiosidad.

—¿En serio? Oh, ¿cómo está? ¡Cuéntame cómo está!

—Se ve tal como lo recuerdo, y está muy feliz —maulló la gata plateada y blanca—. No estaba pasando ninguna dificultad. Estaba jugando con otros cachorros, y Fronda lo estaba cuidando.

—¿Fronda? —Ala de Tórtola ronroneó—. ¡Oh, qué alivio! Era una madre muy buena cuando vivía en el Clan del Trueno. Sé que cuidará bien de Pequeño Serbal.

Charca de Hiedra miró a Ala de Tórtola, con el corazón rebosante de afecto. Aunque ahora estaban separadas por las fronteras de los Clanes, nunca había dejado de amar a su hermana.

—Y algún día —maulló suavemente—, te reunirás con él en el Clan Estelar y podrás volver a cuidar de él. No puedo imaginar lo feliz que estará al verte.

Los ojos de Ala de Tórtola brillaron mientras asentía con la cabeza, rozando suavemente la mejilla de Charca de Hiedra con la suya. Aunque ninguna de las dos gatas lo dijo, Charca de Hiedra podía sentir que su hermana comprendía que ella nunca experimentaría eso con Escarcha Erizada. «*Pero me alegro por Ala de Tórtola* —pensó—, *me alegra que pueda cerrar ese capítulo. Ahora puedo decirlo con sinceridad. Me alegra haberle podido dar buenas noticias sobre Pequeño Serbal. Y me alegra que ahora pueda pensar en él con amor en lugar de con dolor*».

Cuando terminó de comer, Charca de Hiedra se quedó dormida un rato y se despertó al sentir que había gatos moviéndose a su alrededor. Elegancia Vigilante estaba indicando a los demás que se sentaran en círculo. La luna brillaba sobre ellos y los guerreros del Clan Estelar resplandecían en el cielo.

Charca de Hiedra se unió al círculo. Al principio, nadie habló, por lo que podía oír claramente el susurro del viento entre las ramas y el murmullo del agua del río al correr sobre las piedras. Se volvió muy consciente de la tierra bajo sus patas: aire, agua y tierra, los elementos en los que los gatos monteses creían que habitaban sus antepasados.

—Despejen sus mentes —maulló Elegancia Vigilante tras unos instantes—. Abran paso a los antepasados.

Charca de Hiedra cerró los ojos, consciente de su respiración, e intentó limpiar su mente de todos los problemas que aún la agobiaban.

Después de un rato, oyó una especie de suspiro a su alrededor y abrió los ojos. Al principio pensó que seguía sentada junto al río y la cueva donde Ronroneo Acechante había dado a luz. Entonces se dio cuenta de que había sutiles diferencias: los árboles eran más grandes, más viejos, y el río lanzaba espuma al fluir entre orillas más empinadas.

A su alrededor había gatos monteses ancestros y dos que parecían gatos de Clan, aunque Charca de Hiedra no los reconoció. Supuso que eran hijos de Estrella de Galerna, aunque ella no estaba con ellos. «*Quizá aún está de visita en el Clan Estelar*».

Los otros gatos de Clan murmuraron sorprendidos, mientras que Ronroneo Acechante y Salto Torpe abrieron los ojos con asombro. Incluso los tres cachorros se quedaron en silencio, pegándose a su madre, mientras todos los gatos inclinaban la cabeza en señal de respeto hacia los antepasados.

—Esta es la familia que se nos ha unido —anunció Elegancia Vigilante, señalando con la cola el lugar donde Salto Torpe y Ronroneo Acechante estaban sentados junto a sus cachorros—. Solicitamos a nuestros antepasados que los cuiden y que un guía elija a cada cachorro para cuidarlo y criarlo.

Una de los gatos espíritu dio un paso adelante y llamó al cachorro más pequeño, Brincador, el que no había respirado al nacer, hasta que Zarpa Silbante lo había devuelto a la vida. Brincador dio un paso adelante con las patas temblorosas, con los ojos muy abiertos, pero sin miedo.

El espíritu ancestral apoyó suavemente el hocico sobre su cabeza.

—Mi nombre es Garra Susurrante —comenzó ella—, y he cuidado de estos gatos monteses durante muchas estaciones, ya que yo era una de ellos en el mundo de los vivos. Sería un honor para mí guiar los pasos de este cachorro y darle mi nombre para que lo lleve consigo. Ahora se le conocerá como Susurro Brincador.

Todos los gatos monteses ronronearon con entusiasmo, mientras Susurro Brincador chillaba:

—¡Gracias!

Entonces, uno tras otro, otros dos gatos espíritu dieron un paso adelante y reclamaron a Elástica y Cazador de la misma manera, nombrándolos Mirada Elástica y Salto Cazador.

—Les agradecemos por recibir a estos nuevos cachorros —maulló Elegancia Vigilante—, y nos comprometemos a que los gatos monteses vivos también los críen con toda la fuerza y sabiduría que poseemos.

Mientras hablaba, otros dos gatos monteses salieron de entre la multitud. Cuando aparecieron, Ronroneo Acechante y Salto Torpe levantaron la cabeza, aguzaron las orejas y pusieron una mirada de total confusión.

—Yo conozco a ese gato —murmuró Salto Torpe.

—Saludos. —El gato que iba en cabeza inclinó la cabeza—. Me llamo Gruñido Saltarín.

—Y yo soy Vuelta Ronroneante —añadió el segundo espíritu, a su lado—. Prometimos guiarlos cuando eran cachorros y los hemos estado observando, pero no hemos podido contactar con ustedes desde que eran muy jóvenes, porque ustedes dos, gatos monteses vivos, habían perdido el contacto con su familia.

—Ahora volveremos a cuidar de ustedes —Gruñido Saltarín prometió.

—Es un honor que no podemos expresar con palabras —maulló Salto Torpe.

Ronroneo Acechante inclinó la cabeza.

—Ustedes nos traen mucha felicidad —murmuró.

Un escalofrío recorrió el pelaje de Charca de Hiedra al ver la alegría en los ojos de los cuatro gatos, que mostraban lo encantados que estaban de volver a verse después de tanto tiempo.

Mientras observaba el reencuentro, Charca de Hiedra se dio cuenta de que los gatos espíritu se estaban desvaneciendo y que el mundo de los vivos reaparecía gradualmente alrededor de los gatos vivos. Salto Torpe y Ronroneo Acechante se volvieron hacia los gatos de Clan.

—Estamos muy agradecidos por todo lo que han hecho por nosotros —murmuró Ronroneo Acechante, mientras la maravilla del encuentro con los espíritus aún brillaba en sus ojos.

—Sí —Salto Torpe asintió—. No podemos imaginar seguir cautivos de ese Dos Patas, y lo insoportable que habría sido perder a nuestros cachorros. Al principio solo esperábamos tener una camada de cachorros sanos. No nos atrevíamos a esperar más.

—Y ahora hemos encontrado un verdadero hogar con otros de nuestra especie y hemos vuelto a conectar con nuestros ancestros —maulló Ronroneo Acechante—, y todo gracias a ustedes, gatos de Clan.

—Yo también debo darles las gracias —Elegancia Vigilante añadió—. Nos han traído esta nueva familia y nueva vida a los gatos monteses. Nuestra antepasada, Estrella de Galerna, resentía a los Clanes por darle la espalda a ella y a sus cachorros, pero ahora todo eso es pasado. Cualquier deuda que los Clanes tenían con nosotros ha sido más que saldada, y ahora siempre estaremos conectados. Prometemos que a partir de ahora seremos aliados de los Clanes, unidos por sangre y amistad.

—Nosotros también lo prometemos —dijo Brote de Raíz en nombre de todos los gatos de Clan—. Y si alguna vez necesitan algo más de los

gatos de Clan, siempre pueden contactar con nosotros a través del Clan Estelar. Los gatos de Clan y los gatos monteses ahora somos familia.

Charca de Hiedra se dio cuenta de que el gato del Clan del Cielo estaba mirando a los cachorros con una expresión agridulce. Sabía que había creado un vínculo con ellos mientras permanecían junto al río. Le resultaría difícil decir adiós. Charca de Hiedra sintió un nudo en la garganta al darse cuenta de repente que Brote de Raíz debería tener la oportunidad de ser padre. Le dolería verlo con una nueva pareja y soñar con los cachorros que podría haber tenido con Escarcha Erizada en su lugar. «*Pero no se trata de mí* —pensó—. *Es un gato joven con toda la vida por delante, y no puedo seguir utilizándolo para mantener vivos mis recuerdos de Escarcha Erizada. Ambos tenemos que seguir adelante. Debo apoyarlo, y lo haré*».

Su corazón latía con fuerza en su pecho mientras los gatos de Clan y los gatos monteses se inclinaban los unos ante los otros con profundo respeto.

—Y ahora —murmuró Nívea, casi para sí misma—, quizá podamos ir a casa y ver lo que Cola Salpicada ha hecho con nuestros Clanes.

Capítulo 34

Brote de Raíz y Ala de Tórtola habían salido a cazar al amanecer, y cuando salió el sol, todos los gatos compartieron sus presas por última vez en el campamento de la cueva. El jugoso ratón que Charca de Hiedra estaba comiendo le sabía seco y rancio cuando pensó en despedirse de los gatos monteses que se habían convertido en tan buenos amigos.

Ella y Nívea ya les habían explicado que, ahora que habían cumplido su misión, tenían que darse prisa en volver a casa. Podía ver la tensión en los ojos de sus amigos, en sus rápidos movimientos mientras devoraban las presas recién cazadas. Ninguno de ellos sabía exactamente qué significaba la advertencia del Clan Estelar. Creían que estaban emprendiendo su viaje para evitar un terrible desenlace para todos los Clanes, pero, ¿se había teñido el río de sangre a pesar de lo que habían conseguido? «*¿Y si llegamos demasiado tarde* —pensó Charca de Hiedra—, *y al llegar a casa encontramos a todos los Clanes destruidos?*».

Cuando el último bocado de presa fue devorado, Elegancia Vigilante reunió a los gatos monteses, listos para regresar a su territorio. Ronroneo Acechante y Salto Torpe cargaban a Mirada Elástica y Salto Cazador sobre sus espaldas, mientras que Estirada Garruda llevaba a Susurro Brincador.

Charca de Hiedra observó a Brote de Raíz mientras él los miraba con tristeza, y luego se encontró con su mirada cuando él se dio la vuelta. Tan claramente como si lo hubiera dicho en voz alta, ella reconoció su necesidad de ser padre algún día. Su manto se erizó de culpa por haberlo

estado frenando, y renovó su promesa de la noche anterior. A partir de ahora lo apoyaría.

Elegancia Vigilante lideró el camino río abajo hacia las piedras pasaderas, pero por un momento Salto Torpe y Ronroneo Acechante se quedaron atrás.

—Gracias otra vez por todo lo que hicieron por nosotros. —Ronroneo Acechante se estremeció—. A veces sueño que estoy de vuelta en esa horrible guarida y mis cachorros han desaparecido.

Salto Torpe le tocó la oreja con la nariz.

—Eso no sucedió —ronroneó—. Y todo se lo debemos a ustedes —el gato montés añadió dirigiéndose a los gatos de Clan—. Nunca los olvidaremos.

—Espero que algún día volvamos a vernos —agregó Ronroneo Acechante.

—Yo también lo espero —Charca de Hiedra maulló.

Ante una llamada de Elegancia Vigilante, los dos gatos monteses se dieron la vuelta, agitando la cola en un último gesto de despedida, y se apresuraron a reunirse con su familia. Charca de Hiedra los observó mientras cruzaban el río y subían por la ladera opuesta, hasta que una curva en el camino los ocultó de su vista.

Mientras habían estado ayudando a los gatos monteses, había sentido un propósito y un vigor. Pero ahora luchaba contra sentimientos de pérdida y temor, al darse cuenta de que ella y sus amigos tendrían que enfrentarse a lo que fuera que estuviera sucediendo en los Clanes. Sabía que su Clan la necesitaría más que nunca; tendría que ser muy valiente y decidida en su puesto de lugarteniente.

«*Oh, Canción de Frondas, Oreja de Clavelina, Garra Volteada, espero que estén bien*».

—¡Vamos! —El enérgico maullido de Nívea la sacó de sus pensamientos—. Tenemos que ponernos en marcha.

Ella lideró el camino cuesta arriba en dirección a los territorios junto al lago. En la cima, Charca de Hiedra se detuvo para echar un último vistazo a la belleza que rodeaba la cueva donde nacieron los cachorros. Recordó la creencia de los gatos monteses de que Escarcha Erizada estaba en el aire, en el agua y en todo lo que podía ver. «*Yo también quiero creer en eso* —se dijo a sí misma—. *Aunque no esté segura de poder hacerlo*».

—Pero siempre recordaré este lugar —murmuró para sí misma, reprimiendo un suspiro—. Y a los gatos monteses que conocimos aquí.

* * *

Los gatos de Clan avanzaron rápidamente por las colinas. No ocurrió nada que los retrasara y, al ponerse el sol, hicieron una guarida temporal entre arbustos bajo el saliente de un acantilado. Charca de Hiedra se acurrucó entre la gruesa capa de hojas muertas que cubría el suelo y se quedó dormida casi de inmediato.

Abrió los ojos y se encontró en el Bosque Oscuro, en lo alto de una pendiente embarrada con hongos en descomposición alrededor de sus patas. Maullidos y chillidos provenían de una escaramuza al pie de la pendiente, donde una sola gata viva luchaba con determinación contra una horda de gatos del Bosque Oscuro. «*¡Escarcha Erizada!*».

Charca de Hiedra bajó corriendo por la pendiente para lanzarse a la lucha junto a su hija. Pero cuando llegó hasta Escarcha Erizada, el Bosque Oscuro se disolvió y Charca de Hiedra se encontró de pie junto al lago, bajo la tranquila luz del atardecer, mientras las olas se rompían pacíficamente a sus patas. Escarcha Erizada ronroneó mientras apoyaba la mejilla contra la de su madre. Su dulce aroma envolvió a Charca de Hiedra.

—Oh, Escarcha Erizada, te he extrañado tanto —maulló, con el corazón roto de nuevo—. ¡No soporto haberte perdido!

—No me has perdido. —Escarcha Erizada la miró con afecto—. Estoy en todas partes. Solo tienes que buscarme.

Mientras hablaba, su cuerpo, el lago y el bosque que la rodeaban comenzaron a desvanecerse. Finalmente, todo lo que Charca de Hiedra pudo ver fue la mirada azul verdosa de su hija, tranquila y llena de amor. Luego, incluso eso desapareció, y Charca de Hiedra abrió los ojos y se encontró en su lecho bajo los arbustos.

La pálida luz de la madrugada se filtraba entre las ramas; Charca de Hiedra supuso que el sol aún no había salido, pero el amanecer no podía estar lejos. Aquí y allá, en otros lechos frondosos, podía ver los cuerpos dormidos de sus compañeras.

Por un momento, Charca de Hiedra creyó seguir sintiendo el aroma de Escarcha Erizada en su mejilla. Se había llevado consigo una sensación de consuelo del sueño y se aferró a la última imagen de la mirada tranquila de su hija.

Charca de Hiedra podía oír el sonido de agua corriente que provenía de algún lugar cercano. Levantándose de su lecho, salió de entre los arbustos y siguió el sonido hasta llegar a la orilla de un arroyo. El sol

acababa de asomar por el horizonte; la forma en que sus rayos incidían sobre el agua y las plantas que crecían en la orilla le recordaba un poco al lugar junto al lago donde ella y Brote de Raíz solían reunirse para recordar a Escarcha Erizada.

Justo cuando el nombre de Brote de Raíz se le pasó por la mente, Charca de Hiedra oyó un paso detrás de ella y se volvió para ver al gato del Clan del Cielo acercándose sigilosamente a su lado.

—Soñé con Escarcha Erizada —maulló—. Ella estaba luchando en el Bosque Oscuro y luego nos encontramos junto al lago. Estaba igual que antes. Estaba a salvo y en paz. —Suspiró—. Me hizo sentir mejor.

«*¡Tuvimos el mismo sueño!*».

—Yo también soñé con ella, igual que tú —Charca de Hiedra respondió—. Y a mí también me reconfortó. Quizá los gatos monteses tengan razón al decir que Escarcha Erizada está a nuestro alrededor, aunque no esté en el Clan Estelar.

Mientras hablaba, Charca de Hiedra oyó un crujido al otro lado del arroyo y algo llamó su atención. Al volverse, vio a un magnífico ciervo blanco emerger de la maleza; se abrió paso lentamente hasta la orilla del agua y bajó la cabeza para beber. Su pelaje brillaba a la luz del sol y sus cuernos parecían ramas cubiertas de nieve con puntas heladas.

Charca de Hiedra se congeló, medio alarmada, medio intrigada. Nunca había visto una criatura tan grande y espectacular como aquella. Debía de ser pariente de los pequeños ciervos marrones que veía de vez en cuando en el bosque, pero no se parecía en nada a ellos.

El ciervo levantó la cabeza y la miró, y por un momento recordó la mirada tranquila y satisfecha de Escarcha Erizada. Se dio cuenta de que la criatura no era una amenaza; podía respirar con tranquilidad y admirar su belleza. «*Quizá sea lo más hermoso de todas las cosas nuevas que he visto en este viaje*».

Tras otra larga mirada a ambos gatos, el ciervo se dio la vuelta y desapareció entre los árboles. Charca de Hiedra contuvo el aliento al creer de repente, sin lugar a dudas y con todo su corazón, que los gatos monteses tenían razón: Escarcha Erizada no estaba perdida. Estaba en todas partes. Ver al ciervo era un regalo de Escarcha Erizada para ella y para Brote de Raíz, para hacerles saber que algo de ella aún sobrevivía.

—Ella estuvo aquí, ¿verdad? —preguntó Brote de Raíz cuando Charca de Hiedra se volvió hacia él. Él parecía más ligero, como si la carga que había llevado durante las últimas lunas se hubiera levantado.

Charca de Hiedra soltó un ronroneo de alivio; ella también se sentía alegre. Emprender este viaje la había ayudado a aliviar su dolor y a encontrar su propósito de nuevo, pero no de la forma que había imaginado. Ella y Nívea habían devuelto el recuerdo de los gatos perdidos al Clan Estelar, pero aun así sabía que nunca volvería a ver a su hija.

«*Todo ha cambiado* —se dio cuenta—. *El oscuro vacío de mi pérdida se ha desvanecido. Ahora está lleno de la belleza del mundo: árboles, flores, agua corriente y los ojos recién abiertos de los cachorros. Todos los lugares donde Escarcha Erizada puede estar*».

—Hemos aprendido mucho de este viaje —Brote de Raíz maulló, pensativo—. Ahora sé que tengo que cambiar, seguir adelante.

—¿Crees que encontrarás una pareja? —preguntó Charca de Hiedra, vacilante, sin saber qué respuesta quería oír.

Brote de Raíz se quedó en silencio durante varios latidos, con la mirada perdida en sus pensamientos.

—Creo que tal vez sí —contestó por fin—. Cuidar de los cachorros de gato montés me ha enseñado que realmente quiero tener mi propia familia. Pero no sé quién será la madre de esos cachorros.

—¿No será Vuelo de Matraca?

Brote de Raíz negó con la cabeza, medio arrepentido, medio divertido.

—Es una gata atractiva —maulló—, pero, para ser sincero, me parece que es un poco cerebro de ratón. La pareja que elija —continuó con seriedad— jamás podrá *reemplazar* a Escarcha Erizada, pero tiene que ser *digna* de ella.

«*Esa es una carga muy pesada para cualquier gata* —pensó Charca de Hiedra—. *Tendría que ser una gata excepcional*». La idea la reconfortó, sabiendo que al final Brote de Raíz elegiría a la mejor.

—Yo también quiero ese futuro para ti —Charca de Hiedra le dijo—, aunque me rompa el corazón que no sea con Escarcha Erizada. Pero sé que tenemos que mirar hacia adelante, no hacia atrás.

Brote de Raíz asintió.

—Y tal vez deberíamos tomarnos un descanso de esas reuniones junto al lago —respondió.

Las palabras de Brote de Raíz provocaron una punzada de pérdida en Charca de Hiedra, pero sabía que tenía razón. Ya no necesitaban esas reuniones.

—Seguiremos viéndonos en las Asambleas —maulló ella.

—Por supuesto que sí. —La voz de Brote de Raíz era cálida—. Siempre seremos amigos.

La mención de las Asambleas hizo que Charca de Hiedra volviera a pensar en los Clanes. No sabía qué les esperaba cuando regresaran al caos de su hogar, pero estaba deseando volver a ver a su familia. Y estaba segura de que podría ser la fuerte lugarteniente (y tal vez, algún día, la líder) que siempre había soñado ser. Porque ahora sabía que Escarcha Erizada no se había ido, y eso lo era todo para ella.

Escarcha Erizada estaba allí, en el lago y en todas partes a su alrededor. Y estaría alentando a Charca de Hiedra cuando ella y los demás gatos de Clan regresaran a casa para enfrentarse a lo que les esperara.

Libro original: “Warriors: Ivypool's Heart” *por* ***Erin Hunter***.

Arte del libro: ***Owen Richardson***.

Traducción: ***Pichu06*** *y* ***Monki_Donki***.

¡Para más traducciones, libros, concursos y fanarts, únete a nuestro grupo de Facebook!

Los Gatos Guerreros 🐾 [Fans] 💕
https://www.facebook.com/groups/1384429135129351/

¡O a nuestro servidor de Discord!

Clan de Discord [LGG]
https://discord.gg/S53JNh7z7G

¡Échale un vistazo también a nuestra wiki de fan-traducciones!
https://lggfantraducciones.fandom.com/es/wiki/Inicio